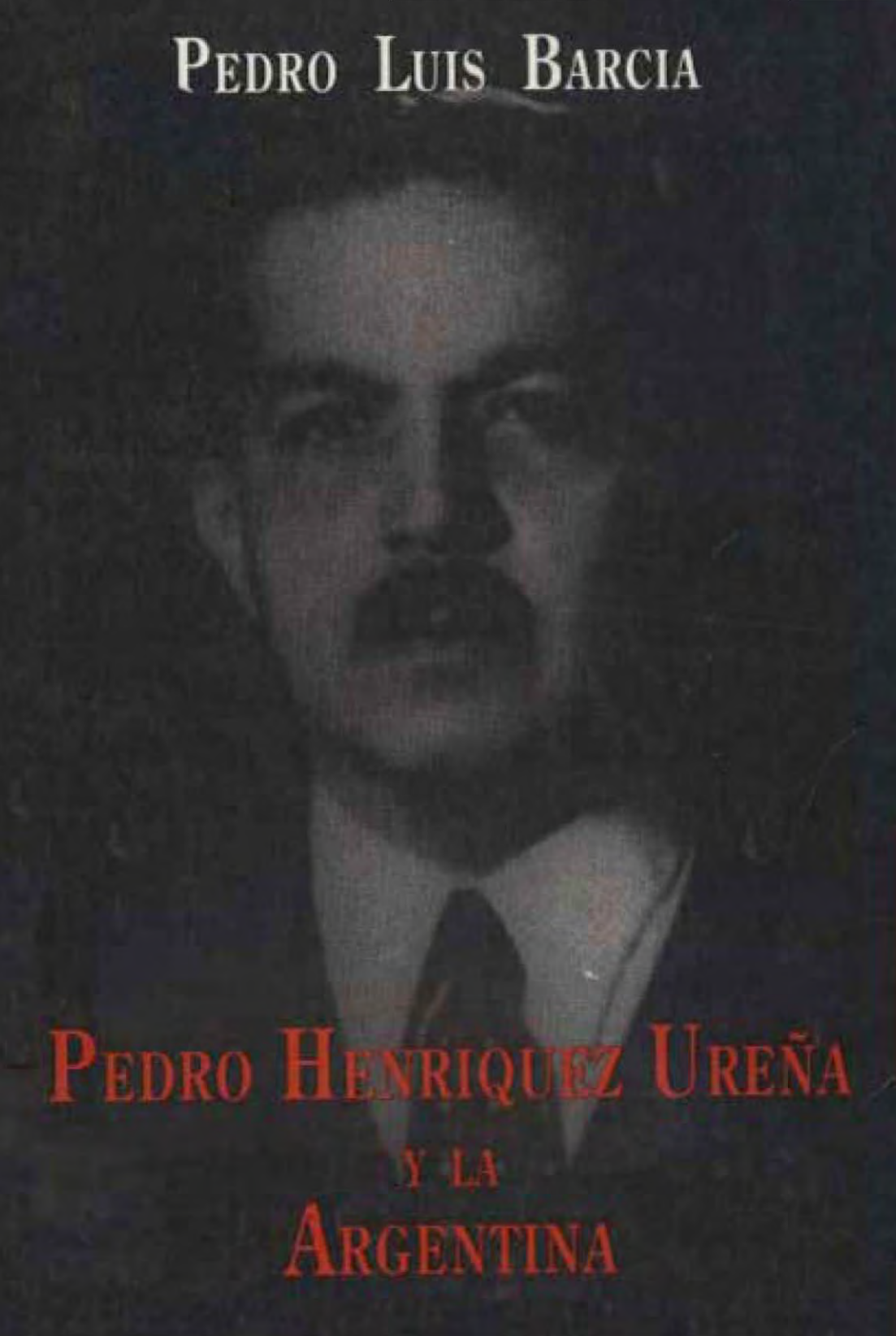
Pedro Luis Barcia



Pedro Henríquez Ureña y la Argentina

Pedro Henríquez Ureña

y la

Argentina

"Sentí que habíamos perdido, yo, el país y las letras hispanoamericanas a un gran hombre que era necesario que existiera, aunque no lo viésemos, porque a todos, con su mera existencia, nos exigía perseverancia y honradez, concisión, exactitud, seguridad y responsabilidad en la artesanía de pensar y decir".

Ezequiel Martínez Estrada

CONTENIDO

Una explicación necesaria, por el Dr. Jorge Tena Reyes ix

Nota sobre el autor xi

Prólogo 3

I. LA ARGENTINA A LA DISTANCIA 13

1. Presencia de lo argentino en la obra de Pedro Henríquez Ureña hasta 1921 13
2. Primeras publicaciones de Pedro Henríquez Ureña en la Argentina 30

II. LA AMISTAD CON ARGENTINOS 37

1. La delegación estudiantil argentina en México (1921) . 37
2. La amistad con Ripa Alberdi (1921-1923) 45

III. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA CON LA DELEGACIÓN MEXICANA EN LA ARGENTINA (1922) 67

IV. REGRESO A MÉXICO. VÍSPERAS ARGENTINAS (1922-1924) 81

V. ARRIBO A LA ARGENTINA. EL COLEGIO NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD 99

VI. ACTIVIDADES Y OCIOS PLATENSES 115

1.- Las dificultades del trasplante. Viaje a Montevideo 115
2. Las vacaciones desde La Plata. Miramar. Tandil. Córdoba. El Paraná 123
3. Pedro Henríquez Ureña y la Universidad Popular Alejandro Korn 129

VII. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y *VALORACIONES* 135

VIII. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA 167

1. Pedro Henríquez Ureña en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata (1928-1946) 167
2. Otras actividades universitarias de Pedro Henríquez Ureña 174
3. Pedro Henríquez Ureña y la revista *Humanidades* 180

IX. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA PROFESOR EN BUENOS AIRES 187

1. Pedro Henríquez Ureña en el Instituto del Profesorado de Buenos Aires (1925-1946) 187
2. Pedro Henríquez Ureña en la Universidad de Buenos Aires (1930-1946) 192

X. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN EL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES 201

XI. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y *SUR* 211

XII. PARTIDAS Y RETORNOS. TRAJINADO VIVIR Y CALLADA SAETA 231

1. Regreso a Quisqueya. Publicaciones pedagógicas 231
2. Otras publicaciones 242
3. La invitación de Harvard 245
4. Muerte y memoria de Pedro Henríquez Ureña 247

XIII. LITERATURA Y REALIDAD ARGENTINAS EN LA ESTIMATIVA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA 251

1. Pedro Henríquez Ureña y la literatura argentina 251
2. Pedro Henríquez Ureña y la realidad argentina 260

APÉNDICE: 265
Bibliografía de autores argentinos sobre Pedro Henríquez Ureña 267
Bibliografía de libros potenciales proyectos en la Argentina.. 277
Programa de literatura argentina y americana 279

UNA EXPLICACIÓN NECESARIA

El libro Pedro Henríquez Ureña y la Argentina *que hoy ponen en sus manos la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos y la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, de la República Dominicana, ha debido atravesar un accidentado proceso de más de quince años, antes de convertirse en realidad.*

En 1977 conocimos en Argentina al Dr. Pedro Luis Barcia, mientras se desempeñaba como Secretario General de la Universidad Nacional de La Plata, en ocasión de un homenaje que esa institución académica le rindiera al entonces titular de nuestra Secretaría de Educación, el Dr. Leonardo Matos Berrido.

Al coincidir con el Dr. Barcia en torno a sus inquietudes pedristas, él me manifestó su intención de escribir un libro que recogería las andadurías de Pedro Henríquez Ureña en la Argentina. De inmediato me solidaricé con su proyecto y le expresé nuestra disposición de publicárselo en la República Dominicana, cuando la obra estuviese disponible para ello.

Al poco tiempo, las alternativas políticas de nuestros respectivos países nos hicieron perder el contacto, y en alguna oportunidad cuando traté de restablecer la comunicación con el Dr. Barcia, mi intento concluyó en insólito fracaso, por circunstancias ajenas a ambos, que creo innecesario señalar aquí.

Unos quince años después, de nuevo en la Argentina, en misión oficial, y gracias a la amabilidad del Secretario de Estado de Cultura de aquella Nación, Prof. José María Catañeira de Dios, volví a entrar en contacto con

el Dr. Barcia y dos meses después teníamos en Santo Domingo una copia mecanografiada de su valioso libro.

Gracias al apoyo incondicional brindado por la Lic. Jacqueline Malagón, Secretaria de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, al proyecto editorial que está llevando a cabo esta Cartera con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, hemos podido ver realizado finalmente nuestro anhelado sueño de publicar esta investigación del doctor Pedro Luis Barcia, que de seguro permitirá a todos los interesados en la cultura de América ampliar sus conocimientos acerca de una de las personalidades más paradigmáticas de la intelectualidad dominicana de todos los tiempos y figura cimera del pensamiento literario hispanoamericano contemporáneo.

Hablar de Pedro Henríquez Ureña y de su trayectoria americanista es asumir la responsabilidad de incursionar en uno de los campos más fecundos y originales de la crítica literaria de nuestro continente en el presente siglo, porque si bien es cierto que antes de su aparición como escritor en 1905, con sus Ensayos críticos, *ya contábamos con personalidades cuyos méritos humanísticos eran indiscutibles, no es menos cierto que ese aspecto del quehacer intelectual de nuestro continente encuentra en Pedro Henríquez Ureña a uno de sus máximos exponentes.*

En estas palabras de presentación incorporamos este juicio, que no es nuestro, porque entendemos que la personalidad de Pedro Henríquez Ureña, analizada ya por críticos como Alfonso Reyes, Emilio Carilla, Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, entre otros, resplandece en el cenit, junto a los grandes forjadores de la identidad cultural hispanoamericana.

Al patrocinar esta primera edición de Pedro Henríquez Ureña y la Argentina, *del Dr. Pedro Luis Barcia, las dos instituciones dominicanas que han auspiciado este proyecto se suman de nuevo a la inmensa corriente validatoria que sitúa a nuestro ilustre compatriota junto a los más representativos exponentes de lo que ha sido, desde José Enrique Rodó, y lo que deberá ser en los años venideros, la expresión de la identidad hispanoamericana.*

DR. JORGE TENA REYES
Subsecretario de Estado de Educación,Bellas Artes y Cultos
Encargado de los Asuntos Culturales.

PEDRO LUIS BARCIA

(Argentina, 1939)

Doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata.

Profesor Titular de Literatura Argentina I y II (U.N.L.P.).

Profesor Titular de Contenidos Culturales del Siglo XX (Universidad Austral).

Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas.

Asesor de la serie Identidad Nacional, Sec. de Cultura de la Nación.

Miembro de Número de la Academia Sanmartiniana y del Instituto Nacional Belgraniano.

El Instituto Nacional Sanmartiniano le ha otorgado las "Palmas Sanmartinianas".

OBRAS PUBLICADAS:

Shakespeare en la Argentina (U.N.L.P., 1966);
Lugones y el ultraísmo (U.N.L.P., 1966);
Escritos dispersos de Rubén Darío, 2 tomos (U.N.L.P., 1968 y 1977);
El mester de clerecía (Cedal, 1967);
Análisis de "El Conde Lucanor" (Cedal, 1968);
Prosas de Rafael Obligado (Academia Argentina de Letras, 1976);
Fray Mocho Desconocido (Mar de Solís, 1979);

La Lira Argentina (Academia Argentina de Letras, 1982), Premio Cincuentenario de dicha Academia;
La Plata vista por los viajeros (Juvenilia, 1982);
Cuentos desconocidos de Leopoldo Lugones (Ediciones del 80, 1982);
Prosas de Enrique Banchs (Academia Argentina de Letras, 1983);
Poesía de Leopoldo Marechal (Ediciones del 80, 1986).

EDICIONES CON ESTUDIO Y NOTAS DE PEDRO LUIS BARCIA:

Cuentos fantásticos de Lugones (Editorial Castalia, Madrid, 1988);
El incendio y las vísperas de B. Guido (Ed. Castalia, Madrid, 1990);
La trama celeste de Adolfo Bioy Casares (Ed. Castalia, Madrid, 1990);
Adán Buenosayres de L. Marechal (Ed. Castalia, Madrid, 1994);
Azul de Darío;
Los desterrados de Horacio Quiroga;
Las águilas de E. Mallea;
Las fuerzas extrañas y *El espejo negro* de Leopoldo Lugones;
La ciudad encantada de la Patagonia (Serie Identidad Nacional);
Folklore bonaerense (Serie Identidad Nacional);
Santos Vega de Hilario Ascasubi (Serie Identidad Nacional).

OTRAS PUBLICACIONES:

Encyclopedie Philosophique Universelle (Prensas Universitarias Francesas, 1993), asientos referidos a la Argentina.

Coordinó el Simposio Internacional sobre las Obras Completas de Rubén Darío (Managua, 1993) y su *Proyecto para las Obras Completas de Rubén Darío* ha sido aprobado como base para la edición crítica de las obras del nicaragüense.

Ha publicado medio centenar de monografías sobre autores hispanoamericanos y argentinos, y al momento tiene en prensa su *Historia de la historiografía literaria argentina*, y el t. I de las *Obras dispersas y desconocidas* de Leopoldo Lugones.

PRÓLOGO

La inexistencia de un *Corpus* orgánico de obras completas de Pedro Henríquez Ureña ha demorado por lustros los estudios, tanto globales como específicos sobre su pensamiento, labor y proyección en el campo de la cultura. Todo intento estaba amenazado, por incompleto y parcial. Esta situación, sin duda, desanimó a muchos. Los más se inclinaron a dejar testimonios de su amistad y de su magisterio, que abundaron al momento de su desaparición, y se sucedieron con motivo de los aniversarios. Esta literatura, evocativa en su mayoría, ha aportado piezas más que estimables, así las de Antonio Caso, Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Rodríguez Demorizi, Rafael Alberto Arrieta, Victoria Ocampo, Samuel Ramos, Enrique Anderson Imbert, Félix Lizaso, José Luis Romero, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Francisco Romero, Arturo Torres Rioseco, Julio Jiménez Rueda, Julio Torri, y tantos más que la lista no podría ser completa. Algunos de esos trabajos ofrecen visiones de conjunto, sumamente claras; otros, abordan temas especiales, ahondan aspectos ceñidos; la mayoría traza los perfiles de la etopeya de P. H. U., apuntan rasgos definidores de su personalidad, retraen anécdotas esclarecedoras de su índole moral o intelectual, adelantan constantes del autor, remarcan aspectos originales de su producción y testimonian deudas, herencias y contribuciones de lo mucho que brindó, sin retaceos, la generosidad irrepresa de P. H. U. Si el autor no tuvo junto a sí un *curador* –según la figura del viejo derecho romano– de su patrimonio espiritual, que le ayudara a administrarse en ganancia de tiempo y de

esfuerzos y resguardándolo de la nunca ostentosa magnificencia de la entrega; sí debe, en nuestros días, lograr buenos administradores de su fortuna legada, para que lo sembrado con mano franca y gesto paladino, fructifique con mayor pujanza y para beneficio común. Una herencia no es solo beneficio, es, en mayor grado, una responsabilidad por asumir.

Un primer conjunto de aportes, estimulantes y suscitadores, está recogido en los trabajos de los autores mencionados, y de otros tantos no mentados aquí, los que, a su hora, se agavillaron en volúmenes de homenaje en revistas de América. Pero aún permanecía en dispersión cantidad de artículos y notas de P. H. U. que, en vasto caudal, estaban diseminados en publicaciones de cinco o seis países –Santo Domingo, Cuba, México, España, Estados Unidos, Argentina– por los que había pasado don Pedro en misión seminaria. A esto se le sumaba el hecho, que aún perdura, de las dificultades de intercambio hemerográfico entre los países de América. Además, los primeros libros del autor –*Ensayos críticos*, *Horas de estudio*, *El nacimiento de Dionisos*–, agotados, se hacían inhallables.

Esta situación comenzará a superarse con lenta pero firme andadura. En 1947, Emilio Rodríguez Demorizi cumple, en su exhaustivo ensayo *Dominicanidad de P. H. U.*, el estudio de la raíz de la patria nativa en don Pedro, su obra, regresos y alejamientos de la Hispaniola. Dos años después, compilará el breve volumen de Poesías juveniles. Tres años más tarde, Javier Fernández en la Argentina, reunirá en *Plenitud de América*, junto a ensayos incluidos en libros del autor, algunas piezas dispersas de su etapa Argentina; ese mismo año 1952, feliz coincidencia, el volumen *Ensayos en busca de nuestra expresión*, editado en Buenos Aires, recogerá un manojo de trabajos, también de doble vertiente, obra compilada y obra dispersa; ésta en menor cantidad que en el volumen de Fernández. El año 1960 marca un hito en las publicaciones del autor: en México se publica *Obra crítica*, en el Fondo de Cultura Económica. El rico volumen, preparado por la argentina Emma Susana Speratti Piñero, reúne seis libros completos de P. H. U. y una selección de ensayos dispersos, con lo que se constituye en un valioso venero para los estudiosos. Pero, a este

aporte editorial, debe agregarse un complemento esencial del volumen: la "Crono-bibliografía de P. H. U", de la misma compiladora. Este repertorio, el más completo hasta la fecha –y cantera invalorable para todo tipo de compulsas y precisiones–, lo realizó sobre las bibliografías anticipadas por Rodríguez Demorizi y Julio Caillet-Bois, ampliada por el fichero de Sonia Henríquez Ureña de Hlito, del archivo personal de su padre, y las contribuciones de otros estudiosos hispanoamericanos. Al año siguiente, acrecen los aportes. En Buenos Aires, y en edición del Instituto de Filología, la misma Speratti Piñero y Ana María Barrenechea dan a conocer el tomo *Estudios de versificación española* (1961), en el que se compilan todos los trabajos específicos –salvo un par de aportes breves–, con las últimas enmiendas e incorporaciones que el autor había establecido. La otra contribución de 1961 es la del argentino Alfredo A. Roggiano, quien en su obra *P. H. U. en los Estados Unidos* (México), estudia la presencia del dominicano en el país del norte y colecta escritos dispersos en publicaciones estadounidenses. Esta compilación abre un campo casi inaccesible, desde ángulos distantes de Norteamérica, y cubre cabalmente las estancias de P. H. U. en ese país.

La década del setenta ha sido propicia para la memoria de P. H. U. En 1975 Minerva Salado, en La Habana, edita su compilación *Desde Washington*, en que recoge las colaboraciones en la prensa cubana, que, con ese título general, remitía el autor hacia 1914 y 1915. La otra obra, capital, de 1975, es la de Juan Jacobo de Lara: *P. H. U.: su vida y su obra*, editada por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña de Santo Domingo. Este libro se constituye en la primera obra de conjunto sobre P. H. U. El mismo investigador tomó a su cargo la empresa de editar las *Obras completas*, iniciada en 1976 y concluida, con el décimo tomo, en 1980. La editora es la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, que rinde así el más alto homenaje al hijo de "la primada de América". La ingente labor de Juan Jacobo de Lara, por tantos puntos estimable, ofrece un cuerpo ordenado de los trabajos, con puntuales notas acerca de primeros sitios de edición y subsiguientes. A otras bondades, la obra

incorpora, cronológicamente, como apéndice de los tomos de ordenación cronológica, el epistolario de P. H. U. que se ha podido rescatar hasta hoy.

Una nueva contribución argentina se constituye en el tomo I de la Colección "Estudios lingüísticos y filológicos", nueva serie de las publicaciones de la Academia Argentina de Letras, que se inaugura bajo la advocación del ilustre dominicano, miembro correspondiente de la Corporación, con el volumen *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos* (1976). La tarea de ordenar los textos y precederlos de un orientador y bien calibrado prólogo, estuvo a cargo de Juan Carlos Ghiano.

Finalmente, cierra esta rica década de publicaciones de y sobre P. H. U. el grueso tomo de la Biblioteca Ayacucho, de Venezuela, intitulado *La utopía de América* (1978), con prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot y la compilación de éste y de Angel Rama. Algo menos de la mitad del volumen lo integran artículos, notas y ensayos hasta entonces dispersos en fuentes hemerográficas diversas. La materia total del libro se refiere a realidades, problemas y figuras de la América española.

Este es un rápido balance de los esfuerzos realizados hasta la fecha en torno a la obra de P. H. U.[1] Aún resta por hacer. Deben reunirse los epistolarios, que complementen el publicado por de Lara, intercambiados con los amigos americanos y españoles de distintas latitudes y que no se hallan en el archivo del autor. Faltará rescatar los textos mostrencos,

---

1. Recordemos, además, las antologías: *Páginas escogidas*. Prólogo de Alfonso Reyes. Selección de José Luis Martínez. México, Biblioteca Enciclopédica Popular, 1946; *Antología*. Compilación y prólogo de Max Henríquez Ureña. Ciudad Trujillo, Librería Dominicana, 1950; *Selección de ensayos. Pedro Henríquez Ureña*. Selección y prólogo de José Rodríguez Feo. La Habana, Casa de las Américas, 1965; y la edición dominicana de la misma antología con prólogo de José Alcántara Almánzar (Santo Domingo, Ediciones de Taller, 1976).

En el texto, abreviamos, –aunque es odioso hacerlo, el espacio es inicuo– Pedro Henríquez Ureña en P. H. U. En cuanto a las obras: P. A. *(Plenitud de América)*; E. BE. *(Ensayos en busca de nuestra expresión)*; O. C. *(Obra crítica)*; U. A., *(La utopía de América)*; O. Comp. *(Obras completas, con romanos el tomo y arábigos las páginas)*. *Seis ensayos (Seis ensayos en busca de nuestra expresión)*; *Corrientes (Las corrientes literarias en la América hispánica)*

reacios a los ya eficaces rodeos bibliográficos. Contribuir con más adelantadas precisiones, tanto en lo que hace a publicación de piezas en colecciones de diarios y revistas, cuanto a datos biográficos que hasta hoy andan indefinidos o erróneos. Esta tarea puede ser cumplida con mayor facilidad por los distintos investigadores en sus propios países.

Santo Domingo, la dulce patria, ha pagado su deuda; claro está, en la medida que las deudas del espíritu pudieran saldarse, con los trabajos que sus hijos han realizado, o los que ha patrocinado y auspiciado ella. Cuba ha adelantado mucho con lo aportado. Gracias a Roggiano –trabajo metodológicamente ejemplar– se han cubierto sus etapas estadounidenses. Han adelantado algo México y la Argentina. Aún se espera un *P. H. U. y España.*

En el caso de nuestro país, la Argentina, se benefició marcadamente más que otros por dos razones conjugadas: porque se afincó don Pedro en el Río de La Plata por un cuarto de siglo y porque esos años de residencia fueron los de su madurez intelectual. Fue esa la hora de grandes realizaciones y de otros grandes proyectos incumplidos porque las circunstancias no lo favorecieron. Son los años de su *plenitud argentina.* Estimamos que mucho puede hacerse –a partir de lo cumplido por compatriotas, como Emilio Carilla y Rafael Alberto Arrieta– respecto de P. H. U. en nuestra tierra. A ello queremos contribuir con este libro, en la medida de nuestro alcance.

A medida que el tiempo transcurre, la figura de P. H. U. va cobrando mayores dimensiones para quienes la consideran; parece necesario, como frente a la montaña, tomar distancia y perspectiva para estimar mejor su acusada altura. Tendía al perfeccionamiento moral, social y espiritual del hombre, y lo instigaba por esta tríada de vías. Una firme actitud ética respaldaba su acción. Su excelente buen sentido realista lo situaba respecto de su contorno; y el idealismo, nunca alicaído en él, alentaba en su conducta. Si algún contratiempo le entorpecía la marcha, le bastaba con repasar su galería hagiográfica de hombres apostólicos, en cuyas vidas se miraba para darse ánimos.

Dos notas le son distintivas: su afán ordenador y su visión integralista. Como un rey Midas del orden, lo imponía en cuanta materia tocaba, por

caótica que se mostrase, porque pensaba según jerarquías. De allí, como se ha dicho, que en todo reclamaba tablas de valores. Su manera de conformar la realidad era por medio de síntesis comprensivas. Es, de los pensadores americanos, el que ha trazado los más claros panoramas en el campo de la literatura y la cultura. Su saber era preciso, organizado y discriminado. Su capacidad de síntesis puede ser despistadora, pues al trazar tan nítido el dibujo, parece hecho sin esfuerzo ni personal aporte. Apuntaba las ideas esenciales, dejando que fuera el lector, como en el consejo de Montesquieu, el que pusiera las intermedias. Esto nos da la ilusión de que completamos lo que dice, cuando lo leemos. La imagen del personaje de Giraudoux –tan bien traída por el fiel y talentoso discípulo Anderson Imbert– que se aplica a P. H. U., es certera: el compositor de himnos de una sola nota, que decía: "Imagino todo un desarrollo musical y silencioso, del cual mi nota es la conclusión".

En nuestro país realizó, según su hábito de balance, que acostumbraba aplicar a todas las cuestiones que abordaba, tres momentos de síntesis. El primer estadio, en la década del 20, traza un par de ellas, a propósito de la búsqueda de nuestra expresión literaria: "Caminos de nuestra historia literaria" (1925) y "El descontento y la promesa"; diez años después bosqueja un nuevo par de síntesis, esta vez sobre los logros de la expresión original en todos los campos de la cultura hispanoamericana: "Vida espiritual de América" y "La América española y su originalidad", ambas de 1936. De estas *súmulas* han de nacer, con explicitación de matices y ejemplos esenciales, las dos *sumas* de la década final: *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945-9) que estaba, *in nuce*, en los trabajos de 1925-6; y la *Historia de la cultura en la América hispánica* (1947), larvada en las síntesis de la década anterior.

Este par de logros magistrales muestran su capacidad de pontonero espiritual, que tiende relación sobre realidades que vemos incomunicadas. El podía hacerlo porque en él todo era unitivo y exhibía en sus páginas la esfericidad de su alma.

La validez de sus libros lo mantiene vivo, como está viva la proyección de su enseñanza que, en sus discípulos, amplía día a día el radio de

su imperio espiritual. A propósito de imperios, cabe recordar la frase de Alejandro Magno, despojado de sus ropas y halajas: *Omnia mea mecum porto*. Por donde fuera –sin bagajes, sin bibliotecas– él portaba la verdadera riqueza consigo. Para nosotros, que heredamos una provincia de su reino es un orgullo; pero es más, es una obligación moral e intelectual lo que tal herencia impone.

Dos palabras acerca de cuáles han sido nuestros propósitos y sobre la naturaleza del trabajo que presentamos. Hemos reunido el mayor caudal de información que nos fuera posible –fechas, programas, actividades– sobre los años argentinos de P. H. U. Nos hemos preocupado, de particular manera, por recoger aquellas piezas dispersas –discursos, notas, crónicas– del autor que yacían dispersas en publicaciones de nuestro país y que no han sido colectadas ni en obras compiladoras parciales ni en las *Obras completas*. Damos, además, a conocer el epistolario inédito de P. H. U. con Héctor Ripa Alberdi, fuente valiosa de precisiones y datos de un primer período. A toda esta materia la hemos conformado en tres núcleos. El primero de ellos ordena las formas de *presencia* de lo argentino en las páginas de P. H. U. hasta 1921, cuando lo que de nuestra patria conocía era lo alcanzado en lecturas. Luego, nos ocupamos de las relaciones de P. H. U. con la delegación Argentina al Congreso Internacional de Estudiantes de México: primer contacto con la juventud de nuestro país. Después, atendemos al primer viaje de P. H. U. a la Argentina, con la delegación mexicana en 1922, y al puente tendido, desde su regreso a México hasta las vísperas del retorno a nuestro suelo.

El segundo núcleo lo constituye lo que, hesiódicamente, llamamos "Los trabajos y los días platenses de P. H. U.": sus cátedras en el Colegio Nacional, en la Facultad de Humanidades, en la UPAK, su aporte a *Valoraciones*, sus vacaciones desde La Plata, las dificultades de su primer asentamiento.

El tercer núcleo se ocupa de "Los trabajos y los días porteños de P.H.U.", desde su radicación en la capital –articulando, por supuesto, los previos, como el Instituto del Profesorado, las conferencias, etc.– hasta su muerte. Hemos preferido dividir por ámbitos de asentamiento la

consideración de sus días argentinos, porque las dos ciudades le brindaron clima intelectual y experiencias diferentes. Naturalmente, en todo momento se tiene en cuenta el entrelazamiento de los dos ámbitos.

Atendimos, de preferencia, en todo momento, a coordinar aquellas expresiones y juicios de P. H. U. sobre el país y sus realidades. Al tiempo, ha sido una constante de nuestro trabajo el señalar una característica de don Pedro: cómo destaca, en las figuras y libros de que trata, aquello que consuena con sus propias modalidades, estilo, conducta e ideales.

Finalmente, ofrecemos una bibliografía argentina sobre P. H. U., que comprende lo publicado por argentinos exclusivamente. La bibliografía reunida es considerable; ella reunida –esas páginas que registra– formaría un grueso volumen que constituiría un hipotético homenaje colegiado. Evitamos, en el texto –y disponiendo de este vasto caudal en las manos–, caer en el tejido fácil, sin exigencia de esfuerzo, de opiniones argentinas sobre P. H. U. Lo hemos utilizado en contadas ocasiones.

Quisimos ceñirnos a lo estrictamente argentino: la Argentina en don Pedro y don Pedro en la Argentina. Estimamos que atender documentalmente a un cuarto de siglo –el más fructífero del autor– transcurrido en nuestra tierra no es materia de poca atención. Este trabajo está compuesto con sentido de homenaje a quien nos enriqueciera con su siembra. Como dice el francés: "Nada faltaba a su gloria; él faltaba a la nuestra".

No fuimos, por edad, ni alumnos ni discípulos directos de don Pedro. Somos –por buscar genealogías que nos favorecen– alumnos-nietos, puesto que por sus alumnos, nuestros profesores, aprendimos a admirarlo y a leerlo con provecho. Que no se cumpla, para desavisados, lo que el Canciller Pero Lope de Ayala, señala de los malos glosadores: "Por nuestras malas glosas ellos niegan el texto".

Tal vez pueda estimarse que hemos prestado, por momentos, demasiada atención a detalles y datos desconocidos en la vida y obra de P. H. U., sin que siempre éstos aparezcan como muy relevantes; rescatamos nuestro esfuerzo respaldados en una reflexión de T. S. Eliot: "Presumimos, naturalmente, que somos amos y no sirvientes de los hechos, y que

sabemos que el descubrimiento de las cuentas de la lavandera de Shakespeare no nos sería muy útil; pero debemos siempre reservar el juicio final acerca de la futilidad de la investigación que las ha descubierto, en la posibilidad de que aparezca algún genio que sepa cómo utilizarlas".[2]

2. En "La función de la crítica", en *Los poetas metafísicos y otros ensayos sobre teatro y religión*. Buenos Aires, Emecé, 1944, t. I, pp. 317-318.

Capítulo I

LA ARGENTINA A LA DISTANCIA

1. PRESENCIA DE LO ARGENTINO EN LA OBRA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA HASTA 1921.

Estimamos interesante el rastreo de menciones, alusiones y juicios que sobre lo argentino aparezcan dispersos en la obra de Henríquez Ureña, previos a su primera publicación en nuestro país, en 1913. Estas referencias y apreciaciones, asentadas aquí y allá, en páginas de diversa índole, pueden ser ilustrativas respecto del grado de conocimiento que de nuestras realidades había alcanzado el escritor; de simpatías y diferencias, para decirlo con el título de una serie de ensayos de su amigo Alfonso Reyes, que ellas puedan haber generado en su estimativa; de dilecciones, de aspectos preferentes, en fin, útiles para ser considerados a la hora del contacto real con la Argentina y sus cosas y hombres, y valorar entonces en él ratificaciones, ajustes y calibraciones propios de su matizado, exigente y honesto criterio evaluativo.

No siempre lo espigado en la compulsa de esas páginas es significativo. Pero un nombre, una reminiscencia, una cita pueden, por el contexto o por la fecha, hacerse reveladores de actitudes y opiniones. La producción escrita de P. H. U. que aquí consideramos comprende desde su iniciación como escritor hasta sus treinta y siete años, digamos con

Dante, el medio del camino de su vida. La otra mitad escasa transcurrirá en tierra argentina.

No ha de esperarse del autor, en ningún caso, declaraciones extensas o juicios abundosos sobre la materia argentina de que se ocupe; por el contrario, desde muchacho mostró una infrecuente capacidad de síntesis y una decantada expresión concisa. Salvo páginas de adolescencia o algunos ocasionales arranques juveniles de entonación cordial, muy espaciados, lo característico de su estilo y de su manera expositiva fue la contención y el adensamiento del contenido en estricta y neta carnadura verbal.

La primera mención de un autor argentino, aparece en una página de sus "Memorias" inéditas, en la que comenta las experiencias lectivas del primer período norteamericano de su vida. Dice que en 1901, "en la revista que dirigía Enrique Deschamps, en Santo Domingo, hice publicar (...) un artículo sobre la *Belkiss* de Eugenio de Castro, que leí en la traducción castellana de Luis Berisso".[1] Dicho artículo de 1901, con el título de la obra, "Belkiss", apareció en la *Revista Literaria*, y estaba trazado a partir de la versión de Berisso, publicada en Buenos Aires en 1897, precedida de una noticia crítica del traductor y un "discurso preliminar" de Leopoldo Lugones.

La mención precedente queda aislada. En cambio, a partir de 1905 hemos de verificar frecuentes referencias a *Almafuerte* y a su poesía en páginas de P. H. U. Tales alusiones a Pedro Bonifacio Palacios, más conocido por su seudónimo *Almafuerte*, llaman la atención, pues que, a primera vista, no se avendrían bien los desafueros expresivos y las desproporciones de concepto del poeta argentino con las habituales mesura de opinión y vigilancia expresiva del crítico dominicano. Cree-

1. Citado por Roggiano, Alfredo A. *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, s. ed., 1961, p. XV. El mismo artículo "Belkiss" lo publicará en *Cuba Literaria*, Santiago de Cuba, 14 de julio de 1904. Un factor que dio resonancia continental a *Belkiss* fue la conferencia "Eugenio de Castro y la literatura portuguesa" de Darío, incorporada a *Los Raros* (1896). En la época, abundaron las reseñas y comentarios sobre la obra de De Castro.

mos explicarlo si atendemos a dos aspectos que tal vez atrajeran la atención de P. H. U. en aquella poesía: su constante preocupación moral y ciertos visos de originalidad que anticipan un momento de transición en la lírica. La primera de las menciones del poeta de Evangélicas, es de 1905, y aparece, insospechadamente, sobre el cierre de un ensayo sobre Oscar Wilde –"Tres escritores ingleses" (O. C., 10)–, cuando afirma: "*De profundis* es una reivindicación de la persistencia del bien en el espíritu del hombre, una prueba de lo que en viriles versos expresa el bardo argentino, *Almafuerte:*

¡Hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más viles vilezas humanas!"

Lo que atrae la atención del crítico es la fuerza humana del poeta y su índole ética, que en el interés pueden rescatarlo de sus desajustes poéticos.

El mismo año de 1905, en su ensayo "El modernismo en la poesía cubana", al considerar que ciertos devaneos exóticos y místicos de algunos de los poetas modernistas parecen retardar la aparición de "los poetas *que vendrán* (una legión soñada de poetas típicos en quienes cante toda el alma de nuestra raza y de nuestra naturaleza), ya tenemos un corto número de precursores", y cita a tres: el mexicano Salvador Díaz Mirón, el peruano Santos Chocano y «*Almafuerte*, quizá el que más se acerca al tipo soñado de nuestro poeta, soberbiamente personal en "Incontrastable", apasionadamente patriótico en "La sombra de la Patria", profundamente humano en "Cristianas"» (O. C., 18). P. H. U. prolonga la esperanza de Rodó en "el que vendrá", el que encarnará en su verbo lo hispanoamericano, y en la tríada mencionada advierte precursores; los tres trasfunden la imagen del poeta-luchador, de empuje, contaminador de entusiasmo; pero *Almafuerte* gana para sí una triple y definitoria adjetivación: personal, patriótico y humano. En otro estudio suyo, el destinado a la poesía de José María Gabriel y Galán, P. H. U. advierte más de una huella del modernismo americano que le precedió y "Más de un

detalle se encuentra en él reminiscente del poeta argentino *Almafuerte*" (O. C., 93). También en el mismo año, en su magistral –por lo clarividente y conciso– ensayo sobre Rubén Darío, compuesto a propósito de la primera edición de *Cantos de vida y esperanza* (1905), señala: «El bardo debe ser vidente, debe ser la avanzada del futuro, y profetizar, como *Almafuerte*, "un mundo celeste, sin odios ni muros, ni lenguas, ni razas"» (O. C., 103), lo que superaría el enfrentamiento de la América Latina con la inglesa, que Darío proclamaba en varios textos de su reciente poemario. Y, en el mismo ensayo, al ejemplificar una actitud frecuente en nuestros escritores –"la religiosidad barroca de muchos escritores hispanoamericanos"–, apunta: "las concepciones religiosas de Juan Montalvo y de poetas tan preclaros como Lugones y el ya citado *Almafuerte* son contradictorias en fuerza de querer ser conciliatorias" (O. C., 103). La observación es justa para el Lugones de *Las montañas del oro* (1897). Con el tiempo, el cordobés irá clarificando su concepción religiosa y definiéndola con perfiles más netos, pero sin que alcance a desterrar del todo huellas del teosofismo difuso y difuminador de su juventud. *Almafuerte* no se rescatará de ese mundo de contradicciones, insalvables por su falta de educación filosófica. Su gusto por las paradojas espirituales y por las antítesis no hallarán dilucidación en su poesía, porque al gusto se le sumaba la confusión de conceptos.

Un último testimonio de esta "presencia" de *Almafuerte* en la atención de P. H. U., es de 1908, a propósito de las *Poesías* de Unamuno y su rebusca de espontaneidad y sencillez, que las pierden de continuo en ramplonería, anota "¡Númenes de Fray Luis y de Rioja! Empeñarse en rebuscar nuevas sencilleces poéticas, como si Rubén Darío no hubiese alcanzado la sublimidad de la expresión sencilla del 'Portico' de *Cantos de vida y esperanza*, ¡ y negar que piensen los poetas modernos como si no cantaran todavía Díaz Mirón y Almafuerte!"[2]. En síntesis, *Almafuerte* encarna para P. H. U. –en esos años mozos– la autenticidad humana,

2. "Poesías de Unamuno", en *La Cuna de América*, 2 de febrero de 1908; recogido en O. *Comp.*, I, pp. 249-250.

basada y espoleada por una actitud ética; una cierta capacidad profética de vate que anuncia una futura etapa de solidaridad humana, que supere razas, lenguas y límites; y que, como primer paso, generará la unidad americana, sin más distinciones entre latina y sajona. Si algo había llegado a P. H. U. acerca de rasgos biográficos del poeta argentino, ello habría contribuido a su simpatía respecto de él: el maestro esforzado de primeras letras, que fue a sembrar el abecedario "donde mismo se siembran los trigales". Este "redentorista" sería uno de esos hombres apostólicos, que con razón entroniza el dominicano, pero en escala menor, en ámbito menos que nacional, no hispanoamericano como los maestros mayores. En cambio, lo que menos apunta en estos años –1905-1908, P. H. U. respecto de *Almafuerte*, pues solo se reduce a una frase apenas, es su carácter de *precursor* de la renovación poética modernista, uno de los sanjuanes bautistas del modernismo. Este carácter del poeta lo habrá de convalidar, en cambio, con el tiempo, en juicios de su madurez[3]. Así, en *Las corrientes literarias en la América hispánica* señalará: "La transición del romanticismo al modernismo empezó con escritores como González Prada y Zorrilla de San Martín. Más tarde, Othón, Díaz Mirón e Icaza en México, *Almafuerte* en la Argentina, y Deligne en Santo Domingo, poetas todos ellos de alta calidad, pertenecieron en parte al nuevo movimiento" (pp. 169-170); y en nota a este juicio: "*Almafuerte* fue siempre un romántico impetuoso por su temperamento y su descuido de la forma, pero su estilo estaba lleno de originalidad y novedad, acertada o no" (p. 258).

Un segundo poeta argentino al que se refiere P. H. U. desde temprano es Lugones, en el que advierte –además de las contradicciones religiosas o "religiosidad barroca", como apuntara– cierto pesimismo a ratos autén-

3. Su atención hacia *Almafuerte* se mantendrá en pie. En carta a Ripa Alberdi —que más adelante citaremos en extenso— del 14-III-1922, desde México le escribe pidiéndole material para completar una antología de la poesía hispanoamericana que publicaría la Universidad de aquel país: "Nos faltan poesías de *Almafuerte:* de él solo me gustan dos de las que tenemos, y no quiero ser injusto precisamente con autor tan discutido".

tico, a ratos por pose, y esto es nota común con Julio Flores, Juan José Tablada y Amado Nervo[4]. Al tiempo, señala que "Si a alguien pudiera darse el título de Góngora americano (título de nobleza no corrompida pero sí peligrosa por su osadía), a Leopoldo Lugones le correspondería en todo caso: él es quien ha popularizado entre nosotros un estilo imaginativo singular, cuyo más notorio recurso es la trasmutación de lo objetivo en subjetivo y viceversa" (O. C., p. 178). Ambas observaciones son de 1905, de su primer ensayo sobre Darío. Para entonces, Lugones había editado sus dos primeros poemarios, *Las montañas del oro* y *Los crepúsculos del jardín* (1905); varios de los poemas del segundo libro habían aparecido, no solo en revistas mexicanas, sino en varias de todas partes de América, preferentemente los de la serie "Los doce gozos". Precisamente estimamos que alude P. H. U. a ellos, aunque no los mencione como tales –porque tal vez no los alcanzara ordenados en conjunto– cuando comenta que, aunque en América abundan los poemas cortos son escasos aquellos que tengan por asunto un proceso psicológico. Excepciones: textos de Gutiérrez Nájera, de Luis Urbina y Andrés Mata y, agrega, "ciertas poesías de Lugones son hábiles sketches de aspectos momentáneos, sugeridores de vida interior"[5]. El adjetivo "hábiles" sindica lo artificioso de esos textos que no reflejan experiencias líricas auténticas y profundas. Coloca a Lugones junto a Darío en la empresa de la renovación métrica modernista, reconociéndole maestría técnica, pero nunca la calidad lírica del nicaragüense[6].

En carta a D. J. Humberto Ducoudray, fechada en México, el 25 de noviembre de 1909, apunta[7]: «en América se pierde el tiempo disputando sobre si Lugones es mejor poeta que Díaz Mirón o Rubén Darío, sobre si

---

4. O. C. p. 18.

5. "Gastón Deligne" (1908), en O. C., p. 182; en O. *Comp.*, I, pp. 187-198, esta versión del ensayo es la que corrigió P. H. U., poco días antes de morir, y registra variantes respecto del citado por nosotros en O. C.

6. O. C., p. 178, n. 2.

7. En O. *Comp.*, I, p. 346 y p. 349, la segunda cita.

Las montañas del oro es mejor libro que *Los crepúsculos del jardín*, o si la "Sonatina" vale más que "Era un aire suave..."». Y con alusión al autor, establece un claro distingo de conducta crítica: «Pero una cosa es la preferencia personal y otra la opinión crítica. Yo puedo sentir mayor interés en la lectura de Deligne que en la de Lugones; pero no dejo de reconocer que el temperamento de Lugones es más absoluta y exclusivamente poético que el del autor de "Aniquilamiento"». Amigo de la poesía dominicana, pero más amigo de la verdad poética... P. H. U. jamás jugó al nacionalismo fácil y adulón.

Cuando año más tarde, en 1926, reseñe la *Antología* de Julio Noé, recordará: «Los crepúsculos del jardín, cuya amplia difusión en revistas, desde antes de comenzar el nuevo siglo, provoca una epidemia continental de sonetos, a la manera de "Los doce gozos"»[8]; con la perspectiva temporal, se han perfilado históricamente, como bien lo adjetiva P. H. U., el ciclo de sonetos y, sin reparos, merece la hospitalidad antológica: «pido los históricos "Doce gozos" íntegros, para devolverle su arquitectura de poema, de secuencia de sonetos, según la ilustre tradición italiana».

A otros poetas argentinos alude don Pedro en sus páginas juveniles. Leopoldo Díaz es asociado a las imaginaciones griegas, francesas y escandinavas a lo Guillermo Valencia o Ricardo Jaimes Freyre (O. C. 18); lo recuerda por su homenaje al fundador del idioma poético, Gonzalo de Berceo, en el poema que le dedicara (O. C., p. 85); y como autor plástico de "grandes *panneaux* decorativos, de intenciones simbólicas a veces" (O. C., p. 182). Andados los años, P. H. U. quebrará una caña en favor de Leopoldo Díaz, "el más antiguo de los poetas contemporáneos de la Argentina"[9], excluido del florilegio de Noé. Su gestión será efectiva, pues el antólogo le franqueará la entrada a su selección al momento de publicarla por segunda vez.

---

8. "Poesía Argentina", en *Seis ensayos...*, O. C. p. 306 y 307, respectivamente.

9. *Idem* p. 306.

Al patriarcal Carlos Guido Spano lo asocia al grupo de autores que tomaron como motivo de sus poemas las leyendas de la tradición indígena: José Ramón Yepes, Mercedes Matamoros, la misma madre de don Pedro, Salomé Ureña, y nuestro convecino fluvial, Zorrilla de San Martín (O. C., p. 142). Cuando forme con Borges la *Antología clásica de la literatura argentina* (1937) le dará cabida a la antologizada "Nenia", en la cual veía, como en "La victoria" de Ricardo Gutiérrez, un humanísimo sentido de compasión al vencido, el hermano paraguayo, y dirá en *Las corrientes literarias*...: "la actitud de estos poetas es semejante a la de algunos grandes escritores norteamericanos durante la guerra contra México en 1847" (p. 143).

Finalmente, una mención del solemne y sonoro autor de "El nido de cóndores": "(el nombre de) Gutiérrez Nájera, que en la tierra de Anáhuac representa lo mismo que el de Bello en Venezuela, el de Olmedo en Ecuador, el de Andrade en la Argentina, el de Heredia en Cuba, los de Salomé Ureña y José Joaquín Pérez en Santo Domingo"[10]. Nuestro poeta *condoreiro*, como poeta nacional de notable adhesión popular.

En carta a Enrique Apolinar Henríquez, del 15 de mayo de 1907 (O. *Comp*. I, p. 318) al hablarle de hombres que en América hacen el esfuerzo de interesarse por el movimiento intelectual de las distintas naciones hermanas, comunicándose entre sí, intercambiando sus libros, ocupándose de las obras hispanoamericanas, para facilitar con su preocupación la unidad cultural de la América española, menciona a tres argentinos: Luis Berisso, Eugenio Díaz Romero y Manuel Ugarte. El primero –a quien conocía como traductor de *Belkiss*, según se ha visto– había publicado *El pensamiento de América* (1898),[11] con estudios sobre la obra de treinta y cuatro autores, estrictamente la mitad de ellos argentinos, y la otra, del

---

10. "Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México", en *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de mayo de 1907; recogido en O. *Comp*., I, lo citado p. 265.

11. Berisso, Luis: *El pensamiento de América*. Precedido de un prólogo por Víctor Pérez Petit y de una noticia biográfica por Paúl Groussac. Buenos Aires, Féliz Lajouane, editor, 1898, 418 pp. La "Noticia biográfica" de Groussac no es otra que el "Medallón" con que lo presentara

resto de Hispanoamérica. Eugenio Díaz Romero colaboraba, como poeta, en diversas revistas americanas, y había sido el director de *El Mercurio de América* (1898-1900) que en sus diecinueve entregas había logrado considerable difusión y participación de plumas prestigiosas de la Argentina y algunas de países vecinos, con críticos especializados en las secciones de distintas literaturas. En cuanto a Manuel Ugarte, el mismo año de la carta a su pariente E. A. Henriquez, 1907, P. H. U. publica una reseña de la antología que el argentino preparara y que había aparecido por la Librería Armand Colin, de París, el año anterior; se trata, como se sabe, de *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*[12], que P. H. U. comentó en "Nueva antología", nota en *Revista Moderna de México*[13]. El volumen de Ugarte recoge, prosa y verso, materia de toda Hispanoamérica, en algunos casos, aún de autores que no habían llegado al libro. Su elección no es siempre atinada; Argentina y Chile se llevan un tercio del libro; le siguen México, Venezuela y Uruguay, con la mitad de caudal que el de cada uno de los anteriores países. La Quisqueya natal de don Pedro está representada por Tulio Cestero y Américo Lugo, ambos con breves páginas en prosa. No figuran los *dei maiores*: Salomé Ureña, J. J. Pérez y Gastón Deligne. Es altamente interesante el "Prefacio" de Ugarte, por el inteligente señalamiento de

---

en la revista *La Biblioteca* (a. II, t. VIII, 1898) y que se cierra con este juicio lapidario sobre la *Belkiss* de De Castro, traducida en esos días por Berisso: "una de esas imitaciones de Flaubert, que se parecen a la Tentation, como la luna se parece al sol".

Los escritores no argentinos tratados en el libro de Berisso son: Abigaíl Lozano, Alejandro Magariños Cervantes, Benjamín Vicuña Mackenna, José Joaquín Olmedo, Jorge Isaacs, Guillermo Matta, Manuel Acuña, Manuel Gutiérrez Nájera, Rafael María Baralt, Francisco J. Caldas, Ricardo Palma, José S. Chocano, José María Samper, Rubén Darío, Francisco Bilbao, José María Heredia, Salvador Díaz Mirón; no es estrecha la selección.

12. Ugarte, Manuel: *La joven literatura hispanoamericana. Antología de prosistas y poetas*. París, Librería Armand Colin, 1906; 320 pp.; hay reedición de 1919, por igual editorial. Esta obra, que tuvo sensible trascendencia para la divulgación de la literatura hispanoamericana en su momento, se tradujo al francés: *La jeune littérature hispano-americaine*. Traduction Raymond Laurent, París, Sansot, editeur, s. a.

influencias en la literatura hispanoamericana y de tendencias renovadoras en distintas épocas, de manera preferente, las del momento; registra juicios agudos, que lo muestran como inteligente diagnosticador de la realidad del presente. No deja de llamar la atención la casi ausencia de menciones de Ugarte en los ensayos de P. H. U. sobre literatura y pensamiento político de Hispanoamérica. Al argentino lo recuerda como poeta, en su nota a la *Antología* de Noé, sin adjetivaciones, y en *Las corrientes literarias*... (nota 9 al cap. VII), en una larga lista de "otras figuras" de la poesía, cuando se ocupa de "Literatura pura". Esto es atendible y justo, por cuanto Ugarte no es poeta valioso, y, salvo nota aislada, no merecería en antologías del verso en América. Pero lo más extraño es que nunca lo asocia a la empresa de los que bregaron por "la magna patria", cuando hay títulos de ensayos de Ugarte que de por sí deberían haber despertado su atención: *La patria grande*, *El porvenir de la América Latina*, *El destino de un continente*. Cabe recordarse una apreciación, contenida en carta a Alfonso Reyes, fechada en Miramar, enero de 1927, donde, refiriéndose a la generación actual de autores argentinos (Borges, Franco, Nalé Roxlo, etc.), dice: "Esta nueva generación está en mal momento: le ha tocado, como a la mexicana después del Ateneo, venir después de una fuerte (Banchs, Capdevilla, Fernández Moreno, Arrieta, Alfonsina; hasta Güiraldes –que es de esa generación anterior, y les hace sombra), como entre esa y la de Lugones y Larreta se interpuso *una generación torpe, la de Manuel Ugarte y Ricardo Rojas*, equivalente a la que México medió entre la *Revista Moderna* y el Ateneo"[14]. Aquí estaría la clave de su exclusión: en la "torpeza" que les atribuye a los de la generación intermedia. De allí que Ricardo Rojas, casi no surja –solo lo suele apuntar como poeta, no tanto como ensayista– en las páginas críticas, ni en los balances de P. H. U. referidos a las cuestiones hispanoamericanas; Rojas aparece moviéndose en el ámbito exclusivamente nacional argentino.

---

13. "Nueva antología", en *Revista Moderna de México*, México, febrero de 1907, pp. 379-382.

14. Recogida en O. *Comp.*, tomo VI, pp. 405-408; lo cit., 407.

En cambio, Ugarte incluye dos veces, por lo menos es lo que hemos registrado en nuestra revisión, el nombre de Henríquez Ureña, en distintos ensayos de *Las nuevas tendencias literarias*;[15] en "Una ojeada sobre la literatura hispanoamericana", lo menciona entre los críticos de valor (p. 37) junto a Rodó, Gerchunoff, Calderón, Fortoul, Sáenz Hayes y otros; y con mayor énfasis en "Algunos libros hispanoamericanos": "las páginas sesudas y brillantes que ha reunido el dominicano Pedro Henríquez Ureña" (p. 170).

Junto a estas alusiones y menciones a escritores argentinos, figuran en las páginas juveniles de P. H. U. algunos juristas, sociólogos y polígrafos de nuestro país. En el plano de la jurisprudencia el exaltado en toda ocasión que se le brinde es Carlos Calvo: "Discútese actualmente la forma en que habrá de plantearse y la importancia que deberá adquirir la doctrina Calvo. Esta doctrina, formulada por el célebre tratadista argentino cuyo nombre lleva, y que constituirá, sumada a la doctrina Monroe, una coraza invulnerable para la integridad nacional de los pueblos americanos, estipula que las deudas internacionales no deberán cobrarse nunca por la fuerza (...) Hoy, cuando la Argentina acaba de afirmar enfáticamente la necesidad de implantar la doctrina Calvo", escribe en su artículo "Pan América", en 1906.[16] En repetidas ocasiones, a la hora de las síntesis, P. H. U. señala como aporte valioso en el campo de la jurisprudencia hispanoamericana el tratado de Derecho Internacional del argentino, que incluso, dice, es citado en Europa y manejado en los estudios en Francia. En su obra póstuma, *Historia de la cultura...*, resumirá: "En derecho internacional, la América hispánica empieza a destacarse con las doctrinas del jurista argentino Carlos Calvo (1824-1906), autor del tratado, universalmente conocído, de *Derecho internacional teórico y práctico* (1868) y del *Diccionario de derecho internacional*

---

15. Ugarte, Manuel: *Las nuevas tendencias literarias*. Valencia, F. Sempere y Compañía, editores, s. a.

16. "Pan América", en *Listín Diario*, 1 de junio de 1906; recogido en O. *Comp.* t. I, pp. 153-154.

público y privado (1885). Calvo expuso el principio de que ningún gobierno debe apoyar con las armas reclamaciones pecuniarias contra otro país. Este principio, aceptado ahora en todas partes, adquirió resonancia en 1902 cuando lo invocó el jurista Luis María Drago (1859-1921), Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, a propósito del conflicto entre Venezuela e Inglaterra. La Argentina, además, había presentado el principio del arbitraje compulsivo en la Conferencia Pan Americana de 1889; la idea tuvo después el apoyo de Brasil, y finalmente, si bien no se ha convertido en precepto obligatorio, ha hecho mucho camino en la opinión internacional"[17].

En carta a Federico Henríquez y Carvajal, del 20 de noviembre de 1909, en una extensa consideración sobre el esfuerzo de la República Dominicana por incentivar la inmigración, le dice, con alusión al aluvión inmigratorio ocurrido en nuestro país entre fines del siglo XIX y los primeros años del XX: "Podemos los dominicanos confiar en que, por vivir en orden y en salud irán hacia nosotros los extranjeros? ¿Vamos a hacerle la competencia a la Argentina?"[18].

Respecto de sociólogos argentinos, más allá de un par de menciones de Carlos Octavio Bunge, con referencias a su ensayo interpretativo *Nuestra América* (1903), –de martiano título pero de espíritu y contenido nada avecinable al idealista libertador cubano–, que en su reedición de 1905 llevará el subtítulo de "Ensayo de psicología social"[19], y en las que P. H. U. no juega opinión. Si vale la cita completa de unos pasajes de cartas a su hermano Max. La primera de éstas está fechada en México, 13 de febrero de 1908, [20] y trata de la búsqueda de diez hombres sabios –no ya lo diez justos bíblicos que justificaban las ciudades y que P. H. U. ha de aplicar, en otros sitios a América– y comenta: "En la América española, desde que es libre, no ha habido diez sabios: Bello, como filósofo

17. *Historia de la cultura en la América hispánica*, ed. cit. p. 106

18. Recogido en O. *Comp.*, I, p. 341.

19. O. C., pp. 24 y 26.

20. Recogido en O. *Comp.*, I, p. 357.

y lingüista; Cuervo y Calandrelli, como lingüistas también (el nombre de Calandrelli se lo debo a Pancho: dice que es autor del *Diccionario etimológico*; dime si tienes noticias de él); Calvo, como jurista; Ameghino, como paleontólogo; Hostos, como sociólogo y pedagogo; y es todo. Pero hay luego el tipo de los maestros: algunos, como Bello y Hostos, que han escrito; otros, como Varela, Luz Caballero y Barreda, que no han hecho sino crear una enseñanza. Varona no me parece responder al tipo de sabio (tal vez esta palabra es demasiado estrecha) porque no es de grande originalidad científica; *mucho menos han de responder Bunge, Ingenieros y los demás argentinitos*. Ignoro qué altura verdadera corresponda a otros hombres de Chile y la Argentina, que sí tienen figuras científicas"[21]. No queda mal parada la Argentina en el balance de los sabios. Resulta ocurrente y bien manejado para su intención descalificadora, el uso del diminutivo "argentinitos" para Bunge, Ingenieros y sus secuaces. Pero, antes de apuntar las razones de descarte hacia ellos, citemos otro pasaje epistolar. Esta vez escribe a Max, también desde México, el 4 de marzo de 1908[22]. Viene comentando el estudio, tan elogiado siempre por P. H. U., *El Perú contemporáneo*, de Francisco García Calderón: "Esto es ya un estudio sociológico tan extenso y profundo que deja muy atrás las majaderías imaginativas de un Bunge. Desde luego, García Calderón es un gran cerebro metódico, muy superior a los argentinos, que no han

---

21. Matías Calandrelli nació en Salerno (Italia), en 1845, donde estudió filosofía y letras, especializándose en literaturas griegas y orientales y en lingüística. Llegó a la Argentina en 1871, donde fue profesor en el Colegio Nacional y en la Universidad de Buenos Aires; y fue profesor y Rector del Colegio Nacional de La Plata, hasta 1888, el mismo adonde dictará sus cursos don Pedro. Compuso varias obras de filología clásica; la capital fue el *Diccionario filológico comparado de la lengua castellana* (1879) –a éste se alude, sin duda–, obra con una introducción notable de Vicente Fidel López; Sarmiento elogió largamente esta obra. En ella, además de la clasificación gramatical de los vocablos, se traza su etimología –de allí lo de "etimológico" que dice P. H. U.–, a través de la indagación en lenguas griega, latina, árabe, hebrea, indoeuropea, y relacionándola con las de las otras lenguas romances. Calandrelli falleció en Buenos Aires, en 1919.

22. Recogido en O. *Comp.*, I, p. 358.

pasado de un positivismo *terre a terre*, como Ingenieros, o de una elucubración que se dan de cachetadas Spencer y Hegel en una misma página, como Bunge; aparte de que escribe mejor castellano. Lo notable de García Calderón es que es el primer crítico de la filosofía que aparece en América".

Hay varias razones, encadenadas entre sí, que explican el rechazo, más aún, la condena dura de Bunge e Ingenieros. Primera, el positivismo filosófico en el que ambos estaban embanderados; segunda, la falta de discriminación en el campo filosófico de conceptos encontrados, que ambos allegaban, sin advertencia de su incompatibilidad; tercera, la tendencia común en los dos a generalizaciones precipitadas, y las afirmaciones dogmáticas y arbitrarias –hay frases muy definitivas de P. H. U. acerca del nuevo dogmatismo positivista que reemplazó al dogmatismo escolástico en nuestras ideas filosóficas hispanoamericanas, particularmente argentinas–; en el caso de Bunge, y con referencia a *Nuestra América*, la razón denostativa está bien definida en P. H. U. Cuando el dominicano se refiere a la obra inconclusa de Sarmiento, *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883), comenta en *Las corrientes literarias en la América hispánica* (p. 247): "la concibió como el desarrollo de las ideas contenidas en el *Facundo*. Pero resultó cosa distinta. Cuando escribió *Facundo* percibió claramente y describió las influencias de la geografía y la historia en la vida social y política de la Argentina: hechos como la vastedad del territorio y la escasez de la población, o la muchedumbre de vacas y caballos que hacían gratuitos el comer y el viajar. Después, en el libro nuevo, quiso explicar la historia de la América hispánica desde el punto de vista de la raza. Pero *la raza no explica nada*. Y el método que adoptó se le convirtió en carga onerosa (...) En suma: tuvo éxito en *Facundo* porque fundó sus interpretaciones en la cultura, según se entiende ahora el vocablo en etnología y sociología; fracasó en la obra posterior porque quiso fundarlas en la raza". Bunge, con su apoyatura racial, parece ser un continuador de Sarmiento en su último libro, pues, a las tres notas distintivas del alma hispanoamericana, la tristeza, la pereza y la arrogancia, les da origen étnico. Cuando P. H. U.

habla del homen novo americano, cita a Ricardo Rojas para hacer la distinción de aquello en que estriba la diferenciación: "El resultado no de un *ethnos*, sino de un *ethos*" (*Las corrientes*... p. 45). Por lo demás, en su fundamentación étnica de lo psicológico social, Bunge exalta al hombre blanco por sobre el indígena y el negro, con verdadero menosprecio. Criterio que para nada podía compartir P. H. U. Bunge no aparecerá mencionado ni en *Corrientes*, ni en *Historia*; sí Ingenieros, como "el último y más popular representante" del positivismo en la Argentina (*Corrientes*, p. 185).

A estas referencias salteadas, que aparecen en los ensayos y correspondencia juveniles de P. H. U., sobre personas y obras de nuestro país, debe sumársele una breve pero caracterizadora nota necrológica, "Mitre", escrita con motivo de la muerte, en 1906, del estadista y polígrafo argentino[23]. Con los años, el gran diario porteño fundado por aquel historiador habría de difundir los ensayos clarificadores de aquel muchacho centroamericano que, a la distancia, rindió homenaje final a aquel personaje en quien reconocía su dimensión política y humanística, y que ejemplificaba con su vida y obra, la sentencia del verso del Marqués de Santillana: "la pluma non embota el fierro de la lanza". Mitre era, como el mismo P. H. U. lo dirá, de la estirpe de los "luchadores y constructores, herederos de Bello y de Heredia, de Sarmiento y de Mitre, hombres que solían ver en la literatura una parte de su servicio público" (*Corrientes*, 155).

Hemos registrado una sola apreciación de conjunto acerca de nuestra literatura argentina, previa a 1913, en la obra de P. H. U.; ella alude a "el criollismo de última hora, que sí lleva trazas de ir ganando terreno poco a poco, sobre todo en la Argentina; a tanto más, cuanto que no se trata de escuela artificial, sino de movimiento espontáneo apoyado por el público"[24]. Esto lo anota en una carta abierta a Federico García Godoy, datada en México, en 1909. Por esos años se publicaban obras de Miguel Andrés Camino y poemas de Evaristo Carriego; más firme era el movi-

23. "Mitre", *Revista Crítica*. Veracruz, enero de 1906, pp. 29-30, sin firma.

24. "Literatura histórica", en *Horas de estudio*; recogido en O. C., p. 136.

miento criollista en la otra orilla de "el gran río color de león": los uruguayos Elías Regules y *El Viejo Pancho*.

En 1913 P. H. U. asienta su observación más abarcadora, en cuanto caracterización amplia de nuestra fisonomía literaria. Esta aparece en uno de sus textos esenciales: la conferencia sobre Juan Ruíz de Alarcón, pronunciada en México, el 6 de diciembre de 1913. Es uno de sus ensayos más reeditados y antologizados de toda su obra; y lo merece, por el giro firme que dio a algunos aspectos del teatro del autor de *La verdad sospechosa*. El texto original de dicha conferencia es el que fuera publicado en folleto y varias veces reproducido por la prensa en los primeros años subsiguientes a la disertación. Pero no es el que recogió en *Seis ensayos*...(1928), que se muestra muy retocado respecto del primigenio. Ha suprimido una introducción de unas tres páginas largas con las que empezaba la exposición y ha introducido variantes en las expresiones del cuerpo del texto, varias enmiendas y, hacia el final, esto es observación en la que parece no haberse reparado hasta hoy la supresión absoluta, en 1928, de las cinco páginas de densas notas con que apuntalaba su estudio, y dejando sólo la referente a la "extrañeza" de Ruíz de Alarcón. Esas notas son fundamentales para la crítica posterior, porque en ellas traza andariveles muy ricos para la consideración por extenso de cuestiones que él, P. H. U., trata apretadamente; de particular manera, encarecemos la nota relativa a los criterios de clasificación de las comedias de Alarcón. Estas pautas constituyen el plan de una monografía futura[25].

---

25. El texto de 1913 es el recogido en O. *Comp.*, II, pp. 295-318. La reelaboración del mismo, suprimiendo introducción y notas, y con otros retoques, es el incluido en *Seis ensayos*...; que es el que reproduce en O. C., pp. 272-282 y *U. A.*, pp. 120-129. El texto publicado en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, año I, nº 1, julio de 1931, pp. 25-37, *no es ninguno de los dos anteriores* (1913 y 1928). Claro está que, en su contenido los conceptos son los mismos; pero deberían acompañarse los dos últimos –1928 y 1931– en las ediciones, porque hay matices de apreciación y nuevas incorporaciones interesantes. Por lo demás, el texto de 1931 es solo parte de la lección dada, como lo aclara la nota al pie de página, de la cual lo publicado es parcial versión taquigráfica. Primera muestra que nos queda de la forma de exposición oral de P.H.U.

En razón de lo antedicho, preferimos el texto de 1913: «Pero así como existen características regionales en la literatura de las provincias de España –Andalucía, por ejemplo, o Valencia–, han de existir, y existen, las características nacionales de la producción literaria, todavía informe en cada uno de los países de la América española. No me refiero únicamente a las obras en que se procura el carácter criollo, la descripción de cosas locales. No: cualquier lector avezado a la literatura nuestra discierne sin grande esfuerzo la nacionalidad, sobre todo de los poetas. Pero observando por conjuntos, ¿quién no distingue la poesía cubana, elocuente, a menudo razonadora y aún prosaica, de la dominicana, llena también de ideología, pero más sobria, y a la vez más libre en sus movimientos? ¿Quién no distingue entre la facundia, la "difícil facilidad", la elegancia venezolana, superficial a ratos, y el lirismo metafísico, singular y trascendental de Colombia? ¿Quién no distingue, junto a la marcha lenta y mesurada de la poesía chilena *los ímpetus brillantes y las audacias de la Argentina?* Y, ¿quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y los demás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, el tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana?»[26]. "Brillantez" y "audacia" serán notas distintivas de nuestra lírica que, recurrentemente, habrá de recordar P. H. U., reafirmándolas, hasta en páginas críticas de su madurez.

A lo expuesto anteriormente se reduce la presencia de lo argentino en la obra de P. H. U. hasta 1922. Como se advierte, el mayor acento de alusiones cae entre 1905, –en páginas que recogió en su primer libro,

---

26. En una de las notas suprimidas después, originales del texto de 1913, comenta P. H. U. que nuestro país es dónde se ha realizado mayor esfuerzo bibliográfico para caracterizarlo, en busca de nuestra realidad, de lo distintivo nuestro: "La República Argentina es, sin duda, la que cuenta con más extensa literatura de estudio psico-sociológico nacional (obras de Ramos Mejía, Bunge y otros)", en *O. Comp.*, II, nota 2, p. 314. Y se explica, por el común sentimiento de indefinición de nuestra índole nacional debida a la "apertura atlántica" que, facilitándonos el contacto con Europa, ha hecho más compleja nuestra constitución y fisonomía.

Ensayos críticos– y 1909, presentes en sus comentarios bibliográficos, estudios breves y lo que hasta hoy se ha publicado de su epistolario hasta 1922. Es observable que desde 1913 hasta la fecha recién citada, no hay apuntes sobre materia argentina en la obra del dominicano. Pero lo compulsado, las escuetas observaciones, los apretados juicios de aquel muchacho veinteañero, revelan en él una firme estimativa crítica, propia de una precoz madurez de criterio y de una ya bien fundamentada formación cultural.

2. PRIMERAS PUBLICACIONES DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN LA ARGENTINA (1913-1921).

Atendamos ahora, no ya a la presencia de la Argentina en la obra juvenil de P. H. U., sino a la presencia de él en nuestro país. Esa primera forma de presencia del autor en la Argentina se dio –tal vez con ignorancia del propio P. H. U.– a través de la reproducción de un trabajo suyo en una revista argentina. Esto ocurrió tempranamente, en 1913. Se trata de la conferencia "La obra de José Enrique Rodó", pronunciada en el Ateneo de la Juventud de México el 22 de agosto de 1910, cuyo texto fuera editado el mismo año y reproducido después en varias publicaciones de América central[27]. La revista que lo rescató para sus lectores difundiéndolo en nuestro medio cultural era la más prestigiosa del momento: *Nosotros*[28]. Por vez primera, el nombre de Pedro Henríquez Ureña figura suscribiendo un trabajo en una publicación argentina. De esta manera, hace pie P. H. U., en playa de papel, en las orillas del Plata, una década antes de hacerlo en persona.

---

27. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México, Imprenta Lacaud, 1910, pp. 63-83. En nuestro país será recogido en *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Raigal, 1952, pp. 118-131; *O. Comp.*, II, pp. 147-162 y en *U. A.*, pp. 334-345.

28. En *Nosotros*, Buenos Aires, año 7, t. 9, nº 45, enero de 1913, pp. 225-238. Los directores, Giusti y Bianchi, lo tomaron de *El Mes Literario*, Venezuela.

El trabajo –el más completo del autor sobre el pensador uruguayo–, sitúa a Rodó entre los maestros de América, pero de aquellos que más se proyectan con el libro que con la acción política. Una afirmación de P.H.U. le es aplicable a sí mismo, y es como un lema al que plegará toda su labor crítica: "La síntesis, no el análisis, debe ser el fin supremo del crítico". En efecto, no hemos de hallar un solo ensayo del dominicano demorado en el análisis de un texto literario determinado, novela, drama, poema; su tendencia es a dar un panorama claro y conciso de la producción total del autor, señalando las líneas axiales de su producción y las notas características que su peculiar, original, aporte al mundo de la cultura hispanoamericana, europea, universal. P. H. U. traza una descripción y enjuiciamiento de la obra rodiana al hilo de la cronología. Busca en el autor, como en todos los hispanoamericanos que le han interesado, los despuntes de la originalidad personal. La encuentra en el hecho de haber relacionado el principio bergsoniano de la evolución creadora con el ideal de una norma de acción para la vida. Siempre apunta P. H. U. para este ángulo de coincidencia: concepción filosófica y realidad vital en el pensador. Rodó, nos dice, no es creador de un sistema filosófico; es de la laya de los *eticistas*; sigue en la clásica tradición de buscar en la propia experiencia –íntima y social– las verdades morales. Su imperativo es pensar y vivir personalmente la verdades morales, no tratarlas librescamente. Corresponde a la estirpe de Epicteto, Plotino, Séneca, Marco Aurelio, Fray Luis de León, en fin, "la familia que preside, cobijándola con una de sus alas de arcángel, el divino Platón". Como suele ocurrir en sus ensayos etopéyicos y de crítica filosófica, el autor dominicano señala sus puntos de coincidencia profunda con la persona o pensamiento de que trata. En este caso de Rodó, P. H. U. también es de la laya de hombres eticistas, él también ha buscado cobijo a la sombra de Platón, él ha procurado siempre "igualar con la vida el pensamiento". No es que P. H. U. proyecte sus ideales en los autores que considera, sino que se place en señalar concordancias. Hay una detección de lo suyo en otros, y se acerca a ellos. Va acusando los ecos familiares detectados por la sonda que lanza a las aguas de cada autor que estima. Es el irse encontrando –no ya padres, como en la frase de Gidesino descubriendo

hermanos en el mundo del pensamiento, descubriendo los lazos de una hermandad fraternal del intelecto. Es el ratificarse en otros; y en Rodó, todos los temas preferentes del autor son los que atraen la preocupación personal de Henríquez Ureña.

Por poco más de un lustro no reaparecerá el nombre de P. H. U. en las páginas de revistas argentinas. Será la misma *Nosotros* –cuyo nombre supone una afirmación de sí, una búsqueda de identificación y definición de los argentinos, lo que le habrá sido simpático a P. H. U.– la que recogerá el segundo trabajo del autor publicado en nuestra patria. Esta vez en 1919; se trata de una carta a Arturo de la Mota sobre "La enseñanza de la sociología"[29], en relación con una colaboración de de la Mota en la revista porteña[30]. Esto indica que P. H. U. conocía, como lector, a

29. "La enseñanza de la sociología", en *Nosotros*, Buenos Aires, año 13, t. 32, nº 122, junio-julio de 1919, pp. 362-363.

30. El comentario bibliográfico de de la Mota, que contenía la afirmación de Dellepiane, es el del libro de éste *Síntesis de Filosofía del Derecho*, *Nosotros*, a. 13, v. 31, nº 117, enero de 1919, pp. 135-136. A ésta hace las observaciones P. H. U. A su vez, hubo posteriores comentarios a la carta de P. H. U. por Binayán, Narciso, *Nosotros*, a. 13, v. 33, nº 127, diciembre de 1919, pp. 583-585. Así se cruzan, por vez primera, los destinos de P. H. U. y Binayán, que en el futuro serán colegas en el Colegio Nacional de La Plata y juntos compondrán *El libro del idioma*.

La nueva aclaración lleva por título "La enseñanza de la sociología en América", y se refiere a la enmienda que hizo a Dellepiane, "*el escritor puertorriqueño Pedro Henríquez Ureña*, profesor de la Universidad de Minnesota" (p. 584). El cambio de nacionalidad es atribuible a la defensa de Hostos, este sí portorriqueño, como iniciador de la docencia de la materia en América española. Binayán transcribe, del prólogo del libro de Dellepiane, la frase en cuestión: dice que él ha iniciado tal docencia en "Sud América"; todo fue error de transcripción en de la Mota. Pero Binayán no da por concluida la diferencia. "Aún sin conceder importancia al hecho –escribe–, que en los trópicos, como se ha visto alcanza a ser glorioso, de inaugurar enseñanzas universitarias en tal o cual lugar de la tierra, *valdrá la candela rectificar al rectificador antillano*" (p. 584) y pasa a sostener que el verdadero inaugurador de la enseñanza de la sociología en América es Salvador Camacho Roldán, en Colombia. Los subrayados son nuestros, en las transcripciones. Con el tiempo, como hemos apuntado, Binayán –hombre de precisa información en toda cuestión que abordó– se hará amigo personal del "puertorriqueño" P. H. U., y colaborador en cuestiones pedagógicas.

Nosotros. La nota es original y no ha sido recogida por las compilaciones de textos dispersos de P. H. U.; éste es el texto:

LA ENSEÑANZA DE LA SOCIOLOGÍA EN AMÉRICA

El reputado escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, ha enviado a nuestro seccionista, Arturo de la Mota, la siguiente carta, que, por traer útiles informaciones sobre los progresos de la cultura en Hispano América, nos es muy grato reproducir:

19 de marzo de 1919.

Señor
Don Arturo de la Mota.

Muy señor mío:

En la interesante sección crítica de "Ciencias sociales" que usted redacta en la revista *Nosotros*, leo este pasaje tomado de la obra reciente, sobre Filosofía del Derecho, del doctor Antonio Dellepiane:

"En 1899 la Facultad de Filosofía y Letras me confió la honrosa cuanto ardua tarea de inaugurar oficialmente en la República Argentina y en América la enseñanza de la sociología".

Me figuro que la afirmación del doctor Dellepiane deberá limitarse a la América del Sur. Entiendo que la gloria de haber iniciado la enseñanza de la Sociología en la América de lengua española toca a don Eugenio M. Hostos, el pensador portorriqueño. Hostos hizo incluir la sociología en el plan de estudios de la Escuela Normal de Santo Domingo (para la formación de maestros de primera y segunda enseñanza) desde el año 1880; el primer curso muy elemental, lo debió de dar en 1883 o 1884. El redactó el libro de texto; luego, en 1899, redactó otro más extenso. Ambos se han publicado, en un volumen, en Europa, el año 1904.

Creo, además, que en México, en la Escuela de Jurisprudencia, comenzó a enseñarse la sociología antes de 1899; pero no estoy seguro. Es posible también que la sociología haya figurado alguna vez en el plan de estudios de la Escuela Preparatoria, fundada por Gabino Barreda, discípulo de Comte, en 1867. Sobre esto podrían obtenerse datos dirigiéndose al distinguido profesor de la Escuela de Jurisprudencia de México, Antonio Caso.

Finalmente, en Cuba, en la Universidad de la Habana, debió de establecerse la enseñanza de la Sociología en 1899, precisamente. Al irse los españoles en 1898, los cubanos organizaron la Universidad de *fond en comble* y las sociología apareció en los programas universitarios como materia requerida para el grado de doctor en Derecho (tanto civil como público), para el de doctor en Filosofía y Letras y (probablemente) para el de doctor en Pedagogía. Uno de los autores de la reforma, el doctor Enrique José Varona, fue el profesor de Sociología durante mucho años.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme como su atto. S. S.

Pedro Henríquez Ureña

Mediará un lapso de tres años escasos entre esta epístola y el siguiente envío para *Nosotros*, que habrá de darse pocos meses antes del arribo de P. H. U. con la delegación mexicana, como lo señalamos en otro capítulo.

Pero la, hasta ahora, exclusiva primicia de *Nosotros*, en 1921 va a dejar de serlo. En la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* aparecerá una colaboración de P. H. U., bajo el rótulo de una serie de *apuntamientos* –como le placía decir a él– sobre materia de varia lección: "En la orilla"[31]. Como se sabe, varias de estas páginas de apuntes breves, generalmente concertados en torno de un tema, en el que introducen variaciones, fueron reunidas por P. H. U. en su libro *En la orilla. Mi España* (1922), en el que el tema central es España una y varia, o mejor, es el descubrimiento

31. "En la orilla", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, III, época IV, nº 6, 1921, pp. 7-9; recogido en O. *Comp.*, V, pp. 69-72

personal de P. H. U. de la unidad soterrada de todas las, aparentemente, diversidades de lo español; mejor aún, es el *apropiamiento* de España, manifiesto en el adjetivo posesivo, cálida y entrañablemente posesivo para él, de la madre España.

El eje de sus reflexiones, agavilladas en esta entrega para la revista de la Universidad porteña –así P. H. U. ha ingresado, simbólicamente en el ámbito universitario argentino– es un motivo de su dilección: la exaltación de la luz, de lo meridiano, de lo mediterráneo, de la razón, por sobre las sombras nórdicas. Es una primera reacción de él contra lo que Rodó, su bienquerido maestro, llamaba la *nordomanía*. La frase final de uno de sus pensamientos es "Hay que *mediterranizar* la música". Este verbo es casi emblemático para P. H. U. y su tarea cultural. El, que tanto debió soportar las muy difundidas prédicas sobre la superioridad de lo septentrional sobre lo meridional, y la supremacía de los países de clima frío sobre los "pequeños países de tierras calientes"; él, en cuya persona y obra era un mentís indiscutible contra el supuesto tropicalismo gárrulo y desmedido de los autores de zonas subtropicales, traza su credo en la luz mediterránea y se apropia, como lo dice en estas notas de dos dones: el don de Grecia, la *sophrosyne*, y el de Italia, *il lungo studio*. Sin lugar a dudas, anticipaba en estas páginas cuestiones de debate que deberá enfrentar en el medio argentino, a la hora de su "aclimatación" entre nosotros, donde había prendido, más bien como moda pasajera, la veneración de los filósofos del Norte europeo, en particular la novedad de los alemanes.

Capítulo II

LA AMISTAD CON ARGENTINOS.

1. LA DELEGACION ESTUDIANTIL ARGENTINA EN MEXICO (1921).

Hasta 1921 P. H. U. ha tenido noticias de la lejana tierra argentina, ha conocido la obra de poetas y prosistas, literatos y pensadores; después ha establecido un puente con el extremo austral del continente, mediante la revista *Nosotros*; poco después, con la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. La publicación de Roberto Giusti se mantendrá durante varios años como el ámbito más firme de resonancia de la obra de P. H. U. En cambio no hay constancia en las páginas –ensayos, notas y epistolario– de P. H. U. que acusen el conocimiento directo de algún argentino. A los que conoce, los conoce, a través de "la cortina de papel", como dicen los sabios chinos. Expresión que P. H. U. hubiera suscrito, al menos a medias, dado el relevante nivel en que él ponía el diálogo con las personas. Gracián decía, en "La culta repartición de la vida de un discreto" –¡y vaya si lo fue don Pedro!– que la vida del hombre se reparte en tres jornadas: el diálogo con los muertos, la lectura; el diálogo con los vivos, el coloquio; y el diálogo consigo mismo, la meditación. En fin, todo se resuelve en diálogo y P. H. U. ya había dialogado, para 1921, con Sarmiento, con los principales poetas argentinos del siglo XIX, con Mitre

y con tantos otros, había dialogado, decimos, "con los ojos". "*Vivo en conversación con los difuntos/ y escucho con mis ojos a los muertos*", decía Quevedo, retomando un viejo tópico senequista que habrá de vivir en variantes sabrosas hasta nuestros días.

Le faltaba, pues, a este cultivador de la palabra oral sabrosa, el diálogo con los argentinos vivos –no con los "vivos" argentinos–; y ésto se dará con motivo de un congreso estudiantil. En septiembre de 1921, se organizó en México un Congreso Internacional de Estudiantes, al que concurrieron delegaciones de distintas naciones americanas. P. H. U. fue envestido, por sus jóvenes compatriotas, como representante de su amada Quisqueya. El 20 de septiembre, día de la inauguración del Congreso, conoció a la delegación argentina, constituida por cinco jóvenes: Héctor Ripa Alberdi, su presidente y presidente de la Federación Universitaria Argentina; Arnaldo Orfila Reynal, con quien habrá de mantener amistad por años y quien habrá de concretar, desde su dirección del Fondo de Cultura Económica de México, la marcha firme de la "Biblioteca Americana", planeada por don Pedro; Enrique Dreyzin, de prematura muerte, y a quien evocará P. H. U. en una olvidada página de *Valoraciones*; Pablo Vrillaud y Miguel Bomchil. Estos muchachos llevaban el mensaje nuevo de la Reforma Universitaria, encendida en Córdoba en 1918 y encarnada, parcialmente, en la Universidad Nacional de La Plata.

En el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria de la Universidad de México escuchó por primera vez el antillano al joven argentino, presidente de la delegación. De la exposición de Ripa Alberdi advierte P. H. U. cuántos puntos de contacto se han ido acusando, sin contacto entre sí, entre los universitarios mexicanos y los argentinos: "la juventud argentina había abandonado la jerga pedantesca que estuvo de moda veinte años atrás y se expresaba en español diáfano; había invocado el positivismo e invocaba a Platón"[1]. Estas dos razones fueron más que

1. "Poeta y luchador" fue la alocución pronunciada por P. H. U. en el acto que, en homenaje a la memoria de Héctor Ripa Alberdi, organizara la Secretaría de Educación Pública

valederas para cobrar adhesión cordial por el expositor: un español diáfano y el culto de Platón. A esto, apunta P. H. U., se sumaba la atención creciente que los jóvenes universitarios ponían en el estudio de los problemas sociales, en el triunfo de la justicia y en la necesidad de fraternidad hispanoamericana. Pero hay más motivaciones, que se advierten con la lectura del discurso de Ripa Alberdi en la sesión inaugural, titulado "Por la unión moral de América"[2]. Ya desde el título hay consonancia con los convencimientos y la prédica del dominicano. Pero señalemos otras –y ratifiquemos las apuntadas–, entre las muchas citables, que afirman las simpatías. Dice Ripa Alberdi: "(la juventud) tendrá los quilates del pensamiento, pero también la fuerza de la vida, porque sabemos, según lo aconseja la 'Epístola moral', que la más alta educación es aquella que iguala con la vida el pensamiento" (p. 40). Concordancia con palabras, muy anteriores, de P. H. U., y elección de igual cita; nos referimos a su conferencia sobre Gabriel y Galán (1907), recogida en *Horas de estudio:* «La persuasiva discreción, digna de Guyau, con que sienta el autor de la "Epístola moral" esta piedra angular de la ética moderna: "Iguala con la vida el pensamiento"»[3]. El mismo verso, lo había traído a cuento, a propósito de Rubén Darío, en un texto de La Habana, de 1905: «Ha robustecido con los años y la experiencia su fe en la Vida

---

de México. El texto fue publicado en *Valoraciones*. La Plata, a. I, Nº 2, enero de 1924, pp. 94-96. Pasó a ser prólogo, con el título de "Héctor Ripa Alberdi" de las *Obras* de éste, en dos tomos, prosa y verso; el discurso de P. H. U., en *Prosa*, I. Edición de Homenaje publicada por el Grupo de Estudiantes Renovación, La Plata, MCMXXV, pp. 7-13; después fue recogido en *Seis ensayos*...con título de "El amigo argentino"; *Nosotros*, Buenos Aires, a. 19, v. 49, nº 191, abril de 1925, pp. 497-502, reprodujo el prólogo de las *Obras*, con su título, "Héctor Ripa Alberdi". En síntesis, tres nombres para el mismo trabajo. Erróneamente dicen Rama y Gutiérrez Girardot que el texto de *Nosotros* «es diferente del discurso de homenaje y del texto "El amigo argentino" de *Seis ensayos*...», v. *U. A.*, nota de p. 74. Fue recogido en *O. C.*, pp. 300-304; *O. Comp.*, VI, pp. 333-339 y; en *E. BE*, pp. 151-156.

2. *Obras*, I, *Prosa*, ed. citada, pp. 39-44; entre paréntesis indico en el texto mismo las páginas de esta edición, de lo citado.

3. *O. C.*, p. 92.

y en el Ideal, dos fuerzas que los espíritus sanos tienden a hermanar, como lo predica el poeta de la "Epístola moral a Fabio": "iguala con la vida el pensamiento"»[4]. Vemos cómo ha cifrado P. H. U. en el estricto verso de la "Epístola" –uno de sus poemas preferidos, que se sabía de memoria, que incluyó en sus *Cien de las mejores poesías* y otra de cuyas expresiones comentaba con Borges, en una esquina porteña, poco antes de su fallecimiento: "*¡Oh muerte, ven callada/ como sueles venir en la saeta!*" –una definición del hombre ético y, cabe decirlo, un lema de su propia vida y de toda su labor por aproximar hasta identificarlas esas dos realidades que él había escrito con significativas mayúsculas: Vida e Ideal. No otro motivo –en el sentido de motor animante– tiene la propuesta de "la utopía de América".

Pero no concluyen aquí las afinidades entre las preferencias de P. H. U. y las declaradas por el joven Ripa en su discurso de 1921. También está la condena del positivismo –que rubricara P. H. U.–, más aún: la guerra contra él: "...fue menester libertarse del peso de una generación positivista, una generación que al desdeñar los valores éticos y estéticos, dejó caer en el corazón argentino la gota amarga del escepticismo" (p. 40). "Un optimismo sano y fuerte es el acicate de su acción. El sol del idealismo alumbra nuestras rutas" (p. 41). Y, una nueva razón cordial, el guía de ese idealismo, Platón: "La austera conversación filosófica que dirigiera Platón en los deliciosos jardines de Academo...", y lo que se extiende hasta el fin del parágrafo. Por fin, vinculado con la mayéutica platónica, el gustoso deleite de la conversación: "La filosofía se brindaba en las divinas ánforas del diálogo" (p. 41). "De ahí que a los discípulos se les hablara en voz baja, en el cálido tono de la conversación, como para que la onda emotiva, mansa por lo confidencial, se derramara en el espíritu atento con la lentitud rumorosa de la ola en la playa" (p. 43). Palabras todas que, complacido, haría suyas –por haberlas dicho antes y por reiterarlas tantas veces después– P. H. U.; ellas recordaban y definían su

4. O. C., p. 103.

propia y tan recordada manera de enseñanza para con sus discípulos, aún con las mismas inflexiones que Ripa atribuye a Sócrates.

Bien se entiende que tantos puntos de confluencia, avecinaron los espíritus, no ya solo de Ripa y P. H. U., sino de los jóvenes argentinos y mexicanos, concordes en las luchas y en los ideales. El tantas veces invocado ambiente intelectual del grupo de los jóvenes mexicanos, en el que P. H. U. oficiaba de joven Sócrates, habría de revolucionar espiritualmente la vida cultural de aquella nación, y se volcaría, fructuosamente, por Hispanoamérica. En nuestro país, esa renovación se había dado, en parte gracias a lo que Ripa, en otro sitio, llama "la Academia Rohde", tertulia de aquel grupo que editaba los cuadernos del Colegio Novecentista, desde 1917, puesto bajo la advocación de Eugenio D'Ors[5]. En tanto, desde la cátedra universitaria Alejandro Korn, Coriolano Alberrini y otros, quebraban, con su enseñanza idealista el seco caparazón del positivismo.

Con el objeto de que los delegados argentinos no abandonaran México sin conocer algunos lugares históricos y sitios pintorescos, se organizaron algunas visitas, Henríquez Ureña albergó en su casa a Ripa y a Vrillaud. Emprendieron excursiones hasta el Pacífico, pasando por los pueblos de Querétaro, Guadalajara y Colima. La convivencia amistosa en estos viajes consolidó la naciente amistad entre los muchachos y P. H. U. Tanto éste, como Rafael Alberto Arrieta evocaron aquellos paseos y entretenimientos. Cuenta Arrieta el comentario de don Pedro evocándolos: "Agregó que la familiaridad entre los estudiantes argentinos y él se había acentuado en paseos y excursiones, durante los cuales solía pedirles que le entonasen canciones populares de nuestra tierra, siempre interesado por conocer las particularidades folklóricas de América. No era ése el fuerte de nuestros jóvenes representantes. Y sonrió al recordar la desafinación de uno, las confusiones de otro, la sorpresa de un tercero que

5. *Colegio Novecentista*. Buenos Aires. a. I, v. I, nº 1, Cuaderno 1, de julio de 1917. Hemos compulsado hasta el Cuaderno nº 9, diciembre de 1919. El contenido de los Cuadernos es una sostenida crítica del positivismo y difusión de las nuevas corrientes idealistas.

no se explicaba aquella curiosidad insólita..."[6]. El contacto fue estimulante para todos. Los jóvenes regresaron al país hablando con entusiasmo del joven intelectual dominicano y comunicaron su fervor a su ex profesor del Colegio Nacional, Arrieta, que nos cuenta que Ripa decía: "Es un hombre tan sencillo y bondadoso que, a pesar de la diferencia de edades y la altura de su posición intelectual, era como un camarada de todos los estudiantes... Intimó mucho con los argentinos. Yo tengo con él una deuda conmovedora: figúrese que me ha propuesto escribir un largo trabajo en colaboración..."[7]. Posiblemente se refería a una historia de la literatura hispanoamericana, de la que han de hablar en sus cartas, que veremos más adelante. En cuanto a don Pedro, quedó sorprendido por el contraste: "la juventud de aquel país, grande y próspero, país de empresa y de empuje, se orientaba con generosidad e interés hacia el estudio de los problemas sociales, y le preocupaba, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarles carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos. Cabía pensar que nuestra América es capaz de conservar y perfeccionar el culto de las cosas del espíritu, sin que la ofusquen sus propias conquistas en el orden de las cosas materiales. Rodó no había predicado en el desierto"[8]. La frase que sella el parágrafo era una razón más de adhesión: esa juventud argentina significaba el frutecimiento de lo sembrado por uno de sus pensadores dilectos. En una tierra económicamente próspera –como lo era la Argentina de entonces– la juventud no se iba tras lo crematístico sino que se remontaba en el espíritu. Buena convivencia ideal. Un párrafo de su página remembrante de aquellos días de México, en 1921, hace un balance de qué era para nuestro autor la

---

6. Arrieta, Rafael Alberto: "Pedro Henríquez Ureña, profesor en la Argentina", en *Revista Iberoamericana*. Homenaje a P. H. U. 1884-1946, a los diez años de su muerte. v. XXI, nº 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 85-97; lo citado, p. 86. Este trabajo fue recogido en Arrieta, Rafael A. *Lejano ayer*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1966, pp. 117-130, sin correcciones ni agregados. Citamos por la *Revista Iberoamericana*.

7. Arrieta, *loc. cit.* p. 86

8. Citamos por "El amigo argentino", en O. C., p. 301.

Argentina antes del contacto con los jóvenes universitarios: "Conocía yo hasta entonces, junto a la Argentina de fama internacional, la que revelan sus escritores; siempre observé cómo el ímpetu y el brillo, que dan carácter al país en nuestra época, y que se atribuyen a su reciente desarrollo, existían desde antaño; los encontraba en Echeverría, en Mármol, en Sarmiento, en Andrade. Pero la literatura argentina, con sus solo cien años, no revela toda la vida nacional; si es posible, digamos, conocer a través de los escritores el carácter del pueblo inglés o del francés, en todo su pormenor, ningún pueblo de América ha llegado en sus creaciones literarias a semejante corografía"[9]. Junto a las dos notas señaladas, el ímpetu y el brillo –recuérdese "la brillantez y la audacia" que nos atribuía, poéticamente, en la conferencia de 1913 citada–, al contacto con Ripa Alberdi, de particular manera, se le abrió la otra Argentina, la invisible: «Conocí a Héctor Ripa Alberdi en México, en septiembre de 1921, y fue para mí *la revelación íntima de la Argentina* (...) Desde antes de conocerlo familiarmente, Héctor me descubrió aspectos de la Argentina, nuevos enfoques para mí (...) Si así es la Argentina, pensé, ya podemos confiar en que nuestra América llegue a merecer que no se le apliquen las palabras de Hostos, repetidas humorísticamente en conversación con Antonio Caso: "Hombres a medias, civilizaciones a medias"»[10].

La Argentina, como decíamos, era un camino hacia la síntesis prevista por Rodó: la eficiencia en lo material y el idealismo en lo espiritual. Era un primer paso hacia la utopía de América.

La relación con estos jóvenes, las largas conversaciones con Ripa Alberdi, producen esa revelación personal que lo ha de llevar a P. H. U. a una frecuentación y ampliación creciente de lecturas de autores argentinos. Tanto que, cuando se incorpora al país, el panorama de nuestra realidad literaria, histórico y contemporáneo, le era familiar, y en él nítido y bien basado en aquellas lecturas acuciosas.

---

9. O. C. p. 300.
10. O. C. p. 300.

Foto 1. *Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña (sentado), Arnaldo Orfila Reynal (junto a él).*
De pie: Pablo Vrillaud, Héctor Ripa Alberdi, M. Bomchil, y los venezolanos Betancourt y Zuñiga

2. LA AMISTAD CON RIPA ALBERDI. EL EPISTOLARIO INÉDITO. (1921-1923).

De este encuentro en tierra mexicana quedan varios testimonios. En primer lugar las afirmaciones de P. H. U. sobre "el amigo argentino", oración fúnebre a distancia, cuando la muerte de Héctor, que hemos señalado. En segundo lugar, otra forma de perduración: las fotografías. Poseemos dos de ellas tomadas en el despacho de José Vasconcelos, Ministro de Educación de México en aquellos días de 1921. La primera, de encuadre más informal (véase la reproducción aneja), muestra el despacho de alta *boisserie*, piso taraceado de madera y banquetas de cuero, el vasto escritorio del Ministro, quien apoyado en el mueble, sostiene un mate argentino en su derecha, sin duda en una experiencia iniciática en el arduo arte de tomarlo y cebarlo. Los muchachos le acercan en nuestra yerba algo del sabor de la entraña del país –tal vez sin pensar que asocian en el gesto la herencia guaranítica de la Caaya Iba, "la planta de Dios", que el indio enseñó a degustar al gaucho, como una forma visible de trasmisión tradicional–; los utensilios de cebar –cafetera de plata, tal vez, en una bandeja sobre el escritorio. La familiaridad allegadora del gesto del Ministro Vasconcelos evidencia el buen grado de integración logrado. Ezequiel Martínez Estrada, en su excelente poemita "El mate" dirá: «*El mate es como un diálogo / con sus pausas que llenar. / Darío lo ha llamado /* "calumet *de la paz*"». Sentado al escritorio se lo ve a Pedro; en el brazo del sillón en que éste descansa, está acomodado Arnaldo Orfila Reynal, con un brazo amical apoyado en el hombro del joven dominicano. De pie, en arco, junto a Vasconcelos: Pablo Vrillaud, Héctor Ripa Alberdi –con las manos en los bolsillos, M. Bomchil (cuatro de los cinco miembros de la delegación argentina) y junto a ellos, los venezolanos Betancourt y Zúñiga. Buena reunión de camaradería hispanoamericana. La segunda de las fotos, más formal y académica, exhibe mejor panorama del salón de reuniones del Ministro, el cual se asienta delante de un magnífico retablo de madera labrada. Vasconcelos ha sabido elegir sus laderos: a su derecha, P. H. U. y a su izquierda, Héctor Ripa Alberdi. El resto de los jóvenes, en simétrica distribución, a ambos lados. En el centro, un antiguo brasero.

Foto 2. · *Vasconcelos; a su derecha, Pedro Henríquez Ureña; a su izquierda, Héctor Ripa Alberdi.*

Mencionemos un tercer testimonio de la fraternidad de aquellos días. Ripa trajo de su viaje apreciable conjunto de libros, regalo muchos de ellos de sus flamantes amigos mexicanos –Torri, Pellicer– y del mismo Vasconcelos. En su biblioteca se preservan aún los ejemplares de *El monismo estético*, *Pitágoras* y los *Estudios indostánicos*, con dedicatorias personales del Ministro a Ripa. P. H. U. ha sido también obsequioso: el tomo de Salomé Ureña, su madre, *Poesías* (Madrid, 1920, s. e.), con el estudio infirmado de Pedro, en cuya primera página, Héctor anotó: "Ejemplar obsequiado por Pedro Henríquez Ureña durante mi permanencia en México, octubre y noviembre de 1921". También figuran: la segunda edición de las *Tablas cronológicas de la literatura española*, *En la orilla*. *Mi España*, 1922 ("A Héctor Ripa Alberdi, su amigo Pedro". México, 1922); y un tomo encuadernado, con el título de *Conferencias*, en el que se han reunido: la edición de La Habana, de 1915, de "Juan Ruíz de Alarcón", y las separatas, "Literatura dominicana", de la *Revue Hispanique* (1917), «Las "nuevas estrellas" de Heredia», de *The Romanic Review* (1918), "Reseña de *American Literature in Spain* de J. L. de Ferguson", de la *R. F. E.* (1920) y "Rubén Darío y el siglo XV", de la *Revue Hispanique* (1921), con enmiendas a erratas por mano de P. H. U. Algunos de estos libros los trajo consigo y otros le fueron remitidos, enlazando la amistad iniciada en tierra azteca[11].

Pero hay todavía una forma más importante de testimonio de aquella relación de amigos iniciada entre Ripa Alberdi y P. H. U., nos referimos al epistolario intercambiado entre ambos, del que hemos alcanzado las cartas de Pedro, no así las de Héctor. Este material ha permanecido hasta hoy inédito y aquí lo damos a conocer por vez primera. Este "cartas van y cartas vienen" fue tejiendo y reforzando la amistad y consolidando los puentes que habrían de facilitar el tránsito del antillano hacia nuestras tierras.

---

11. La biblioteca personal de Héctor Ripa Alberdi fue donada por sus familiares –en cumplimiento de la voluntad de aquel– al Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana, de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Allí hemos compulsado los tomos con dedicatoria, a los que hacemos alusión.

El papel que le cabe al joven Ripa Alberdi respecto de los vínculos de P. H. U. con nuestra patria es interesante de considerar. Ripa era un muchacho que, cuando conoció a Pedro, había publicado su primer libro de poemas *Soledad* (1920); era estudiante de Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Provenía del interior de la provincia de Buenos Aires; su familia se había radicado en La Plata, donde cursó el Colegio Nacional y fue alumno de Arrieta. Como universitario, participó activamente en la lucha por la Reforma. Su prédica de política universitaria –nunca partidaria–, aunque caldeada, nunca fue exasperada. Contrastan sus páginas de buena prosa, llenas de mesura y ponderación, animadas de fervoroso entusiasmo y plenas de conceptos renovadores, con los discursos meramente pasionales, solo entusiastas, desmedidos y sin otra idea que una generalizada iconoclasia, de muchos de sus compañeros de generación.

Era reposado y criterioso y firme en sus convicciones. Auténtico, idealista y religioso. Su "inteligencia clara y fina", dice P. H. U., quien definió muy desde el comienzo su predilección por Héctor de entre los jóvenes de la delegación. Pues, este muchacho platense, con el frágil hilo de sus cartas, mantuvo la vinculación de nuestro país con el escritor dominicano. Esa amistad se anudó con juicios compartidos, con lecturas intercambiadas, y proyectos en común, no realizados, pero que alimentaron el deseo de P. H. U. de establecerse entre nosotros. Y, como si su papel estuviera cumplido, cuando la relación de P. H. U. con la Argentina ya se concretara por vías efectivas, su trabajo en el Colegio Nacional, a lo que contribuyó Ripa acercando a Pedro a Arrieta, muere; y Pedro no alcanzó a estrechar en abrazo al "amigo argentino", cuando descendió en julio de 1924, en el puerto de Buenos Aires. Allí estaba otro fiel amigo de P. H. U.: Orfila Reynal.

Pero atendamos al haz de cartas que cruzaron Héctor y Pedro; ellas cubren el lapso que va desde el 25 de febrero de 1922 al 31 de agosto de 1923. La primera es ésta:

Universidad Nacional de México
Rectoría

México, 25 de febrero de 1922.

Mi querido Héctor:

Desde que salieron ustedes de aquí no he recibido, de tu parte, más que una tarjeta de Veracruz, y quizás alguna desde Panamá; del Perú, nada, y de la Argentina menos. En cuanto a Bomchil, ni una palabra. En cambio, de los que viajan por Europa sí recibimos constantemente noticias: Nueva York, París, Italia, España...

Quiero escribirte largo, pero aquí están Salomón de la Selva* y Manuel Cestero (que llegó de Nueva York) y no me dejan continuar. Allá van, por lo pronto, unas impresiones y cuadros que llamo miniaturas mexicanas, para *Nosotros*. Dime qué te parecen, y escríbeme sobre cómo has hallado las cosas en la Argentina. Aquí, la situación económica está muy tirante; pero la actividad del gobierno continúa bien, y en instrucción pública se trabaja ferozmente: de los 15 millones de pesos del año pasado se ha subido a 50 este año.

¡Salud!

Pedro

*Te envía saludos. Ha publicado su *Soldado desconocido*.
Allí te va un artículo en respuesta a Colmo. Hazlo conocer.

Los miembros de la delegación argentina habían dividido sus derroteros, en tanto Ripa y Bomchil bajaban por el Pacífico, en difusión de la Reforma universitaria y participaban en Lima de un conjunto de reuniones juveniles; Vrillaud, Orfila y Greyzin hacían un viaje por Europa. Ripa había conocido a Salomón de la Selva, –poeta nicaragüense, en lengua inglesa, encendido reclamador por la acción en su país– en reuniones de jóvenes y por intermedio de P. H. U. Este ya apunta en la carta la tensión

de la situación económica, que se irá agravando gradualmente hasta perjudicarlo en sus intereses. La referencia a las "Miniaturas mexicanas" –con igual título que el libro de su amigo Daniel Cosío Villegas– es acerca de unas notas breves que se publicaron en nuestro país, y una vez más en *Nosotros*, y que hasta hoy no han sido recogidas en los volúmenes colectores de la obra dispersa de P. H. U. Esta es la primicia para los lectores actuales:

MINIATURAS MEXICANAS

I
La triple México

Para quien tenga ojos, cualquier viaje será viaje de Italia. En México no cabe duda: sus ciudades antiguas tienen el encanto de las continuas sorpresas. Su capital ofrece al espectador, como Roma, tres ciudades sucesivas, vivientes aún: la ciudad triple sobre las capas de ciudades sepultas. En Roma coexisten arquitectónicamente la urbe de los Césares, la ciudad de las basílicas cristianas y la corte de los Papas del Renacimiento, que alcanza su áureo mediodía en San Pedro, y su fastuoso crepúsculo barroco, en las fachadas y las fuentes del Bernini. Pero la unidad se impone; basta mirar a la mujer romana, aristocrática o plebeya: el busto tiene todavía las amplias líneas marmóreas de Livia y de Julia; la cara es todavía el óvalo rafaélico.

Así, México ofrece, sino los veinte siglos de Roma, al menos el compendio de cuatro centurias: la Tenochtitlán lacustre de los emperadores aztecas, la corte de los virreyes españoles, la atormentada capital independiente, republicana con eclipses monárquicos. Y la unidad (en la dualidad, si queréis) se impone también: en 1921, como en 1521, transitan por las calles el español que combate a las órdenes de Cortés o de Iturbide, y el indio que combate a las órdenes de Cuauhtémoc o de Morelos.

II
La supervivencia de Tenochtitlán

Sobre las ciudades sepultas en que se asienta México, la Tenochtitlán de los aztecas persiste todavía a flor de tierra. Se desciende o se cava, uno o dos metros, en las inmediaciones de la Catedral, y se tropieza con edificaciones piramidales y con grandes ídolos y frisos simbólicos. A veces, Tenochtitlán sube y se muestra, como en la formidable cabeza de serpiente que sirve de piedra angular a la casa de los Condes de Calimaya; y la Piedra del Sol es todavía monumento público que a través del patio del Museo atrae los ojos del transeúnte de la calle. Y si no con el Museo, y si no con el azteca viviente, con su tipo étnico y su lengua nativa, nos convenceríamos de la persistencia de Tenochtitlán yendo a visitar una de sus antiguas dependencias: yendo, por el canal que abrieron los indios, a Xochimilco, rústico resto de las Venecias indígenas que en otro tiempo se desparramaban por todo el valle de Anáhuac, Arcadia lacustre donde el hombre piensa solo en las flores y los frutos que cultiva, entre columnatas de sauces verticales, émulos de los chopos del Mediterráneo.

III
Mar de Veracruz

Otra vez, el sortilegio de los mares cálidos... El viento es una larga caricia de amor, de amor que nunca desfallece; el espacio es una esfera de cristal azul dentro de otra esfera de cristal dorado; y del mar, caja de todos los colores y arca de la vida, se desprenden hacia nosotros las olas. Nada en la naturaleza fascina y retiene como las olas: son catástrofes rápidas, pero majestuosas, cada una con culminación diversa, con descenlace distinto. Todos deseamos ver cómo se desarrollará, cómo terminará cada una de aquellas tragedias... aunque sabemos bien que el descenlace ha de ser, como en el drama griego, aquietamiento final.

IV
Arca de la vida

Entramos al mar, al dulce mar cálido... Y la energía, que se agota en el frío persistente de las alturas, renace a borbotones, al contacto del agua salobre: cada ola es una oleada vital; el ritmo de la sangre se vuelve sumiso al ritmo del mar. Y comprendemos otra vez que no la tierra, el mar es el arca de la vida.

V
Pérfida onda

¡Delicia de entregarse a la ficción infantil de desafiar a las olas! Como en la infancia, cada ola tiene vida propia, tiene nombre de mujer. Sus embestidas, de frente, regocijan como abrazos; su intento de arrastrarnos consigo, al regreso, divierte como fracaso en el juego. Y así nos entregamos a ellas. Pero...

¿Recordáis, hermanos argentinos, cómo nos traicionaron aquellas maravillosas olas purpúreas de Cuyutlán, el día en que *descubrísteis el Pacífico*? No hay perfidia como la de la onda, en las playas abiertas, que por abiertas nos incitan a la confianza, a la confianza ilimitada como la llanura líquida.

VI
Yucatán

Pueblo de mujeres vivaces y de hombres pacientes, pueblo enérgico: de la roca, constante enemiga, hace brotar a cada dos pasos el agua; la girante rosa de los molinos de viento se encumbra sobre las palmeras, y quiere, como ellas, formar bosques. Si los maestros de la barbarie industrial han creado vergeles, con ayuda de lejanos ríos, en los desiertos de California, estos hombres que parecen haberse quedado en la edad de piedra, saben crear el vergel sacando el agua debajo sus pedregales.

VII
El que camina sobre nubes

El jefe es alto, fuerte, ligero, todo músculos y nervios. Aire perpetuamente juvenil: no se sabe cuándo se advertirán en él los avances de la madurez, bien comenzada ya, sin embargo. Su estatura prócer sorprende en medio de las figuras pequeñas y fornidas de su pueblo: como contrasta su palabra vibrante con los largos silencios de sus gentes.

No parece que camina sobre la tierra dura de su país: va pisando nubes. No mira al suelo: lleva los enormes ojos verdes fijos en el sol. Habla siempre de su pueblo, de lo que hará con su pueblo. ¡Que apenas hay con qué hacer nada? No importa: él hallará los medios.

Y cuando menos se lo espera, cuando la conversación se desvía hacia asuntos triviales y la atención se distrae, el hombre que camina domeñando nubes irrumpe bruscamente, como si hablara solo:

—Le daremos al pueblo escuelas... Lo enseñaremos a defenderse... Le daremos todo lo que necesita, aunque no sepa que lo necesita.

VIII
Poetisa provinciana

Poetisa de provincia, solterona, de figura delgada, vestida de negro. Ya comienza a doblegarse la espalda; pero la faz surcada de arrugas se enciende con una sonrisa enérgica, impuesta, más que por los labios pálidos, por los ojos hondamente negros.

Cuando tenía veinte años, la ingenuidad provinciana hubo de mecerla en auras de gloria naciente. La belleza juvenil, que los ojos negros y las finas facciones delatan aún, haría doble su triunfo... Pero los años pasaron. Nunca se realizó el viaje a la capital lejana, donde los triunfos pudieran hacerse reales. Nunca vino el príncipe; ni siquiera el vulgar marido. Y la doncella rica de sueños se fue convirtiendo en la pobre solterona.

Aquí la tenemos ahora, enseñando chiquillos en la escuela. Pero no confesará derrotas: sobre la fatiga del cuerpo, sobre las arrugas y la palidez del rostro, los ojos negros seguirán agitando banderas de insurrección.

IX

Arráncame los ojos...

En camino hacia ruinas indias de Uxmal, de noche. Va atestado el tren oficial, y hasta lleva músicos en la comitiva: cantores que se acompañan con guitarras, y comienza la interminable serie de aires del trópico, con quejas y arrullos incomparables, de donde nacerá la maravilla musical del futuro.

Pero al día siguiente hay que estar en pie desde temprano, y recorrer leguas a caballo, y subir a pie colinas y pirámides. Queremos dormir. El invitado de honor, más que todos. Comienza a dormitar, pero bien pronto lo despierta una nueva canción. Los cantores han iniciado la serie colombiana, llena de imágenes fúnebres... Dormita la víctima de nuevo, y nuevos cantores le turban el sueño a intervalos frecuentes: cantares absurdos que hablan del rosal enfermo que muere por falta de amor, como el corazón del poeta, y de la espina clavada en el corazón, y de la niña que hizo florecer la madera de la caja en que la llevaban a enterrar, y de la niña que murió entre flores de mayo y dejó el alma volando entre ellas: de las cosas más tétricas que pueden dar de sí la imaginación y el sentimiento enfermizos.

Y cuando la víctima, desesperada por la vigilia impuesta a sus ojos pesados de sueño, pide morir o matar a sus verdugos, y se llena de ideas de muerte, los implacables cantores entonan con voz aguda:

–"¡Arráncame los ojos cuando muera!"

Pedro Henríquez Ureña

México, marzo de 1922.

(En *Nosotros*. Buenos Aires, a. XVI, v. 40, nº 155, abril de 1922, pp. 455-459)

En estos nueve brochazos, apuntaciones líricas de viajero, se muestra otra modalidad de la prosa de P. H. U., vibrada de lirismo, con acertadas imágenes en la presentación de las bellezas naturales. En estos cuadritos se suelta con libertad, como pocas veces pareciera permitírselo, el poeta siempre latente que hay en P. H. U. Muy de cuando en cuando, sorprendemos, en el considerable caudal de páginas que han salido de su pluma, momentos de gozosa expectación del viajero. Vecina a éstas es la breve página intitulada "Niebla", de 1933, escrita en instancias de su arribo a la costa de Francia[12].

En la miniatura "Pérfida honda", quinta del ramillete, hay una apelación a los "hermanos argentinos", a quienes se dirige vocativamente, para evocar aquel su "descubrimiento del Pacífico", ocurrido en ocasión de una de aquellas excursiones de 1921, en que los muchachos argentinos, con P. H. U. como cicerone, reprodujeron, sin riesgos ni esfuerzos, la hazaña de Núñez de Balboa.

A estas "Miniaturas mexicanas" se refiere el autor en carta a Alfonso Reyes, fechada en México, 25 de febrero de 1922: "Te envío una nueva serie de cuadritos de viaje de Daniel Cosío. Te ruego que influyas para que se publiquen en *Indice*. (...) No te puedes quejar de mí, por lo demás, ya te envié colaboración. *También yo escribo miniaturas de viaje, pero ésas las mando a la Argentina*"[13]. Al parecer, fueron los ensayos de Daniel Cosío Villegas en esta especie literaria, lo que motivó la pluma de P. H. U. a intentarla él. Tal vez pertenezcan a esta forma de apuntes de viaje los *Viajes azorinescos* de Cosío, aludidos en carta a Ripa (6-4-1922).

En la respuesta de P. H. U. a la carta inicial, ya citada, retoma el proyecto, mentado por Ripa en su carta, de una historia breve de la literatura hispanoamericana, que iban a escribir juntos. El proyecto había entusiasmado seriamente al platense: tomó notas, compró libros, lo comunicó a sus amigos. Pero nunca llegó a concretarse. La carta segunda también alude a una antología de la poesía hispanoamericana que se

---

12. La transcribiremos más adelante en este trabajo.

13. O. *Comp.*, V, p. 298

preparaba en la Universidad de México, y para la cual era escaso el material argentino de que disponían. Indudablemente, para la tarea intelectual de P. H. U. hubo siempre una dificultad: la ausencia de una nutrida biblioteca personal, debido a sus continuos cambios de asentamiento: Cuba, New York, Minnesota, México. Este es el texto de la segunda carta:

México, 14 de marzo de 1922.

Mi querido Héctor:

Poco después de escribirte, recibí tu primera carta desde Buenos Aires, en que me hablas de tus libros y del plan de la historia de la literatura hispanoamericana. Espero que me mandes tu plan.

La Universidad de México está ya para publicar una antología de poetas hispano-americanos, la cual está detenida solo por unos cuantos detalles. Nos faltan poesías de Almafuerte: de él solo me gustan dos de las que tenemos, y no quiero ser injusto precisamente con autor tan discutido. Te ruego, pues, me envíes *todo lo que consigas de Almafuerte y cuanto antes*, porque el libro debe salir pronto.

Otra cosa: me urgen fechas, y poesías, de otros poetas del Río de la Plata. Especialmente: *Delmira Agustini; Diego Fernández Espiro; José de Maturana*. Si hay otros poetas *menores*, de Uruguay y de la Argentina, *muertos ya* (la antología es solo de poetas muertos), hazme el favor de enviarme sus obras y fechas de nacimiento y muerte. Tenemos poco del Río de la Plata.

Te agradeceré que estas cosas me las envíes sin tardanza.

El 27 de febrero tuvimos, en el Museo Nacional, una velada en honor de Santo Domingo, que organizó Morillo. Hablaron Morillo, muy brevemente, Isidro Fabela, que leyó una gran parte de una conferencia, y Horacio Blanco Fombona, que fue víctima de los yanquis en Santo Domingo. Yo leí poesías dominicanas: ninguna de mi familia, aunque se asombre Alfredo Colmo. Hubo, naturalmente, música y bailes, y cantos

populares. Se me olvidaban los versos de Salomón de la Selva, en forma de versículos proféticos a lo Isaías.

Ya están listos los folletos del Congreso de Estudiantes. Y es curioso lo que ocurrió: Heliodoro Valle, con su reconocida eficacia, había dado a los periódicos todas las resoluciones presentadas en el Congreso ¡como si hubieran sido aprobadas! Resultado: la propuesta pro Soviet de Vrillaud aparecía como aprobada, y la prensa avanzada se puso muy contenta, y el *Excelsior*, órgano de la reacción combinada –católicos y liberales– se indignó. Hubo rectificación inmediata de Daniel Cosío, pero ya poco eficaz, porque al día siguiente de publicarse las resoluciones salieron los artículos en pro y en contra, y con ellos coincidía la carta de Daniel. De todos modos, no hubo nada grave: más vale que pase por bolchevique el Congreso que por timorato.

Pronto te mandará algo, para publicarlo, Daniel. Ha escrito cosas muy buenas durante un reciente viaje que hizo a Michoacán.

¿Ves la revista *Indice* de Madrid? Te la recomiendo.

Tuyo afmo.

Pedro

Tres semanas después, P. H. U. envía una tercera carta a Ripa:

Universidad Nacional de México
Rectoría

México, 6 abril de 1922.

Mi querido Héctor:

Allá van dos grandes noticias: una, que Vasconcelos va al Brasil y luego a la Argentina; otra, que yo voy con él, y que iré a ambos lugares. En agosto o septiembre llegaremos al Brasil; en septiembre u octubre a la Argentina.

Para preparar nuestra llegada querríamos hacer alguna propaganda a las letras y a la instrucción pública de México. Te agradeceré, pues que me envíes nombres y direcciones de personas a quienes debamos enviar publicaciones: lo haremos inmediatamente.

Después de esta petición, una segunda: envíame todo lo que puedas de poetas y prosadores argentinos (además de *Almafuerte*, de quien te pedí envíos, porque aquí casi no tenemos nada), porque aunque nuestra antología está a punto de comenzarse a imprimir, siempre se pueden agregar al final cosas importantes que hagan falta, en suplemento. De la poesía argentina contemporánea tenemos muy poco: ¿o es que los buenos poetas argentinos no se mueren fácilmente, ni aún los medianos?

Tercera petición: te envío un ejemplar de mi *Nacimiento de Dionisos*, con retoques (especialmente la "Explicación" que debe ir al final de la obra, y no, como la antigua "Justificación", al principio de ella), para que me hagas el favor de influir en que se publique en una de esas colecciones pequeñas que hay en Buenos Aires. *Ediciones Mínimas*, por ejemplo; o cualquier otra que te parezca bien. Lo que quiero es que no se me juzgue en Buenos Aires, como simple crítico, que, como ya sabes, es lo que no quiero ser.

Va también una nota de Rodó sobre *Dionisos*. Tú sabrás si la crees necesaria o si la suprimes, en el folleto.

Daniel Cosío no sé si irá a la Argentina. Pero entretanto (y he ahí una gran noticia) va en *literatura:* se ha convertido en literato, y, con gran sorpresa mía, en literato con gran don artístico. Recientemente se fue de vacaciones a Michoacán y allí se puso a escribir *Viajes azorinescos*, que han salido muy bien. Uno de esos (muchos) se han enviado a España y espero que allí se publiquen en buenas revistas; ahora te envío unos cuantos más, esperando que los des a *Nosotros*. Como Daniel Cosío ha ofrecido colaboración para *Nosotros*, aunque de otra índole, creo que no es mucha exigencia: además, a mí me parecen realmente buenos los *Viajes azorinescos*, sobre todo dos o tres. Ya supondrás que yo no esperaba tan buena literatura de Daniel, y que su realización ha causado sorpresa y entusiasmo en el círculo de nuestros amigos. De Salomón de la Selva con

gusto te enviaría cosas: últimamente escribió un *Cancionero de Diego Rivera* con cosas soberbias, pero no ha querido hacerles los retoques necesarios para enviarlos a publicar.

Salomón y yo nos vamos mañana a pasar diez días en Chalapa, pero no en la parte del lago que ustedes conocen, sino en otra más rústica e interesante. Va con nosotros Vicente Lombardo Toledano, que es ahora Director de la Escuela Preparatoria, padre de una niña y autor de un libro de *Etica*, bien hecho. Posiblemente se nos agreguen Manuel Gómez Morín y Julio Torri.

De Bomchil nunca hemos recibido ni una tarjeta. De los otros sí. A los que veas, salúdalos efusivamente y diles que nos veremos. Y no olvides que aquí nos tratamos de *vos* y que debemos tratarnos de *tú* en carta. A propósito de *vos:* la Quiroga logró imponerse en México.

Tuyo afmo.

Pedro

La novedad más significativa para las relaciones de P. H. U. con nuestro país la constituye el primer anuncio de un viaje del ministro Vasconcelos a la Argentina, para septiembre u octubre de ese año 1922, y que, en la comitiva se contará el joven dominicano. Un segundo aspecto de la carta es el insistente reclamo de material argentino para la antología hispanoamericana que se prepara en México y sus declaraciones acerca de lo escaso de poesía argentina de la que disponen ("De la poesía contemporánea, tenemos muy poco"), lo que denota una falta real de intercambio entre ambas naciones. Así se explica el esfuerzo de P. H. U. por relacionar a los autores y difundir no solo sus obras, sino las críticas y aún simples reseñas sobre ellas. Hay un ejemplo en esta carta, al enviarle un recorte periodístico. Este gesto es permanente en él, una vía directa, personal de expansión de los esfuerzos aislados. En su epistolario abundan las constancias de envíos de recortes de diarios y revistas, acompañando la misiva. A Alfonso Reyes, le escribe por ejemplo, desde La Plata, el 20

de marzo de 1927, sobre esta su manía "Tú que conoces mis manías de hacer viajar los periódicos y sus recortes"[14].

Rescatemos, de la carta última a Ripa, una frase reveladora de su preocupación –que lo aguijoneó desde muchacho hasta sus años de madurez, como veremos– para que no se lo estime solo como crítico, olvidándose su obra creadora. "Lo que quiero es que no se me juzgue en Buenos Aires como simple crítico que, como sabes, es lo que no quiero ser". P. H. U. se mantuvo siempre consciente de que las labores crítica, ensayística, pedagógica, filológica, con todo el andamiaje que exigen cada una de estas actividades, el consumo ingobernable de tiempo que suponen, las tareas esterilizantes de tirocinio, corrección de pruebas, verificaciones, y demás trabajos iban arrinconando al poeta que en él había. Se iba desequilibrando en sus alforjas; crecía una en detrimento de la otra. Cada vez quedaban más distantes los poemas –los últimos que escribió databan de comienzos de la década de 1910, y eran apenas un par de piezas– serán solo "juveniles"; y serán los únicos. Su único ensayo teatral es de 1909, publicado en opúsculo en 1916[15]. Y no retornará jamás al teatro. Esta situación la tenía más que definida frente a sí mismo. Los esfuerzos de retomar la tarea creativa se le hacía cada vez más distante empresa, e indefinidamente postergada, desplazada del foco de su atención, de sus horas líricas, que cada vez eran menos, frente a las crecientes "horas de estudio", y, las agobiantes, "horas de galera". Su correspondencia, particularmente la sostenida con Reyes, abunda en testimonios de esta situación y de este padecimiento por el desequilibrio entre los dos flancos del escritor: "¿Es posible que nunca salgamos de ocupaciones excesivas? Creo que tú, al menos, deberías liberarte de ellas, y hacer cosas de tu gusto, por ejemplo, tragedias y cuentos"[16]. "Tú, al menos", porque

14. Recogido en O. *Comp.*, VI, p. 439.

15. "*El nacimiento de Dionisos*, Esbozo trágico a la manera antigua", *Revista Moderna*, México, febrero de 1909, pp. 259-269; después en *Las Novedades*, Nueva York, 16 de diciembre de 1915. El folleto: *El nacimiento de Dionisos*. Nueva York, Imp. de Las Novedades, 1916, 46 pp. O. *Comp.*, I, 63-82.

16. Recogido en O. *Comp.*, VI, p. 291.

"yo no lo puedo hacer", parece decir P. H. U. Esta actividad desgastadora que amortece, cuando no mata, el impulso creador, la padeció particularmente en México y la Argentina, y en el poco tiempo –apenas año y medio– que duró su reentronque con su tierra natal (1930-1931). Los artículos y trabajos sobre P. H. U. cargan todo el peso sobre la etapa argentina con este mal del excesivo y agobiador ritmo de trabajo. Pero la edición, al menos parcial, de su epistolario hacia nuestros días, va mostrando como fue creciendo el mal que lo aquejó desde, por lo menos 1921 hasta su muerte. Véanse los hitos: el pasaje recién citado está fechado en México, el 27 de diciembre de 1921; recuérdese, para sus últimos años, el texto manuscrito que quedó entre sus papeles, dado a conocer por Juan Carlos Ghiano, y que es una dolorida –y aún para nosotros dolorosa, por compadecimiento– *critica de se stesso*[17].

Como poeta y como dramaturgo, su producción está concluida en 1910, prácticamente. Como narrador, el empuje, la vocación creadora sobrevivió por más tiempo, sin duda por mayor firmeza de su personal capacidad como cuentista, por sobre su inclinación lírica o dramática. Después de algunos ensayos narrativos casi adolescentes, en 1923 publica, –en forma anónima, el delicioso manojo de relatos infantiles *Los cuentos de la Nana Lupe*. Entre éstos y las próximas muestras de la especie –"Eramos cuatro..." y "El hombre que era perro" (1925)– media solo un par de años; más tarde, el hiato es de once años entre éstos y el par de cuentos que le siguen en su producción: "El peso falso" y "La sombra", ambos de 1936. Y, de aquí hasta su muerte, nada publicará de narrativo en los diez años finales de su vida.

Volvamos a la carta a Ripa Alberdi, que había motivado, en una frase, estas consideraciones. Allí preve la posibilidad de una nueva edición, ahora argentina, de *El nacimiento de Dionisos* (1909, en revistas; 1916 en folleto). Para tal fin, le envía un ejemplar de la edición de 1916,

---

17. Ghiano, Juan Carlos. "Una página inédita de Pedro Henríquez Ureña", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 23 de mayo de 1976, 3ra. sec. p. 1. Ghiano transcribe esta página, balance de vida, notable. Más adelante la citaremos *in extenso*.

con correcciones manuscritas y con la indicación de que la que llamara "Justificación", a manera de prólogo, se colocara como "Explicación" –adviértanse los matices del cambio de designación, y de la ubicación de estas páginas– a la hora del epílogo[18]. Y sugería que se buscara la posibilidad de publicación en "una de esas colecciones pequeñas que hay en Buenos Aires. *Ediciones Mínimas*, por ejemplo". Esto lo proponía en 1922. Lamentablemente, ese mismo año, dejan de aparecer las dos colecciones de opúsculos más vigiladas del momento: las mencionadas *Ediciones Mínimas*, dirigidas por Leopoldo Durán, cuadernillos de impecable y cuidada presentación, que han alcanzado su número final doble, 59-60; y las *Ediciones Selectas América*, a cargo de Samuel Glusberg, que se clausuran con el medio centenar de entregas. Cualquiera de estas publicaciones hubiera sido el ámbito ideal para la publicación de *El nacimiento de Dionisos*, pues el texto era breve y cabría a la perfección en uno de los cuadernos, y las ediciones eran de notable pulcritud tipográfica –la de Durán, sobre todo– y de amplísima difusión. Se frustró así una edición argentina de su dilecta obrita, tan bien beneficiada por un profundo conocimiento de las peculiaridades del teatro griego.

Tanto como a la difusión de lo suyo, atiende P. H. U., a la de las obras de sus posibles compañeros de viaje a la Argentina. P. H. U. sabe que para una buena cosecha, se debe comenzar por una cuidadosa preparación de la sementera, criteriosa selección de la semilla y de su destino en buen surco. Nada de sembrar al voleo sobre tierra argentina. Con buena estrategia de diplomacia cultural, pide nombres claves, envía libros, escribe cartas, aumenta sus colaboraciones en revistas de nuestro medio...

---

18. El ejemplar de la biblioteca de Ripa Alberdi, que hemos manejado, lleva una dedicatoria de 1921; "A Héctor Ripa Alberdi con la amistad de Pedro Henríquez Ureña. México, 1921"; y está corregido por mano del autor. Las correcciones no son muchas en el texto, apenas unas ocho; en dos casos, supresión de una palabra; en el resto, sustitución de un vocablo por otro. Como la referencia en carta, al drama, es de 1922, debió de enviarle otro ejemplar para destino de imprenta.

La carta se cierra con una apuntación referente al tratamiento que se daban en México, manejando el *voseo* rioplatense, al cual ha condescendido en juego P. H. U., incorporando, incluso, alguna inflexión verbal muy de nuestro uso, como ese "olvidés", que escribe. Pero, cuidadoso siempre del idioma, Pedro distingue entre el uso oral, conversacional del *vos*, como divertimiento, y la advertencia de "que debemos tratarnos de *tú* en carta". Esta convención en el uso del *voseo* entre los delegados argentinos y Pedro –por diversión, como decíamos– habrá de sorprender a Arrieta, siempre cuidadoso de las formas del tratamiento. Así, en sus recuerdos de P. H. U. apunta, a propósito del encuentro de 1922: "Mis dos alumnos –se refiere a Ripa y a Orfila Reynal– me presentaron enseguida a su amigo. Al oír que éste se tuteaba con Orfila, debí hacer un gesto de sorpresa, porque en cuanto nos hallamos solos, mi visitante se creyó obligado a explicarme aquella familiaridad. Durante la permanencia en México de estos jóvenes, su *voseo* me tentó a emplearlo en broma con ellos, y así quedó establecido inesperadamente nuestro tuteo. Lo singular es que yo me he tuteado con pocos amigos antiguos y de mi edad".

Una nueva carta, esta vez del 9 de junio de 1922, acusa recibo de una de Ripa, en la que éste le ha adjunto los textos de *Almafuerte* que le solicitara. La mención de Pedro Delheye, en las primeras líneas, que era amigo personal de Ripa, hace suponer que fue Héctor quien lo sugirió a P. H. U. para la antología. Delheye sólo había publicado un volumen de versos, *La vida interior*, y hacía poco había fallecido en La Plata, en 1918.

El cierre de la carta es dato revelador respecto del interés de P. H. U. de radicarse en el país. Anticipa en casi un año esta intención, con referencia al testimonio de Arrieta, que es del 20 de marzo de 1923. La forma en que urge a Ripa para que una respuesta segura lo alcance antes de embarcarse hacia la Argentina con la delegación mexicana, indicaría que pretendía tomar recaudos para decidir más firmemente sobre su radicación entre nosotros. Por lo demás, pide reserva a su amigo sobre esto:

Universidad Nacional de México
Departamento de Intercambio Universitario

México, 9 de junio de 1922.

Mi querido Héctor:

Recibí tu carta de mayo y los Almafuertes. Espero los demás poetas, sobre todo Delheye, de quien no tenemos nada.

Del viaje: no verás llegar a todos los que te figuras. Irán Torri, Montenegro, tal vez Pellicer, pero no Salomón (como no vaya por su cuenta, cosa que yo le sugiero), ni Cosío, ni Villaseñor. Tampoco irá Torres Bodet.

Ahora cuestión mía, y reservada: ¿crees que podré quedarme en la Argentina? ¿Cuánto podré ganar y en qué? Dame el dato *lo más seguro posible*, y pronto: es decir: contéstame esta carta a más tardar a la semana de recibirla, a fin de que la respuesta llegue a tiempo.

Salud.

Pedro

Podemos asegurar, entonces, que desde antes de su viaje a la Argentina con la delegación mexicana, P. H. U. tenía intenciones firmes de quedarse en el país. No se trata del final de la carta a Ripa, sino de otro testimonio, más tardío, y radicado ya en nuestro país. P. H. U. pasa unas vacaciones en la estancia "La Pascuala", en Tandil; desde allí escribe a Daniel Cosío Villegas, el 13 de enero de 1928, donde le comenta la cada vez más tirante situación personal con Vasconcelos y el recargo de trabajo que iba padeciendo, junto a un enredado pleito de bienes en común con el autor de *La raza cósmica*; y dice: "Si yo hice el viaje a la América del Sur en 1922, fue sobre todo con el propósito de arreglarme el traslado a la Argentina: afortunadamente lo conseguí" (O. *Comp.*, VI, p. 397).

Una escueta nota enviada en la víspera de la partida desde México hacia Brasil, nos precisa el día de embarco que no se cumplirá: 21 de julio de 1922.

20 de julio

Mi querido Héctor:

Mañana salgo para la América del Sur. En octubre estaremos en la Argentina (Vasconcelos, Pellicer y yo).

Va ese artículo para que lo hagas publicar donde quieras. El libro de Carreño es malo.

Pedro

Entre el mes de julio y fines de octubre de 1922, lo único que se publica en el país –según hemos alcanzado– es un artículo en *Nosotros*. Es casi con seguridad éste al que alude P. H. U. en su esquela recién citada. En septiembre, a un mes del arribo, aparece el ensayo "La cultura y los peligros de la especialidad"[19]. Esta colaboración no era original, pues ya había aparecido en *La Unión Hispanoamericana*, Madrid, 11 de febrero de 1920. En el ensayo considera que los Estados Unidos, admirados por Sarmiento y Hostos por su sentido democrático y su sentido práctico, muestra en estos días una crisis educativa, registrada en el ascenso del porcentaje de analfabetismo después de la Gran Guerra. A esta herencia bélica, se le suma cierto desorden en los planes de estudio, defecto heredado de la tradición pedagógica inglesa, afectada por falta de coordinación filosófica. En estos los hispanoamericanos les llevamos ventaja a los del Norte, pues nuestra herencia, en lo pedagógico, es la francesa. Estados Unidos ha implantado el sistema de "la libre elección", que, si es aceptable en los niveles superiores, no lo es en el secundario. La llamada especialización norteamericana es más bien educación incom-

19. En *Nosotros*, Buenos Aires, a. 16, tomo 42, nº 160, septiembre de 1922, pp. 47-54; en *O. Comp.*, III, pp. 369-376.

Recordemos que P. H. U. había adelantado en *Nosotros*, parte del capítulo IV de su obra *La versificación irregular en la poesía castellana*, anunciado como "De próxima aparición". Esta primicia argentina era la titulada "El apogeo de la versificación irregular, 1600-1675", en *Nosotros*, Buenos Aires, a. 13, t. 33, nº 127, diciembre de 1919, pp. 445-451.

pleta y superficial. La situación del *high school* y *del college*, se agrava en la Universidad por carencia de panoramas. P. H. U., ante la entusiasta adhesión de algunos pedagogos hispanoamericanos por la "libre elección", reclama mantener la sana orientación latina de nuestra tradición educativa. Los de América española debemos tomar ejemplo de la eficacia estadounidense, o, por ser más precisos, de la zona de Nueva Inglaterra. A ésto, casi, debería limitarse nuestro aprovechamiento.

Decíamos que P. H. U. graduó las formas de presencia inmediata en la Argentina; un mes antes de pisar por vez primera la ribera del Plata, aparecía en *Nosotros*, una de las revistas de mayor difusión y prestigio, una nueva colaboración suya. Como los monarcas avisados, enviaba, varias jornadas antes mensajerías y embajadores delante de sí, para asegurar el buen encuentro. La vieja sabiduría placera castellana lo enseña y advierte: "Segunt el mensaxero, tal será su señor". Y, a fe, que los enviados de papel cumplieron debidamente su cometido. El terreno estaba preparado para una cálida y justipreciadora recepción, cuando arribó en octubre de 1922.

Capítulo III

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA CON LA DELEGACIÓN MEXICANA EN LA ARGENTINA (1922)

El 21 de julio de 1922 partió P. H. U. con la comitiva oficial mexicana que iba primero a Brasil y luego seguiría viaje a la Argentina. Pero hubo dificultades en el embarque, según nos enteramos por carta de aquel a Alfonso Reyes, escrita a bordo del *Coahuila*, el lunes 7 de agosto de ese año: "Salimos de México el 21 de julio en la noche, creyendo que el barco *Coahuila* (que va al Brasil junto con el *Bravo*) saldrá el 22. Con la acostumbrada desorganización mexicana, todo estaba por hacer, y los barcos no salieron hasta el viernes 28 en la noche. En el *Bravo* van alumnos del Colegio Militar (unos 150); en el *Coahuila*, va una banda militar, una orquesta típica, representantes distinguidos de la misión militar (aviadores con sus máquinas, por ejemplo), y la misión civil, compuesta solamente (fuera de Vasconcelos y Julio y de la gente que llevó la exposición de arte popular –obra de la Secretaría de Industria y Comercio–, entre ellos, Roberto Montenegro, todos los cuales se fueron por Nueva York), además de mí, de Ricardo Gómez Robelo, Carlos Pellicer (el poeta) y Alfredo B. Cuéllar, delegado deportivo y persona excelente"[1]. Pasan seis días en Veracruz; tardan otros seis en llegar al

1. Recogido en O. *Comp.*, V, p. 309.

Canal de Panamá; se detienen cuatro días en Colón y continúan su viaje por las costas de Colombia, Curazao, rumbo al Brasil. Después de cumplidos los actos de la celebración brasileña, llegan en octubre a Buenos Aires para asistir a la transmisión del mando presidencial, del doctor Hipólito Irigoyen al doctor Marcelo T. de Alvear. La intención de Vasconcelos –conocido en nuestro medio como buen ensayista y como activo renovador en el campo educativo de su patria– era difundir la acción desplegada por su ministerio. El embajador mexicano en la Argentina era el poeta Enrique González Martínez. Aguardándolo a Pedro en el puerto estaban Orfila Reynal y Ripa Alberdi; ambos se lo presentaron a Arrieta, que ya vivía en Buenos Aires. Trabaron amistosa relación don Pedro y don Alberto, viéndose a diario. Arrieta lo acompañó a salones de arte, conferencias, teatro, ópera. Los integrantes de la delegación lucían en los salones y tertulias que visitaban y alternaron con escritores y artistas del mundo intelectual porteño, en medio de una cargada programación de actos que los obligó a intensísima participación durante los días de su estada entre nosotros. Destaquemos algunos de estos homenajes y reuniones más interesantes para nosotros por la participación destacada en ellos de P. H. U.

El día, o por mejor decir, la noche del 11 de octubre, por iniciativa de la dirección de la revista *Nosotros*, los escritores argentinos ofrecieron una comida a don José Vasconcelos, a la que asistieron más de setenta comensales[2]. La velada transcurrió animada y cálidamente. A los postres, José Ingenieros, en nombre de la dirección de la revista, y por ausencia obligada de Roberto Giusti, leyó un discurso, lato y sonante, como suyo,

2. En *Nosotros*, Buenos Aires, a. XVI, tomo 42, octubre 1922, nº 161. El discurso de Ingenieros en pp. 145-188. La crónica de la velada, en "Nuestro homenaje a José Vasconcelos", mismo número, pp. 242-243; Discursos: el de Vasconcelos, pp. 243-245; brindis de Julio Noé, p. 245; de Pedro Henríquez Ureña, pp. 245-247; del doctor Manuel E. Malbrán, pp. 247-250. Cerró el acto Carlos Pellicer recitando su "Canto a América". Entre los asistentes estaban: Alejandro Korn, Alberto Williams, Héctor Ripa Alberdi, Julio Rinaldini, José Gabriel, Arturo Cancela, Jorge Max Rohde, R. A. Arrieta, Enrique Amorim, Emilio Suárez Calimano...

cuyo tema fue "Por la unión latino-americana". La crónica dice que "Ingenieros alcanzó un verdadero triunfo. Repetidamente fue aplaudido durante la lectura, i ovacionado al final de ella" (p. 243). Contestó José Vasconcelos, desarrollando conceptos sobre "la raza iberoamericana" –concepto que no placía, como se sabe, a P. H. U.– y la lucha por los ideales étnicos. Cerró lindamente su exposición con estas palabras: "El *Nosotros* de esta revista, nunca lo hemos interpretado de manera exclusiva: sabemos, porque la revista nos lo ha demostrado y lo demuestra en estos instantes, que ese *Nosotros* quiere decir todos los hijos de la América latina: todos los que hablan español, todos los que comulgan con los ideales de la confraternidad y la libertad de los pueblos". Siguió un brindis de Julio Noé –el autor de la *Antología* que comentará en 1926 P.H.U.–; y al referirse brevemente al dominicano dijo: "en Henríquez Ureña vemos a uno de los más fuertes talentos, a uno de los más probos eruditos del continente". A Noé le respondió, improvisando, P. H. U. Transcribimos su discurso, tomado en versión taquigráfica y publicado en la revista:

DISCURSO DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN LA COMIDA OFRECIDA POR "NOSOTROS"

Me es grato en esta ocasión expresar, por una parte, nuestra gratitud por la cordial acogida que aquí hemos encontrado, en nombre de mis compañeros Torri y Montenegro, y en mi propio nombre, ya que, como miembro de la Universidad Nacional de México, me ha tocado participar en este viaje de la Misión Mexicana a la América del Sur, y, por otra parte, como dominicano, dar las gracias al doctor Ingenieros por el recuerdo que dedicó a Santo Domingo y a la misión que, compuesta por mi hermano Max y por el doctor Federico Henríquez y Carvajal, vino a este país hace poco más de un año.

Debo aclarar, como Vasconcelos, que estoy entregado en estos momentos a la felicidad de estar en la Argentina. Para mí, –y el doctor

Ingenieros lo sabe, porque de eso hablamos hace seis años en Nueva York–, era una vieja ilusión venir a la Argentina. Tuve siempre el presentimiento, y ahora lo he podido confirmar, de que la Argentina, a pesar de la propaganda periodística que lo pinta como país "muy europeo", es en verdad un país muy americano, es decir, muy hispanoamericano; de que el tipo de civilización, y hasta el tipo de ciudad, que aquí está desarrollándose, tiene caracteres propios, y sin perder el sentido de universalidad, la amplitud en que cabe todo lo humano, tiene sabor genuino y arraigo en la tierra que lo sustenta.

Como mi dedicación principal es la literatura, y, dentro de la literatura, más que producir cosas mías, admirar las ajenas, desde hace muchos años admiro las obras argentinas, y puedo decir que a través de ellas he admirado siempre el ímpetu y el brillo del espíritu argentino. Y ese ímpetu, que desde hace años se manifiesta en el florecimiento económico e intelectual, es una característica permanente, y no una consecuencia accidental de aquel florecimiento. Cuando era la Argentina un país con pocos habitantes y sin significación internacional, tenían sus hombres el mismo ímpetu orgulloso que hoy mueve toda la vida nacional: ése es el que animaba las páginas de Sarmiento o los versos de Andrade. Muy americano es, y debe serlo, este orgullo de las cosas nuestras, este orgullo que la Universidad Mexicana ha convertido en un lema, que yo desearía –como todos los que pertenecemos a aquella institución–, se difundiera por toda nuestra América.

La misión de nuestra raza, de nuestra América, es una misión espiritual, como lo acaban de recordar Ingenieros y Vasconcelos. Aún a riesgo de parecer contagiado de aquella ingenuidad que en los tiempos de la colonia daba el nombre de Atenas a las ciudades cultas del Nuevo Mundo, yo me atrevo a esperar –y el maravilloso esplendor de nuestra moderna poesía podría ya comenzar a justificarlo–, que nos toque devolver a la civilización el sentido espiritual que le dieron la Grecia clásica y las repúblicas italianas desde Dante a Leonardo. Pero hasta los pesimistas me permitirán que invoque el ejemplo de Grecia y de Italia para recordar a nuestra América que la desunión es el desastre. Yo veo la

significación de nuestro viaje en las palabras que hace poco dijo nuestro compañero de la Universidad, aquí presente Ricardo Gómez Robelo: Bolívar dijo que quien pretendiera unir a los pueblos de la América española araría en el mar; y bien, lo que hubiera parecido milagro se está realizando; nuestros barcos vienen arando en el mar. La salvación de nuestra América, para que llegue pura y fuerte a cumplir su misión espiritual, está en la unión, y yo deseo que la Argentina se afirme cada vez más y más en su papel de guía, para que en un futuro no lejano sea una realidad el lema de la Universidad de México: "Por mi raza hablará el espíritu".

Después del improvisado discurso de P. H. U. habló el embajador argentino en México, doctor Manuel E. Malbrán, y se leyó una carta de Enrique González Martínez. El discurso de P. H. U. en esta oportunidad es la primera palabra pública de él en nuestra tierra argentina. Por vez primera se oyó en ese ágape –como le hubiera placido a él decir de aquella reunión– su voz de bajo, lenta y cadenciosa, fluyendo sin prisa y nítidamente frente a público argentino.

Esta fue la demostración porteña más destacada desde el punto de vista intelectual y la principal para nuestro interés por el discurso de don Pedro. Los otros actos significativos tendrán lugar en La Plata.

En la ciudad fundada por don Dardo Rocha, la Delegación tuvo una acogida resonante. El 14 de octubre, Pedro hizo por primera vez en su vida el viaje de algo de más de una hora a La Plata, que, desde 1924 hasta su muerte habría de realizar tres veces por semana. Iba invitado por el Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, doctor Ricardo Levene, a pronunciar una conferencia en esa casa de altos estudios. En la reseña de las actividades del Consejo Académico de dicha Facultad, que la prensa local traía día a día, dice: "Se dio lectura del saludo de la Facultad de Altos Estudios de México al decano, profesores y alumnos del claustro platense; resolviéndose contestarle agradeciéndole esta atención e invitar al profesor de aquella Facultad, Pedro Henríquez Ureña, a que dicte una conferencia en la Facultad". Esta es la raíz de la

visita de P. H. U. a La Plata. La disertación tuvo lugar el día 14 de octubre, a las 17.30 horas en el Aula Magna de la facultad de Humanidades; el tema era "La utopía de América"[3]. Presentó al expositor don Rafael Alberto Arrieta, en representación del doctor Levene, ausente por razones de salud. Don Pedro, antes de pronunciar su conferencia, dio lectura al mensaje que el Director de la Facultad de Altos Estudios de México, Ezequiel A. Chaves, había enviado a la Facultad de Humanidades. El mensaje estaba datado en la capital azteca, el 22 de julio; en él Chaves dice: "recibidlo (al mensaje) de manos de nuestro excelente profesor, el doctor Pedro Henríquez Ureña". Las crónicas de los dos periódicos platenses del momento, *El Día* y *El Argentino*, transcriben dicho mensaje. Es este el primer contacto de P. H. U. con La Plata y su gente, que ha de durar cuarto de siglo.

Los comentarios periodísticos apuntan: «El conferenciante, en hermosas frases, se refirió a la cultura de América y a la civilización, significando que los países que la forman se encuentran habilitados por la tradición que poseen para formarse una que no sea reflejo de la europea. "Buenos Aires o Río de Janeiro –agregó el doctor H. U.– significan menos que la última aldea perdida en las montañas mexicanas, donde a través de los restos de la tradición pasada se forma una civilización nueva; el momento es oportuno para sembrar estas ideas ya que la gran guerra ha distanciado a los pueblos de América de los europeos"», dice uno de los diarios, *El Día*. Tanto éste como *El Argentino*, transcriben pasajes de la conferencia. "Una salva de aplausos, entusiasta y prolongada, premió la

---

3. La crónica de la reunión del Consejo Académico mencionada, en *El Día*, La Plata, 16 de octubre de 1922, p. 3.; la reunión ha debido realizarse sobre fines de la semana anterior.

Los anuncios de la conferencia de P. H. U.: "Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La conferencia de Hoy. Pedro Henríquez Ureña", *El Día*, La Plata, 14 de octubre, p. 4.; «Conferencia: la del doctor P. H. U. sobre "La utopía de América"», en *El Argentino*, La Plata, 14 de octubre de 1922, p. 1. Las crónicas de la disertación: "Conferencia del doctor Enríquez (sic) Ureña", en *El Argentino*, La Plata, 15 de octubre de 1922, p. 2; "Universitarias. Fac. de Humanidades. Conferencia del doctor P. H. U.", en *El Día*, La Plata, 16 de octubre de 1922 p. 3. En ambos periódicos se transcriben fragmentos de la conferencia.

conceptuosa y brillante disertación del doctor Henríquez Ureña. Cuando los aplausos terminaron, un grupo de niñas pidió al orador que el poeta recitase algunas de sus composiciones, a lo que accedió gustoso, siendo muy aplaudido por este rasgo que matizó de intimidad el hermoso acto de ayer", comenta *El Argentino*, ofreciendo una novedad para los biógrafos del dominicano, en este gesto de cierre de su exposición con viraje a lo lírico. Contagiados por don Pedro, le siguieron, en la recitación de poemas: Arturo Marasso Rocca, Augusto Cortina Aravena –aquel profesor, junto al que caería fulminado por el ataque al corazón, en el tren, el 11 de mayo de 1946–, Héctor Ripa Alberdi –ubicuo, aquí y en Buenos Aires, como se ha visto– y la señorita López Aranguren. Así concluyó, con clima cordial y casi amigo, la velada de ese sábado de 1922, buena base de presentación y de acogida para una relación que será tan duradera.

A los dos días de su primera visita a La Plata, P. H. U. debió regresar nuevamente a la ciudad universitaria, pues para el lunes 16, el Grupo Estudiantil Renovación, al que pertenecían y lideraban Ripa Alberdi y Orfila Reynal, hacía un homenaje a la delegación mexicana. El anuncio del acto, que se realizaría en el teatro Argentino ocupó con amplitud la plana de los dos periódicos locales; en ambos, una gran reproducción del escudo de la Universidad de México. *El Día*, en el anuncio, hace una presentación de cada uno de los integrantes de la embajada intelectual azteca, a los que, dice, se han dado en llamar "Heraldos de la nueva generación". P. H. U. es presentado después del ministro Vasconcelos:

PEDRO ENRÍQUEZ (sic) UREÑA

Pedro Enríquez (sic) Ureña es una figura de relieve sobresaliente entre el núcleo intelectual de habla española. Su nombre, como escritor, crítico y maestro es respetado en todas partes, y su obra intensa y amplia, es ya suficientemente sólida como para definir su personalidad. Dominicano de origen, tuvo que emigrar de su país, a raíz de la insolente ocupación militar que de su tierra hicieron los Estados Unidos, y fue hasta México, donde se lo acogió como un hermano que era. Enríquez (sic)

Ureña agrupó a su alrededor al núcleo sobresaliente de la intelectualidad mexicana, y en unión de Antonio Caso, Vasconcelos, González Martínez, Alfonso Reyes y algunos otros, iniciaron la más alta obra cultural, propulsando la renovación espiritual que se operó en aquel país por los años 1900 y 1910, y que orientando por una corriente idealista a la gente joven de México, fueron modelando el carácter de una generación que hoy se ha impuesto en la vida espiritual de aquel país y que se infiltra en todos los núcleos latinoamericanos. Enríquez (sic) Ureña, como Antonio Caso y como lo fuera Justo Sierra es maestro para la juventud mexicana, y como tal se lo respeta y se lo escucha. Profesor de la Universidad y de escuelas preparatorias, dirige también la escuela de vacaciones de la misma Universidad, a la que llegó después de haber ejercido el profesorado en la Universidad de Minnesota, y haber permanecido algunos años en viajes de estudio por los países latinos de Europa.

Sus trabajos publicados son numerosos y ya conocidos, y entre ellos citaremos sus *Horas de estudio*, *Ensayos críticos*, *Estudios griegos* (traducción de W. Pater), *Don Juan Ruíz de Alarcón*, *El nacimiento de Dionisos* (tragedia), *La versificación irregular en la poesía castellana*, y últimamente ha publicado *Mi España*, libro nuevo del que muy pronto hemos de ocuparnos"[4].

La semblanza de *El Argentino* aporta a los lectores platenses nueva información. Se comprende que citamos estas presentaciones, no por su originalidad ni acierto en sus datos –se ve que hay desajustes de información en el cronista– sino por ser la primera difusión en La Plata del currículum básico de don Pedro, ya que el acto académico no estuvo precedido de información de esta naturaleza a los platenses. En *El Argentino* del 16 de octubre:

---

4. "Homenaje a los intelectuales mexicanos. La velada de hoy en el Argentino. Acto de confraternidad idealista", en *El Día*, La Plata, 16 de octubre de 1922, p. 3. En *El Argentino*, La Plata, 16 de octubre de 1922, p. 1: "Los intelectuales mexicanos serán objeto de un homenaje por el Grupo Estudiantil Renovación que se realizará hoy en el teatro Argentino".

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Es uno de los críticos más eminentes de Hispanoamérica. *En Horas de estudio*, a pesar de ser obra de juventud, advertimos ya su vasta cultura literaria y filosófica. Es autor de un trabajo meditado sobre Juan Ruíz de Alarcón, en el que demuestra que el origen mexicano del dramaturgo se advierte en varios pasajes de sus obras. Colabora en la *Revue Hispanique* que dirige Foulché-Delbosc, en París, y últimamente ha publicado en la *Revista de Filología Española* un interesante trabajo sobre el castellano en América. La última de sus obras apareció el año pasado en Europa, con el título de *La versificación irregular en la poesía castellana*, trabajo de vasta erudición que lleva un prólogo de Menéndez Pidal. Con Alfonso Reyes, Vasconcelos, Alfonso Caso, Pedro Henríquez Ureña forma el grupo dilecto de la juventud mexicana, entre los maestros de las nuevas generaciones". Como se ve, las dos imágenes periodísticas son complementarias. En esta segunda, de *El Argentino*, ocupa la primera plana, reproduciendo el escudo de la Universidad y la fotografía de Vasconcelos, tomando mate con la delegación argentina en México, que hemos reproducido en el anterior capítulo.

El acto en el teatro Argentino, organizado por el Grupo Renovación comenzó a las 21 horas. Este Grupo estaba formado por jóvenes reformistas –que habrían de proyectarse en un par de revistas, tres años más tarde: *Valoraciones* y *Sagitario*– y había creado un grupo teatral que hizo su debut como compañía el 20 de septiembre de 1922, con la presentación de *La cueva de Salamanca* de Cervantes y *La posadera* de Goldoni. La del 16 de octubre es su segunda actuación ante el público platense. El acto se abrió con el "Himno de los estudiantes"; luego Héctor Ripa Alberdi tuvo a su cargo el saludo a los invitados especiales, en cuyo honor se hacía la velada; Ripa conocía a todos ellos desde un año atrás[5]. Manifestó que "En el alma de la nueva generación argentina ha comenzado a dilatarse la simpatía hacia las naciones hermanas de Iberoamérica. Pero esa especie

5. "Bienvenida", en Ripa Alberdi, *Obras* I. *Prosa*, ed. cit., pp. 51-54.

de expansión de la nacionalidad se realiza muy lentamente a causa del excesivo afán por el propio mejoramiento. (...) Nosotros hasta ahora no hemos sido más que románticos, que es ser la mitad de la vida; ahora es menester que lleguemos a ser hombres, que es la vida total. (...) De manera que el problema de la solidaridad continental no lo resolverán ni los mandatarios, ni los parlamentos, porque es un problema de educación. Hay que afrontarlo desde la escuela: la savia ha de entrar siempre por la raíz. (...) El espíritu argentino posee esas fuerzas interiores creadoras, pero orientadas hacia la elaboración del propio destino. Nos falta acrecentar esa gracia cordial de la simpatía humana, que lleva espontáneamente a gozar de los ajenos dones y a compartir las desdichas ajenas. Somos capaces de reunirnos en multitud para aplaudir con frenesí o para hacer sonora nuestra indignación colectiva, pero individualmente nos falta corazón hospitalario". Sincero diagnóstico de lo argentino frente al problema de la solidaridad hispanoamericana; P. H. U. habría subrayado las palabras de Ripa, y las habrá aplaudido entusiasta desde la platea.

La obra teatral que aquella noche se presentó fue *Hacia las estrellas* de Leónidas Andreiev, según el programa del acto, que lleva el escudo de la Universidad de México y la tan comentada leyenda "Por mi raza hablará mi espíritu"; y la dedicatoria del homenaje: "El Grupo Estudiantes Renovación tributa en esta fiesta un homenaje cordial a José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Roberto Montenegro y Carlos Pellicer, heraldos de la valiente generación que hoy renueva la vida mexicana con un poderoso impulso idealista. La Plata. 1922". La obra tuvo una puesta en escena interesante, que sin duda atrajo la atención de P. H. U., como aporte argentino al "nuevo teatro", del cual habrá de ocuparse en su conocido artículo de *Valoraciones* unos años después. La puesta en escena estaba basada en cámaras de cortinas, efectos de bosque mediante el fraccionamiento vertical de los paños y los cambios de colores mediante la "paleta luminosa". Nadie sospechaba que aquel profesor centroamericano, que asistía a la representación de la segunda experiencia dramática del Grupo Estudiantil de Teatro, andados los

años, sería su asesor escénico para la puesta de la *Santa Juana* de Bernard Shaw. La reacción contra el realismo que la puesta de *Hacia las estrellas* significaba plugo a Pedro, y habría de comentarlo años después.

En los entreactos, actuó la orquesta típica del maestro Torreblanca, cedida por Vasconcelos para animar la velada. Cantaron, al final, las señoritas Abigail Borollo, Flora Islas y la señora Fanny Anitúa.

El hijo de don Alejandro Korn, Guillermo, evoca aquella noche de festejos: «Formalizado el homenaje, hubo una tenida memorable en la madrugada en "La Churrasquera" que entonces estaba en diagonal 80, entre 1 y 2. Allí hasta ya alto el sol, Fanny Anitúa cantó himnos y canciones populares. El local, la vereda y la calle se colmaron de gente que aplaudía y vivaba a la confraternidad argentino-mexicana. Las raíces de esta comunión que, finalmente trajo a vivir a La Plata al maestro Henríquez Ureña, hay que buscarlas en el viaje de la delegación estudiantil a México en 1921»[6].

En la mañana del día 17 de octubre, después de la amena trasnoche, vuelve P. H. U. a Buenos Aires con la delegación, ya pronta la partida.

Desde el Plaza Hotel, donde se hospedaba la delegación mexicana, P. H. U., escribe una nota a Ripa Alberdi, a quien, con el trajín de los últimos días en Buenos Aires, no alcanzó a ver personalmente.

Plaza Hotel
Buenos Aires

Mi querido Héctor:

Recibí tu tarjeta de despedida y siento no haberte visto. Hablé con Rojas. Me indicó que el ingreso a la Universidad de Buenos Aires es algo problemático, dado que todo está lleno, y el Instituto de Filología implica

---

6. Korn, Guillermo, "El teatro del Grupo *Renovación*", en *Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses*. La Plata, Fac. de H. y C. de la Educación, U. N. L. P., 1963, pp. 275-290; lo citado p. 283.

un contrato con *europeo:* es decir, así está estipulado en la ordenanza relativa. Cree que tal vez sea posible agregar a otra persona al Instituto como Secretario, pero no se sabrá mientras no se despeje la situación económica de la Universidad. En cambio, me dijo que en La Plata sería fácil, tal vez, dados los cambios que allí ocurren. Rojas parece estar muy bien dispuesto.

No he vuelto a ver a Arrieta, pero lo procuraré. No dejes de tocar esta cuestión con él de cuando en cuando. Yo insistiré, porque mi deseo de venir sigue firme.

Otra cosa: mi *Dionisos*, listo para la imprenta, envíaselo a Samuel Glusberg, Moreno 1167, Buenos Aires. Perdona que todo lo que te escribo sean encargos, pero creo que en Paraná no te serán demasiado gravosos.

Anoche le dieron un banquete a Montenegro. Mucha gente. Lo ofreció Fernán Félix y Amador, hablando del Montenegro *europeo*. Me hicieron hablar y hablé del Montenegro *nuevo, mexicano*, explicando las fuentes en que ahora se inspiraba: esta simple explicación de fuentes del arte mexicano despertó un entusiasmo que me dejó sorprendido.

Hasta luego.

Pedro

P. H. U. ha hecho gestiones con Ricardo Rojas, por entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. El contrato al que alude se había firmado hasta allí con europeos: Américo Castro, Manuel de Motolíu, Agustín Millares Carlos; luego le seguirá Amado Alonso. Se anticipa en esta nota a Ripa la posibilidad, más tarde concretada, de su Secretaría en el Instituto de Filología.

"Puesto ya un pie en el estribo", P. H. U. sigue librando su batalla en pro de la afirmación de su obra creadora, en el trámite que para la edición de *El nacimiento de Dionisos*, frente a Glusberg solicita a Ripa. Por esos días Ripa Alberdi dictaba clases en el Instituto de Profesorado de Paraná (provincia de Entre Ríos), lo que lo obligaba a alejarse de Buenos Aires

y La Plata por un tiempo. Sus obligaciones pedagógicas impidieron una que, de darse, hubiera sido el postrer adiós entre los amigos.

Alcanzó sí, a despedirse de Arrieta: "Mi nuevo amigo se despidió de mí con un promisorio ¡hasta pronto! Encariñado con la Argentina, ya me había expresado su esperanza de radicarse en ella"[7]. A partir de este momento, se activarán gestiones y se moverán influencias para que P. H. U. pueda concretar su anhelado aquerenciamiento en la Argentina.

7. Arrieta, *op. cit.*, p. 87.

Capítulo IV

REGRESO A MÉXICO. VÍSPERAS ARGENTINAS (1922-1924).

De regreso a México y a sus actividades, P. H. U. mantiene correspondencia con sus amigos argentinos y envía colaboraciones a *Nosotros*, siempre vivo en él el deseo de radicarse entre nosotros. Con fecha 20 de marzo de 1923, desde México, le envía a Arrieta un ejemplar de *En la Orilla. Mi España*, con una anotación: "No abandono mi deseo de irme a la Argentina, aunque las circunstancias me obliguen a esperar"[1]. El 23 de abril vuelve a escribirle, sin haber recibido respuesta de Arrieta, pero en la seguridad de "tener en usted uno de mis mejores amigos argentinos" y le adjunta la primera de una serie de "Cartas a mi tierra" que desea dar a conocer en nuestro país, rogándole que vea en cuál de los medios porteños –diarios o revistas– puede encajar mejor. Don Rafael la hizo publicar en *El Hogar*, según señala en su artículo evocativo, pero no precisa fecha de publicación[2]. Esta "Carta" no figura en las bibliografías del autor. Hemos rescatado este texto desconocido y lo damos a conocer aquí:

---

1. Arrieta, *op. cit.*, p. 87.
2. *Idem*, pp. 87-88.

CARTAS A MI TIERRA
EL FIN DE EUROPA

Por Pedro Henríquez Ureña

Nunca como ahora necesita la América latina ideas, orientaciones, nuevo espíritu, definición de su vida propia. Nunca como ahora necesitan direcciones –en particular– las naciones tropicales de América, las desorganizadas, las amenazadas.

La crisis de la civilización moderna, que se inicia en 1914 y se agrava día por día, ha dejado huérfana, espiritualmente, a nuestra América; la está obligando a buscar en sí misma sus normas. Hasta ayer, Europa había sido la maestra: a ella le pedíamos la doctrina y la moda, el método y la máquina. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en la maestra auxiliar. El origen extranjero, para las ideas o para los artefactos, era entre nosotros prueba de calidad; la aprobación extranjera, cuando la obteníamos, –desganada y entre distingos–, era la consagración. Y esta sumisión a Europa era, por partes iguales, útil y perjudicial. Util cuando, por ejemplo, nos mantenía fieles a la tradición espiritual que parte de Grecia, de Roma, de Israel; cuando nos daba la conciencia de que heredábamos el esfuerzo de España. Pero perjudicial cuando nos hacía creer que, fuera de la tradición, de la herencia, nada significaríamos; que nuestro papel sería siempre aprender y continuar; que ni en la honda originalidad de nuestro pasado indígena, ni en el carácter singular de nuestra vida presente encontraríamos con qué crear nuevo espíritu.

Nuestra pueril sumisión, no solo nos hacía dudar de nuestra energía propia y cerrar los ojos para las cosas que tenemos de precio y vigor, sino que a veces nos dejaba desconcertados, sin discernimiento, ante Europa: así, los tesoros de la herencia secular que recibimos del Mediterráneo, los cambiábamos incautamente por las piedras falsas de cualquier propaganda francesa o alemana o inglesa; pretendíamos reemplazar la enseñanza esencial y viva de Sócrates y del Evangelio con las ideologías librescas de Comte o de Nietzsche; estábamos prontos a olvidarnos de la tragedia

ática y de los frescos florentinos en el trivial ambiente de los teatros del "Boulevard" y el Salón de Otoño; en el templo, sustituíamos nuestras imágenes de madera pintada, hijas de una noble tradición artística, con las ridículas esculturas de fábrica comercial compradas en Barcelona o en Hamburgo; en nuestros edificios, abandonábamos la solidez y el decoro de la arquitectura española, que entre las manos de nuestros constructores había adquirido caracteres propios, por la mala imitación de Versailles, o hasta de Chicago. Aún en el vestir (¡pero ahí peca el mundo entero!) el poderío de la flota inglesa nos ha obligado a adoptar el concepto que del traje humano tienen los habitantes de Londres; solo la mujer –por una vez siquiera menos ilógica que el hombre– no se dejó deslumbrar por el espejismo político, y prefirió los consejos de París; pero aún ella había sido incapaz de descubrir cuánto de admirable existía en los trajes regionales de América hasta que las nuevas corrientes la obligaron a volver los ojos hacia su tierra.

No hay que exagerar, sin embargo, no se crea que todos y en todo, fuimos siervos de Europa; nuestro americanismo, nuestros nacionalismos, no nacieron en este siglo: existen desde que alcanzamos la independencia política. Hombres de visión genial, héroes, fundadores maestros nos habían señalado el camino, pero solo ahora la corriente se hace general, baña a toda nuestra América, y hasta se convierte en doctrina oficial.

Y la razón es clara: Europa ha fracasado; ante los ojos de la discípula crédula, la maestra ha perdido la autoridad porque ha perdido el decoro de la vida pública. De Europa solo permanecen intactas, para nosotros, las grandes cosas del pasado; el presente es error y mal, vanidad y tiranía, como en Inglaterra y Francia, o nebulosa desesperante, como Rusia y Alemania. Los hombres que en Europa luchan por la verdad y el bien están solos, acosados, y aún ellos se equivocan, cegados por la persecución. Todavía aprenderemos mucho de la labor "objetiva" de los investigadores europeos, de los hombres de ciencia; pero en las normas de la perfección espiritual y de la justicia social, Europa apenas nos ofrece ya

otra cosa que confusión y desconcierto. El río se ha vuelto turbio desde sus fuentes. Y, fracasada Europa, hemos descubierto que los Estados Unidos tiene muy poco de suyo que enseñar: ¿serán doctrina útil las vaguedades y las contradicciones de Woodrow Wilson, las vulgares aberraciones de Roosevelt? Ni siquiera –aunque valen mucho más– la filosofía de William James, caduca a los pocos años de nacer, ni la pedagogía de John Dewey, cuyas novedades las ensayaron desde tiempo atrás nuestros pobres maestros ignorados, ni menos el demoledor escepticismo de Henry Adams, el Hamlet de la Nueva Inglaterra en crepúsculo. Solo concordamos con los rebeldes de las nuevas generaciones, cuya prédica se encontraba ya en síntesis, en el *Ariel* de Rodó; pero esos rebeldes solo aspiran, por ahora, a destruir, a libertar a su patria de la opresión espiritual que produce la organización de la vida toda, según la norma utilitaria; nada edifican todavía y nosotros tenemos que edificar.

Tenemos que edificar, tenemos que construir, y solo podemos confiar en nosotros mismos.

En abril del mismo año 1923, reaparece la firma de P. H. U. en su casi hogar intelectual argentino, Nosotros. Se trata de una nueva entrega de la serie "En la orilla..."[3]. Un mes antes había publicado un manojo de estas reflexiones –que en carta a Reyes el autor llama "aforismos"–[4] que, con orden distinto, son las mismas que enviara a *Nosotros*, salvo un par de ellas, que transcribimos aquí:

---

3. "En la orilla...", en *Nosotros*, Buenos Aires, a. 17, t. 43, nº 167, abril de 1923, pp. 471-475. El minucioso diligente Juan Jacobo de Lara, señala su publicación en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 19 de marzo de 1923; ha recogido estas páginas en su edición de O. *Comp.*, V, pp. 77-85; cinco de estas reflexiones, a su vez, no aparecieron en *Nosotros*.

4. "¿Qué te parecería publicar una serie de mis aforismos –o lo que sean que he venido titulando *En la orilla?* Tengo bastantes", carta a Reyes de México, 17 de mayo de 1923; recogida en O. Comp., V, p. 315.

EN LA ORILLA...

Entre los sajones existe el culto espontáneo del capital. Pero todo hombre de habla española es naturalmente *bolchevique*, como no tenga intereses de capitalista que defender o la educación no haya contrariado desde temprano sus tendencias nativas.

***

El mayor problema, en la historia del pueblo inglés, es saber qué ocurrió en el siglo XVII: por qué la *Merry England* de Chaucer y de Shakespeare, la vivaz y robusta hermana de Francia, se convirtió en la solterona puritana, temerosa de sí misma y censora de los demás. Cromwell y sus puritanos son síntomas, no causas. La reacción libertina, bajo Carlos II, es forzada; no tiene la elasticidad de lo espontáneo...

¿Será verdad que Inglaterra recobra hoy la franqueza y la alegría? Hasta se dice que las nieblas van disminuyendo.

***

Este conjunto de notas confluye, una vez más en la pluma de P. H. U., contra la *nordomanía* y la falsa superioridad de los hombres del Norte, como diría Ganivet, sobre los del Sur. P. H. U. batalló de continuo sobre el prejuicio, castrador de acción eficaz y original, de la superioridad sajona sobre lo latino. Estas apostillas están salpicadas de penetrativa –para utilizar adjetivo teresiano– ironía y muy bienhumoradas, como las que destinó al esfuerzo arbitrario de los historiadores victorianos para afirmar la índole germánica del pueblo inglés. Estas reflexiones, en las que es variadamente recurrente P. H. U., bastan para licuar el barro de los cimientos de las doctrinas de primacía racial y las antojadizas y "tropicales" afirmaciones sobre la climatología cultural.

Ligada a estas aberraciones teóricas –de lamentables consecuencias concretas, por lo que nos han acomplejado y limitado en la afirmación de

lo nuestro, lo hispanoamericano– figura la situación sumisa a que nos acostumbramos, que P. H. U. sindica con tanto vigor en la precitada "Carta" sobre "El fin de Europa". Este texto tiene el valor de un agudo diagnóstico de nuestro "mal de Europa", que tanto arraigara en nuestro país, manifiesto en nuestra literatura y combatido por los mejores ensayistas argentinos. Pero, al tiempo, es un señalamiento oportuno de nuestras potencialidades para el rescate de nosotros mismos. Se abren las vías de la reconquista "en busca de nuestra expresión". La "Carta" es tela sin desperdicio; es pena que quedara olvidada en *El Hogar* argentino, sin lograr más proyección. Es de lamentar, además, que no se hiciera serie de ellas entre nosotros.

Comienza, en este año 1923, a afirmarse una nueva forma de presencia de P. H. U. en la Argentina: los comentarios a sus publicaciones en reseñas bibliográficas. Le toca –una vez más– a la veterana revista de Giusti y Bianchi el recogerlos, y el difundirlos. Emilio Suárez Calimano reseña dos trabajos del autor. La primera recensión es sobre *En la orilla. Mi España;* la reproducimos aquí:

EN LA ORILLA. MI ESPAÑA

Pedro Henríquez Ureña es uno de los espíritus de Hispanoamérica más curiosos y ponderados. Nunca sus juicios son superficiales ni arbitrarios. Inspíranse siempre en un perfecto equilibrio espiritual. Su visión es amplia, su sentir reposado, su pensar lógico, su expresión clara. En una palabra: lo menos *trópico* posible, aunque nacido en el Caribe.

Todo esto no quiere decir que las disciplinas favoritas de su espíritu hayan esterilizado en él la emotividad y enfriado la pasión; lo que han hecho es abrirle horizontes favoreciendo su comprensión y estimulando sus predilecciones. Al extenderse el campo visual, la pasión que por contenida en más precarios límites ha podido ser bulliciosa y efervescente, ganando en extensión ha cobrado serenidad.

En *Mi España*, Henríquez Ureña ha reunido crónicas de varios años y de muy diversos momentos, hechas al correr de sus viajes, tras el trato de los hombres, la contemplación de las cosas y el estudio de los libros, en forma de acotaciones a su visión interior del solar de la raza.

Un crítico musical, unos poetas y un crítico literario –Adolfo Salazar, Moreno Villa y Juan Ramón Jiménez, y Azorín–, algunos clásicos, –Alarcón y Hernán Pérez de Oliva– proporcionándole ocasión para tratar a la música, la pintura, la poesía y la literatura españolas de hoy y de siempre.

Y España, no es la España de esos poetas, músicos, pintores y escritores, sino la que lleva en sí el viajero; y desarrollando sus panoramas interiores, sobre los que se recortan y perfilan los exteriores, nos deja entrever cuál es la verdadera España.

Ciertamente no encierra este libro ninguna trascendencia especial. Tiene de orgánico el motivo temático; pero no existe una soldadura que ligue y solidifique las piezas del mismo. *En la orilla*, es el título genérico que Pedro Henríquez Ureña viene dando a las acotaciones puestas por él a hombres, cosas, libros, sucesos, paisajes... Eso es *Mi España:* en el borde de todo, a flor de vida, un diálogo monologado en que cambia perennemente el interlocutor y es éste quien con su muda presencia, actitudes, colores, sonidos, ideas, suscita el curioso reflexionar.

Escrita *Mi España* con propiedad y elegancia, editado nítida y artísticamente, es, acaso, un libro modesto por el contenido, pero simpático, inquieto, revelador de un espíritu que hemos intentado definir en estas líneas.

Emilio Suárez Calimano[5]

Adviértase en esta reseña qué temprana y honda captación hay de la fisonomía espiritual de P. H. U., *lo menos "trópico", aunque nacido en el Caribe*, como dice el reseñista con anticipación a juicios similares y repetidos. La naturaleza de la obra de 1922, como de *pedacería*, como el

5. En *Nosotros*, Buenos Aires, a. 17, t. 44, nº 168, mayo de 1923, pp. 93-94.

mismo autor la define antes de publicarla, señalada con agudeza por Suárez Calimano, coincide con la opinión del propio autor, quien, en carta a Alfonso Reyes, del 27 de abril de 1922, le escribe: "Voy a publicar al fin libros de crítica y de pedacería. La gente insiste demasiado en que yo *no he hecho nada*. Ya que tú haces simpatías y diferencias –así titulaba una serie de libros suyos con materia de varia temática e índole– y ganas reputación (aunque ya te he dicho que esos tomos no me gustan), yo creo no desacreditarme enteramente con tomos de retazos. Quizá el primero que publique se titule *Mi España:* artículos sueltos sobre España, unidos por un prólogo sentimental"[6].

La segunda reseña de Suárez Calimano es sobre la edición de *Los favores del mundo* de Alarcón, preparada por don Pedro el mismo año 1922. Allí reafirma los juicios ponderativos sobre él: "Pedro Henríquez Ureña, estudiosísimo hombre de letras (...) Escrupuloso y hecho al trato de nuestras joyas literarias"[7].

En tanto, en México, el 23 de mayo de 1923 P. H. U. casa con doña Isabel Lombardo Toledano, hermana menor de su amigo Vicente; ha conversado con ella su proyecto de trasladarse a la Argentina, no bien se den condiciones favorables. La situación política y económica se agravaba en México; incluso, la personal de Pedro se hace más delicada. El 31 de agosto renuncia a su cargo en el Instituto de Intercambio Universitario, "por disgusto con el Secretario de Educación Pública, a causa de un acto arbitrario", según hace constar de su puño y letra en la planilla de incorporación al Colegio Nacional de La Plata[8]. Ese mismo 31 de agosto, y desde Jalisco, envía P. H. U. la que será su última carta a Ripa Alberdi,

---

6. O. *Comp.*, V. p. 303.

7. En *Nosotros*, Buenos Aires, a. 17, t. 44, nº 168, mayo de 1923, pp. 117-118.

8. Copiamos aquí los cargos, fechas de nombramiento, cesantías y remuneraciones, que P. H. U. declara al ingresar al Colegio Nacional, desde 1912 a 1924: Profesor de Castellano, Escuela Superior de Comercio, México, ingresó en marzo de 1912 y egresó en julio, asignación $150.

Profesor de Literatura Española, Escuela Preparatoria de la Universidad de México, junio 1912-16 de agosto de 1913; causa de la cesantía "Ideas políticas". Anota: "La actitud libre del

hasta hoy desconocida, como las anteriores que hemos transcripto. La carta es de sumo interés porque explicita los hechos vividos esos días; la situación universitaria y las reacciones estudiantiles contra las arbitrariedades de Vasconcelos, que generaron la renuncia de P. H. U. y, con ello, la pérdida de su base económica; lo que es harto serio para su condición de recién casado.

P. H. U. acusa recibo del segundo libro de poemas de Ripa: *El reposo musical*, editado ese mismo año. Aunque el crítico amigo esperaba en esta segunda salida a la letra impresa algo más de pasión en la obra poética de Héctor. Teme que "el estudio lo enfríe"; y, anticipándose a la réplica por su propio caso, nostálgica y apenadamente dice: "Yo, ¡ay de mí!, no soy poeta". Es acertada su observación –que arranca de la propia obra de su amigo– de que la poesía argentina estaba inficionada de "gonzalezmartinismo", pues la tónica del entonces embajador de México en la Argentina, no se aviene con "el ímpetu y el brillo" –una vez más esta

---

profesor no agradaba al gobierno del usurpador Huerta". A esta Escuela había logrado el pase desde la de Comercio.

Prosecretario del Consejo Universitario, Univ. México, 15 de septiembre de 1910 a 1º de abril de 1914, $240. Causa alejamiento: viaje.

Profesor de Castellano y Lit. castellana, Univ. de Minnesota desde el 30 de septiembre de 1916 al 1º de junio de 1921. Causa alejamiento: viaje. Remuneración: "El sueldo comenzó en $400 y llegó a $750; hubo un intervalo de un año en Europa (1919-1920).

Idem, Univ. California, verano de 1918, $810. Contrato de verano.

Idem, Univ. de Chicago, verano 1919, $600. Contrato de verano. Director del Intercambio Universitario y de la Escuela de Verano, Univ. de México: 20 de junio de 1921 al 31 de agosto de 1923. "Renuncia. Renunció por disgusto con el Secretario de Educación Pública, a causa de acto arbitrario", asignación $1.125.

Profesor de Literatura General, Escuela Preparatoria, Univ. de México, desde el 1º de enero de 1922 a 20 de julio de 1922; asignación $180; motivo del alejamiento: viaje.

Profesor de Filología y Literatura Comparada, Escuela de Altos Estudios, Univ. México, desde el 1º de enero de 1922 hasta el 31 de marzo de 1924; asignación $315. Causa: viaje.

Adviértase que desde su renuncia el 31 de agosto de 1923 a un cargo con una renta de $1.125, la más alta que había tenido por rechazo a la actitud de Vasconcelos con colegas suyos, debió vivir, recién casado, hasta su partida a la Argentina con $315.

reiterada tipificación calificativa de nuestra lírica– característicos de nuestros poetas; se trasmuta el oro argentino en el gris mexicano. Al propio Arrieta lo denomina "el González Martínez argentino". Pero transcribamos la carta.

Dirección: Jalisco 73
31 de agosto de 1923

Mi querido Héctor:

Hace tiempo que no contesto tus cartas. Julio y agosto los he tenido ocupadísimos con los cursos de verano, ahora en su tercer año: tuvimos mucho éxito; trescientos cincuenta alumnos. Después, el día que terminaban los cursos –día 17– sobrevino el lío de la Escuela Preparatoria. Vasconcelos pidió la renuncia de Vicente, pero, con el estado de delirio que padece ahora, se le ocurrió decirlo por la prensa, y no directamente a él. Yo renuncié enseguida. Los muchachos se amotinaron, y los motines duraron doce días: el primer día murió un gendarme que atacó a los muchachos con pistola, y en represalia, fue golpeado por ellos, especialmente por uno a quien llaman Firpo; los bomberos disolvieron el motín con agua, pero en días posteriores ni siquiera los bomberos sirvieron de nada, porque los muchachos les quitaron las bombas. Vasconcelos fue atacado por los muchachos el día que fue a la Escuela, y, Enrique Delhumeau le salvó la vida. Como después "cesó" a Alfonso Caso y a otros profesores, Antonio Caso renunció. En la opinión pública Vasconcelos personalmente, ha perdido mucho; afortunadamente, su labor no se pierde. ¡Y pensar que todo lo pudo evitar con simple cortesía!.

He leído tu *Reposo musical* y lo encuentro muy bien hecho, muy pulido, a veces con muy buen sabor clásico. Pero, ¿por qué no más pasión?, ¿por qué el tono se ha vuelto aún más tranquilo que en *Soledad?*. Temo que el estudio te enfríe; y más valen tres poesías intensas que diez estudios doctos. Me dirás: ¿y tú? Yo ¡ay de mi! no soy poeta.

¿Conoces a Francisco López Merino? Me envió su libro; se diría que sigue tu ejemplo: hay como un "gonzalezmartinismo", ahora, en poetas

jóvenes de la Argentina, que me resulta poco argentino. Lo argentino, para mí, es ímpetu y brillo: Echeverría, Sarmiento, Mármol, Alberdi, Andrade, Lugones, Capdevila... Claro está que Arrieta –el González Martínez argentino– me gusta; pero no me agradaría que la Argentina dejara su oro de costumbre por el gris de México. Y a propósito: digo siempre que México es, en la América española, el país más *original* y la Argentina, el más *inteligente*.

Voy a conseguirle a Calleja –la casa editorial de España– obras de escritores hispanoamericanos para publicarlas. Quiero principiar con *ases*, sobre todo con autores *vendibles*. ¿Quisieras ayudarme a conseguir las obras? Lo único que tienes que hacer es preguntarles a los autores, a nombre mío, 1º) si estarían dispuestos a dar a la casa Calleja una obra, cediendo *solo* el derecho de la *primera* edición; 2º) si les conviene el pago en forma de tanto por ciento sobre la venta bruta –diez por ciento, y quizás más, sobre el precio de cada ejemplar vendido– contando con ediciones de dos mil ejemplares, o si prefieren otro arreglo. La obra que den, debe ser, de preferencia, inédita, pero se aceptarían obras que se hayan impreso *solo* en la Argentina, por ejemplo, cualquier volumen de versos de Lugones. Te pido que les hables tú, porque ya sabes que a una carta no se le hace tanto caso. Los escritores que he escogido son: Lugones, versos o cuentos; Payró, drama o narración; Ingenieros, cualquier cosa; Gerchunoff, cuentos o novela; Horacio Quiroga, cuentos o novela; Benito Lynch, cuentos o novela; Arturo Cancela, cuentos o novela; Roberto Gache, cuentos o ensayo; Capdevila, versos o libro histórico; Alejandro Korn, obra filosófica; Roberto Giusti, ensayos.

¿Te podrías ocupar de Javier de Viana, el uruguayo? Una vez hecho el arreglo con Calleja, en definitiva, tendríamos editor para nuestra historia de la literatura, y entonces sería tiempo de ponerse a escribirla.

He leído con mucha curiosidad la encuesta sobre la joven generación literaria. Noto varias cosas: que las respuestas no son muy buenas; que no hay maestros (¡el que más voto tiene –dos votos– es González!, pero sólo he visto marzo y junio); que solo hay dos grupos; el ultraísta y el clásico de Rohde; que ningún prosista tiene muchos admiradores: que, en

cambio, hay cinco poetas con admiración extendida: Capdevila, Fernández Moreno, Lugones, Banchs y Arrieta. Como yo sospechaba, Capdevila es quien saca más votos: ahora aquí lo admiramos mucho más cuántos que lo conocemos, y Daniel Cosío (quien, de paso, anda en gira de conferencias por Salvador y Guatemala), piensa hacer una selección suya para *Cultura* (¿habrá visto él, Capdevila, sus versos en *México Moderno* este año?). Me asombra que tú le pongas por encima a Banchs. ¿Quién es ese Julio Irazusta de quien tanto hablan? Y ¿por qué te gusta tanto la prosa de Gerchunoff? Lo conozco personalmente, y es muy divertido; es la persona más inteligente que acude a casa de Rinaldini; pero lo que escribe (*Cuentos* y *La jofaina maravillosa*) no me agrada tanto. Cancela me agrada. Gache me parece trivial. A quien trataré de leer será a Benito Lynch, de quien solo conozco *El pozo*. Entre los estudiantes de este año, en la Escuela de Altos Estudios (donde continuaré enseñando), una norteamericana estudia a Payró y otra a Viana.

También recibí, y distribuí, tu buen estudio sobre Sor Juana.

Ha gustado.

Salud.

Pedro

P. D. He escrito a Américo Castro, pero ahora, con el plan de Calleja no solo el de la biblioteca hispanoamericana, sino otro que implicaría irme a Nueva York, no sé si me decidiría irme tan pronto a la Argentina. De todos modos, quiero irme allá algún día.

Hace poco días te envié libros. ¿Recibiste *Huellas* de Alfonso Reyes? Si aún no tienes el libro de Gabriela, te lo enviaré. Te enviaré también páginas de *El Mundo*, donde escribo y hago sección literaria.

5 de septiembre

Esta carta no se había ido todavía, y te escribo para rogarte nuevamente que te ocupes en hablarle a los escritores sobre la oferta de la casa Calleja. Cuando el negocio se formalice, yo procuraré que tengas benefi-

cios económicos de tus gestiones. No dudo que te cuesten algún trabajo, por prejuicio *anti-gachupín* en unos, por temor a mal cumplimiento en otros. Pero hazles ver que Calleja es la casa editorial más fuerte de España (gira por varios millones y hace negocios fabulosos, de centenares de miles de ejemplares en un solo libro de texto); claro está que el negocio de propagar a los autores hispanoamericanos no será muy lucrativo en todos los casos, pero que el autor cuenta con la difusión segura de una obra, lo cual puede preparar la difusión mayor de otras obras posteriores.

El representante de Calleja con quien trato me dice que no tienen otro escrúpulo que el de la pornografía; pero no el de la literatura popular. ¿Crees que se podría obtener algo de *Hugo Wast*? También nos interesamos por las mujeres, así es que te ruego hables con Alfonsina Storni y, si puedes, le escribas a Juana de Ibarbourou, a quien yo también me dirigiré, ya que es cuestión de carta.

Salud.

Pedro

Sobre el gongorismo en América, fíjate que sobrevivió hasta 1800 en México: v. Uribe y Velázquez de León en *Las cien mejores poesías mexicanas*.

* * *

Se advierte un mayor conocimiento y creciente interés de Pedro Henríquez Ureña por la literatura argentina, incentivado, sin duda, por su estada entre nosotros. La selección de los autores para la posible colección de Calleja es acertada, como representativa del panorama de la prosa hacia 1923, especialmente. Distingamos que incluye a algunos, como Gache, a quien encuentra trivial, pero era éxito de venta; lo mismo Ingenieros, cuya posición filosófica combatía, y de quien nunca dice que sea buen prosista para su gusto; o el juicio sobre Gerchunoff, de quien por lo visto había alcanzado los *Cuentos de ayer* (1919) en *Ediciones Selectas América* y *La jofaina maravillosa* (1922), y cuya obra no pareció entusiasmarlo nunca. De allí su inclusión por ser "vendibles", como señala. *El pozo* de Lynch lo había leído en uno de los cuadernillos de las

Ediciones Selectas de Glusberg. Explicitemos dos sorpresas de P. H. U. por afirmaciones de Ripa Alberdi. Las dos se generan en la lectura de la encuesta de *Nosotros*, a la que alude. Héctor había contestado a la pregunta sobre sus preferencias líricas en la poesía argentina: "los primeros Lugones y Banchs", y en segundo plano un conjunto entre los que figuraba Capdevila. Es cierto que el poeta de nuestra Córdoba tenía más *ímpetu y brillo* (según la fórmula definitoria de P. H. U., ahora enriquecida con la adjetivación de *inteligente*, frente a lo *original* de la literatura mexicana) que el autor de *La urna*; pero, líricamente, es inferior a éste. Es posible que P. H. U. no hubiera alcanzado a Banchs sino en alguna antología, pues ya en nuestro medio, en la década del veinte, escaseaban sus libros. Por lo demás, la voz de Banchs no generará escuela, ni siquiera imitadores inmediatos; su proyección se dará después de 1940, aproximadamente en nuestros líricos. El mismo P. H. U. señalará este aislamiento, a propósito de la *Antología* de Noé en 1926: "En 1907, la aparición de Enrique Banchs tuvo carácter de acontecimiento como revelación personal, pero no modifica el mapa político; Banchs no es más revolucionario que Lugones" (O. C., p. 306). No, no lo es; pero es lírico más hondo, es decantadamente lírico, pero ya en 1926 reconoce la nota personal del autor de *Las barcas*, verdadera "revelación" en el momento poético argentino en que surge.

La segunda sorpresa es acerca de Julio Irazusta, a quien Ripa ha situado como uno de los prosistas preferidos por él entre los de la nueva generación, junto a Jorge Max Rohde y Aníbal Ponce. P. H. U. no podía conocerlo o difícilmente podía conocerlo, ya que Irazusta no había alcanzado a publicar aún su primer libro.

La frase final de la extensa carta a Ripa contiene una, nos parece, reticente mención al trabajo de su amigo sobre Sor Juana. Se refiere al publicado en la revista *Humanidades*, de la Facultad de Humanidades y C. de la Educación de La Plata[9]. En una nota al mismo, Ripa decía: "Estas

9. "Sor Juan Inés de la Cruz. El culteranismo en América. El culteranismo en México. La poesía de Sor Juana", *Humanidades*, La Plata, Fac. de H. y C. de la Educación, U. N. L. P. 1923, V, pp. 405-427; reproducido en Ripa Alberdi, *Obras*. I. *Prosa*, pp. 115-138.

páginas no son más que un esbozo para la realización de un trabajo que estoy preparando acerca del gongorismo en América"; ha aprovechado la bibliografía de Sor Juana de P. H. U. –según lo consigna a pie de página– y la conferencia sobre Alarcón. Ripa había reunido buenas ediciones de la Décima Musa para su trabajo y obras de otros poetas americanos de probada filiación gongorina. De allí la referencia a la perduración del gongorismo en poetas hispanoamericanos, de un mexicano, en este caso, hacia el cierre de la carta. Ripa, muere ese mismo año 1923 y dejará incumplido su proyecto de investigación literaria. En una de sus clases sobre Sor Juana, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, recordará el aporte con elogiosas palabras: "(hay) un estudio del argentino Héctor Ripa Alberdi, en quien se malogró un buen prosador y un americanista sagaz"[10]. P. H. U. ha dejado, apuntaciones aisladas en diferentes trabajos suyos sobre el gongorismo en América y un trabajo sobre el culteranismo y su proyección hasta entrado el siglo XIX, nos referimos a su artículo "Barroco en América" (1940)[11]. Un discípulo de don Pedro ha de cumplir, finalmente, con el trabajo de conjunto: Emilio Carilla en su obra *El gongorismo en América,* publicada por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el mismo año de la muerte del maestro, 1946; y que vale como un símbolo de la siembra fecunda de don Pedro.

La mención de haberle escrito a Américo Castro marca su interés en tentar suerte en el Instituto de Filología de Buenos Aires, dirigido por aquel en 1923. Lo ratificamos por una carta a Alfonso Reyes, del 4 de junio de 1923:[12] "Américo Castro –me dicen de Buenos Aires– va a la Universidad de la Capital, invitado por Ricardo Rojas, a organizar el Instituto de Filología. Yo hablé con Rojas sobre el asunto –recuérdese la

10. "Sor Juan Inés de la Cruz", en *Cursos y Conferencias,* Buenos Aires, a. I, Nº 3, septiembre de 1931, pp. 227-249; lo citado en p. 230; recogido en *U. A.*, pp. 129-146; en *O. Comp.*, VI, pp. 233-256.

11. "Barroco en América", en *La Nación,* domingo 23 de junio de 1940, recogido en *U.A.*, pp. 116-119; en *O. Comp.*, VIII, pp. 189-194; antes, en *PA*, pp. 99-104.

12. *O. Comp.*, V, p. 319.

nota a Ripa desde el Plaza Hotel, antes de regresar a México–, y le dije que el jefe no podía ser sino un hombre del Centro de Estudios. Vagamente hablamos de la posibilidad de que fuera yo como segundo. Si todavía tienes influencia sobre Américo (¡Africo!), dile que influya en que se me llame. Dile, además, que en las explicaciones que haga sobre mí, no haga distingos, porque –en la mente argentina de Rojas y otros universitarios– podrían interpretarse mal. P. ej. al indicar que yo puedo trabajar en filología, y no solo en historia literaria, que lo haga sin reparos que siembre dudas". Y el 16 de agosto, insiste en la misma cuestión frente a Reyes:[13] "Américo Castro llegó ya a la Argentina, me dice el simpático poeta Ripa Alberdi, el que estuvo aquí. Me dice que habla de mí "con cariño". Tal vez no es necesario que tú escribas sobre mí: parecería forzado. Yo veré qué hago. Sigo con deseos de irme, pero hay cosas que me hacen quedarme, algún tiempo cuando menos". Nada sabemos de las respuestas de Castro al respecto.

El 13 de octubre de 1923 muere en La Plata Héctor Ripa Alberdi. En la Universidad de México se hace un homenaje, como hemos señalado, en el que pronuncia su oración fúnebre P. H. U.: "Poeta y luchador"; esta alocución pasará a ser el prólogo de las *Obras* (1925) del joven escritor platense y las denominará, a esas sentidas páginas, "El amigo argentino", al incorporarlas en *Seis ensayos*... El amigo, por antonomasia, de entre los argentinos que había conocido. Mucho es lo que, en pro de la incorporación de Pedro a nuestro medio, hizo Héctor, allegándolo a sus profesores, difundiendo su obra; allegándole información de cosas argentinas.

El discurso de P. H. U. le produjo un agravamiento de su tirante situación con Vasconcelos. Testimonian esto un par de cartas. El 4 de diciembre, escribe a Arrieta: "Aquí la Secretaría de Educación Pública organizó una velada a su memoria, y en ella me tocó hablar. Creo, por cierto, que mis palabras, al aludir al conflicto universitario de la Argentina ahondaron mi separación de las autoridades mexicanas";[14] al día

13. O. *Comp.*, V, p. 321.

14. Arrieta, *op. cit.* p. 89.

siguiente, envía carta a Reyes: "Con Vasconcelos he acabado de romper sin proponérmelo: hubo una velada, de la Secretaría de Educación Pública, en memoria de Héctor Ripa Alberdi, y hablé yo, aludiendo a la revolución universitaria argentina en 1918, porque en ella colaboró Héctor. Vasconcelos dicen que se consideró aludido y ofendido por las cosas que dije: las verás en el *Repertorio*"[15].

La situación personal y económica de P. H. U. se hacía cada vez más crítica en México; casi todos sus amigos habían sido desplazados de sus cargos; él había renunciado al mejor rentado de los que tenía; una enredada situación económica con Vasconcelos se había complicado más aún, según sus comentarios a Daniel Cosío Villegas en cartas que ha dado a conocer Juan Jacobo de Lara en el tomo sexto de las *Obras completas*, y al que remitimos a quien quiera abundar en su conocimiento, que escapa a nuestra acotada materia.

Entre tanto, Arrieta se ha movido con diligencia. En su condición de miembro del Consejo Superior de la Universidad de La Plata, gestionó ante el rector de la misma, doctor Benito Nazar Anchorena, y ante el rector del Colegio Nacional de la Universidad, doctor Luis H. Sommariva, en procura de un cargo para P. H. U. que, con cierta estabilidad, le permitiera radicarse en nuestro país. El 3 de noviembre de 1923, le escribe anunciándole que ha logrado tres cátedras secundarias de lengua castellana para él. El 4 de diciembre le responde P. H. U.: "Hoy he recibido su carta del 3 de noviembre y me apresuro a contestarle. Le agradezco infinito sus gestiones y quisiera poder irme enseguida. Pero las circunstancias me lo impiden, así es que le ruego resuelva con las autoridades escolares lo siguiente: ¿es posible que llegue yo en mayo o en junio? Se que es pedir demasiado, pero otra cosa es imposible para mí y quizá fuera factible encomendar los cursos interinamente a otras personas. Esto implicaría una gran cortesía para quien todavía no ha podido iniciar sus cursos, pero no inconvenientes para los sustitutos, puesto que recibirían la remuneración entre tanto. Las circunstancias que me detienen son

15. O. *Comp.*, V, p. 322.

éstas: la primera es que precisamente a principios de marzo espero al primogénito. Si pudiéramos emprender el viaje inmediatamente la dificultad no sería tan grande y el niño sería argentino. Pero de momento no veo modo de reunir dinero para el viaje ni me atrevo a dejar abandonados mis embrolladísimos intereses. La situación económica de México es muy mala; nadie tiene dinero; mis ahorros están metidos en tierras no acabadas de pagar, y éstas me representan, por ahora, deudas y no entradas. Ni hay a quién vender, ni siquiera a quién asociar. Pero claro es que de aquí a marzo habré logrado darle alguna solución al asunto."[16] Nuevas gestiones de Arrieta lograron salvar la dificultad de reservarle por cuatro meses cátedras de las que no se había hecho cargo aún. La buena voluntad de las autoridades de la Universidad platense, quedan más que probadas. Tal vez haya aquí otra razón de deuda cordial de P. H. U. para con La Plata, particularmente para con el Colegio Nacional, que si bien es cierto que lo ató a su monótona tarea por años, el Colegio lo rescató de una situación sin salida para P. H. U. y su familia, superando en todo momento, las dificultades administrativas que se presentaron y que, como en todo país tan papelero como Felipe II, no es pequeña empresa quebrar la burocracia.

De aquí, a fines de junio, principios de julio de 1924, queda un compás de espera, del que no nos han quedado testimonios epistolares. Arrieta aguarda el próximo arribo de su amigo dominicano.

---

16. Arrieta, *op. cit.* p. 88-89.

Capítulo V

ARRIBO A LA ARGENTINA. EL COLEGIO NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD

Pedro Henríquez Ureña desembarcó en Buenos Aires, acompañado de su esposa y de su hijita Natacha hacia fines de junio de 1924. "Pedro había gastado en el largo y costoso viaje todo su dinero y se vio obligado a afrontar, durante los primeros meses, una situación penosa, sobre todo para su delicadeza moral. Deseaba instalarse en alguna pensión familiar, y la buscamos juntos. Se decidió por una situada en la calle Bernardo de Irigoyen, bastante próxima a la estación Constitución, y empezó a viajar diariamente, algunas veces lo hacíamos en el mismo tren",[1] así apunta Arrieta los primeros momentos de P. H. U. en Buenos Aires. A poco tiempo de residir en la ciudad porteña, agotado por el esfuerzo del viaje permanente, decidió trasladarse con su familia a La Plata y poner una casa allí, para atender, sin mayores prisas, sus clases del Colegio Nacional.

La lectura del legajo personal de P. H. U. en el Colegio ofrece interesantes aportes y precisiones para completar aspectos biográficos.[1bis].

---

1. Arrieta, *op. cit.*, p. 89

1 bis. Obra en nuestro poder fotocopia del legajo personal de P. H. U. Contiene varias notas, todas de índole administrativo –por supuesto– pero algunas revelan detalles biográficos rescatables. P. ej. el 10-7-1926 pide licencia médica por diez días "por muy fuerte ataque de

Por ejemplo, en él consta la designación del nuevo profesor a partir del 1º de abril de 1924, con una asignación mensual de $718,20. Esto indica la reserva de su caso por diligencias de Arrieta. Se le asignan tres cursos de castellano. El flamante profesor ha llenado de su puño y letra los datos de la planilla oficial; el apretado *currículum vitae* que se le exige asiente, desborda –como alusivamente– el espacio burocrático en blanco, previsto para candidatos de menores antecedentes. Allí consigna la obtención

---

grippe, complicado con una neuralgia intercostal muy dolorosa". Lo atendió el doctor Horacio Sagastume.

Algunos veranos los pasaba la familia Henríquez Ureña en Miramar. En 1936, hacia los primeros días de marzo, aún estaban en Villa Cruz, Miramar. Lo sabemos por tres cartas sucesivas que enviara al Rector Alfredo Calcagno, solicitando se le excuse de concurrir a las mesas examinadoras de ingreso porque: "He tenido que trasladarme inesperadamente a Miramar por haberse tenido que operar de apendicitis la menor de mis hijas (Sonia). Como mi familia está aquí sola, no me será posible regresar a Buenos Aires antes del domingo, y por tanto no podré estar presente en los exámenes..." (2-3-1936). El 7 envía nueva carta en la que comenta que se ha complicado el cuadro postoperatorio: "Contra lo que yo me temía, se han presentado complicaciones como consecuencia de la operación de mi hijita menor –por fortuna, solamente externas– y no me será posible salir de aquí antes de algunos días". El 9 reitera su imposibilidad de asistencia por no haberse superado del todo el cuadro clínico. Sonia tenía 10 años.

Con fecha 20-8-35 solicita se le extienda un certificado de sueldo con el objeto de requerir un crédito en casa Harrods, de Buenos Aires. Hay varias notas en las que gestiona porque ¡se le descuente lo que corresponda de Impuesto a los Réditos, que no figura en su recibo! (Este hombre no es de nuestras latitudes), v. nota del 24-8-35. Con la misma precisión, reclama cuando se le han hecho descuentos excedidos. Y en varias cartas de 1936, plantea similares cuestiones. En carta 27-7-1936, señala: "tuve que renunciar al cargo de Secretario del Instituto de Filología, de la Universidad de Buenos Aires, por incompatibilidad". Hay varias notas solicitando corrección en las notas de alumnos que ya había asentado, siempre para elevarlas. En nota del 14-9-36 dice: "Participo al señor Rector que, habiéndoseme designado para participar en reuniones del Instituto de Cooperación Intelectual, dependiente de la Liga de las Naciones, y habiéndose decidido celebrar sesión a las 3 de la tarde los días 14, 15 y 16, me veré impedido de dar mis clases del Colegio Nacional en estos tres días".

A la distancia, conmueve verlo atento a tantos detalles administrativos, en especial los referentes a los impuestos y descuentos, licencias etc. En todo fue puntual y minucioso.

de una medalla de plata en el segundo año de sus estudios de derecho; después, la lista de sus libros y folletos y la nómina de revistas y diarios en los que ha colaborado, sin agotarlas. Se declara Miembro fundador del antiguo Ateneo de México (1909), y correspondiente de The Hispanic Society of América, de Nueva York; junto a la tarea signada en la compilación y estudios de la *Antología del Centenario*, de México, otras actividades en la misma: selector para la compra de libros destinados a la Biblioteca Latino-americana (1922), fundador, con otros compañeros, de la Universidad Popular (1912), de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional, de la Escuela de Altos Estudios y de la Escuela Libre de Estudios Sociales. Se continúa una precisa nómina de sitios de trabajo, sueldos y razones de alejamiento de los lugares en que ha trabajado desde 1912 a 1924. Llama la atención, al respecto, las precisiones en los cambios de asignación según sea la Escuela Preparatoria, la de Comercio, ambas de México, la Universidad de Minnesota, de California, de Chicago. Hemos hecho constar la aclaración por su cesantía como Secretario de la Escuela de Verano de la Universidad, por las actitudes de Vasconcelos con los colegas y los estudiantes; figura otra, de la Escuela Preparatoria de la Universidad, donde se desempeñó desde junio de 1912 al 16 de agosto de 1913, en que se aleja: por "Ideas políticas. La actitud libre del profesor no agradaba al gobierno del usurpador Huerta", escribe con su letra clara y suelta. El último de sus cargos, antes de partir para la Argentina, fue el de Profesor de Filología y Literatura Comparada en la Escuela de Altos Estudios, desempeñado hasta el 31 de marzo de 1924.

Una nota del 3 de noviembre de 1925, da cuenta de una donación efectuada por P. H. U. a la Biblioteca del Colegio, de libros editados por la Universidad de México: las *Vidas paralelas*, *La divina comedia*, la *Ilíada*, la *Odisea*, *Vidas ejemplares* de Romain Rolland, *Obras* de R. Tagore, *Tragedias* de Eurípides y otro tomo de Esquilo, *Cuentos escogidos* de Tolstoi, tres tomos de *Diálogos platónicos* y el *Fausto* de Goethe.

Disponemos de dos testimonios –el de Arrieta y el de Martínez Estrada– respecto de la reacción de los docentes a la llegada de don Pedro. El primero dice: "Fue recibido con gentileza por las autoridades del

colegio, pero varios profesores de la misma asignatura que él enseñaba, mostraron cierto desapego ante el nuevo colega: tal vez encono para el *extranjero* recién venido que había logrado una posición envidiable, no alcanzada por ellos en largos años de ejercicio docente; quizá la sequedad un poco hosca del compañero ilustre, que debieron de interpretar como signo de superioridad despectiva, cuando no era sino reserva natural y hasta apocamiento en el trato social"[2]. Y recuerda cómo, frente a una alusión a su origen centroamericano, a propósito de "la hojarasca literaria de las tierras calientes", lanzada por un colega, P. H. U. reaccionó con vivacidad y corrigió aquella generalización simplista con sólida argumentación, ya esgrimida en páginas suyas anteriores a este episodio, y no como cree Arrieta, que el mismo generó un pasaje de sus "Caminos de nuestra historia literaria". Cuando P. H. U. lo escribe no hace sino dar, una vez más, golpes al mismo prejuicio: "Cada país –escribió en el ensayo señalado– o cada grupo de países –está dicho– da en América matices especiales a su producción literaria: el lector asiduo los reconoce. Pero existe la tendencia, particularmente en la Argentina, a dividirlos en dos grupos únicos, la América mala y la buena, la tropical y la *otra*, los *petits pays chauds* y las naciones "bien organizadas". La distinción, real en el orden político y económico –salvo uno que otro punto crucial, difícil en extremo– no resulta clara ni plausible en el orden artístico"[3]. En relación con el mencionado episodio que cuenta Arrieta, Sábato, años después de ocurrido, señala con ironía, respecto de esta teoría termológica: "grandilocuentes italianos, que no se compaginan con el duro Dante, ni con el seco Pirandello; exuberantes españoles que dejarían a Antonio Machado sin patria (...) Debería hacernos esperar el máximo de estatura espiritual entre los lapones; y borraría en su favor la literatura de Homero, Esquilo, Sófocles, Horacio, Dante, Cervantes..."[4].

---

2. Arrieta, *op. cit.* p. 89.

3. En *Valoraciones*, La Plata, t. II, nº 6, junio de 1925.

4. "Significación de Pedro Henríquez Ureña", en *Pedro Henríquez Ureña*. Prólogo de Ernesto Sábato. Selección y nota de los profesores Carmelina de Castellanos y Luis Alberto Castellanos. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967, pp. 7-25; lo citado, p. 11.

El segundo de los testimonios de colegas profesores es el de Martínez Estrada, coincidente con el anterior: "La presentación al cuerpo de profesores definió el *status* que habría de mantenerse, más o menos invariante, hasta el fin: los que lo recibieron con reservas y los que con simpatías. Muchos aquellos y pocos éstos"[5]. Sin duda su condición de "forastero" –no digamos "extranjero"– afectó a las relaciones de don Pedro con algunos colegas; pero esto no es sino natural, en el suspicaz ambiente argentino. Ahora, que los colegas recibieran algo esquinados a quien recibía –y se le reservaban por tres meses– tres cotizadas divisiones del Colegio, era de esperar. Ya lo dice el refrán español: "¿Quién es el enemigo? El de tu oficio". Poco quizás, de esta reserva, habrá notado don Pedro con sus colegas de matemáticas o de ciencias naturales.

Por un juego de simetrías, merced al cual se dibujan ventanas ciegas en los edificios, como dice Pascal, algunos que comentan su incorporación al Colegio, simplifican la cuestión tajantemente: rechazo de los colegas, franca aceptación de lo alumnos. Frente a esto se alza la opinión de Martínez Estrada, no sospechable de parcialidad: "El alumnado, a su vez, lo acogió con igual prevención, y puedo asegurar con hostilidad" y "Los pocos jóvenes que comprendieron que les llegaba un *papemor*, formaron a su alrededor un grupo discipular, bien distinto del alumnado del Colegio: Villarreal, Anderson Imbert, Sánchez Reulet, Lida, Rosenblat"[6]. Tampoco esto habrá provocado sorpresa en P. H. U., si recordaba bien sus días mexicanos; repárese en lo que señalaba Julio Torri, sobre su actividad docente: "Cerca de sí no había sino devotos o maldicientes"[7], y casi plantea –o sin casi– en su comentario, un distingo cabal entre réprobos y elegidos, en el trato de maestro para con ellos.

---

5. Martínez Estrada, Ezequiel: "P. H. U. Evocación icinomántica estrictamente personal", en *En torno a Kafka y otros ensayos*. Compilados por Enrique Espinosa. Barcelona, Seix Barral, 1967, pp. 185-220.; lo cit. p. 187.

6. Martínez Estrada, *op. cit.* pp. 187 y 189.

7. Torri, Julio: "Recuerdos de P. H. U.", en *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, México, nº 23, julio-septiembre de 1946.

México, Argentina, se cambian las latitudes, pero no los hombres y las habas que cuecen.

Atendamos, para emparejar las cargas de opiniones y de ópticas, a las versiones de dos alumnos (obligadamente, debemos ofrecer la de los "devotos", pues no disponemos de la de los maldicientes; serían ágrafos...). «Yo estaba en primer año –dice Ernesto Sábato– cuando supimos que tendríamos como profesor a un "mexicano". Así fue anunciado y así lo consideramos durante un tiempo. Entró aquel hombre silencioso, y aristócrata en cada uno de sus gestos, que con palabra mesurada imponía una secreta autoridad. A veces he pensado, quizás injustamente, qué despilfarro constituyó tener a semejantes maestros para unos chiquilíes inconscientes como nosotros»[8] Está visto que este "peregrino de América" genera en los despistados graciosos cambios de nacionalidad –puertorriqueño, cubano, mexicano–: una de dos, o es una suerte de Proteo, que conlleva en sí todas las formas de las patrias chicas de América –y esto no le hubiera disgustado– o somos tan ignorantes como los europeos o norteamericanos que hablan de Río, capital de la Argentina; y para muchos, Centroamérica es cosa parecida.

Cedamos la palabra a uno de sus más fieles y consecuentes, que en la propia obra crítica ha desarrollado con lucidez y capacidad de análisis planteos apenas acotados por el maestro y, en otros casos, ha completado aquellos hiatos que él dejara. Nos referimos, se sabe, a Enrique Anderson Imbert:

«Allí estábamos nosotros, correteando por los jardines, al lado del bosque, del lago y de la gruta. Y llegó don Pedro.

Los primeros días lo vimos como envuelto en una atmósfera de Caribe: cálida y ensombrecida de palmeras. Caminaba a pasitos cortos por las galerías del Colegio, con un libro en la mano. Se detenía y, en el aire, inventaba una papeleta. Lo mirábamos con curiosidad. ¡Qué mesura!

---

8. Sábato, *op. cit.* p. 8.

Luego lo vimos entrar al aula, y por primera vez supimos qué era la poesía y quiénes la hacían. Tenía una rotunda voz de bajo, tenía unos ojos muy negros que sin esfuerzo lo veían todo, tenía una sonrisa irónica y dulce con la que nos dirigía.

Luego lo vimos andar por las calles de La Plata y encontrarse con otro americano excepcional: Alejandro Korn. Y en aquella limpia aldea el diálogo de aquellos dos hombres creó una tensión nueva. La amistad con don Pedro, con el viejo Korn, ha sido desde entonces "un título socrático".

Luego lo vimos en la intimidad. Nos llevó a su casa, nos enseñó a vivir y a pensar, a oir música y a escribir cuentos, a leer los clásicos e informarnos de las ciencias, a disfrutar de las literaturas modernas en sus lenguas originales, a conversar, a gustar de la pintura, a trabajar y apreciar el paisaje y la bondad»[9].

Todo el resto de esta gozosa y dolida página evocativa no tiene desperdicio. Ella vibra, rescatándola, con la misma emoción juvenil que alentaba en su trato diario, y que comentaban en la pequeña cofradía de don Pedro.

Aportar testimonios no es difícil tarea de acopio. Todos ratifican el mismo deslumbramiento que este hombre excepcional producía en quienes lo trataban, a medida que adelantaban en su conocimiento. Pero más que un regalo impensado para el interlocutor, la conciencia imponía que don Pedro debía ser un merecimiento, que había que hacerse dignos de él. Las reflexiones de Anderson Imbert cifran el sentimiento de esta experiencia de manera ejemplar.

Arrieta comenta que su colega, el físico y matemático, doctor Hilario Magliano, se asombraba del interés y del conocimiento que las preguntas de don Pedro revelaban en los campos de su especialidad científica. Semejante recuerdo anota Sábato: "Más adelante, cuando yo estudiaba matemáticas, sus preguntas se referían al universo no-euclideano, a los

---

9. Anderson Imbert, Enrique: "Tres notas sobre P. H. U.", en *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954, pp. 208-220; lo citado p. 208-209.

números transfinitos, o a la posición de la lógica moderna sobre las aporías eleásticas. Sus demandas no eran demanda de mera curiosidad, no acumulaba conocimientos, frívolamente, como un diletante objetos raros en su habitación, sino por la necesidad de integrar una cosmovisión. Sus preguntas eran exactas y revelaban un gran conocimiento previo"[10].

Desde su incorporación hasta su muerte, P. H. U. dictó tres cursos de castellano, es decir, tuvo a su cargo tres divisiones (2a., 3ra. y 4a.) de tercer año; aunque, por algunos años, asumió horas en el primer curso. La distribución de las tareas didácticas en sus cursos las conocemos por los informes elevados por él al rectorado del Colegio. Destinaba, de las cinco horas semanales de cada curso: una clase para teoría y reglas de la gramática; otra clase, para ejercicios gramaticales escritos; una tercera, para composición o dictado; otra, para la corrección de la composición o el dictado y la final, para la recitación de poesías –debían los alumnos aprender, al menos, cuatro por año– y lectura. Esta última clase se hacía sobre un texto común para todos los alumnos, con preparación previa del vocabulario correspondiente. Además, los alumnos debían leer cuatro libros más fuera de clase, sugeridos por la cátedra, y elegidos de una extensa lista propuesta por el profesor[11]. Los ejercicios de redacción y dictado los corregía y devolvía para ser pasados en limpio por los alumnos. Las correcciones eran minuciosas y de una prolijidad inusual para esta clase de tareas escolares. La hora de lectura lo era, al tiempo, de comentario de textos literarios. Por ejemplo, en 1941, comentaba en dos divisiones del tercer año *El Quijote* en una y el *Martín Fierro* y *La verdad sospechosa*, en otra[12].

---

10. Sábato, *op. cit.* p. 13.

11. Extraído de su nota al rector Carlos J. B. Teobaldo, del 25 de julio de 1940.

12. Datos extraídos de su nota del 29 de octubre de 1941, al rector Teobaldo.

Hubo varias reformas en los planes de estudio del Colegio Nacional: en los años 1912, 1924, 1929 y 1933. V. Destéfano, José R. "El estudio de la literatura en el Colegio Nacional", en *Boletín de la Universidad de La Plata*, La Plata, t. XIX, nº 1, 1935, pp. 173-175.

Hacia 1935, eran colegas de castellano y literatura, de 1º a 3º, los profesores: José Destéfano, Estanislao Fleury, Marcos M. Blanco, y Augusto Cortina. En el área de 4º a 6º: el citado Destéfano, Martínez Estrada, Arrieta, Arturo Vázquez Cey y José Gabriel.

P. H. U. destacaba en un conjunto de profesores de lujo. Eran del plantel del Colegio Fernando Sánchez Miranda, los recordados Arrieta y Martínez Estrada, Carlos Sánchez Viamonte, César Díaz Cisneros, Hilario Magliano, Loedel Palumbo, Carlos Heras, Alberto Palcos y otros de semejante nivel.

Leía en todo momento en que no dialogaba. Lo hacía con una hoja doblada que le servía de señalador y para tomar su notas. Marcaba con signos imperceptibles –un punto, una leve raya– aquello que llamaba su atención o a lo que debía volver. Corregía minuciosamente las erratas de imprenta de los libros que trashojaba, sin dejar pasar una, aunque el impreso fuera despreciable. Cuando formaba mesa de examen, rara vez interrogaba, solía intervenir cuando el alumno se descarrilaba para hacerlo regresar al andarivel de la exposición; cuando el alumno se mostraba altanero o "macaneador", como decimos los argentinos, mane-

---

En junio de 1941, don Pedro solicita al rector Teobaldo la compra, para lectura optativa de los alumnos, una nómina de libros que adjunta: Manuel Gálvez, Los caminos de la muerte; "y demás novelas –dos más– sobre la guerra del Paraguay" (*Humaitá* y *Jornadas de agonía*); Jorge Luis Borges, *Historia universal de la infamia* y *Antología clásica de la literatura argentina* (la preparada por don Pedro y Borges); Julián Martel, *La Bolsa*; Norah Lange, *Cuadernos de infancia*; Carlos María Ocantos, *Quilito*; Bernardo Vertsvisky, *Es difícil empezar a vivir*; E. Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*; Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, *La bahía de silencio* y *Fiesta en noviembre*; Rómulo Gallegos, *Cantaclaro*, *Pobre negro* y *Doña Bárbara*; Mariano Azuela, *Los de abajo* y *La Malhora*; Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo*; Gregorio López y Fuentes, *El indio*; Mariano Latorre, *Zurzulita*; Javier de Viana, *Campo*; Alberto Blest Gana, *Durante la reconquista*, *Martín Rivas*, *El trasplantado*; Eduardo Barrios, *El hermano asno*; Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré*. Sólo había ejemplares de *Tabaré* y de la *Historia de una pasión argentina* y tres de *Historia universal de la infamia*, que hiciera adquirir antes don Pedro. A propósito de esta última obra, cabe registrar un incidente que no trascendió más allá de los papeles, donde lo hemos advertido. El Director de la Biblioteca, Carlos Lloret, al dorso de la nota de pedido suscrita por don Pedro, el 25 de junio, anota al rector: "De la obra de Borges, *Historia universal de la infamia*, existen tres ejemplares, pedidos por el prof. H. Ureña, y cuyo texto, el señor Rector, conoció y reconoció, no correspondiente, al serle informado por el suscripto". El Rector, el 4 de julio, manda testar la observación inconveniente del bibliotecario, y hace curso al pedido, en la medida de los recursos disponibles.

jaba sutilmente la ironía hasta ponerlo en evidencia frente a sí mismo. Recuerda Martínez Estrada que cuando tomaban examen a alumnos que no eran suyos, leía durante la exposición y aún tomaba notas, pero al menor tropiezo del alumno, levantaba la cabeza e intervenía; ésto y lo ajustado de las notas que proponía, indicaba que leía al tiempo que escuchaba. Se recordará cómo Alfonso Reyes señalaba esta capacidad de leer, en tanto atendía a otras actividades.

Arrieta, en su propuesta a las autoridades universitarias, había destacado la inestimable colaboración que el candidato dominicano podría aportar a la reforma inminente de los programas de castellano y literatura del Colegio. Estos eran similares a los de los colegios comunes: tres años de castellano, uno de preceptiva literaria y el quinto de historia de la literatura española e hispanoamericana. Luis Sommariva dictaba los dos primeros cursos; Martínez Estrada estaba a cargo del cuarto y Arrieta, del último. La reforma de los programas suponía la creación de un sexto año y la nueva distribución de los contenidos gramaticales, preceptivos y de historia literaria. Hemos alcanzado y consultado los originales de la propuesta para la reforma de P. H. U. –que transcribimos en apéndice– y que comprende los contenidos y lecturas de los programas de primero a cuarto año. Los contenidos gramaticales y preceptivos no tendrían ya un curso especial, sino que ambas disciplinas se distribuían en los tres primeros años; quedando los tres últimos para la literatura. A su vez, los tres primeros años se apoyaban en lecturas graduadas para enseñanza de los contenidos gramaticales y preceptivos. El cuarto año comprendería la literatura universal, desde Grecia hasta el siglo XIX europeo; en quinto, literatura española e hispanoamericana y en sexto la contemporánea.

Cuando Rafael Alberto Arrieta fue rector del Colegio, en 1929 organizó un ciclo de difusión cultural, con disertaciones referentes a distintos campos. En la octava del ciclo, P. H. U. se explayó sobre uno de los temas por el que tuvo siempre particular dilección: "Música popular de América"[13], exposición ilustrada por una pianista, la profesora María

13. En *Conferencias*. Primer ciclo, 1929, La Plata, v. I, Biblioteca del Colegio Nacional de la U. N. L. P., pp. 179-236, 1930. La extensa exposición fue reproducida, después, en O.C.,

Esther López Merino, que, además bailó algunas danzas típicas al final de la exposición; y una cantante, la señorita María Mercedes Durañona Martín, quien cantó aires cubanos, mexicanos y dominicanos. Como era su hábito docente, para ampliar el radio de difusión de lo abordado en la extensísima conferencia, redujo a lo esencial lo expuesto, aligerando el texto de notas y omitiendo los fragmentos transcriptos, y lo publicó en *La Nación*, con el título de "Danza y canción de América".

Durante casi un cuarto de siglo, P. H. U. dictó sus quince horas semanales de clase en el Colegio, viajando tres veces por semana –cuando volvió a radicarse en la capital porteña– desde Buenos Aires a La Plata; ocupaba el viaje en tren para descabezar sueño atrasado, para corregir los trabajos prácticos de sus alumnos o para revisar pruebas de imprenta de los libros cuya edición tenía entre manos. Se ha hecho, desde hace mucho tiempo, cada vez que de don Pedro en la Argentina se habla, un lugar común el aludir a su viaje a La Plata y a sus tareas en el Colegio Nacional como de una suerte de condena perpetua a que fue atado, padeciendo una situación que no era la de otros. Aclaremos, para nada es justificativo el dicho "Mal de muchos, consuelo de tontos". No es cosa de tranquilizarse por lo que le tocó de remar en las galeras pedagógicas, aunque fuera destino compartido, sino que no se debió aquello a una forma de ensañamiento personal contra él; porque además, de este plano se deslizan, de inmediato, a su imposibilidad de llegar a profesor titular de la Facultad de Humanidades; y de aquí, poco queda para decir que vivió en la absoluta injusticia en nuestra tierra, postergado en todo y sin reconocimiento. Vayamos por puntos. Lo más frecuentes en nuestro país, para un profesor o doctor en letras, el comenzar por la enseñanza secundaria sus actividades profesionales y concluir su vida atado a ellas;

---

pp. 627-658; U. A. pp. 410-450; incorporando, como O. C., las enmiendas y agregados manuscritos de P. H. U. en un ejemplar en poder de Emilio Rodríguez Demorizi; en O. *Comp.* VI, pp. 147-193.

"Danza y canción de América", en *La Nación*, Buenos Aires, Revista Semanal, domingo 2 de marzo de 1930, pp. 5-6.

es escaso el número de docentes que logran rescatarse de esta situación; y los que lo hacen, median los cuarenta años cuando lo logran. El dictado de clases a casi párvulos, con sus fatigosas correcciones de escritos, pruebas, reuniones, ingresos, etc., coexiste con las clases universitarias, conferencias, publicaciones, investigación y otras actividades intelectuales. En esto, don Pedro fue tan argentino o más que los nativos. De allí que sea cierta la observación de Sábato: "Lo trataron tan mal como si hubiera sido argentino, lo que constituyó una suerte de demostración por el absurdo de que los países latinoamericanos efectivamente formamos, como siempre lo mantuvo don Pedro, una sola y única patria"[14].

Si se atiende a la recientemente publicada correspondencia de P. H. U. con sus amigos, en particular con Alfonso Reyes, se advertirán otras razones que trabaron, en lo cotidiano, la vida de don Pedro, y que vienen a sumarse al cúmulo de rémoras que en él generaba la docencia secundaria. Repárese, además, que, cuando compara, siempre en su correspondencia, la vida que llevaba en México y la actual en la Argentina, señala que allá trabajaba en tres cargos con una sola remuneración; aquí se le pagó, poco, como es lo normal y desdichado en el terreno de la docencia, pero siempre en todas sus funciones. A esto íntegrense las propias declaraciones de don Pedro acerca de su conformidad de vivir en tierra argentina.

Ahora bien, sin lugar a dudas que esta forma dispersante de vida que le tocó llevar es condenable, para argentinos y no argentinos, pero lo es mucho más cuando embarca en su tráfago y monotonía a un espíritu *como el de P. H. U. Hubiera merecido, por cierto y más que tantos,* un régimen de total dedicación a lo suyo, y hubiera rendido el ciento por uno; hubiera concluido algunas obras de envergadura que había planeado, y de las cuales solo alcanzó a dar a conocer muñones; hubiera concertado toda su actividad intelectual en una etapa de coronación fructífera, con menos aceleración y premura en todo. Advirtamos, de paso, que no debe echarse a la docencia de nivel medio el peso de todo

14. Sábato, *op. cit.* p. 9.

el fardo que don Pedro soportó y que lo agobiaba: un hombre de su jerarquía, por ejemplo, no debía estar corrigiendo pruebas de galera de textos para lectura general. El esfuerzo empeñado en el trabajo editorial lo impulsó en un ritmo desgobernado en sus años finales. Si se repara en todo lo que hacía, en cuanto a tareas rutinarias, sorprende todo lo que alcanzó a concretar en medio de ellas en los veintitantos años que vivió entre nosotros. Claro que para ello estaba habilitado en flexibilidad, en el aprovechamiento de los retazos de su tiempo, en descansar de un trabajo con otro. Los trasplantes que debió sufrir –o que eligió y gozó, según los casos biográficos– desde muchacho quinceañero, de una nación a otra, de una lengua a otra, de un sistema de vida a otro, lo habían adiestrado, elastizado, por así decir, para mantener sus líneas de trabajo siempre tendidas, nunca laxas. Líneas, plurales, sí, porque simultáneamente laboraba en campos dispares: preparación de una antología, prólogo para un volumen de colección, apuntes para un estudio lingüístico, ejemplos para un trabajo sobre métrica, notas lectivas para una semblanza de conjunto, y así parecidamente. Contrasta su existencia de muchos talentos concertados, produciendo concurrentemente materia tan diversa, con la labor esmirriada de quienes pasan años en reclusión, haciendo girar la misma noria con los mismos cangilones.

El espíritu de P. H. U. era poroso en su capacidad de absorción y decantado en su capacidad de selección. Esponja y harnero combinaban en él.

Ya hemos comentado –nunca será suficiente– cómo sus horas de regodeo espiritual, esos espacios temporales sagrados para el alma del hombre, que deben preservarse como el *sancta santórum* personal, fueron invadidos, inundados y casi sacrificados por menesteres más premiosos, pero menos esenciales. Cuántas veces, le habrá retraído su fidelísima memoria –"museo viviente", como dijo el clásico, y retoma Borges– el lema ideal de paz, entre tanto afanar: *in angulo cum libello*. Sus *horas de estudio* fueron cada vez más las del cansancio, del medio vuelo y no las plenarias del remonte espiritual.

Así, proyectos acariciados desde su juventud, las obras de creación literaria que anhelaba retomar, y consagrarse a ellas, debieron hacer suyas las palabras del alma al ángel, en el soneto de su admirado Lope de Vega, leído a la inversa de lo que se acostumbraba en el siglo de oro, "a lo divino", ahora visto "a lo humano":

Cuántas veces el ángel me decía:
–"Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía".

Y cuántas, Hermosura soberana,
"Mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana.

Pero descendamos de nivel tan espiritado al plano de las realidades crematísticas. P. H. U. no dejó, no pudo dejar, sus clases en el Colegio por una razón de base económica: el sueldo que percibía allí constituía más de la mitad de todo lo que reunía mensualmente con sus diferentes trabajos. Hacia 1935, por ejemplo, recibía en el Colegio $750; en tanto que en su Secretaría del Instituto de Filología, $180 y en el Instituto del Profesorado $120. El del Colegio fue el único –otra razón para no abandonarlo– empleo estable y titular que tuvo en el país. No obstante estas razones, recordemos una anécdota que Sábato nos cuenta, y que revela otra razón, pero esta vez pascaliana.

Sábato, ex alumno suyo en el Colegio, recuerda cómo debe a P. H. U. su incorporación a la revista *Sur* como colaborador. Había publicado una nota bibliográfica breve sobre la recién aparecida novela de Adolgo Bioy Casares, *La invención de Morel* –buena bisagra para articular la ciencia del doctor en Física con la ficción literaria–, en una revista platense de corta vida, *Teseo*. Don Pedro leyó la nota y lo llamó y le porteó la entrada a la prestigiosa publicación, de cuyo comité de redacción formaba parte. Más allá de la generosidad de ostiario que don Pedro ejerció con el joven físico –que no había publicado en el país más que esa

nota– lo que hay que destacar es el olfato venteador de don Pedro: *ad unguem leonem*. Pasó el tiempo, "pasó un día y otro día / un mes y otro mes pasó" y P. H. U., seguía puntual con sus ocupaciones en el Colegio. Un día, al encontrarse los ahora amigos, Sábato le preguntó, refiriéndose a la trajinada tarea colegial: "¿Por qué pierde tiempo en eso, un humanista de su talla?". A lo que don Pedro contestó con un *argumentum ad hominem:* "Porque entre los alumnos puede haber un futuro escritor". Sábato se hizo cargo de la certera ironía de la respuesta que tocaba su propio caso[15].

15. Sábato, *op. cit.* pp. 9-10.

Capítulo VI

ACTIVIDADES Y OCIOS PLATENSES

1. LAS DIFICULTADES DEL TRASPLANTE. VIAJE A MONTEVIDEO.

La segunda mitad de 1924 viajó semanalmente P. H. U. de la pensión de Buenos Aires a La Plata para dictar sus clases en el Colegio Nacional. Considerado el esfuerzo y gasto de viaje, decide instalarse en el Ciudad Universitaria, donde se radica en enero de 1925 [1]. "He puesto casa, muy presentable, aquí. Todo es fácil económicamente; se gana mucho dinero (aunque yo no gano todo el que quisiera) y se obtiene todo a pagar a plazos. Estamos muy bien los tres", le escribe desde La Plata el 8 de febrero de 1925 a Reyes. No obstante la relativa comodidad que alcanza, y la compañía de pocos amigos y varios alumnos que frecuentan su trato y lo visitan en su hogar, que se va convirtiendo en sede de tertulias muy juiciosas entre el maestro y los discípulos, P. H. U. acusa el golpe del trasplante que ha hecho. "Aquí me tienes en la incertidumbre mayor de mi vida. Mi viaje a la Argentina fue obra de la razón y el sentimiento ha sido la víctima. A pesar de que aquí tengo amigos, empiezo a sentir que no se deben rehacer continuamente los ambientes afectivos. Aquí me

---

1. O. *Comp.*, V, p. 328

faltan las ganas de crear amistades íntimas; las que tengo (los esposos Arrieta en Buenos Aires, tres o cuatro muchachos de La Plata –Orfila, el que estuvo en México, Korn, hijo del filósofo, Carabelli, el director del Bosque, Rodríguez Pintos, poeta uruguayo) no me empeño en hacerlas progresar mucho. Y si eso ocurre conmigo ¡qué no ocurrirá con Isabel! Lo que la pobre ha sufrido no tiene descripción. Hemos pasado –y pasamos– alternativas de intensa felicidad, por lo mucho que nos queremos, y de gran tristeza, por lo mucho que nos falta. Todavía si no tuviéramos a Natacha, que absorbe completamente la actividad y el pensamiento de Isabel, habríamos podido –y yo me habría empeñado en eso– hacer vida de sociedad y de diversiones; pero como Natacha se roba todo el tiempo, cuando queremos divertirnos, falta la ocasión y hasta el dinero. Luego, por acompañar a Isabel y mitigar su soledad, he dejado de ir a Buenos Aires, y el resultado es que no ejercito las actividades necesarias para aumentar mis entradas: hasta ahora no son sino las que tuve desde que llegué. Es verdad que bastan, pero no sobra.

"Y mi problema es: ¿debo quedarme? ¿Se acostumbrará Isabel algún día? ¿Seremos felices aquí? ¿O debo regresar a México, pues otra cosa no se presenta? ¿Seré yo feliz en México, o siquiera viviré tranquilo? ¿habrá de qué vivir? Lo más serio no es eso, lo más serio es Natacha. ¿Le conviene ser mexicana o argentina? Aquí la gente parece feliz; allá no. Ahora mismo Natacha parece feliz; desde que llegó a la Argentina mejoró, se ha puesto gruesa y fuerte, y la oigo dar voces de alegría. Decidirán los dioses...[2] "Conmovedor testimonio de la intimidad abierta a su amigo mexicano. La perplejidad en que muestra sumido a P. H. U. va a prolongarse por tiempo en su condición de desarraigado. Si bien es cierto que, los avatares de su vida, lo obligaron desde muchacho a no aquerenciarse en un solo sitio donde echar raíces; y que toda su vida fue un ir ensayando patrias ajenas con nostalgias hondas de la entrañable y propia. Que esta naturaleza de "peregrino de América" le había dado, sin lugar a dudas, defensas espirituales y virtudes de adaptación que le harían

2. O. *Comp.*. V, pp. 325-326, del 6 de enero de 1925.

superables los trastornos y vuelcos. Su esposa, Isabel, en cambio estará totalmente desvalida. Por muchas declaraciones de don Pedro sabemos que su familia, grande y unida, le significaba un resguardo. Esta joven de veintidós años no hallará consuelo en el desarraigo. Ni parece haber hecho esfuerzos sostenidos para lograrlo. Más bien se refugió en sus hijas y no fue para su esposo respaldo para su proyección, sino más bien rémora, como hemos de comprobarlo a través del epistolario íntimo de don Pedro. Atendamos a otras confesiones de sus primeros días platenses: "Mi falta de paz está en mi vida. Huí de México, pero me traje a México conmigo. La pobre Isabel es víctima de aquel país, y en consecuencia yo. Sentimentalmente, porque la enorme lejanía de la Argentina respecto de México la mantiene en tal desconsuelo que le quita las ganas de todo. Como la veo triste, procuro acompañarla, y así me aíslo. Y este es un país donde el aislado no se abre paso. A más que, como vivimos en La Plata, y solo Buenos Aires contiene perspectivas de actividades bien remuneradas, el trato útil de las gentes me llevaría muchas horas. Es verdad que Isabel podría acompañarme, pero eso lo logro raras veces: aún a diversiones, raras veces se decide a ir. Cuando se trata de "relaciones sociales", la decisión toca en lo imposible. Aquí está el otro fondo del problema, que yo nunca habría comprendido antes: el retraimiento en que se educa todavía; la mayoría de las mujeres mexicanas se acostumbra a no tener aspiraciones. (...) Me atrevo a decirte todas estas cosas porque precisamente no tienen nada de quejas contra el matrimonio, ni siquiera contra *mi* matrimonio. (...) No concibo que ninguna mujer hubiera sustituido a Isabel (...) Ella, y solo ella. Así como sólo una mujer pudo haber sido mi madre, así solo una mujer pudo haber sido mi mujer"[3]. Bien se comprende, a la luz de estas cartas, el comentario de su hija Sonia de que la imagen de su padre durante toda la vida fue siempre junto a ellas, unidos los cuatro. P. H. U. se separaba lo menos posible de Isabel para no aumentar su desconsuelo. Las tensiones van a crecer con el tiempo, porque ella no superó su desazón y extrañamiento. No hay una sola palabra de don Pedro

3. O. *Comp.*, V, p. 333, del 5 de septiembre de 1925.

en todas sus cartas publicadas que no sea para mejorar aquella relación. Pero era él quien ponía todo de sí, y esto le restaba tiempo, fuerzas y disposición anímica para sus trabajos y proyección. Poco hubiera podido realizar de obra concreta, en aquella situación que fue de toda su vida de matrimonio, según lo que puede advertirse por los testimonios epistolares de épocas diversas, de no haber sido por su voluntad inflexible de trabajo, su sentido del deber y el gobierno de sí mismo que le evitaron el bajar los brazos y entregarse. Cuando define cuál es su vida ideal, lo que enuncia es lo que no ha de lograr: "Ya, en realidad, he llegado a encontrar mi ideal de vida: una vida como la de don Ramón Menéndez Pidal, como la de Rodó. Pero por ahora me desespero, porque si bien quiero llegar a la *vida retirada*, para llegar necesito moverme, y no lo hago. No sé cuándo me darán los dioses la tranquilidad"[4].

En el mundo provinciano platense, de ritmo cansino, y a un paso de Buenos Aires, pero sin estar demasiado cerca como para participar diariamente de su vida agitada de gran capital, pasan los días de P. H. U. Como buen docente, comenta: "Ahora, por ser vacaciones, puedo preparar libros. Con Arrieta, el poeta, preparo una antología hispano-americana, del tipo que tanto discutimos en Madrid: será el primero de una serie de libros pedagógicos. Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología"[5]. Esfuerzos vanos, pues ninguna de estas dos obras dejará de ser potencial y quedarán en su bibliografía de posibles.

Probablemente hacia fines de 1924, o enero de 1925, P. H. U. dictó un cursillo sobre filología para un grupo de muchachos estudiosos. Un pequeño manojo de alumnos. El prefirió el trato directo, el allegamiento del diálogo, la reunión pequeña, donde pudiera palpar el eco de su palabra, en el rebrote del entusiasmo, en la réplica, en el comienzo de un trabajo, en la incitación a una lectura. A su amigo Reyes le comenta que no tiene interés en vivir en Paris: "Yo no soy contemplativo; quizás no soy ni escritor en el sentido puro de la palabra; siento necesidad de que mi

4. O. *Comp.*, V, pp. 333-334.

5. O. *Comp.*, V, p. 326, 6 de enero de 1925.

actividad influya sobre las gentes, aún en pequeña escala. Y en París yo podría hacer cosas mías, pero estaría lejos del campo de acción que me atrae, que es América, aunque hasta ahora haya podido hacer muy poco, y ese poco efímero, como tú bien sabes"[6].

Si 1925 comenzó para P. H. U. con una aguda tensión sobre su futuro y dudas sobre qué rumbo tomaría su acción y su vida, mediado el año el entusiasmo de proyectos lo va animando. En ese año comienza a publicarse en La Plata *Valoraciones*, que es obra concreta de realización, de influjo sobre el medio, de polémica y, en fin, síntoma de vida. Esto lo tonifica. En noviembre una nueva circunstancia vuelve a entonarlo: lo han invitado de Montevideo a dictar conferencias. Parte el 17 de ese mes; a su regreso, comenta el "suceso" que fueron: "Estuve, en noviembre, en Montevideo, y conocí la gloria durante ocho días. Estoy a punto de caer en el *vargasvilismo* de afirmar que Montevideo tiene más aficiones literarias que Buenos Aires; pero mi caso no sería la prueba. Yo nunca había obtenido aplausos como los que gané en Buenos Aires con mi conferencia, que oyó Manuel, sobre el teatro; pero en Montevideo alcancé más aún. Pero no se trata de éxitos: lo que hay es una diferencia de *temperatura* en el entusiasmo intelectual entre Montevideo y Buenos Aires. Y entusiasmo intelectual no quiere decir entusiasmo que despierten personas sino ideas. Las *personas* tiene tanto *éxito* en Buenos Aires como en Montevideo; pero el Montevideo culto toma en serio las ideas, mientras que el Buenos Aires *realmente* culto se cree obligado a asumir ante las ideas una actitud de *ya lo sabíamos todo*". Entre bromas sobre sí, desliza juicios sobre el espíritu de la ciudad porteña que, como dice en una posdata, "es, por supuesto, la única de cultura moderna en toda nuestra América"[7].

Una tercera motivación se presenta en ese 1925 para reanimarlo –más bien a Isabel que a Pedro, pues ya sabemos su opinión de tal viaje–, el posible viaje a París, que habrá de quedar sólo en programa.

---

6. O. *Comp.*, V, p. 342, 5 de septiembre de 1925.

7. "Mañana me voy a Montevideo, para tres o cuatro conferencias. Se pagan". Carta del 16 de noviembre de 1925. La carta citada en el texto, es de O. *Comp.*, V, pp. 337-338.

Pero 1925 ha traído a P. H. U. otras nuevas oportunas que refuerzan su empeño de superación de lo sentimental y familiar: desde mayo es profesor en el Instituto del Profesorado Nacional de Buenos Aires, y aunque se invierte la dirección de su viaje semanal, lo hará gustoso, porque la cátedra conferida es su dilecta, "Literatura Argentina y Americana". Al paso, mejora con la renta su condición económica. Y una segunda novedad, que habrá de traerle muchas satisfacciones: la edición del folleto conteniendo *La utopía de América* y *Patria de la justicia*. La primera, aquella conferencia de 1922 en la Facultad de Humanidades platense, no fue alcanzada sino por los que asistieron a aquel acto. Ahora, al vestirse de papel impreso logra radios mayores y, con ello, congratulaciones para el autor. La feliz iniciativa de reunir ambos textos en un folleto partió —y la concretó— un joven platense, devoto de don Pedro: Juan Manuel Villarreal, [8] quien dirigía una revista, *Estudiantina*. Letras, crítica y arte., que alcanzó a las cinco entregas (nº 1, mayo de 1925; nº 5-6, febrero de 1927). Aún vibraba el mensaje de la conferencia de 1922, y los jóvenes lo ligaron con una nueva alocución de don Pedro, pronunciada el 7 de marzo de 1925, en un homenaje a Carlos Sánchez Viamonte. Así quedaron asociadas las dos disertaciones pedristas por una causa en común. En efecto, ambos textos se articulan y hermanan y se hizo bien en allegarlos. Villarreal solicitó al maestro la venia y éste la dio en una carta que ofició de prólogo en la publicación. El folleto salió como edición de *Estudiantina*. En la carta recuerda "la pobre conferencia utópica dormía, intacta". P. H. U. llama, a esta bella durmiente, "uno de

8. En carta a A. Reyes, desde Buenos Aires, del 12 de septiembre de 1931, le dice: "Me piden que te escriba por Juan Manuel Villarreal: piensa ir al Brasil; desterrado, y tendrá que ganarse la vida como pueda. El piensa encontrar qué hacer en los periódicos: tú sabrás si se puede. Quizá podría dársele trabajo de escribiente en alguna Legación. Ha estado preso ciento treinta días y está preso aún— porque era presidente de la Federación Universitaria cuando se declaró la huelga. Otros estudiantes han salido libres: él no, no sé por qué, porque no es comunista ni anarquista; solamente socialista de la Casa del Pueblo, donde no ha habido muchos choques (algunos sí) con el gobierno", en O. *Comp.*, VI, p. 431.

mis actos de fe"; Lizaso se ha referido a ella como "himno en que nuestra América afirma su fe en el destino, en el porvenir de la civilización, en las fuerzas espirituales"[9]. Ha sido y es uno de los textos más traídos y llevados del autor, más citado y recitado por quienes han realizado estudios sobre P. H. U. Casi no hay alocución proferida o ensayo aparecido sobre el autor que no le pida un párrafo a aquella conferencia, un gajo que se agita como llamando al ideal. Pero la realidad hispanoamericana no lleva camino de abrevarse en ella; ni de plantar el gajo para que enraíce. Distingue, en sus palabras a Villarreal, entre las voces *líricas* y las cosas reales, y sabe que aquéllas cantan a un ideal que éstas no encarnan. "Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba adonde quiero", apunta con advertencia de que los signos de los tiempos no son favorables. El peligro mayor que nos aflige, dice es "que no sepamos vencer la desidia para revelarnos en perfección", "el peor despeñadero está en el mal del sueño que aflige a nuestro sentido de justicia".

La raíz de la conferencia "La utopía de América", en lo que hace al poder dinámico del concepto utópico, como revelador de la inquietud del progreso y el ansia de perfección moral y espiritual, está en un par de parágrafos de su discurso "La cultura de las humanidades"[10], pronunciado en la inauguración de las clases del año 1914, en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de México. Doce años más tarde habrá de proyectar aquel concepto sobre la realidad hispanoamericana. En cuanto a "Patria de la justicia", es, como dice el propio autor, corolario de la alocución de 1922.

A partir de 1926, P. H. U. distribuye sus trabajos y sus días entre Buenos Aires y La Plata y va ampliando su esfera de relaciones en la ciudad porteña, en la que la vida intelectual y artística se le brinda más variada e intensa. Pero en la capital de la provincia no abandona a sus jóvenes amigos. En 1926, a lo largo del año, desarrolló, en su propia casa, un cursillo de comentario de textos filosóficos, que versó sobre *La risa* de

---

9. V. el artículo citado en bibliografía adjunta, en *Cursos y Conferencias*, lo citado, p. 100.

10. V. *U. A.*, pp. 56-65; los conceptos que señalamos, son los de la p. 61. especialmente.

Bergson y el *Breviario de estética* de Croce; a él, una vez por semana, asistieron puntuales: Francisco López Merino, Guillermo Korn, Juan Manuel Villarreal, Aníbal Sánchez Reulet, Enrique Moreno Báez y Eugenio Pucciarelli, que es quien recuerda estas reuniones[11].

En 1928 ocupa el cargo de Profesor Suplente en la Facultad de Humanidades. Al año siguiente publica en La Plata una edición anotada de *Fábulas de Acis y Galatea*, y una selección de sonetos de Luis Carrillo y Sotomayor. El prólogo es suyo –lo recogerá en *Plenitud de España*– y las notas de un discípulo, Enrique Moreno[12]. La edición apareció como uno de los Cuadernos de la revista platense *Don Segundo Sombra*, cuyo director era el mismo Juan Manuel Villarreal de *Estudiantina*. Dio, con esta edición, mayor difusión a un poeta poco leído entre nosotros, aprovechado sí, con personal apropiamiento, por uno de nuestros mejores líricos, Ricardo Molinari. El prólogo, de un par de páginas, es ya una muestra de los muchos que trazará P. H. U., ciñendo a lo esencial la caracterización de los autores y obras que portea, con una sintética puesta al día del "estado de la cuestión" en cada caso. Así, respecto a Carrillo, corrige el error generalizado de creer que en él se originaba el culteranismo –según venía repitiendo la crítica iterativa– y que, por el contrario, este cordobés, coterráneo de Góngora, recibe y devuelve aguas del *rey de los otros ríos*. En La Plata inicia, con ésta, una larga serie de provechosas ediciones anotadas.

El mismo año 1929, P. H. U. y un grupo de artistas e intelectuales de la ciudad fundan en La Plata la "Asociación de las Artes", de la cual será vicepresidente. El Museo Provincial de Bellas Artes había sido inaugurado en 1922; la Escuela Superior de Bellas Artes (1924) gestaba ya la Facultad de Bellas Artes de la Universidad. Todo confluía, Pettorutti

---

11. Pucciarelli, Eugenio: "Pedro Henríquez Ureña y la filosofía", en *Revista de la Universidad*, La Plata, U. N. L. P., nº 20-21, enero 1966-julio 1967, pp. 422-433; la referencia al cursillo, en p. 426, nota.

12. *Fábula de Acis y Galatea. Sonetos*. Edición al cuidado de P. H. U. y Enrique Moreno. Prólogo de P. H. U., La Plata, Cuadernos de *Don Segundo Sombra*, 1929.

mediante, a darle empuje vital a las artes plásticas. Entre Buenos Aires y La Plata, P. H. U. oficiaba de enlace para que las exposiciones porteñas se desplazaran a la Ciudad Nueva, o encontraba respaldo en la Asociación de Amigos del Arte de la capital para reunir material pictórico para salones platenses. "En La Plata inauguramos el sábado las actividades de la Asociación de las Artes: exposición de Pettorutti y de dos brasileños, Dulleyga Guijnan y Rossi Osir: medianos. Debía ir Fernández Moreno: irá después. Tendremos Gerchunoff, Ricardo Rojas, Arrieta, Córdova Iturburu, Mme. Bathori, préstamos de González Garaño..."[13], comenta en carta de 1930 a Reyes. Al mismo, y "desde el tren de La Plata a Buenos Aires, 13 de junio de 1930", –lo que ilustra el enlace que decíamos–, le escribe: "En La Plata tenemos ahora exposición de grabados argentinos (1794-1862), préstamos de los González Garaño. Muy buenos. Hicimos decir conferencia a Rinaldini, no sobre el grabado, sino sobre Degas y su época. ¡Qué bien escribe, y qué poco lo notan!"[14]. Otra carta a don Alfonso: "Lunes: voy rumbo a La Plata. Habrá pronto elecciones de decano en Humanidades. Candidato: Korn, aunque jubilado. Candidatura de los muchachos, acogida por Levene y su tribu. En Humanidades hablará el viernes Gerchunoff, en sesión de la Asociación de las Artes"[15].

2. LAS VACACIONES DESDE LA PLATA. MIRAMAR. TANDIL. CÓRDOBA. EL PARANÁ.

El 26 de febrero de 1926, Natalia ha cumplido dos años. Su madre, Isabel Lombardo está embarazada de su segunda hija. El padre, P. H. U., entre muchos recaudos le cuenta la buena nueva a su amigo Alfonso Reyes; en carta del 18 de marzo: "Ahora puedo contarte la verdad, estamos esperando para antes de un mes, otro nene. No te lo escribí antes,

13. O. *Comp.*, VI, p. 423; carta del 20 de mayo de 1930.
14. O. *Comp.*, VI, p. 424.
15. O. *Comp.*, VI, 425-426; carta del 16 de junio de 1930.

porque Isabel no quería que el rumor llegara hasta su familia, y su madre se alarmara. (...) Isabel sufrió un pequeño contratiempo que exigió reposo absoluto: no pudimos movernos ni siquiera de La Plata (por esta razón suspendieron aquel anunciado viaje a París), y ella, durante un mes, estuvo en cama, no porque estuviera mal, sino para asegurar que el nacimiento no se adelantara de modo peligroso. Ahora todo parece ir bien. Estamos en casa nueva, muy satisfechos de la instalación. Isabel ha alcanzado por fin una perfecta tranquilidad de nervios y una casi total aceptación de la Argentina. Casualmente, ahora nos escriben queriendo que volvamos a México" (O. *Comp*. VI, 400-401).

La próxima maternidad, la nueva casa platense parecen haber traído calma a los días hogareños de P. H. U. La nueva hija, Sonia, nace el 10 de abril de 1926. No obstante que todo ha ido bien, la esposa de P. H. U. vuelve a padecer nostalgias por su tierra; en una carta a Reyes, del 15 de mayo del mismo año, acusa el retorno a la situación anímica anterior: "soy capaz de renunciar a todo, porque antes que nada quisiera cumplir con mi primer deber: hacer feliz a Isabel. Yo creí que nuestra felicidad quedaría asegurada dejando a México: no era egoísmo; ella no podía ser muy feliz allá, no sólo porque yo no lo fuera (eso se lo hubiera podido ocultar) con las gentes de fuera de la casa, sino porque todos viven en ambiente de tristeza, y la primera que se lamenta día y noche es la madre de Isabel. El lamento es ya tan esencial en ella que hasta las cosas que podrían servirle de alegría las vuelve en tristeza. Pero Isabel, al sentirse separada de los suyos, perdió toda gana de vivir; un año lleva en la Argentina sin querer acostumbrarse a nada. (...) En los días en que me escribiste, pasaba ella por una crisis de tristeza provocada por su debilidad. A los pocos días del nacimiento de Sonia (creo que se llamará así la nena), tuvo fiebres altas, sufrió curaciones dolorosas, y quedó muy decaída; Isabel ha ganado cinco quilos de peso, y hoy, a pesar de que se han ido las criadas, está contenta, poniendo en orden la casa. Tendrá que volver a ser alegre (¿recuerdas qué felices nos viste en México?). Las nenas son lindas y sanas. No hay dinero, pero todo va bien" (O. *Comp*. VI, 402-403)

En enero de 1927 está la familia pasando sus vacaciones en Miramar, que entonces era zona muy calma para el descanso, y a la que, de cuando en cuando elegirá la familia Henríquez Ureña para el descanso anual. Escribe a Reyes: "Suspendo aquí, porque nos vamos al mar. Es una mañana de nubes. Escribo en una galería rústica, cargada de rosas enredadas cuyas ramas se extienden para arañarle a uno la cara en un supuesto hotel, cuyos habitantes más numerosos son los veinte nietos de la dueña, en un pueblo que no llega a tener calles, con una playa abierta, suave, de arena, y un mar claro donde sólo una vez por semana pasa un barco" (O. *Comp.* VI, 408).

Las vacaciones siguientes transcurren en Tandil, en la provincia de Buenos Aires, en la estancia "La Pascuala", junto a Alonso Reyes y su familia y Julio Rinaldini y la suya. P. H. U. ve *la pampa* por vez primera: "La estancia es grande (escribe a Daniel Cosío Villegas, el 13-1-1928). La región ondulada –montañosa, dicen aquí, pero las montañas nunca tienen mil metros– lo cual es raro en la *pampa*. Estamos a ocho horas de Buenos Aires. Se llega atravesando la pampa, muy semejante a la *prairie* de los Estados Unidos. Es sorprendente verlo todo cultivado, hace cincuenta años no había más que pampa" (O. *Comp.*, VI, pp. 395-396).

En diciembre de 1928 están en Unquillo, en la provincia de Córdoba. Desde su asiento hacen excursiones a distintos sitios y P. H. U. recoge sus impresiones en cartas a su amigo, ahora diplomático en Buenos Aires.

"Recorrí Córdoba a pie; una desilusión; no es una villa antigua, sino una pequeña ciudad moderna, donde hay unas cuantas iglesias coloniales. La impresión de conjunto: una ciudad argentina, gris, donde predomina el cemento, y que ni siquiera está en una altura, sino en una llanura, desde la cual como consuelo, se dibuja al norte el dibujo de una serranía. Ni siquiera todas las iglesias son coloniales, ni tantas como dicen..." Unquillo, 24 de diciembre de 1928 (O. *Comp.* VI, 409). Puede, con los fragmentos de sus cartas componerse una breve antología de los sitios visitados por P. H. U. en sus veraneos. Resulta sabroso verlo como descriptor de paisajes. Ya vimos dos pinceladas sobre la pampa y una primera apreciación de la docta Córdoba. Veamos:

"Como te iba diciendo, Córdoba no es colonial, sino moderna. Pero el porteño, cuando llega, la juzga, no por los noventa y nueve edificios a lo Buenos Aires, sino por el uno colonial, que a veces no es colonial, sino de 1861, como la iglesia de la Calle Ancha. De Córdoba se viene a Unquillo en un tren que hace envidiar el automóvil de Tespis: en más de una hora, veinte kilómetros. Unquillo es estación terminal, pero no es pueblo con casas unidas: las casas están espolvoreadas entre las colinas, en medio de quintas arboladas, en medio de cinco o seis caminos diferentes. La vegetación es profusa: se anda siempre bajo sombra. Los argentinos dicen que esto se parece a Suiza: se equivocan, como en todas sus comparaciones (¡qué don!). Tampoco se parece a México, como dijo Isabel en un primer entusiasmo: yo lo encuentro parecido al interior de Santo Domingo, ahora que todo está lleno de carreteras y quintas. La sierra comienza a unos diez kilómetros de Córdoba: no es muy alta, pero es muy quebrada; desde Unquillo se ven cinco o seis perfiles de montaña.

Nuestro hotel está, naturalmente, en una quinta; al fondo, el arroyo donde hasta se nada. El frente da al camino principal: el tráfico de automóviles es mayor que en muchas calles de La Plata; se ve que la sierra está poblada, densamente, en cien kilómetros abiertos en abanico desde Córdoba". (A Alfonso Reyes, carta del 27-12-1928, O. *Comp.* VI, pp. 409-410).

Viaje a Los Cocos y Ongamira:

"Hace tres días me vinieron a buscar en la tarde y me llevaron al pueblo de Los Cocos: atravesé de nuevo el camino orizabeño a La Falda, seguí a La Cumbre (entre la una y la otra, las montañas desaparecen y el paisaje se vuelve tonto, porque no es precisamente pampa tampoco, sino ondulación estorbosa) y de ahí a Los Cocos: cerca de La Cumbre las montañas reaparecen y cobran enorme volumen. Dos horas de auto. Natación en Los Cocos. Hotel inglés, dividido en casitas. Libos ingleses en el living room. Dormí allí, y en la mañana, me llevó mi *host*, Garzón Maceda (mucha lectura alemana, junto a la otra), hasta Ongamira (...) Fuimos solos, atravesando Capilla del Monte y Dolores (pueblos diminutos, techirrojos; la mayoría, por fortuna, no está organizada en pueblos,

sino en ciudad futura, en casas diseminadas entre arboledas, sin calles), hasta la geología desnuda de Ongamira: creo que a estas geologías las llaman aquí mogotes, pero no estoy seguro; quizá mogote no sea una mole disforme y árida sino un cerrito cualquiera. Las moles de Ongamira son rojas, y en una hay una casi gruta con chorritos de agua. Geología muy común en el norte de México y el Suroeste de Yanquilandia. De ahí fuimos hasta la Cañada de Pinto, donde se ve un enorme valle –creo que el de Totoral– que va hasta la última y más baja rama de las sierras cordobesas; hay trechos en que ya se ve pampa. Por la tarde fuimos a dar un breve paseo a La Cumbre, y a Garzón se le ocurrió buscar algo nuevo: fuimos a Cuchicorral, donde hay una barranca de cerca de trescientos metros que cae a un valle mucho más extenso que el de Totoral, con un río que lo cruza, y en el fondo, muy lejos, la sierra grande. Formidable. *Is* (Isabel) muy nerviosa, y así sigue". (Carta a Reyes, Unquillo, 5 de febrero de 1929, *O. Comp.*, VI, pp. 415-416).

En Córdoba conoce a Saúl Taborda ("mucho alemán, muchos autores de los que Ortega cita y de los que no cita, aunque lee, como Aloys Müller *on* clasificación de las ciencias", el 27-12-28) y a Deodoro Roca ("uno de los hombres más interesantes que existen"). Cuando no hace excursiones por la sierra o nada en el arroyo, P. H. U. ejercita su alemán. Incluso sugiere a Reyes la utilidad de estudiar esa lengua. Le envía ejercicios de alemán por carta. Son graciosas las observaciones sobre el lenguaje incipiente de sus pequeñas hijas: «Sonia habla en sintaxis alemana: "Uvitas hay no" o con intercalaciones Henry James: "Alcirita, mamá, viene".» Natacha "habla en ultraísta", apunta y da ejemplos simpatiquísimos, firmables por los jóvenes vanguardistas.

En febrero de 1930, con un grupo amigo (Borges, Sánchez Reulet, Enrique Moreno, Molinari y Marasso) pasa una semana en la insólita mansión del no menos insólito, curioso y querible matrimonio de Doña María Obligado y don Francisco de Soto y Calvo; entre centenares de cuadros de doña María, que pinta cuatro o cinco horas al día, y la biblioteca riquísima (aldos, plantinos, elzevires y stéfanos). Para P. H. U. son días gozosos, en contacto con la naturaleza, con el diálogo de sus

amigos, con el trato del imprevisible don Francisco, que ha traducido bibliotecas de poetas en cinco lenguas. Recogemos dos pasajes espigando de entre las cartas a Reyes. Uno, una vista del sitio en que se enclava La Ribera, residencia al borde del Paraná:

> El paisaje es el mejor de la provincia: desde San Pedro hasta la Vuelta de Obligado. Frente a la casa, el Paraná ha formado una gran isla (la formó bajo los ojos de los Soto y Calvo) donde se siembra y se cría ganado; la isla reduce el río a una línea en el confín, por donde pasan barcos. Entre la isla y la estancia hay un brazo de río, que en la tarde es morado, tendiendo a malva. (La Ribera, 11 de febrero de 1930, O. *Comp*. VI, 419)
>
> Hemos visitado San Pedro, el pueblo de Don Segundo Sombra. Estupendo paisaje de río: remanso que llaman la laguna de San Pedro. Ayer, el bosque de pinos. (Idem, p. 420).

Otro rescate: intimó en el trato con Borges: "Allí remé y nadé con Borges (buen nadador, y hombre capaz de soltarse y ser alegre y sencillo)"; "Borges estuvo simpatiquísimo. *He is a gentleman*, y estuvo como se debe (hay gente que no lo hace) con Soto y Calvo. Le he descubierto mucha humanidad y sensatez. Nada muy bien, camina mucho, y mientras más conversa, más pierde y deja atrás sus manías" (op. cit. pp. 419-420).

Estas salidas veraniegas, desde La Plata, le permitieron conocer algo más del resto del país. Y el viajero ha dejado sus impresiones bien tajadas de los sitios en donde distendió su ánimo, lejos del diario trajín pedagógico. No nos quedan, al menos en la correspondencia –fuente riquísima de información para su biografía y para conocer sus estados espirituales– hasta hoy conocida. Es tarea que nos aguarda el reunir lo que aun se halle disperso de su epistolario argentino para un mejor conocimiento de sus preocupaciones y sus ocupaciones.

De pretender citar cuanto dice y opina en sus cartas, habría que transcribirlas casi íntegras. Valen su lectura completa, donde se codean

una condena a los "maestros" del momento ("Spengler y Keyserling... me parece lamentable que autores así sean guías de nuestro tiempo", p. 413), con sus reparos a Ortega, o sus preferencias de Tolstoi por sobre Dostovieski, con una de las tantas reflexiones sobre su permanencia en la Argentina: "De 1922 acá, mi propósito no ha variado. Hasta ahora sólo hay dos motivos para que yo llegue a abandonar la Argentina: uno, volver a Santo Domingo; otro, que aquí la situación llegue a hacerse tan difícil que tenga que irme" (A Daniel Cosío Villegas, 13-1-1928, O. *Comp.* VI, p. 397).

El último año de permanencia en La Plata será el de 1930; el 15 de mayo, dejará para no volver a radicarse en ella, a la ciudad de Dardo Rocha. Buenos Aires ha ganado la partida en la tensión de los dos extremos de sus viajes cotidianos.

3. PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y LA UNIVERSIDAD POPULAR ALEJANDRO KORN.

En noviembre de 1936 fallece en La Plata don Alejandro Korn, figura patriarcal en la ciudad, de activa vida intelectual y efectiva proyección en la juventud como renovador en la difusión de las nuevas corrientes filosóficas del idealismo. Con él, desde temprano, había trabado honda amistad P. H. U. Es natural, pues, que despida al amigo. Estas son las palabras con que lo hizo; no recogidas hasta hoy entre la obra dispersa del autor:

PALABRAS PRONUNCIADAS POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA AL DESPEDIR LOS RESTOS DEL DOCTOR ALEJANDRO KORN

El hombre al que despedimos era una de las más altas inteligencias de América y uno de sus maestros de saber y de virtud. Tenía la grandeza del espíritu, la grandeza que, como dice Pascal "no perciben los reyes, los

guerreros, los ricos, los grandes según la carne". Hombres como él, a quienes nada dicen los ornamentos exteriores, crean en torno suyo fervorosas comunidades socráticas, donde prenden doctrinas generosas de influencia perdurable.

Alejandro Korn, maestro de la estirpe de Hostos y de Varona, deja tras sí una escuela de independencia moral, de fe en la verdad como salvadora de los espíritus, de entusiasmo para trabajar por el bien social, de esperanza en los destinos de América como futura patria de la justicia.

Su obra de filósofo y escritor, breve y concisa, original y profunda se levantará con el paso del tiempo como uno de los faros dominadores de distancias. A través de ella, a través de su enseñanza, a través del espíritu de quienes se le acercaron de buena fe y recibieron la radiación de su energía moral, su voz perdurará y hablará "a los hijos de los hijos". (*La Vanguardia*, 8 de noviembre de 1936, p. 7).

Uno de los animosos amigos de P. H. U., el joven Arnaldo Orfila Reynal, proyectó y llevó a concreción –con el apoyo de un grupo de estudiantes y profesores platenses–, la fundación de una Universidad Popular, que se cobijó a la sombra paternal y juvenil del "viejo Korn", como le decían, fallecido un año antes. La UPAK fue fundada el 14 de noviembre de 1937, y su sede fue la Casa del Pueblo del Partido Socialista de La Plata, calle 49, nº 729. Desarrolló una activa vida cultural hasta 1950, en que, por razones políticas, se la clausuró. Fue reabierta en 1962 y funciona desde entonces nuevamente[16].

Relacionado con el activo secretario de la UPAK, Orfila; amigo personal de Korn, y compañero de cátedra, aquí y en Buenos Aires, de la Universidad Popular recién fundada, P. H. U. participó, en forma espaciada, pero entusiasta, en la empresa a través de exposiciones, cursillos, mesas redondas. Allí dictó un curso de "Introducción a las

16. Sobre la UPAK, v. Orfila Reynal, Alejandro, "A un cuarto de siglo de una experiencia social en La Plata: la UPAK", en *Universidad Nueva y ámbitos culturales platenses*, op. cit., pp. 331-348; Galletti, Alfredo, "La Universidad Popular Alejandro Korn", en la misma obra, pp. 319-329. Además, las noticias puntuales que registran la actividad de la UPAK en La Vanguardia, de donde hemos obtenido precisiones de fechas y temas.

letras", durante abril y mayo de 1939, secundado por dos discípulos: el talentoso Enrique Anderson Imbert y Delia Etcheverry. Junto a su amigo Francisco Romero participó en un "Coloquio sobre el problema de la enseñanza secundaria" el 22 de junio del mismo año, coloquio que se insertaba en el plan general "Problemas argentinos", ciclo que alcanzó notable resonancia por sus tratamientos concretos de la realidad nacional.

En 1947 participó en el curso colectivo sobre el tema "Vida y cultura argentinas", con una exposición sobre "La literatura argentina", junto a Martínez Estrada, Luis Franco, Américo Ghioldi, José Luis Romero, Carlos Sánchez Viamonte, Jorge Romero Brest y otros intelectuales argentinos. Uno de los ciclos más ambiciosos, y que concitó la atención de manera acusada fue el que versó sobre "Vida y Cultura de España y América en los siglos XIX y XX". Sobre España, hablaron, entre otros: Ricardo Baeza, Jacinto Grau, Augusto Barcia, Jaime Jiménez de Asúa, Francisco Ayala, Guillermo de Torre; sobre tema americano: sobre México, Agustín Leñero; Bolivia, Adolfo Costa du Reis; Colombia, Germán Arciniegas, y así parecidamente. Entre los disertantes, la actividad acercó a dos de los hermanos Henríquez Ureña: la doctora Camila Henríquez Ureña, profesora de la Habana y del Vassar College y Don Pedro.

Cuando la Universidad de Harvard le hiciera su invitación para participar en la Cátedra Charles Eliot Norton, la UPAK organizó un acto de homenaje. Allí habló el doctor Francisco Romero. Agradeció P. H. U. con las que publicadas en folleto de la UPAK, La Plata, 1941, se llamaron "Palabras americanas en la despedida de un buen americano". A contrapelo de las interpretaciones más corrientes, o más divulgadas por comentarios fáciles, P. H. U. opina "Yo creo que a este país lo han forjado los criollos y que al molde forjado por ellos se ha ajustado el inmigrante. (..) De 1852 al 1880, unos hombres piensan cómo debe hacerse la Argentina (...) y se ponen a hacerla y la hacen. (...) Y, en parte, al criollo de abajo se lo sacrificó en honor del inmigrante. El doctor Korn decía, precisamente, que había ocurrido un naufragio étnico. (...) El hecho capital es que

la obra de esos hombres, de quienes se ha dicho que desnaturalizaban el país, le ha conservado el carácter criollo. (...) Sarmiento, el europeizador, era tan criollo como Facundo. (...) Por eso, lo que de inmediato atrae la atención en la Argentina, es su carácter criollo. Fue mi impresión primera, en 1922"[17].

De regreso de Estados Unidos, –concluido su ciclo de exposiciones, que habrían de editarse, elaboradas, en castellano con el nombre de *Las corrientes literarias en la América hispánica*, la UPAK lo invitó a reeditarlo en La Plata; y así lo hizo, verdadera primicia para la Argentina, en 1941, con un título vecino al que se anunciaba en inglés para su ciclo de Harvard: "La expresión de América". Alfredo Galletti, alumno de aquellas clases lo evoca así: "Henríquez Ureña, después de haber dictado su magistral curso en inglés en la Cátedra Charles Eliot Norton, accedió a dictar uno análogo en La Plata. No fue la Universidad la que tuviera el honor de recibir la lección del ilustre americano. Ya en vías de burocratizarse, sin sentido de la entrañable realidad de nuestra América, dejó la Universidad que el honor lo tuviera una institución popular en la cual dictó el curso íntegro. Lo recuerdo muy bien; Henríquez Ureña llegaba temprano, aprovechaba unos minutos para hacer una siesta muy breve en uno de los bancos últimos del aula, mientras esperaba a su auditorio. En otras aulas se dictaban clases de dactilografía y de idiomas. Luego, empezaba, con voz casi adormilada, y enseguida subyugaba muchas veces al escaso auditorio, con la presentación auténtica de los valores americanos más ponderables: después volvía a arrellanarse en una silla cualquiera y luego, cuando la noche se venía encima y pasaban las horas, recobraba el tono magistral; las altas horas lo veían lúcido, fresco, claro, con su vibración de gran maestro"[18].

---

17. Estas palabras han sido luego reproducidas en *U. A.*, pp. 31-33; *O. Comp.* VIII, pp. 175-178.

18. Galetti, Alfredo: "Un humanista americano", en *Sagitario*. Revista trimestral de Humanidades. Dirección: Carlos Sánchez Viamonte. Buenos Aires, nº 2, abril-junio de 1955, pp. 77-80; lo cit. en p. 79.

Articulando las dos universidades platenses, la Nacional y la UPAK, en ocasión de un homenaje en el aniversario de la muerte de Sarmiento, P. H. U. fue delegado por la Universidad para representarla en un acto de la UPAK, donde disertó sobre "Sarmiento y el *Facundo* en la vida de América".

En 1942, el flamante rector de la Universidad Nacional, doctor Alfredo Palacios, por resolución de fecha 26 de octubre, creó una comisión para proyectar el Instituto de Teatro de la Universidad, constituida por: Antonio Cunill Cabanellas, José María Monner Sans, Rafael Alberto Arrieta, José Oría, José Gabriel, Luis Aznar, Enrique Herrero Doucloux, Guillermo Korn y Pedro Henríquez Ureña. Lamentablemente, los cambios políticos abortaron el proyecto[19].

Finalmente, en La Plata, P. H. U. estuvo asociado a una publicación de vida más que efímera, como que alcanzó sólo un par de números (enero-febrero-marzo de 1943 y abril-mayo-junio del mismo año). Nos referimos a la trimestral *Libertad Creadora*, dirigida por Guillermo Korn, hijo del filósofo, y que llevaba por nombre el de uno de los ensayos de don Alejandro. La administración estaba en la casa del "viejo", calle 60 nº 682. Pedro Henríquez Ureña perteneció al Consejo de Redacción, junto a Ezequiel Martínez Estrada, Mario Bravo y Alfredo Palacios. P. H. U. no colaboró en ella.

---

19. Palacios, Alfredo L. "El teatro universitario en La Plata", en *Libertad Creadora*, La Plata, nº 2, abril-mayo-junio de 1943.

Capítulo VII

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y "VALORACIONES"

La iniciativa de creación de la revista *Valoraciones* fue de Héctor Ripa Alberdi, a mediados de 1923, quien, por entonces era, de los jóvenes platenses, la figura local más prestigiosa y de gran ascendencia entre los universitarios. El nombre de la publicación fue sugerido por Coriolano Alberini. Ripa, al momento de concretarse el proyecto, no aceptó la dirección y se nombró, entonces, a Carlos Américo Amaya. Don Alejandro Korn auspició con su prestigio, su consejo y su bolsillo la revista; a partir del nº 6 pasará a él la dirección de la misma y, por poca cosa no estuvo, finalmente en manos de P. H. U.; lo sabemos por carta de éste a Alfonso Reyes: "Manda inmediatamente cualquier cosa en prosa para la revista *Valoraciones* ¿No la ves? Los dos últimos números representan el mejor esfuerzo hecho hasta hoy en la Argentina hacia la *buena revista*, de cultura y arte: claro es que todavía –¡América!– le falta para igualar dos o tres cosas europeas. Es *urgente* que tú ayudes con tu firma: *tal vez acabe yo por ser el director, cuando el viejo Korn se canse, que no lo creo ni deseo*" La carta está fechada en La Plata el 13 de octubre de 1925[1].

1. Recogido en O. *Comp.*, V, pp. 335-336, el subrayado es nuestro. Véase también la carta del 20 de junio de 1925, también a Reyes: "Veo que colaboras en *Proa*. No olvides de mandarme *cuanto antes* algo –lo que se te antoje–, para *Valoraciones* de La Plata. Esta revista la fundó

La revista alcanzó doce números (septiembre de 1923 a mayo de 1928). Reunió en torno a ella al preexistente Grupo de Estudiantes "Renovación", que animaba Arnaldo Orfila Reynal. El mismo año de la fundación, muere inesperadamente Ripa Alberdi, tras una corta enfermedad, y con él pierden la revista y el Grupo que se proyectaba en ella, un puntal valiosísimo. El segundo número está dedicado a evocar la figura de Héctor, en enero de 1924, y en él aparece el texto ya citado, "Poeta y luchador", de P. H. U. Desde el nº 2 hasta el último hay, en todas las entregas, colaboraciones del dominicano, ya asentado desde mediados de 1924 entre nosotros; [2] y desde comienzos del 1925 con casa en La Plata, o fines del año anterior, posiblemente. Su casa fue sitio de reunión de parte de los integrantes del Grupo de Renovación y colaboradores de *Valoraciones*. En esa tertulia se anticipaban, quizás la lectura de los ensayos y notas destinadas a la revista.

La relación, desde 1921, con Ripa y Orfila, se amplió a otros jóvenes. En P. H. U. tuvieron, además, un buen nexo con distintas sedes hispanoamericanas de cultura. A poco de relacionado más íntimamente con el ambiente cultural de La Plata, y por una indisposición de Arrieta, P.H.U. tuvo a su cargo la apertura de la primera exposición platense del hijo de la ciudad, Emilio Pettorutti, quien ya había expuesto en su primer salón de la Galería Witcomb de Buenos Aires, con ribetes de escándalo por lo renovador de su arte en nuestro medio. La exposición platense fue realizada en la Universidad y duró desde el 19 de octubre al 2 de noviembre de 1924. La presentación de P. H. U. se leía en un folleto de impecable edición, con reproducciones. El texto, leído en la apertura, además, fue recogido en *Valoraciones* (t. II, nº 5, enero de 1925, pp. 163-

---

Héctor Ripa Alberdi, uno de los chicos que fueron a México, ahora la dirige el viejo Korn, el autor de la interesante *Libertad Creadora*. Se fundó para defender "la reforma universitaria": ahora se han convencido de que la tesis ha perdido su importancia, y la revista no tiene mucho propósito, pero se presenta bien, y llega a nuestras manos", en O. *Comp.*, V, p. 331.

2. El trabajo "Poeta y luchador" ya ha sido citado por nosotros. P. H. U. no colaboró en los nº 3 y 4; desde México, lo hizo en el nº 2, y después, a partir del momento que estuvo en La Plata, lo hizo en todos los números.

167). El mismo nº 5 publicó una nota del mismo autor sobre "Tagore y la civilización argentina" (pp. 230-233), firmadas como "La Redacción". Debe recordarse la preferencia de P. H. U. por Rabindranath Tagore. Había escrito, en Estados Unidos, en 1916, una suerte de paráfrasis de un pensamiento de Tagore, en un poemita, a manera de homenaje del sabio indio, con motivo de su visita a Minneapolis, en ese año, donde residía, como profesor de la Universidad, don Pedro[3]. El texto retomaba, después de muchos años de silencio poético de P. H. U., el cauce del verso. Recogemos el poemita muy poco conocido por los lectores de P. H. U.:

EL NIÑO
Idea de Tagore

Por Pedro Henríquez Ureña

–¿De dónde vine, madre?
¿De dónde vine a ti?
–Viniste de mis sueños,
de cuanto amé y sentí.

Cual temeroso pájaro
que espera el nuevo sol,
estabas escondido
aquí en mi corazón.

Estabas en los juegos
de mi niñez feliz;

3. V. Roggiano, Alfredo A.: *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, 1961, s. e.; indica que se publicó en *The Minnesota Magazine*, vol. XXIII, Number 3, December 1916, page 95, en p. LIX, nota 44; no reproduce el poema. Emilio Rodríguez Demorizi lo da por publicado en *El Fígaro*, La Habana, enero de 1918; v. Pedro Henríquez Ureña: *Poesías juveniles*. Colección de E. R. D., Colombia, Ed. Espiral, 1949.

y sobre los altares
como deidad te vi.

Oh misterioso encanto!
¡Prodigio del amor:
tener entre mis brazos
el tesoro mejor!

La dilección por Tagore permanecía viva en P. H. U. cuando la visita, en la delegación mexicana de 1922, pues en las mismas tertulias en que "Julio Torri leía relatos sutiles; Carlos Pellicer recitaba su canto reciente a las cataratas del Iguazú: Henríquez Ureña, reclamado por la concurrencia, solía decir su breve glosa a un pensamiento de Tagore"[4].

A fines de 1924 visitó Tagore la Argentina. Su llegada produjo reacciones encontradas. Estas son las que comenta P. H. U. en su nota de *Valoraciones*, no recogida por ningún volumen compilador de la obra de don Pedro:

TAGORE Y LA CIVILIZACIÓN ARGENTINA

La hermosa "Plegaria por Rabindranath Tagore", publicada en *Martín Fierro* por Héctor Castillo (la coincide con los fuertes "Versos a la tristeza de Buenos Aires" de Alfonsina Storni, en tildar de fea a la ciudad que Rubén Darío ¡oh siglo XIX! llamó *regia*), y la hermosa página de Jorge Luis Borges en *Proa*, se cuentan entre los pocos indicios de civilización que hemos acertado a dar durante la visita del poeta de la India a la Argentina. Por la mayor parte nos hemos portado, no como indios, que eso tendría cuando menos *carácter*, sino como occidentales de la peor especie, como *rastas* con educación postiza y de segunda mano.

---

4. Arrieta, *op. cit.* p. 87.

Esta queja no tiene nada que ver con lo que pueda pensar Tagore. No se trata de barrer la Avenida de Mayo por aquello de "qué dirá el Príncipe". En el fondo, lo que piense Tagore debe preocuparnos poco desde el punto de vista de la vanidad: porque es de creer que, si Tagore es inteligente (y eso aún los más despechados no podrán negarlo: cuando el hombre de la India es inteligente alcanza una sutileza de que nos quedamos muy lejos los occidentales), la impresión que le haya hecho la Argentina no puede ser sino una, la que le produce a todo hombre que piensa: un país de enorme vitalidad y de enorme porvenir, pero aquejado ahora por la *enfermedad del crecimiento*, que en nuestro tiempo toma la forma de *economitis aguda*. No: esta queja es para nosotros mismos, porque, en los momentos en que se nos presentaba un personaje enteramente distinto de los europeos célebres que a diario nos visitan, no supimos tomar las actitudes que reclamaba esta diferencia.

Apenas llegó el maestro, se lanzaron sobre él los periódicos con sus fotógrafos: Tagore, con su paciencia y su indiferencia indostánicas, se dejó retratar, y ni siquiera rectificó los absurdos que los periodistas le venían atribuyendo desde que tocó en Río de Janeiro. Todo eso no significa nada. La prensa es la prensa, en todo el mundo occidental, y Tagore lo sabe mejor que nadie, y le tiene sin cuidado. En seguida, los sedicentes admiradores comenzaron a disgustarse: ¡Cómo! ¿Tagore se deja retratar? y cándidamente creyeron descubrirle una flaqueza: ¡como si a estas horas anduviera Tagore en busca de celebridad, y sobre todo bajo la forma de "salir retratado en los periódicos"! La costumbre de imaginar al prójimo como uno mismo... Desde luego, si se hubiera negado a la fotografía, también habrían hallado tema para censuras, porque, ¡en fin...! La vida moderna... el periodismo... No se detienen ahí: ¡Cómo! ¿Tagore usa *realmente* los trajes de su país? ¡Qué *pose*! Estos admiradores que admiten a Tagore con túnica en la India, pero que en Buenos Aires quisieran verlo a la última moda de Londres sin pensar que posiblemente la túnica es más cómoda y que si a las cien mil personas que pasean por Florida les parece exótica, a los trescientos millones que habitan el Indostan les parece perfectamente normal, hacen pensar en habitantes

del Africa que se asombraran de no haber visto a Roosevelt vestido *à la dernière* de Cafrería. Hay más. ¡Cómo! ¿Tagore se hospeda en hotel caro? ¿Tagore acepta hospitalidad en una quinta de San Isidro? Según estos censores, hay contradicción entre predicar el amor universal y vivir cómodamente: es el mismo tipo mental que se asombra de que los socialistas no repartan todo el dinero que tengan o ganen. Es lástima ver estas ridiculeces deslizarse a la pluma de poetas jóvenes como González Lanuza (si bien es justo consignar, en desagravio suyo, que en el artículo dedicado a Tagore, su crítica principal es sobre cuestión de ideas, y tiene fundamento decoroso). Y hasta *El Hogar* publica unos malos versos franceses, bajo la respetable firma del ilustre pianista catalán Ricardo Viñes (si la firma fuese auténtica, no necesitaríamos mejor prueba de que nuestros males tienen mucho de heredados), donde en sustancia no se dice sino estas bochornosas mezquindades. Dice que "no hay hombre grande para su ayuda de cámara": a esta bajeza se contesta que eso solo es verdad cuando el ayuda de cámara tiene alma de tal.

Al principio el disgusto contra Tagore provenía –al parecer– de que se dejaba retratar y agasajar. Toda una comisión de figuras y figurones se había constituido para organizar agasajos. Enfermedad y fatiga impidieron al poeta a aceptarlos y le obligaron a buscar refugio campestre: aquí fue eficaz la intervención de una dama que, siendo conocidísima, ha tenido la exquisitez de evitar que se la nombre. Los figurones quedaban chasqueados. En vez de los resonantes actos públicos donde se pronunciaran largos discursos, en vez de conferencias donde cada quien procura deslumbrar al vecino alardeando de entender el inglés del poeta. Todo se ha disuelto en pláticas a grupos pequeños de visitantes, en las cuales Tagores reitera sus ideas favoritas, inspiradas en Buda y los *Upanishads*. El público se había alejado, y el maestro gozaba del reposo y de la meditación. Entre tanto, procuraba conocer las cosas de nuestro pueblo, los cantares y danzas campesinas...

De aquel retiro salió una vez discretamente para ver, antes de la apertura, una exposición de pintores argentinos, en el local de la Asociación de Amigos del Arte. Dicen que le interesó especialmente un

interior, un claustro, del Padre Butler. Todo estuvo bien, salvo que la elegante concurrencia lo seguía de un lado para otro, estorbándole los movimientos y agobiándolo de calor. No hay que asustarse demasiado, cosas peores nos cuenta Henry Adams de Londres en tiempos de la Reina Victoria: la noche en que Madame de Castiglione se presentó a una fiesta, en casa de unos duques, la concurrencia se formó en fila y hasta se trepó sobre sillas para verla pasar; la bellísima dama escapó inmediatamente de aquel palacio...

Lo peor de todo es la reciente actitud de un diario de la tarde que, amparado en la falda de una buena ley de delitos de imprenta, se dedica a insultar a Tagore, probablemente porque el maestro colabora en otro diario de mayor circulación.

Lo repetimos: nada importa, en el fondo, lo que piensa o deje de pensar Tagore sobre estas cosas. Si se entera de ellas, le parecerán una nueva muestra de lo que es el mundo occidental, donde el egoísmo y la vanidad mueven a tales bajezas, como si no bastaran los horrores a que nos empuja la persecución del dinero. Los hechos ocurridos deben interesarnos para hacernos meditar en que, si no hemos de alcanzar un nivel medio superior al que así revelamos (ya sabemos que tales hechos no provienen de hombres superiores, sino del tipo *medio*, al cual se le puede exigir, a pesar de todo, que no sea moralmente *mediocre*), si no hemos de llegar a mayor pureza y decoro, será inútil nuestro progreso material y quizás todo nuestro progreso intelectual.

* * *

El título de la nota es acremente antifrástico, ya que lo que censura en ella es la ausencia de civilidad en el hombre medio argentino, a propósito de sus manifestaciones ante el distinguido visitante; y el tono es de filosa ironía, en la que –lo que es infrecuente en P. H. U.– se afirman trances de indignación. El mismo tono de irritación atraviesa todo el comentario, de cabo a rabo. Y se explica, pues el dominicano tenía por el sabio indio un respeto rayano en la veneración.

Pero, entre tanta fustigación justa, P. H. U., comienza por rescatar dos homenajes que escritores argentinos han rendido al ilustre visitante; curiosamente, ante la presencia del maestro de la India milenaria, son dos revistas *vanguardistas*, las que hacen respetuoso "enclín": El primero aludido, "Plegaria por R. Tagore", de Héctor Castillo, seudónimo del buen poeta y excelente ensayista en cuestiones de estética y literatura Ernesto Palacio, publicada en *Martín Fierro* (Buenos Aires, nº 12-13, octubre-noviembre de 1924). Digamos que, de paso, P. H. U. hace una aguda observación: las poesías que adjetivan a Buenos Aires de ciudad "fea", la citada de Palacios y la, recitada muchas veces por P. H. U., de Alfonsina Storni; frente a la calificación de "regia" del Darío modernista; apunta así los cambios de óptica sobre una misma realidad, al cambiar las estéticas poéticas. El señalamiento es agudo porque la lírica se anticipó a la narrativa y a la ensayística argentinas en marcar esa "fealdad" porteña. El segundo ofertorio al que se refiere en su nota es Jorge Luis Borges, la casi crónica "Comentarios, la llegada de Tagore" (*Proa*, a. I, nº 4, noviembre de 1924, p. 61).

De aquellos días de la visita de Tagore a la Argentina, rescatemos un testimonio fotográfico, que muestra al barbado maestro acompañado, a su flanco derecho por P. H. U., y al izquierdo, por Carlos Amaya, director de *Valoraciones*; junto a ellos, de pie, Emilio Pettorutti, Julio González y Rodríguez Pinto; sentados, Guillermo Korn, Isabel Lombardo de Henríquez Ureña, Elfrida Rolón y Pedro V. Blake. Por el fondo arbolado, pareciera haber sido tomada en la quinta de Victoria en San Isidro[5].

Tres son los trabajos de P. H. U. con valor de aportes fundamentales. El primero, su ensayo "Caminos de nuestra historia literaria",[6] cuya

5. Dicha fotografía está reproducida en *Pedro Henríquez Ureña*. Prólogo de Ernesto Sábato, op. cit. entre pp. 224-225.

6. *Valoraciones*, La Plata, t. II, nº 6, junio de 1925, pp. 246-253; ésta es la primera parte del ensayo, recogida en *Seis ensayos*... y reproducida, tomándola de aquí, en otras publicaciones, *E. B. E.*, O. C. La segunda, se publicó en t. II, nº 7, septiembre de 1925, pp. 27-32; fue recogida por primera vez en *U. A.* pp. 52-56.

primera parte fuera recogida en Seis ensayos...(1928) y restó la segunda en las hojas de la revista. El segundo de los estudios renovadores es "Hacia un nuevo teatro",[7] que en la revista fue ilustrado ampliamente por fotografías de puestas en escenas y esquemas escenográficos; la mayoría de las ilustraciones las aportó el Grupo Renovación de Teatro, aquél que representó *Hacia las estrellas* de Andreiev, frente a P. H. U. y la delegación, en el teatro Argentino de La Plata (16-X-1922). También fue recogido en *Seis ensayos*... El tercero de los estudios mayores es el novedoso "En busca del verso puro",[8] originalísimo y clarificador de aspectos técnicos de la prosa y el verso castellanos.

Junto a estos ensayos de más fuste, se encuentran algunas recensiones bibliográficas. La primera de ellas, sobre la *Antología de la poesía argentina moderna* de Julio Noé[9]. Cuando la recogió en *Seis ensayos*... hizo bien en titularla "Poesía argentina contemporánea", pues, en rigor, aquellas páginas no eran una simple recensión sino una notable síntesis de la lírica argentina en el período comprendido en el volumen. Esta antología sigue siendo una de las más logradas de las hechas entre nosotros y mantiene firme su aporte en el primer cuarto de siglo poético que abarca. P. H. U. estuvo siempre atento a la labor de los antologistas y presto a elogiar el producto cuando la selección era orgánica y bien cernida. El mismo,

---

7. *Valoraciones*, t. III, nº 9. marzo de 1926, pp. 210-221. Este trabajo, en lo fundamental, es el mismo que con el título de "La renovación del teatro. Hacia el nuevo teatro", fue publicado en *España*, Madrid, 1920, en *El Mundo*, México y otros sitios, según las referencias de O. C., bibliografía y O. *Comp.*, III, pp. 377-390.

8. *Valoraciones*, La Plata, t. IV: 1) nº 10, agosto de 1926, pp. 3-6; 2) nº 11, enero de 1927, pp. 73-88 y 3) nº 12, mayo de 1928, pp. 174-177. Fue recogido en *Estudios de versificación española*, pp. 253-270; en O. *Comp.*, VI, pp. 29-50. La versión aparecida en *Cursos y Conferencias*, IV, nº 3, 1934, pp. 225-249, presenta algunas variantes respecto de la de *Valoraciones*.

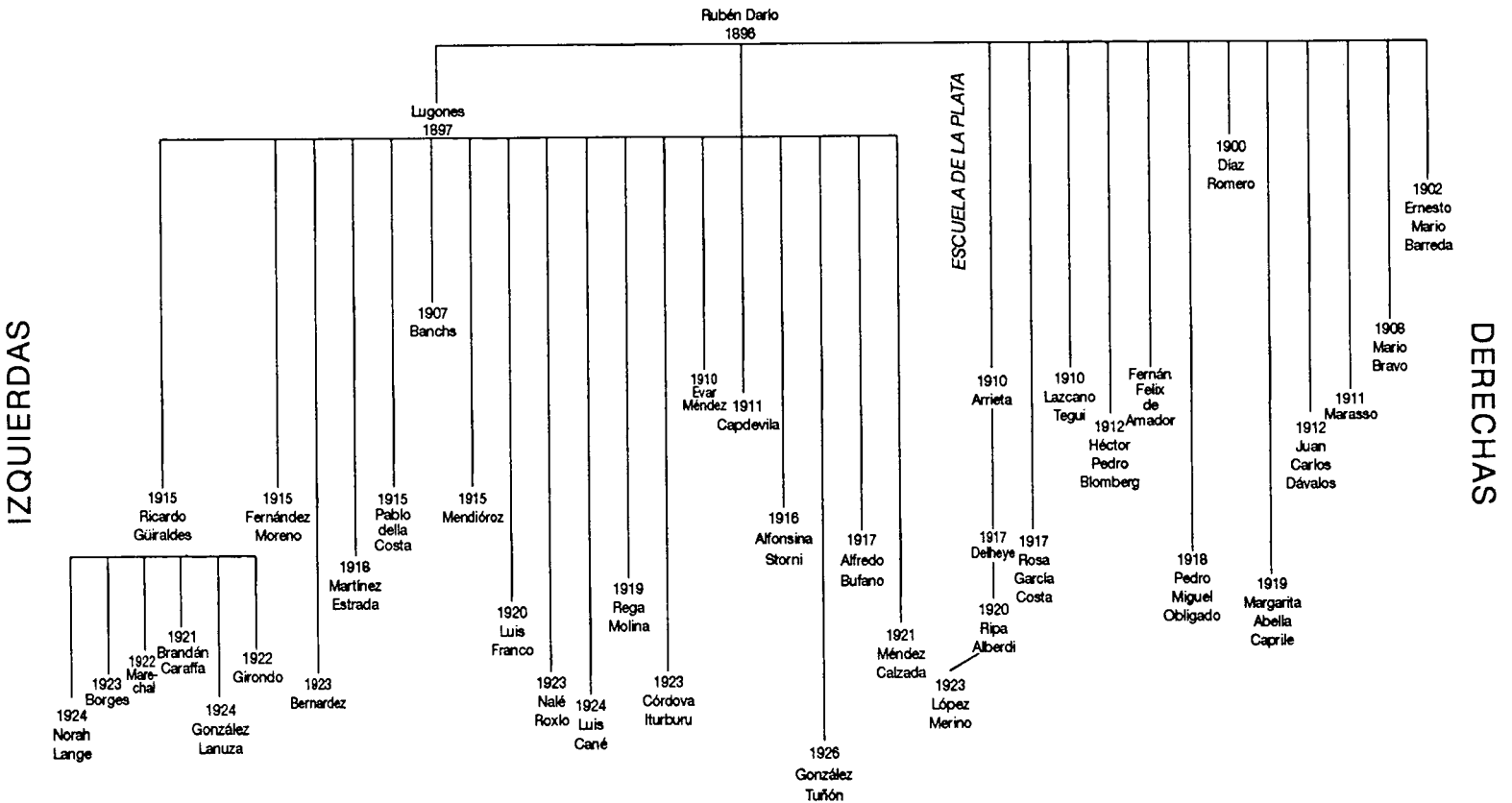
9. *Antología de la poesía argentina moderna* 1900-1925. Con notas biográficas y bibliográficas, ordenada por Julio Noé. Buenos Aires, Nosotros, 1926. La reseña se publicó en *Valoraciones*, t. III, nº 9, marzo de 1926, pp. 270-274; recogida en *Seis ensayos*... con el título de "Poesía argentina contemporánea"; O. C., pp. 305-308; O. *Comp.* VI, pp. 341-346.

desde muchacho, manifestó un natural gusto por las antologías. Ahí queda, como testimonio, manuscrito, su primer trabajo de selección de textos líricos de su país natal. En la nota a la de Noé señala que este "arte de hacer antologías" se ha ido perdiendo en América; ahora se las "fabrica": "Es constante la fabricación de antologías, totales o parciales de la América española, pero esta labor que en Francia, Inglaterra o Alemania se estima como propia de hombres discretos, entre nosotros ha caído en el lodazal de los oficios viles. Pide valor, heroicidad literaria, sacarla de allí, cuando se sabe que el decoroso trabajo ha de ir a rozarse y luchar en la plaza pública con la deplorable mercadería de Barcelona". La alusión a editoras como la Casa Maucci es más que evidente. La serie, respecto de materia argentina, la inició allá *El parnaso argentino* (1904) de José León Pagano, quien dispone el contenido alfabéticamente. Y, como toda obra ajena puede ser el comienzo de una propia, le siguieron, en la península, *El parnaso argentino. Antología de poetas del Plata*, profusa compilación, oscurecida con horribles láminas y en la que se codean nuestros poetas más logrados con ilustres desconocidos, tan representados como aquellos en cantidad de piezas; y, como los males se encadenan, el *Nuevo parnaso argentino* de J. E. Gramajo, le sigue; sus únicas virtudes son: disponer la materia cronológicamente y... ser más breve que el anterior. La *discreción* y el *decoro* están ausentes en las dos últimas, a las que el papel ordinario y la tipografía apelmazada, hacen rechazables. El crítico dominicano conoce, al parecer, además de estos frangollos, obras como la torrentosa de Puig –imposible llamar "antología" a una obra de diez tomos para la poesía de un siglo argentino, aunque sea útil en otros aspectos que son del orden de la compilación, no de la selección, precisamente–; la todavía abultada de Ernesto Mario Barreda, la primera de su mano; y la mejor planificada de Morales, aunque de elección algo arbitraria. No obstante, P. H. U. opina que "en la Argentina no ha entrado en completo eclipse la tradición de Juan María Gutiérrez, cuya *América poética* de 1846 –antes herbario que jardín, porque el tiempo favorecía los *yuyos* y no las flores– asombra por la solidez de su estructura y la feliz elección de cosas de sabor y de carácter". A esta última razón, que

es como decir que J. M. Gutiérrez acertó en la elección de testimonios poéticos de nuestra originalidad, matices de nuestra expresión, debe sumársele el hecho de que, a la cabeza de su antología, el argentino situó aquel poema que P. H. U. llama "nuestra declaración de independencia intelectual", la "Alocución a la Poesía", casi como programa estético.

Después del primer parágrafo, de carácter general, el comentario crítico no tiene línea desaprovechable. Muy bien se han beneficiado de él –y muy pocos lo han declarado– los estudiosos e historiadores de nuestra literatura lírica, así como los antólogos posteriores. Porque esta reseña –y es mal llamarla– ejemplifica lo que de los juicios del autor puede decirse: a P. H. U. se aprende a leerlo, releyéndolo. Hay que exprimirlo. A sus textos, de alguna manera, hay que hacerles violencia, como a la nuez, para extraerles lo provechoso. Su expresión verbal suele ser tan despojada de aditamentos –carne y grasa– que se la ha asociado con lo óseo; mejor imagen de su forma de expresión sería la de la columna vertebral, que en parágrafos breves, como vértebras, se va articulando; todos los segmentos en conjunción armónica permiten el movimiento del conjunto y cada uno preserva la animadora médula espinal, que los atraviesa. Como en los viejos *enxiemplos* medievales, o como lo repite Rabelais, leer es como romper un hueso, quebrantarlo, para sorber la nutritiva sustancia alimentaria.

El resto de la nota traza de una manera nítida las líneas de lo que P. H. U. denomina "el mapa político de la poesía argentina contemporánea". Pero lo que hoy nadie conoce, –salvo aquellos que han alcanzado las páginas de *Valoraciones*–, pero nadie lo recuerda, es que el comentario de la revista iba acompañado, más que a manera de ilustración, a manera de graficación, de la que la nota era comentario, de el diseño de ese mapa político; un esquema que resulta sumamente interesante y ordenador del panorama de la materia lírica de que la nota trata. Nadie menciona este "mapa" y no fue reproducido en *Seis ensayos*; lo adjuntamos a estas páginas para que se advierta su valor como ampliación sugestiva de juicios apuntados en la recensión. Tal vez una de las razones por las que no mantuvo aquel "mapa" fue porque se lo leyó mal o se mal interpretó y


Rubén Darío
1896
Lugones
1897
IZQUIERDAS
DERECHAS
ESCUELA DE LA PLATA
1907
Banchs
1910
Evar
Méndez
1911
Capdevila
1910
Arrieta
1910
Lazcano
Tegui
1912
Héctor
Pedro
Blomberg
Fernán
Felix
de
Amador
1900
Díaz
Romero
1902
Ernesto
Mario
Barreda
1908
Mario
Bravo
1911
Marasso
1912
Juan
Carlos
Dávalos
1915
Ricardo
Güiraldes
1915
Fernández
Moreno
1915
Pablo
della
Costa
1915
Mendióroz
1916
Alfonsina
Storni
1917
Alfredo
Bufano
1917
Delheye
1917
Rosa
García
Costa
1918
Pedro
Miguel
Obligado
1919
Margarita
Abella
Caprile
1918
Martínez
Estrada
1920
Luis
Franco
1919
Rega
Molina
1920
Ripa
Alberdi
1921
Méndez
Calzada
1923
López
Merino
1924
Norah
Lange
1923
Borges
1922
Mare-
chal
1921
Brandán
Caraffa
1924
González
Lanuza
1922
Girondo
1923
Bernardez
1923
Nalé
Roxlo
1924
Luis
Cané
1923
Córdova
Iturburu
1926
González
Tuñón

generó cuestionamientos y discusión. Atento –gustoso, sin duda, al saber que aquellas apreciaciones suyas eran atendidas y pleiteadas– a tales reacciones es que P. H. U. volvió sobre el tema en una breve nota titulada "La poesía argentina", del número siguiente de *Valoraciones*. Tampoco dan cuenta las ediciones con claridad de la existencia de esta notícula, ni los estudiosos han reparado en ella. La rescatamos aquí:

LA POESÍA ARGENTINA

El mapa político de la poesía argentina contemporánea que acompañó a mi reseña sobre la antología de Julio Noé ha suscitado, en la charla literaria todas las dificultades de interpretación que preví y no pude evitar. De tales dificultades, unas podían salvarse leyendo la reseña, y no ojeando solamente el mapa; otras, habían exigido, tal vez, explicaciones adicionales y aún entonces habrían resultado inútiles. Diré aquí, sin embargo: debió adivinarse fácilmente (la reseña lo daba a entender) que las situaciones de los poetas no habían de interpretarse como filiaciones, a pesar de las líneas descendientes; "mapa político" no es lo mismo que árbol genealógico. No creo, por ejemplo, que Fernández Moreno proceda de Lugones; sí creo que se aprovecha del plano expresivo en que sitúa Lugones a la poesía argentina. En comparación "siglo XX" diré que, suponiendo que los románticos andaban "en corcel", Darío nos acostumbró a andar en coche. Con Lugones adoptamos el automóvil; pero el automóvil de Banchs o el de Martínez Estrada no son de la misma marca. Güiraldes es el primer aficionado al aeroplano. Ahora están en boga marcas diversas de aeroplano. Se me asegura que el Vizconde de Lazcano Tegui es buen volante, quizás con aspiraciones de aviador. Si es así, será éste el único error de hecho de que hasta ahora me pueda convencer, pues lo poco suyo que conozco me lo hizo concebir como amante de las carrozas de Darío. Las fechas asignadas a cada poeta (publicación del primer libro) produjeron una que otra confusión, porque a veces la primera obra no está todavía dentro de la tendencia que luego adopta el

poeta; pero toda fecha es arbitraria y queda para el buen entendedor. P.H.U.

(*Valoraciones*, La Plata, t. IV, nº 10, agosto de 1926, p. 50).

* * *

La distinción entre "mapa político" y "árbol genealógico" evitaba ya el criterio fácil de la filiación por descendencia o ascendencia. No se lo supo leer. Por lo visto había entonces pocos cartógrafos para "mapas políticos" entre nosotros. Es claro que los márgenes del esquema dicen "derechas" e "izquierdas", a esto debió atenderse. La mitad de la notícula aclaratoria está transida de una bienhumorada ironía en el manejo intencionado de la comparación siglo XX, entre corceles, carrozas, coches, autos y aeroplanos.

La sección de la reseña generadora de polémica, titulada, "Sobra y falta", –subtítulo omitido en el libro– plantea el "debe y haber" de este balance, como es propio de toda recensión crítica de una antología poética. Reacción espontánea, por lo demás, de "los que vivimos haciéndonos antologías hipotéticas", como dice P. H. U. Resulta provechoso atender a cuáles señalamientos de P. H. U. estuvo atento el antólogo Julio Noé a la hora de la segunda edición[10]. La primera aceptación de lo propuesto por el reseñista es el punto de partida del lapso comprendido en la antología. En la edición de 1926 iba desde 1900; en esta segunda edición arranca de 1896, porque don Pedro señaló que el hito de recambio está en *Prosas profanas* de Darío, que es de ese año. Una segunda corrección es la incorporación de Leopoldo Díaz en esta segunda edición, al que Noé había excluido por ser su "notoriedad anterior al movimiento

10. La segunda edición: *Antología de la poesía argentina moderna*. (1896-1930). Con notas biográficas y bibliográficas. Ordenada por Julio Noé. Segunda edición. Buenos Aires, El Ateneo, 1931.

modernista". Desde muchacho –como lo hemos señalado en el capítulo inicial– P. H. U. supo ver en Díaz anticipos de las nuevas maneras poéticas, y lo consideró "el más antiguo de los poetas contemporáneos de la Argentina". Por sugerencias del crítico, el antólogo franquea la puerta a Norah Lange y a Alberto Mendióroz. No ocurre así con los propuestos Carlos Alberto Becú, Pedro J. Naón y José de Maturana, condenados para siempre por Noé a la intemperie. En cuanto a textos, Noé incluyó el antológico "Salmo pluvial", de Lugones, a solicitud del reseñista; igualmente cumplió con los "Versos a la tristeza de Buenos Aires" de Alfonsina Storni, el "Nocturno a Job" de Arturo Capdevila y el "Nocturno" de Evar Méndez y un texto más personal de López Merino.

Pero entre tantos reparos y sugerencias podría olvidarse que el juicio global para la obra es más que ponderativo: "Ninguna antología como la de Noé realiza el arquetipo orgánico y rotundo". "La antología argentina de Julio Noé es como un vasto fresco nacional, cuya riqueza solo pueden emular ahora, entre los pueblos españoles, México, –menos rico en poetas jóvenes– y España, con mayor caudal de emoción en su poesía, pero no con más vigor imaginativo ni más invención de formas y expresiones"; frase ésta que celebra a un tiempo la labor del antólogo y la materia poética argentina que lo ha atareado, por sobre México y España, en cuanto a imaginación e invención poéticas, dotes que ratifican las apuntadas desde temprano por P. H. U.

Tres años antes de trazar esta recensión, comentaba en carta a Ripa Alberdi lo poco que se alcanzaba de la poesía argentina actual en las latitudes de México donde residía; por eso sorprende el conocimiento puntual, versación en autores y obras, la selección decantada de los mismos, y el panorama evolutivo, que con tanta limpieza y perspicacia, traza de nuestra poesía. En algo más de dos años imaginamos qué caudal de obras poéticas ha de haber leído para su "puesta al día". Pero más sorprende que se alce de esa maraña libresca con tan dibujada perspectiva cenital de la misma. Un excelente crítico y un antólogo inteligente que supo aprovechar sus observaciones, mejoran este panorama.

Una segunda obra argentina reseñó P. H. U. en *Valoraciones: Ariel corpóreo*[11] de su fiel amigo Rafael Alberto Arrieta. La ofrecemos aquí por no haber sido colectada hasta la fecha:

ARIEL CORPOREO

Signo de madurez literaria, la aparición, en la Argentina, de tantos libros sobre letras extranjeras. El criollista intransigente lo tachará como signo de extranjerismo. Y lo sería si no se publicaran libros sobre letras argentinas. El libro de Arrieta lleva el subtítulo "Letras extranjeras": a medias lo justifica. Byron le atrae por la sombra que echó sobre nuestra literatura, más con su leyenda que con su canto. Rodenbach, por la fascinación que ejerció su poesía de ciudades muertas sobre nuestros cantores de ciudades tranquilas en América, desde Enrique González Martínez en los pueblos de Sinaloa, hasta la "Escuela de La Plata". ¿Son extranjeros, para la Argentina, José Enrique Rodó y María Eugenia Vaz Ferreyra? Estoy con los que ponen mayor distancia entre Tucumán y Buenos Aires que entre Buenos Aires y Montevideo, orillas del "río como mar". Realidad de la tierra y realidad del espíritu. Chile, eso es otra cosa. Hay el espíritu que se vierte hacia el Pacífico y el espíritu que se vierte hacia el Atlántico. Alfonso Reyes explica a México como el país de las dos vertientes. Otra señal de madurez: los trabajos de Arrieta no van a "agotar la materia"; no se lo explican todo a todos, esclavitud a que nos creíamos atados por la ignorancia ambiente. Arrieta se dice: el que ignore que se quede ignorando; hablo al que aprende, al que quiere, al que ama. A la libertad va prendida la originalidad de sus ensayos. En uno se habla de Shelley, pero no de su poesía sino de su figura: Ariel encerrado en materia y bajo forma; en otro, del soneto de Keats a la estrella; en Lafcadio Hearn evoca solo al maestro de literatura, augur de una revolución

11. Arrieta, Rafael Alberto: *Ariel corpóreo*. Letras extranjeras. Buenos Aires, Editorial Buenos Aires, 1926, 166 pp.

romántica, todavía en futuro, para el Japón; a Pedro Prado, lo construye con trechos de sus cartas; a María Eugenia, con anécdotas; Rodó es una voz entre las sombras.

Pedro Henríquez Ureña

(*Valoraciones*, La Plata, t. IV, nº 11, enero de 1927, p. 143).

Advertimos la apuntación abreviada de muchos conceptos claves de P. H. U., a los cuales les hace sitio, aunque el espacio sea estrecho, como lo es el de esta nota más que ceñida, porque ya hallarán campo de desarrollo en otras páginas suyas. Primero, la contraposición entre los espíritus del criollismo intransigente y el del extranjerizante, que critica con justeza y espacio en "El descontento y la promesa". Segundo, un reparo al subtítulo del libro de Arrieta, "Letras extranjeras", por aquello de que hay dos Américas la del Atlántico y la del Pacífico –Tucumán y Chile son más "extranjeros" para Buenos Aires que Montevideo–, que va a encontrar una mayor explicitación en su intervención en un debate de *Sur* sobre las "Relaciones interamericanas" (1940).

Otros libros reseñó P. H. U. en *Valoraciones: La civilización manual y otros ensayos* de Baldomero Sanín Cano y *Los matemáticos españoles* de Julio Rey Pastor[12].

Valoraciones dio a conocer, además del material ya comentado, otra forma de colaboración de P. H. U., que suscribía *L. R.* (La Redacción), sobre materia diversa. Aunque no las firmó con su nombre, les dio importancia. Veamos dos testimonios epistolares. A Alfonso Reyes, desde La Plata, en carta del 18 de marzo de 1926, le pregunta: "¿Has reconocido mi pluma en ciertos comentarios de *Valoraciones*? En uno de ellos digo que los argentinos ilustrados se dividen en dos clases fundamen-

12. "El libro de Sanín Cano". *Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 9, marzo de 1926, pp. 274-277; recogido en *U. A.*, pp. 359-360.

"El libro de Rey Pastor", en *Valoraciones*, La Plata, nº 11, enero de 1927, t. IV, pp. 143-145; recogido en *Plenitud de España*.

tales: los que sólo han leído a Spencer y los que sólo han leído a Spengler. Y toman en serio al modisto Simmel. Pero ya empiezan a reaccionar contra Ortega y hasta contra Spengler. La verdad es que Ortega ya se excedió en hacer afirmaciones infundadas y en predicar la indiferencia a los problemas humanos" (*O. Comp.*, VI, p. 401). La distinción aparece –ya la reproduciremos más adelante– en sus notas "Organicemos nuestra cultura". El otro comentario epistolar a que aludíamos lo hace en carta a Eduardo Villaseñor, desde La Plata, el 20 de marzo de 1927; está comentando la originalidad del arte mexicano, en particular el arquitectónico: "¿Has visto en *Valoraciones* comentarios –míos, sin forma– sobre estas cosas?" (*O. Comp.*, VI, 443).

En estos comentarios firmados *L. R.* aborda, p. ej., cuestiones relacionadas con las artes plásticas. Reproducimos los textos, que no han sido incorporados a las compilaciones del material disperso del autor.

NOTAS DE ARTE

El arte mexicano en Buenos Aires.

Desde el 28 de mayo está abierta en Buenos Aires en el salón de la Asociación de Amigos del Arte, una exposición de arte mexicano: cuadros de los pintores Manuel Rodríguez Lozano y Julio Castellanos, y setenta y ocho dibujos y pinturas de niños.

Manuel Rodríguez Lozano es uno de los directores del movimiento mexicano en la pintura. Con técnica propia, sincera, con sentido muy suyo de la tonalidad, ha buscado una nota honda de expresión mexicana. Bajo su influencia se han formado ya dos jóvenes pintores de significación: Abraham Angel, que acaba de morir dejando unas cuantas notas de extraordinario sabor de América, y Julio Castellanos, de quien se exponen cuatro oleos vigorosos.

Rodríguez Lozano ha sido, además, uno de los directores del movimiento de reforma de la enseñanza artística de los niños en las escuelas

primarias, iniciado por Adolfo Best, autor de la mayor parte de las viñetas que adornan este número de *Valoraciones*. Los trabajos de estos niños, expuestos en los Estados Unidos, habían suscitado esta afirmación del crítico neoyorquino Thomas Craven: "Hay en ellos aciertos que deberían envidiar hasta pintores de cierta reputación". Su éxito, en Buenos Aires, no ha sido menor que en Nueva York y California.

Adolfo Travascio

"Hoy no existen, no pueden existir, más que dos clases de pintores: los aprendices y los farsantes". De acuerdo a las palabras de D'Ors, ha comprendido su oficio este joven pintor argentino. Travascio es un estudioso inteligente y modesto empeñado en la búsqueda de valores pictóricos, dentro de la inquietud moderna, cuya influencia empieza a interesar a nuestros artistas jóvenes. Preocupado por los problemas de la técnica, tiende hacia la construcción arquitectónica de la obra pictórica y a la realización de sus correspondientes valores plásticos.

Travascio ha expuesto en el Salón Nacional, en el de Otoño y en el Provincial de La Plata. Conjuntamente con el pintor argentino Juan Tapia prepara una exposición que se realizará este año en la galería Van Riel de Buenos Aires. *L. R.*

(*Valoraciones*, La Plata, t. II, nº 6, junio de 1925, pp. 316-317.)

* * *

Con insistencia, cada vez que traza síntesis de aportes americanos originales en el campo del arte, P. H. U. menciona a Adolfo Best Maugard, iniciador de la reforma en la enseñanza del dibujo en México, que "representa el más certero hallazgo sobre las características del arte de una raza de América: el dibujo mexicano, que desde las altas creaciones del genio indígena en su civilización antigua ha seguido viviendo

hasta nuestros días a través de las preciosas artes del pueblo, está construido por siete elementos (linea recta, línea quebrada, círculo, semicírculo, ondulosa, *ese*, y espiral) que se combinan en series estáticas o dinámicas (*petalillos*, *grecas*), con la norma peculiar de que nunca deben cruzarse dos líneas, y pueden servir en combinación libre, para toda especie de representaciones y decoraciones"[13]. Este método de Best es celebrado por P.H.U. como una manera concreta de mostrar la originalidad hispanoamericana que se puede alcanzar en un orden determinado que puede pasar inadvertido. Rodríguez Lozano será el continuador de Best en esta vía metodológica orientada hacia la expresión americana. Su nombre y el de Castellanos figurarán en su *Historia*.

Una nueva nota sobre cuestiones artísticas es "Nuestra crítica de arte", en que señala las limitaciones que, por esos días, se advierten en la crítica artística en los dos diarios mayores de Buenos Aires y denota los aportes de dos críticos perspicaces en este campo: Julio Rinaldini, en *El Hogar* y Alberto Prebish en la vanguardista *Martín Fierro*, quienes aportan juicios orientadores y criterios renovados.

NUESTRA CRÍTICA DE ARTE

Vale la pena recoger los signos favorables que surgen en el poco estrellado firmamento de nuestra crítica de arte. Mientras el magisterio de *La Nación* envejece y se acartona cada vez más, *La Prensa* se rejuvenece: entre otras cosas, revelan buen discernimiento, a veces, sus informaciones sobre el movimiento artístico en Europa. Comparemos toman-

---

13 "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México", en *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, La Plata, a. II, nº 8, abril de 1925, pp. 112-120; en O. C. pp. 610-617; en *P. A.*, pp. 77-87; en *U. A.* 367-374; en O. *Comp.*, pp. 247-257. Había aparecido también, el mismo año que en La Plata, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1925, t. I, pp. 125 y ss. Cito lo de Best por O. C., p. 615.

Sobre Best, además v. "El descontento y la promesa", en O. C., p. 245 y en *Historia*, p. 157; también menciona en esta obra póstuma a Rodríguez Lozano y a Castellanos.

do ejemplos: cuando la exposición mexicana en la Asociación de Amigos del Arte (trabajos de niños y cuadros de los pintores Rodríguez Lozano y Castellanos), la actitud de *La Nación* fue... hacer historia (con errores, naturalmente) y declarar (como el año anterior en el caso de la exposición de Pettorutti) que nada nuevo le toma de sorpresa, para terminar regateando la novedad del "método Best" con la afirmación que aquí, y en otras partes, se ha ensayado de tiempo atrás la práctica de permitir a los niños expresarse con espontaneidad. Naturalmente, el "método Best" no estriba en eso, sino en la definición de los siete elementos lineales y las reglas de su empleo que se derivan del estudio minucioso de las artes plásticas genuinas de México. *La Prensa* hizo también historia (con errores), pero su esfuerzo de comprensión y apreciación fue sincero y digno de estima.

Claro está que los laudables esfuerzos de *La Prensa* no bastarían para justificar nuestro anuncio de signos favorables en el firmamento. El suceso principal que nos regocija es otro: dos críticos de arte dignos de tal nombre, Julio Rinaldini y Alberto Prebish ofrecen regularmente sus opiniones al público, desde hace poco, en las páginas de dos revistas, *El Hogar* y *Martín Fierro*. Rinaldini, conocido ya por colaboraciones en *La Nación* y *Nosotros*, se presenta con criterio renovado y depurado; Prebish, arquitecto de ideas nuevas, hasta ayer desconocido en nuestro mundo intelectual, se presenta con una estética definida, una dialéctica clara y una cultura sólida, hombre capaz de una campaña sistemática que revolucione el criterio ambiente. En *Martín Fierro* hay, además, notas sobre arte debidas a otras plumas (señalemos las de don Pedro Figari). Desde luego, los criterios no siempre coinciden: si Rinaldini, respetuoso con el largo esfuerzo que representa la obra escultórica de Urrutia, no le expuso ningún reparo a su exposición reciente, Prebish redujo su comentario a los reparos que ella le sugería. En cambio, ante la vaporosa escultura literaria de Zonza Briano coincidieron perfectamente *El Hogar* y *Martín Fierro*.

(*Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 7,. septiembre de 1925, pp. 92-93)

***

Una última notícula sobre "Arte americano", vuelve nuevamente sobre la obra pictórica de los dos artistas mexicanos antes mencionados, esta vez a propósito de la exposición de su obra en La Plata, en el Museo Provincial de Bellas Artes organizada por el grupo de *Valoraciones*. P.H.U. aporta, como testimonio de que en Europa la crítica artística ve la originalidad de nuestros plásticos, que los apreciadores locales no ven, transcribe un par de juicios elogiosos, uno de *Comoedia* de París y el otro del crítico español Juan del Encina. Y comenta P. H. U.: "La observación de Juan del Encina sobre la enorme importancia de la arquitectura colonial de América, cuya manifestación principal fue la multitud de edificios levantados en México, contrasta con la absurda opinión que expone en *La Prensa* (7 de marzo) el señor Emilio C. Agrelo: según él, los edificios coloniales de América (de cuya magnitud no tiene siquiera idea lejana) son "deficientes imitaciones" de los europeos (¿de cuáles?) y el estilo colonial no existe, por el retórico argumento según el cual sólo son estilos aquellos que se definen en los viejos tratados del tiempo de Mari Castaña. El señor Agrelo admite, sin embargo, que *la arquitectura del porvenir* en la Argentina podría tener como base el estudio de los edificios coloniales y su modernización"

(*Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 9, marzo de 1926, pp. 299-300).

Concorde con esta preocupación de alcanzar originalidad arquitectónica americana en los edificios futuros de la América española, inspirándose en los elementos tradicionales de cada país, escribe una extensísima carta a Eduardo Villaseñor, desde La Plata, el 20 de marzo de 1927 y que es una ampliación de los conceptos ceñidos en la nota sobre "Arte americano"[14]. Para don Pedro no hay espacio inicuo –lo decíamos antes– para su prédica hispanoamericanista; la nota a una crónica o una reseña

14. O. Comp., VI. pp. 438-445, muy interesante para el tema.

se le hacen cancha para su batalla sostenida. No deja pasar una sola oportunidad en la que pueda hacer baza en favor de los fueros ideales. Todo se le hace estribo, diríamos los criollos. Esto fue una constante en él, para quien no había tribuna o interlocutor pequeño que condicionaran el esfuerzo del alegato y la argumentación.

Recordamos, además otras breves notas de la revista. Un par de ellas bajo el título común de "Organicemos nuestra cultura. Las bibliotecas", en las que, en el uso de una primera persona del plural, asume como propios los defectos argentinos en la organización de las instituciones. Apunta deficiencias en el sistema decatalogación, en los horarios, en la ausencia de bibliografías especializadas. Todas esas limitaciones se proyectan sobre la población, de particular manera sobre el investigador. La frase "Más hemos gastado en príncipes y cocobacilos", es una alusión a una de las piezas preferidas de Arturo Cancela, "El cocobacilo de Herrlin", incluida en *Tres relatos porteños*. Lo recuerda, p. ej., en su epistolario con Alfonso Reyes: "Cancela es divertidísimo –y exacto– en sus *Tres relatos porteños* (hay edición de Calpe): te recomiendo que leas su "Cocobacilo de Herrlin", el primero de los *Tres*, si quieres darte una idea de cómo despilfarra dinero el gobierno argentino"[15].

ORGANICEMOS NUESTRA CULTURA

I
Las bibliotecas

La cultura argentina ha sido hasta nuestros días fruto de esfuerzos individuales, con la natural imperfección de todo esfuerzo que encuentra escaso apoyo colectivo. Todo lo improvisábamos, todo lo hacíamos como podíamos. Ahora, desde hace pocos años creemos organizar; pero no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Nuestras Universidades todavía no dejan atrás la etapa de fábricas de títulos para convertirse en productoras

15. O. *Comp.*, v. 330.

de ciencias. Nuestros periódicos, –y entre ellos sería absurdo negar que hay dos diarios que como *mecanismo* compiten con los mejores de cualquier país del mundo– no hacen nada sistemático en sus secciones dedicadas a la cultura: se limitan a dar información, a publicar artículos de colaboración, y a emitir juicios someros, generalmente sin orientación ninguna. Nuestras empresas editoriales son vacilantes: ni siquiera logramos matar la hidra de las ediciones fraudulentas. Nuestros teatros, ya se sabe como vegetan (intelectualmente se entiende; como negocios, marchan bien).

Uno de los instrumentos de trabajo que nos hacen falta es la biblioteca bien organizada. Hay en Buenos Aires varias bibliotecas importantes: la Nacional, la de la Universidad, la del Museo Mitre, por ejemplo. En La Plata existe la que fue provincial y ha pasado a ser universitaria. Pero distan mucho de servir al público como debieran, sobre todo al público culto. La adquisición de libros se hace de modo desordenado y no hay probablemente en ninguna de ellas bibliografías completas de ningún asunto; cosa peor, hay multitud de asuntos cuya bibliografía es deficiente y atrasada. La clasificación de obras se ofrece al lector, las más veces, bajo el imposible sistema de catálogos en volúmenes, y no bajo el único sistema posible en una biblioteca que vive y que crece: el catálogo de tarjetas. Por último, el horario es siempre incómodo: en unos casos, como el de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, la institución sólo se abre a las horas en que todo el mundo trabaja y lógicamente sólo pueden utilizarla los desocupados (así se comprende que sea tan escaso el promedio diario de lectores, según los censos que se publican cada año); en todos los casos, por falta de empleados, las bibliotecas solo se abren unas cuantas horas.

Las grandes bibliotecas de la Argentina, como las mejores de Europa y de los Estados Unidos, deben estar abiertas sin interrupción desde las ocho o nueve de la mañana hasta las 10 u 11 de la noche; solo así prestarán servicios eficaces.

Junto con el buen horario, la gran biblioteca debe ofrecer al especialista y al lector culto, que es a quien se destinan, (para el lector cuya

cultura está por hacer, deben existir la pequeña biblioteca de barrio y sobre todo las circulantes) elementos suficientes de trabajo: el único medio para eso es ir completando gradualmente, sistemáticamente, cada sección; así, en tiempo relativamente corto, la biblioteca llega a hacerse útil. Mientras las nuestras no mejoren, tendremos pocos especialistas serios: solo podrán serlo los ricos o los hombres capaces de grandes sacrificios. Hasta nuestros hombres cultos se verán siempre en aprietos cuando surja la ocasión (frecuentísima para el escritor, por ejemplo) de una consulta para la que no basta la enciclopedia. ¿Y cómo podrán hacer cursos serios nuestros estudiantes universitarios si las bibliotecas de las Universidades están incompletas, si nunca están al día? Recordemos el caso de la filología: cuando Américo Castro vino a dar su curso a La Plata, descubrió en la biblioteca de la Universidad buenos libros viejos, Bopp, Diez, Schleicher, Max Muller, ¡pero nada posterior a 1880! Es como si en biología se encontraran buenos ejemplares de Buffon, de Linneo, de Cuvier, pero nada de Darwin para acá. En Buenos Aires el asunto andaba mejor, pero faltaban mil cosas; revistas técnicas había pocas, y de ellas ninguna en colección completa. ¡Y sobre tan exiguas bases se fundó un Instituto de Filología! Después se pregunta por qué no da más frutos.

Es hora de que nuestros "elementos directores" se den cuenta de la verdad: sin bibliotecas en regla nunca rebasaremos la cultura mediana, nunca escaparemos a la lamentable situación en que se ve la mayoría de nuestros "escritores serios", divididos en dos bandos: los que sólo han leído a Spencer y los que solo han leído a Spengler.

¿Qué pedimos para remediar la situación? Que el gobierno la entienda. Que el Ministerio de Instrucción Pública calcule y pida las sumas necesarias para modernizar y enriquecer la Biblioteca Nacional y las bibliotecas universitarias. ¿Hará falta un millón de pesos? No es mucho: más hemos gastado en príncipes y cocobacilos. *L. R.*

(*Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 7, septiembre de 1925, pp. 90-92)

ORGANICEMOS NUESTRA CULTURA

II

Cuando empezábamos a temer que pasara inadvertido nuestro comentario de la edición anterior, con el título que ahora repetimos, viene a consolarnos el artículo de la culta subdirectora de la biblioteca universitaria de La Plata en *El Argentino*. Nos consuela a medias, porque quisiéramos que el problema de las bibliotecas argentinas interesara a todo el mundo, especialmente a nuestros "elementos directores", y no sólo a los técnicos en biblioteconomía. Y si aceptáramos la tesis principal de la señora de Simmons deberíamos desconsolarnos por completo: ¡el mal mayor de nuestras bibliotecas, según ella, es la falta de lectores!

No vamos a discutir la tesis, porque eso a nada conduciría sino a discurrir sobre vaguedades que deben dejarse a los sociólogos y pedagogos de periódicos. Si antes de organizar las bibliotecas hay que organizar al lector, *Valoraciones* cree justificar su existencia puesto que se propone contribuir a formar al lector argentino.

Está de acuerdo nuestra comentadora con nuestros deseos, y solo nos opone reparos en el detalle. Parece, sin embargo, que en su opinión las bibliotecas de Buenos Aires y de La Plata no están muy mal que digamos. Si es así, no estamos de acuerdo. A pesar de todo el dinero de que disponen ¿hay en Buenos Aires una sola biblioteca cuyo acopio de libros sea satisfactorio? Tal vez empiece a serlo en alguna de las que se dedican a especialidades, como la de Medicina entre las de la Universidad (*) Pero

---

(*) Nuestra comentadora supone –basándose en la supresión tipográfica de una s – que atribuimos una sola biblioteca a la Universidad de Buenos Aires: pero sabemos, y sabíamos, por razones fáciles de suponer, que tiene una para cada facultad. En otro punto se ha dejado arrastrar al error la señora de Simmons por una interpretación de lenguaje: en castellano decimos *descubrir* por *encontrar* (sabemos que en alemán no) y no pretendíamos convertir a Américo Castro en Colón de libros raros cuando dijimos que descubrió las obras de Bopp y Diez en la biblioteca platense; entendíamos que las *descubrió* precisamente en el catálogo, donde también *descubrió* la ausencia de Delbrück, por ejemplo, o de Meillet, o de Ascoli.

(*Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 8, noviembre de 1925, pp. 189-191)

las demás, sobre todo las de carácter general, son muy imperfectas, y ponerlas al día requeriría mucha competencia y mucho dinero.

Hace poco un eminente escritor extranjero fue a la Biblioteca Nacional para consultar una obra de Brandes y descubrió que no la había ¡ni ésa ni ninguna otra! Casos semejantes podrían multiplicarse. No participamos del pesimismo de la señora de Simmons cuando nos sitúa en esta encrucijada: el lector argentino solo pide libros en castellano, pero en castellano no hay bibliografía completa de ningún asunto. Por lo tanto, creemos que nuestras bibliotecas importantes deben tratar de reunir bibliografías completas, o siquiera suficientes, sobre todo asunto de interés primordial, aunque predominen en ella los libros extranjeros, escogidos ante todo de los idiomas que nos son más accesibles, el francés y el italiano, y luego en inglés y en alemán. En ningún idioma, ni siquiera en alemán (con perdón del patriotismo de nuestra comentadora), se agota un asunto. ¿Sería posible conocer a fondo la filosofía contemporánea con sólo el alemán? De ningún modo: solo con ayuda del francés, del inglés y del italiano se puede medir la resonancia de Bergson, de Croce, de los pragmatistas, de los neorrealistas. Todas las bibliotecas importantes del mundo adquieren libros en idiomas diversos, aunque muchos de ellos permanezcan intactos años tras año. Cuando una biblioteca universitaria de Alemania o de los Estados Unidos adquiere, por ejemplo, la *Silva de varia lección*, de Pero Mexía, sabe que puede no ser consultada en mucho tiempo, pero que en determinados momentos puede resultar indispensable. ¿Y para quién? Para el especialista.

Concedemos que nuestras bibliotecas están bien clasificadas –hablando en general– y que el sistema de tarjetas o fichas abunda más de lo que afirmábamos (nunca negamos su existencia), en cambio, en lo que toca a horarios insistimos en que son deplorables: nuestras nuevas investigaciones nos han convencido de que, salvo contadas excepciones (como la del Consejo Nacional de Educación), las bibliotecas grandes están abiertas apenas durante cuatro o seis horas, y no como debiera ser, de doce a quince horas corridas, sin interrupción.

***

Una nueva página olvidada de P. H. U., de incisivo estilo, "Situación parisiense y situación bonaerense", sacude prestigios locales con alusiones bien enderezadas, apoyándose en una distinción inteligente de Valéry Larbaud, que desplaza y adapta a la realidad argentina: los escritores con "situación bonaerense". No figura el texto en las compilaciones:

SITUACION PARISIENSE Y SITUACION BONAERENSE

Valéry Larbaud bastaría a demostrar que todavía existe, y en pleno vigor, la inteligencia francesa. Eso no lo decimos como "el elogio de siempre": lo decimos porque tiene actualidad; porque desde hace años el vulgo semi-ilustrado repite que la cultura francesa terminó con el siglo XIX, que no hay buenas novelas después de la escuela de Medan, ni buena poesía después de Verlaine (ellos querrían decir, si fuesen sinceros: después de Musset), ni buena pintura después del impresionismo, ni buena música después de Debussy (en su corazón dice: después de Massenet), ni buena filosofía después de Bergson (en su corazón dicen: después de Gustave Lebon ¡qué libro aquel sobre la evolución de la materia! ¡eso eran ideas nuevas!), ni buena ciencia después de Henri Poincaré.

Contradiciendo, pues, a este vulgo que entonó responsos a la inteligencia francesa en los funerales de Anatole France, debemos declarar que, mientras aquella inteligencia esté representada por hombres como Valéry Larbaud, están fuera de lugar los responsos.

En uno de sus artículos recientes sobre la poesía francesa contemporánea, asienta Larbaud que hay escritores franceses con "situación parisiense" pero sin "situación literaria" digna de tomarse en cuenta: escritores hábiles para hacerse una reputación ficticia pero incapaces de producir obra seria. Al cabo de unos años, aquella "situación parisiense"

acaba por deshacerse y apenas quedan ecos de ella en las provincias. "Situación literaria –dice Larbaud– no la tendrán nunca. Sólo en provincia podrán pasar por escritores de verdad. Fuera de Francia, no lo podrán, porque el extranjero que puede leer libros franceses es hombre culto y juzga las obras literarias como las juzga la aristocracia intelectual de París".

Hay que rectificar, sin embargo. Larbaud nos supone, o demasiado cultos (si cree que entre nosotros todo lector de libros franceses tiene gustos depurados), o demasiado incultos (si cree que sólo las personas de gusto depurado leen aquí el francés). No: afortunadamente, en toda la América española el conocimiento del francés es tan común que no se limita a una aristocracia intelectual. Y además, a Larbaud, colaborador de *La Nación*, no debiera pasarle inadvertida la "situación bonaerense" de que disfrutan ciertos escritores franceses, que no tienen "situación literaria" ¡y a veces si siquiera "situación parisiense"! La "situación bonaerense" es el producto artificial de los "grandes rotativos": creyérase que están empeñados en desorientar a sus lectores; pero no: en esos "trasatlánticos dirigidos por grumetes" lo único que ha sucedido es que por amistad, o por cualquier causa semejante, se pide y se mantiene la colaboración de escritores triviales como Descaves o Miomandre o descarriados como Mauclair. Y el caso de Mauclair es trágico: nacido a la vida de las letras en la época en que los jóvenes de Francia se entusiasmaban con el simbolismo en poesía y el impresionismo en pintura, puso gran devoción y no escaso fervor lírico (entonces grato a los lectores) al servicio de aquellas manifestaciones. En aquellos tiempos, Rubén Darío nos habló de él, a la vez que de otro escritor poco apreciado entonces en Francia: Remy de Gourmont. Pero el tiempo ha ido pasando: la pintura no se ha estancado en el impresionismo ni la poesía en el simbolismo. Sólo Mauclair se estancó: como no tenía sólida cultura sobre las cosas anteriores a su tiempo, no estaba preparado para las que vendrían después; y así, en lugar del incensario ahora maneja la palmeta, y el antiguo fervor lírico se ha vuelto gruñido. ¿Qué es hoy Mauclair. Fabricante de elogios para toda especie de pintores necesitados de *bombo*

y desorientador oficial de los lectores ingenuos de *La Nación*. Sólo le queda la "situación bonaerense". L. R. (*Valoraciones*, La Plata, t. III, nº 7, septiembre de 1925, pp. 93-95.

***

Y por esas jugadas de curiosa simetría que el destino combina, si la primera colaboración de P. H. U. –desde el extranjero aún– para *Valoraciones* fue su discurso necrológico sobre Ripa Alberdi; la última presencia suya en la revista platense, que se clausura en el número doce, será también una oración fúnebre, y por acentuar más esta dolida simetría, también por un integrante de aquella delegación argentina en México que fue la primera relación directa de Pedro con hombres de nuestro país: Enrique Dreyzin. Es este el texto final de los que quedaron olvidados en las páginas de la revista de La Plata:

ENRIQUE DREYZIN

Mis palabras vienen, en nombre de la representación que me encomienda el Embajador de México y en mi propio nombre, a interpretar los sentimientos de los amigos de tierras distantes en quienes supo despertar cálidas simpatías Enrique Dreyzin durante sus fructíferos viajes. Somos pocos los que ahora estamos cerca para despedirlo en su viaje final, pero sé que de todos me llega la onda sentimental que se detiene ante esta puerta de silencio. Sé que asisten aquí, con Alfonso Reyes y conmigo, en dolor de espíritu y de carne, aquellos amigos de Dreyzin que se llaman: José Vasconcelos, Diego Rivera, Manuel Rodríguez Lozano, Roberto Montenegro, Julio Torri, Carlos Pellicer, Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor.

Fueron fructíferos aquellos viajes de Dreyzin: da frutos el viaje que se emprende como esfuerzo de la inteligencia activa; da fruto también el

viaje que crea amistad, calor de alegría, llama íntima, el viaje que hace la propaganda cordial de la patria entre los extraños. Eso fue parte de la obra de Dreyzin –junto con el esfuerzo viril de su inteligencia, como representante de la juventud universitaria de su país– en el primero y mejor de sus viajes, el que hizo a México en 1921, como delegado argentino en el Congreso Internacional de Estudiantes. Fueron días, aquellos, que nunca olvidaremos quienes los vivimos; días de los más luminosos que se han vivido en el mundo. Vimos en ellos el feliz acercamiento de las dos almas que son los focos de la elipse de la América nuestra, México y la Argentina. Espíritus inquietos y generosos se confundían en unas mismas ansias y visiones de verdad, de bien y de justicia. Y en las horas de esparcimiento los unían la juvenil sinceridad, la limpieza de corazón. Cada uno daba su nota en aquel concierto de voluntades claras. Dos se extinguieron ya: la nota de Héctor Ripa Alberdi, que fue bondad firme y discreta; la nota de Pablo Vrillaud, que fue cordialidad enérgica y vivaz. La de Enrique Dreyzin fue franqueza alegre. En aquellos días contagiaba a todos con su risa ligera, cándida, claro arpegio infantil. Oyéndolo reír, nos sentíamos niños corriendo al sol en jardines abiertos. Y observábamos como justa armonía, que amaba los jardines, que amaba a los niños.

Aquí lo vi después, consagrado a sus jardines, a su Bosque, a la delicada conjunción de la planta, el aire y la luz. Pero de pronto una sombra extraña cayó sobre él: no la comprendíamos, y veíamos con asombro que se había apagado su risa, su nota clara. Era la nube de tormenta, que había de descargar ahora, después de largas amenazas.

¡Adiós, Enrique! Descansa aquí, al final del último de tus viajes, en el último de tus jardines.

Pedro Henríquez Ureña

(*Valoraciones*, La Plata, t. IV, nº 12, mayo de 1928, pp. 258-259.

***

Tal vez en pocas publicaciones se sintiera más cómodo P. H. U. que en la platense, porque la revista era como una proyección del diálogo permanente que un grupo de jóvenes mantenía con él y con Korn. La revista era una prolongación de las tertulias nocturnas y crónica de los logros del Grupo Renovación que mantenía la consigna de su nombre. Dejemos constancia de otra forma de articulación de P. H. U. con aquel haz de jóvenes platenses. Ellos mantenían, desde 1922, activo el Grupo Teatral Estudiantil Renovación, que se había presentado con la obra de Leonidas Andreiev ante la delegación mexicana, como apuntáramos. En su ensayo "Hacia un nuevo teatro", P. H. U. recordó, entre los esfuerzos de avanzada teatral en la Argentina, su labor: «Entre tanto, desde 1919, el grupo "Renovación", de La Plata, ha venido organizando de tarde en tarde representaciones, con telones pintados en estilo nuevo, de dramas modernos y comedias antiguas (Lope de Rueda, Cervantes, Moliere, Goldoni)»[16]. A estas puestas en escena debe sumarse la de la *Juana de Arco*, de Bernard Shaw, que contó con el asesoramiento del mismo don Pedro para su concreción escénica; entusiasmado, habrá trabajado en la tarea, porque el dramaturgo irlandés estaba comprendido en la tríada de su preferencia: Shakespeare, Ibsen y Shaw, para mencionarlos en el orden de descubrimiento que siguió aquel muchacho en sus lecturas adolescentes en la distante Hispaniola.

16. Cit. por O. C., p. 271.

CAPÍTULO VIII

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

1. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA. (1928-1946).

El amigo que concertó su incorporación al plantel de profesores del Colegio Nacional, Arrieta, gestionó también una designación para P. H. U. como profesor en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, ante su decano, el doctor Ricardo Levene. No había entonces cátedras disponibles para situarlo, por lo que habría de integrarse como Profesor Suplente. El 4 de abril de 1928, solicita por nota al Decano su inscripción como candidato a la suplencia de la cátedra "Literatura de la Europa Septentrional", cuyo profesor titular era el mismo Arrieta. Adjunta a su solicitud sus títulos, antecedentes docentes y obras publicadas. Al recorrer el *currículum vitae* se advierten algunas particularidades interesantes, como, por ejemplo, el anunciar de "próxima publicación en España de un volumen titulado *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*", cuando la obra aparecería, ese mismo año 1928, por Glusberg en Buenos Aires.

El 6 de junio, el Honorable Consejo Académico de la Facultad aprueba por unanimidad el dictamen favorable de la Comisión de Enseñanza, designando "Profesor Suplente de Literatura de la Europa Meridional al doctor Pedro Henríquez Ureña"[1]. Así queda incorporado a la Facultad platense hasta su muerte; la misma Facultad en cuya Aula Magna, seis años antes, pronunciara su magistral conferencia "La utopía de América". La designación efectiva como Profesor se concretó con fecha 4 de julio de 1928.

Como se sabe, P. H. U. no pudo acceder en forma estable a una titularidad de la Facultad, en virtud de una resolución que disponía que sólo podían ser titulares los argentinos nativos o naturalizados. Como él nunca pensó en obtener carta de ciudadanía argentina, fiel a su amada Quisqueya natal, no pudo encabezar cátedra propia; pero esto fue relativo en su aplicación, porque, temporariamente, como se verá, tuvo titularidad de cátedra en la Facultad. Es lamentable que don Pedro, al decir de Arrieta, tomara como una medida dirigida a su persona lo que era disposición general y anterior a su llegada a la Casa. La buena voluntad y el respeto de las autoridades de la Facultad quedarán más que probadas, como se verá. Puesto que tuvo, temporariamente, cátedra como Titular y aún fue Titular efectivo como Consejero Académico.

Su obligación como profesor suplente consistía en el dictado de cinco clases a lo largo del año. Al concluir el primero de su desempeño, eleva al Decano su correspondiente informe, gracias al cual podemos enterarnos de los autores que trató, a razón de uno por clase:

La Plata, 1 de noviembre de 1928.

Al señor Decano
de la Facultad de Humanidades y C. de la Educación
Universidad Nacional de La Plata.

---

1. Todas las precisiones y referencias sobre la Facultad de Humanidades y sus resoluciones están tomadas del legajo personal de P. H. U., que todavía se conserva, y del archivo mismo de la Facultad.

Señor:

Tengo el gusto de participarle que, en cumplimiento de las disposiciones relativas a las suplencias de cátedras, he dado ya las cinco clases que eran mi obligación para ocupar el derecho a la suplencia de la cátedra de "Literatura de la Europa Septentrional", con los siguientes temas:

I. Thackeray.
II. Las hermanas Bronte.
III. George Eliot.
IV. George Meredith.
V. Thomas Hardy.

Reitero a usted mi consideración más distinguida.

Pedro Henríquez Ureña

En la compulsa de los programas de las asignaturas de la carrera de Letras –que entonces se imprimían anualmente en forma de libro– verificamos que no siempre se consignan los puntos a cargo de los suplentes. Espaciadamente, sabemos que en 1943, por ejemplo, se ocupó de "Algunos ensayistas de fines del siglo XIX"; y tres años más tarde, tenía a su cargo las dos bolillas iniciales del programa, de índole general: "I) Ojeada panorámica de la literatura inglesa, desde sus orígenes hasta el siglo XVII y II) Desde el siglo XVII hasta el siglo XIX" (*Programas*, La Plata, 1946, pp. 104-105). La muerte lo sorprendió ese año.

La cátedra de "Literatura de la Europa Septentrional" no se dictaba todos los años, sino en forma alterna con la de "Europa Meridional", sistema que no presentaba mayores complicaciones, pues ambas estaban a cargo de Arrieta. Al parecer, por la información de su legajo, P. H. U. siguió, por dos veces al menos, esta alternancia docente, pues consta que con data de mayo de 1929, que el secretario Carlos Heras registra en ese legajo que: "En la fecha, se lo llama al desempeño de un curso comple-

mentario de Lectura y Comentario de Textos de Literatura de la Europa *Meridional*, de una duración de diez clases, con la asignación de $30 la hora".

Ocasionalmente, ocupó la titularidad de otra cátedra, en ausencia de su titular. Ocurrió esto en Filología Castellana, que dictaba Amado Alonso. Es interesante señalar esta circunstancia, porque no es conocida por sus biógrafos, y nunca la hemos visto mentada.

Como lo señalamos en otro capítulo, ya en 1926, P. H. U., a pedido de un "grupo de muchachos interesados", había dictado en forma particular en La Plata un curso de Filología; incluso había comenzado a componer un manual de la materia (O. *Comp.*, V, 336).

En 1930, escribe desde La Plata a Alfonso Reyes: "y el trabajo de una nueva cátedra de Filología castellana en la Universidad de La Plata" (es carta del 6 de mayo, v. O. *Comp.*, VI, pp. 422); y el 20 del mismo mes, reitera al mismo destinatario: "¿Te conté que enseño Filología castellana en La Plata?" (O. *Comp.*, VI, 423).

El 20 de abril de 1930 se lo llama al desempeño de la cátedra de Filología por el término de siete meses, y con una asignación de $200 mensuales. Estimamos interesante transcribir el programa desarrollado y trazado por P. H. U., porque difiere manifiestamente de los que precedentemente dictara Alonso. Omitimos, naturalmente, la bibliografía, abundante y discriminada, que lo acompaña (V. *Programas*. La Plata, 1930, pp. 55-57):

FILOLOGÍA CASTELLANA

Prof. Dr. Pedro Henríquez Ureña

I. La ciencia del lenguaje. Lingüística y filología. El papel de la gramática normativa. El lenguaje: sus funciones. Lengua y habla.

II. Los sonidos. Fonación y articulación. Punto, modo y tiempos de la articulación. Articulaciones sordas y sonoras, vocales y nasales.

Cualidades físicas del sonido: tono, timbre, cantidad e intensidad. Acento. Perceptibilidad. Grupos fónicos. Sílaba. La oración como unidad fonética. Evolución fonética. La cuestión de las "leyes fonéticas".

III. Palabra y oración. La palabra como entidad fonética y como entidad semántica. Semántica y morfología. El vocabulario. Cambios de significado. Desuso y creación. Especies verbales: semantema y morfema. Sintaxis: categorías gramaticales. Tipos de oración.

IV. Lenguas y dialectos. Familias lingüísticas. Las lenguas indoeuropeas: grupos en que se divide la familia. El grupo itálico, latín clásico y latín vulgar. Lenguas románicas.

V. Ojeada sobre la lengua española. El español antiguo. El español moderno. Elementos extranjeros en el vocabulario: procedencias y épocas.

VI. El español moderno y su sistema fonético. Las vocales acentuadas e inacentuadas: sus orígenes y su evolución.

VII. Las consonantes españolas. Su sistema actual. Orígenes y evolución.

VIII. Morfología del idioma español. El nombre (sustantivo y adjetivo) y el pronombre. Sus formas actuales y su historia.

IX. Morfología del idioma español. El verbo y las partículas. Sus formas actuales y su historia.

X. Sintaxis: rasgos generales de la sintaxis española.

Sin duda el desempeño de P. H. U. como profesor de Filología fue exitoso, según deducimos de una nota elevada al Decano el año siguiente:

La Plata, 17 de abril de 1931.

Señor:

Varios estudiantes me han pedido que les de un curso de Filología castellana semejante al que tuve a mi cargo el año pasado, y en tal virtud

me dirijo a usted para ofrecerle un curso libre sobre dicha materia, que podría darse los viernes de 6 a 7 de la tarde. Propongo una hora sola por semana, a diferencia de las dos que ocupaba el curso el año pasado, porque espero que trabajando seriamente los estudiantes fuera de clase, será posible recorrer todo el programa, si además se cuenta con asistencia regular.

Atentamente.

Pedro Henríquez Ureña

El ofrecimiento denota la generosidad del oferente respecto de su tiempo y la apertura positiva a la menor inquietud seria del alumnado. El Consejo Académico, en sesión del 21 de abril de ese año, resolvió acordar el funcionamiento del curso libre de Filología propuesto y autorizar al Decano en lo relativo a su organización.

También han sido desconocidas por los biógrafos de P. H. U. otras tareas universitarias, al margen de la cátedra, desarrolladas en la Universidad platense. Así, por ejemplo, las que hacen al gobierno de la Facultad de Humanidades. El 6 de junio de 1936, una asamblea mixta de profesores y alumnos lo elige Consejero Académico Suplente por el período 1936-1940. El 7 de julio de 1938, se incorpora al Consejo Académico, en reemplazo del doctor Augusto Cortina, hasta la terminación del mandato. Y el 16 de junio de 1945, una nueva asamblea mixta lo elige ahora Consejero Académico Titular por el período 1945-1949. Pero el 3 de mayo de 1946, cesa junto con todos los miembros al ser intervenida la Universidad. Asistió así, con su ponderada opinión, al gobierno de aquella Casa de estudios que le diera cobijo desde temprano, y que se honraba y enaltecía al contarlo entre sus docentes.

En oportunidad de su designación como Superintendente General de Enseñanza de su país natal, desde 1931 a 1933, la Facultad le otorgó licencia con goce de haberes, eximiéndolo de toda obligación (Resolución del 26 de abril de 1933 del H. C. A.). Al reanudar sus actividades,

a su regreso, en 1934, la Facultad le encomienda, por nota del Decano, de fecha 6 de abril, uno de los Cursos de Iniciación Cultural, que organiza la Universidad, para lo cual se lo exime de sus obligaciones como Profesor Suplente (H. C. A., Res. del 26 de abril).

El 4 de septiembre de 1940, Henríquez Ureña solicita una nueva licencia al Decano, doctor Juan E. Cassani. La razón que la motiva, es la mayor satisfacción de la vida docente del dominicano:

Señor:

Me dirijo al señor Decano para rogarle se sirva concederme licencia desde el 15 del presente mes, hasta el 31 de mayo próximo en el cargo de Profesor Suplente de Literatura de la Europa Septentrional, en virtud de habérseme invitado a dar un curso en la Universidad de Harvard.

Saludo al señor Decano con mi más distinguida consideración.

Pedro Henríquez Ureña

* * *

Arrieta, en su artículo citado, comenta aquella invitación: "Una tarde, mientras tomábamos examen y él presidía, me deslizó un sobre a escondidas; el brillo que percibí en sus ojos confirmaba la sorpresa: era la invitación de Harvard a ocupar con un curso de su especialidad la cátedra Charles Eliot Norton, de prestigio mundial, que había contado en años anteriores con las presencias del helenista Gilbert Murray, del físico Alberto Einstein, del músico Igor Stravinsky" (op. cit. p. 97).

El H. C. A., en sesión del 30 de septiembre de 1940, al tiempo que concedía la licencia solicitada, encomendaba al Decano "haga llegar al doctor Henríquez Ureña su efusiva felicitación por el homenaje que le tributa, invitándolo, la ilustre Universidad de Harvard". Vuelto al país, retomará sus clases en 1942, ya que fue eximido de sus tareas docentes en la Facultad por lo que restaba de 1941, a su retorno.

2. OTRAS ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Al margen de la facultad de Humanidades, aunque emergentes, en parte, de ésta, y siempre en el marco universitario P. H. U. desempeñó otras actividades que tampoco han registrado quienes se han ocupado de sus días platenses. Decíamos que en 1934 el Decano le encomienda uno de los Cursos de Iniciación Cultural. Precisemos de qué se trata. En 1933, el ahora rector Levene –su antiguo Decano– crea la llamada Escuela Libre de Cultura Integral y Cursos para Periodismo. Dicha Escuela no daría título sino certificado de estudios a los que aprobaran determinadas asignaturas de los planes de ciertas carreras de las Facultades de Humanidades y de la de Ciencias Jurídicas y Sociales. El Círculo de Periodistas de la provincia de Buenos Aires, presidido por el doctor Manuel Eliçabe, propició dichos cursos y propuso la creación de otros, a cargo de periodistas experimentados. Fueron profesores de estos cursos algunas personalidades extranjeras, visitantes de nuestro país o especialmente invitados, y el plantel de los docentes de la Universidad. Es interesante recordar nombres y temas, para que se advierta el nivel de los mismos. En el primer trimestre de 1934, participaron: José Vasconcelos, "Sociología iberoamericana"; José Oría, "Panorama del periodismo contemporáneo"; Carlos Heras, "La organización nacional. 1852-1862"; Luis Guerrero, "Corrientes actuales de la estética"; Enrique Loedel Palumbo, "Significado filosófico de la física actual"; Ernesto de la Guardia, "Los grandes maestros de la música de cámara". En la segunda parte o trimestre: José María Ots, Manuel García Morente, "Definición de las épocas modernas de la historia"; Arturo Capdevila, "El periodismo argentino entre los años 1820-1830"; Francisco Romero, "Filosofía y pedagogía"; José Santos Gollán (h), "La vocación y aptitudes para el periodismo" y el de Pedro Henríquez Ureña sobre "Literatura contemporánea de la América española"[2]. En el *Boletín de la Universidad Nacional*

2. "Literatura contemporánea de la América española. Resumen de la lección primera", en *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, t. XVIII, nº 5, 1934; U. A. la recoge, pero confunde el año, pues la da como de 1935, v. pp. 283-287; O. Comp., VII, pp. 17-24.

de la Plata, en que se comentan estos cursos, se recoge también un par de páginas de P. H. U., que se encabezan con el título del curso y una aclaración: "Resumen de la lección primera". Gracias a ese mismo *Boletín* pudimos rescatar el programa total de dicho curso, que no figura en ninguna de las referencias a P. H. U. Es éste:

LITERATURA CONTEMPORÁNEA
DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA
Programa total del curso

Prof. Pedro Henríquez Ureña

I. La época del "modernismo". Sus dos períodos. Primer período. El movimiento en México, Cuba, la América Central, Colombia y Venezuela. Las revistas, la "vida literaria". Los escritores viajeros. Influencias europeas y cosas de América.
II. El segundo período del "modernismo". La Argentina y el Uruguay como nuevos centros. Uniformidad del movimiento. Su extensión a España.
III. Del "modernismo" a la "vanguardia". Prolongación, transición, renovación. Orígenes del movimiento de "vanguardia". Influencias europeas y cosas de América. Indigenismo y criollismo. Problemas sociales y políticos.
IV. La novela. Antecedentes de la novela en la América española. Los novelistas del siglo XIX. Campo y ciudad. Crisis y revoluciones. Excepciones: la novela de asunto colonial; la novela poema.
V. El teatro. Antecedentes del teatro en la América española. El siglo XX. Argentina y Uruguay. La situación actual del teatro.
VI. El ensayo. La crítica y la historia. Los estudios filosóficos. Los problemas de América.

(*Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, t. XVIII, nº 5, 1934)

***

Es lástima que no se haya preservado la totalidad de las lecciones del curso trimestral. El resumen de la clase primera es lo único que se ha rescatado de él; sólo se alcanza en estos apuntes a establecer los dos momentos del modernismo, su tentativa periodización y los dos epicentros del mismo. Atendamos al entrecomillado de los términos "modernismo" y "vanguardia" cada vez que los escribe en su programa. Ninguno de los dos satisfizo a P. H. U. Demos un ejemplo. Al año siguiente de este curso, publicaba en *La Nación* de Buenos Aires (domingo 31 de marzo de 1935, 2a. sec. p. 1) una reseña de la *Antología de la poesía española e hispanoamericana* 1882, a 1932. Madrid, 1934, con el título de "Poesía contemporánea". Para la poesía, la antología del maestro español cubría el período elegido por P. H. U. para el desarrollo de su curso, cincuenta años de América –y de España, además en Onís–, en esa recensión anota: "En cincuenta años dos revoluciones largas y violentas agitan y trastornan la poesía; dos veces se cambian las actitudes espirituales, los temas, el vocabulario, las maneras del verso. Tanto aspiraron a ser totales las dos revoluciones, que ni siquiera se les dieron nombres eficaces: a la una se le llamaba modernismo, a la otra se le llama vanguardia". Y, más tarde, insistirá en *Corrientes*: "...una nueva tendencia en nuestra poesía, conocida más tarde bajo el incoloro título de *modernismo*" (p. 169) y "Hasta el nombre del movimiento (ultraísmo) se cambió por un término más vago y general, el de *vanguardia*" (p. 194). Tampoco la designación, aún más despistadora, de "postmodernismo" le conformó; en la reseña de Onís, dice: "el *post-modernismo*, que yo prefiero llamar la disolución del modernismo".

Denominaciones aparte, advirtamos cómo ha avanzado, en la apreciación crítica de P. H. U., el esquema clarificador de la evolución literaria hispanoamericana desde el modernismo a ese presente de la década del treinta si comparamos el programa de "Literatura Argentina y Americana" de 1925, presentado al Instituto del Profesorado de Buenos Aires, en sus bolillas 7 a 15. En apuntes de ensayo, en señalamientos de

ensayos, se ha ido perfilando gradualmente su pensamiento crítico hasta plasmar, con clara definición, los dos períodos del modernismo y sus centros de irradiación. Sin lugar a dudas, las tres primeras bolillas del programa platense de 1934 son la más reveladoras de este proceso que concluye en la síntesis de lo dos últimos capítulos de *Corrientes*. El resumen de la "primera lección" es densísimo y se muestra como el esqueleto sobre el que han de armarse los dos capítulos finales que mencionabámos. Indudablemente, P. H. U., en cursos sucesivos, en exposición oral, siempre más abierta a las aclaraciones marginales necesarias, fue puliendo la materia y conformándola, o por ser más justos, por descubrir su *forma* interna. Allí, en la primera clase señala que, estilísticamente, puede determinarse "al hombre que escribe después de 1896". Distingue los dos períodos 1882-1896, 1896-192...; marca el desplazamiento del centro de influencia de la América española septentrional a la América meridional; señala cómo algunos de los escritores de la segunda generación romántica parecen hombres de transición, pues son precursores del cambio inminente; fija en 1882 y el *Ismaelillo* y obra de Martí la iniciación del modernismo y el cierre de un primer estadio en el Darío de *Prosas profanas* y, finalmente, y quizá lo más rico en cuanto a sugerencias que estas cuatro páginas contienen, son los siete puntos en que se demarcan "los caracteres distintivos del nuevo movimiento, con relación al romanticismo". Estos siete puntos se harán, en ensayistas y críticos posteriores, botas de siete leguas, al abrirles posibilidades de verificación detallada en obras y autores de lo que aquí se presenta en ceñidísima pero sugerente enunciación. Es materialmente imposible decir y sugerir más en espacio tan estrecho como lo ha hecho P. H. U. en las cuatro páginas que resumen su lección liminar del Curso de la Escuela Libre de Cultura Integral.

La primera participación de P. H. U. en estos ciclos de la Escuela Libre de Cultura Integral, se dio en 1933, como conferenciante. En la programación del año figuran tres exposiciones: una de ellas de Ernesto de la Guardia, sobre "Wagner a través de sus obras"; las otras dos, tenían por objeto celebrar el Día de la Raza: "El Archivo de la Palabra" de

Amado Alonso y "Raza y cultura hispánica" de P. H. U. Ambos textos fueron recogidos en el *Boletín de la Universidad*[3]. También en dicho Boletín, en la entrega conmemorativa del cincuentenario de la Biblioteca Pública de la Universidad, que reúne varias colaboraciones sobre historia, secciones y características de dicho repositorio, recoge la colaboración de nuestro autor: "La colección latinoamericana"[4], sobre la sección correspondiente de la Biblioteca. Señala en ella el propósito de las autoridades de convertir la colección hispanoamericana en la más importante del país, apoyada en los fondos bibliográficos de Francisco de Paula Moreno, Antonio Zinny, Nicolás Avellaneda y los aportes de Carlos Vega Belgrano. Contrasta la exigüidad de nuestros centros bibliográficos en materia especializada con el panorama previo trazado por él de las bibliotecas norteamericanas, particularmente, y luego, algunas españolas, alemana (la donación de Ernesto Quesada) y aún la de la Biblioteca Nacional de Chile. En nuestro país, señala como repositorios particulares los de Mitre y Juan María Gutiérrez. Como se ve, casi una década después de aquellas notas de *Valoraciones*, "Organicemos nuestra cultura. Las bibliotecas", las falencias –las ausencias sobre todo– se mantenían en nuestros organismos oficiales.

En el mismo número del *Boletín*, Amado Alonso se ocupó de la sección cervantina; Arrieta, de la literatura europea y Ernesto Nelson, de la norteamericana.

El *Boletín* universitario recogió un texto más de P. H. U. Con motivo de la visita del presidente del Brasil, don Getulio Vargas, en retribución de la que cumpliera el primer mandatario argentino Agustín P. Justo, el rector de la Universidad, doctor Levene, dictó una resolución de fecha 15 de mayo de 1935, en cuyo artículo segundo establecía: «Realizar un acto de transmisiones radiotelefónicas –por Radio Universidad– en que hablara el doctor Faustino F. Legón, profesor de la Fac. de C. Jurídicas y

---

3. "Raza y cultura hispánica", en *Boletín*..., t. XVII, nº 2, 1933; recogida en *P. A.*, 45-54; *U. A.*, pp. 12-17; *O. Comp.*, VI, 271-279.

4. *Boletín*..., t. XVIII, nº 4, 1934; *U. A.* pp. 75-78.

Sociales, sobre "La nueva constitución política del Brasil"; el doctor Pedro Henríquez Ureña, profesor del Colegio Nacional, sobre "Las letras brasileñas"[5] y el señor Angel Herrera, profesor del mismo Colegio, sobre "Brasil económico". Y se irradiará una selección de música brasileña». Las disertaciones radiales fueron recogidas en el *Boletín*.

La última participación docente especial, al margen de sus clases regulares, de don Pedro se constituyó con un curso, dictado en 1943, integrante del programa de "Cultura universitaria". El proyecto de este curso nace con el doctor Alfredo Palacios, como rector; la idea era brindar con él una base común a los estudiantes de todas las carreras de la Universidad, para retomar el sentido unitivo del saber. En el programa participaron: Francisco Romero, "La cultura moderna: sus grandes etapas"; Eugenio Pucciarelli, "El pensamiento científico"; y el curso de P. H. U. quien eligió como tema "Figuras ejemplares de la cultura americana". Damos a conocer el programa del dominicano, no registrado por ninguno de sus biógrafos:

FIGURAS EJEMPLARES DE LA CULTURA AMERICANA[6]

Curso a cargo del Dr. Pedro Henríquez Ureña

1. Los problemas de la libertad y la cultura de América.
2. Andrés Bello.
3. Bernardino Rivadavia.
4. Domingo Faustino Sarmiento.
5. Abraham Lincoln.
6. Eugenio María de Hostos.

---

5. "Las letras brasileñas", en *Boletín*..., t. XIX, nº 2, 1935; *U. A.*, pp. 363-365; *O. Comp.*, VII, pp. 117-120.

6. *Programas de los Cursos de Cultura Universitaria*. La Plata, Fac. de H. y C. de la Educación, U. N. L. P., 1943.

7. Manuel González Prada.
8. Justo Sierra.
9. José Martí.

* * *

Destinada a otro nivel no universitario, a las maestras de la Escuela Anexa de la Universidad, –dependiente de la Facultad de Humanidades, como centros experimentales, la Escuela y el Colegio, en dos niveles, P. H. U. dictó una conferencia titulada "Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común". Ejemplar por la sensatez de sus pautas, la claridad de los planteos básicos y lo orientador de sus sugerencias. P. H. U., frente a su público de docentes primarias, advierte que él no tiene experiencia en ese campo, pero por ser profesor de los primeros años del Colegio Nacional, que recibe el producto de la primera enseñanza, bien puede detectar aciertos y errores en su campo. Además, recuerda que, junto a Narciso Binayán, habían preparado *El libro del idioma*, que tan excelente aceptación alcanzara para el uso de 5º y 6º grados. Esta conferencia se editó en folleto de la serie pedagógica *Cuadernos de Temas para la Escuela Primaria*. Este trabajo fue muchas veces reproducido, en razón de su eficacia en los señalamientos. Con el sentido de difusión a público más amplio, que, hemos ya comentado, fue preocupación constante en él, lo resumió y adaptó para la índole de los lectores, en un artículo de *La Nación*, titulado"Letras y normas"[7].

3. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA REVISTA *HUMANIDADES*.

Otra forma de presencia de P. H. U. en la actividad universitaria platense fueron sus colaboraciones en la revista *Humanidades*, órgano de

7. *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común*. La Plata, Fac. de Humanidades y C. de la Educación de la U. N. L. P., 1930; "Cuadernos de temas para la Escuela Primaria", nº 20; O. C., pp. 659-669; O. Comp., VI, pp. 131-145.

la Facultad. En ella dio a conocer sus "Apuntes sobre la novela en América", así llamados y no "Apuntaciones", como las denominó más tarde[8]. Este ensayo, basado en un vastísimo caudal erudito, se ha mantenido, casi, inobjetable hasta nuestros días, salvo detalles. Prueba de ello es las veces que los *readers* sobre la novela hispanoamericana lo han incorporado a su volumen.

En él señalaba una realidad incipiente: el despertar, hacia 1926, de "una nueva era para la literatura de imaginación", ejemplificando aquel año con nuestro *Don Segundo Sombra* y el injustamente denostado *Zogoibi*. El mismo año 1926, escribe desde La Plata, el 24 de noviembre, a su amigo en México Eduardo Villaseñor: "He pedido a Güiraldes que envíe su *Don Segundo Sombra* a Genaro, a Xavier, a Daniel y a ti. Es el libro del año. Muy superior al *Zogoibi* de Larreta. Gran libro. ¿Conocen su preciosa *Xaimaca?* (...) Lo único que temo en *Don Segundo* es que el lenguaje resulte ininteligible: demasiado gaucho... Lamentaría que ese pequeño detalle les estorbara en un libro tan fuerte. *Don Segundo* es un libro hombre, como *Xaimaca* es mujer" (O. *Comp.*, VI, p. 435), cierra con linda distinción.

En 1928 publica en la misma revista las "Notas sobre literatura inglesa"[9], en las que reunía tres trabajos previos, ya publicados y algo retocados al reunirlos en haz. En el dedicado a Jane Austen quiebra una caña en favor de la autora de *Orgullo y prejuicio*, –quien jamás se confunde con el mundo que pinta, al que contempla desde su belvedere– frente al juicio despectivo de Madame de Staël. La segunda de las notas la destina a revisar las apreciaciones de Menéndez Pelayo sobre la literatura inglesa,

---

"Letras y normas", en *La Nación*, Buenos Aires, Revista Semanal, domingo 18 de enero de 1931.

8. En *Humanidades*. La Plata, Fac. de H. y C. de la Educación, U. N. L. P., 1927, t. XV, pp. 133-146; en O. C., pp. 618-626; en *U. A.*, pp. 180-190; O. *Comp.*, VI, pp. 69-83.

9. En *Humanidades*, La Plata, Fac. de H. y C. de la Educ., U. N. L. P., 1928, t. XVIII, pp. 103-122. Todo el material es anterior. V. bibliografía de Speratti-Piñero.

las que considera la parte más débil de su meritoria *Historia de las ideas estéticas*. La última de las notas es sobre Shaw, también páginas críticas anteriores a su venida a la Argentina. Tres años más tarde desarrollará todo un curso, en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, sobre su releído autor de *Pigmalión*.

La revista universitaria tiró separatas de estas *Notas*. Su lectura dio pie a una dura crítica de un reseñista de *Nosotros*: M. López Palmero. El agresivo comentario crítico, que se dirigía a combatir, supuestamente, la segunda de las apuntaciones de P. H. U., sus reparos a don Marcelino, generó, a su vez, una respuesta por parte del autor del trabajo universitario. Como es material que no ha sido considerado hasta hoy, lo transcribiremos en lo más significativo. López Palmero abre así su recensión:

Pedro Henríquez Ureña, profesor que fue de la Universidad de Minnesota, actualmente catedrático de la Facultad de Humanidades de La Plata, tiene motivos más que suficientes para conocer bien el inglés y para ser dueño de una envidiable cultura literaria inglesa. A tanto llega su grado de información en estas cuestiones que, entre nosotros donde se pueden contar con los dedos de la mano los escritores que conocen inglés, no se la puede discutir su plaza de erudito. Probado y más que probado está en las notas sobre Jane Austen y sobre Bernard Shaw.

Lo está también en la nota más larga del fascículo, la que lleva por título "Al margen de la *Historia de las ideas estéticas*", y cuya lectura me ha impulsado a escribir estas líneas.

El autor de la interesante obra sobre versificación castellana, pertenece al grupo que dirige en España Menéndez Pidal, eminente filólogo cuyo trabajo viene haciendo tanto bien a la literatura española. No se puede hablar de él ni del sabio grupo de hombres que le rodean sin veneración. Pero el reconocimiento de sus grandes méritos no excluye la puntualización de sus pequeños defectos, entre los cuales encuentro uno que me es francamente antipático: el ataque sistemático a don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Se trata de un antagonismo curioso, de una enemiga constante entre una escuela científica que se basa y se queda en el cultivo de lo minucioso frío y de un temperamento que continúa la línea de los grandes humanistas europeos, que vive en el mundo de las grandes ideas y que contempla las cosas con ojos y desde planos distintos a los que disponen sus contrarios. Don Marcelino no fue filólogo y pudo muy bien equivocarse en cuestiones de filología. No lo fue porque estaba por encima de esa ciencia y bien que manifestó, cuando correspondió hacerlo y con la grande nobleza y sinceridad de su espíritu, la admiración que le provocaba la obra de Menéndez Pidal. Mirar las cosas desde la altura no es lo mismo que mirarlas desde bajo la tierra y desde la altura miraban los ojos de don Marcelino. Su pecado ha sido ver mucho, verlo bien y decir sobre ello la palabra definitiva.

Se trata, ahora, de buscarle errores. Alguien encontró ya, porque miraba desde su plano, que se había equivocado en su juicio sobre Góngora. Otros han sacado a relucir fechas imposibles, nombres inexactos. Pedro Henríquez Ureña le busca hoy faltas de información o debilidades de criterio en sus opiniones sobre escritores ingleses.

Comienza por dárselo todo, para ir quitándole luego cosas que van dejando ese todo sin asentamiento. Analiza y transcribe algunas de las apreciaciones de P. H. U., para concluir:

Lo bueno de la cuestión es que Henríquez Ureña, como la mayoría del grupo filológico, admira a Menéndez y Pelayo. La lucha literaria exige otra cosa, y ahí están todos dispuestos. La sombra del gran polígrafo es una cosa tan inmensa que estorba.

(*Nosotros*, a. XXIII, t. 65, nº 243-244, agosto-septiembre de 1929, pp. 394-396).

En el número siguiente de *Nosotros*, el 245, la revista publica una carta de P. H. U. en respuesta a las consideraciones de López Palmero:

La Plata, 25 de octubre de 1929.

Señores Directores de *Nosotros*.

Queridos amigos:

En la reseña de mis *Notas sobre literatura inglesa*, publicada en el número último de *Nosotros*, el señor López Palmero –muy amable en sus otras apreciaciones– me atribuye uno de los "pequeños defectos de la escuela de Menéndez Pidal: el ataque sistemático a don Marcelino Menéndez y Pelayo". Aclaro: ni Menéndez Pidal ni su escuela atacan (o atacamos, ya que se me hace el honor de incluirme en el grupo), ni sistemática ni esporádicamente, la obra del gran maestro de la historia literaria en España. "Siempre hemos de partir de su nombre al hablar de literatura" dice Menéndez Pidal en *La primitiva poesía lírica española*. ¿Que a veces se le hacen rectificaciones? Es inevitable: el continuo movimiento de la investigación lo exige. Pero es pueril creer que obedecen al deseo de empequeñecer la obra gigantesca. Y nadie censura al maestro porque no haya sido filólogo: no era esa su profesión, y sería tan irracional reprochárselo, como reprocharle que no haya sido astrónomo o biólogo. En cuanto a mí, lejos de atacarlo, lo he defendido contra las censuras de mi excelente amigo Azorín: la defensa está en el libro *En la orilla. Mi España* (1922). Y por fin, mis observaciones "Al margen de la *Historia de las ideas estéticas*", que forman parte de las *Notas sobre literatura inglesa*, son un trabajo juvenil, escrito en 1912, en vida de Menéndez Pelayo, con quien me encontraba en relación epistolar: las escribí con la modesta aspiración de que lo incitaran a ampliar sus capítulos sobre la estética inglesa. Pero el maestro no llegó a conocerlas, porque murió aquel mismo año. Ahora, no teniendo otro trabajo extenso que ofrecer a la revista *Humanidades*, las abrevié y retoqué ligeramente. En ellas se dice todavía que "admirable por su ciencia, don Marcelino Menéndez y Pelayo lo fue aún más por el vigor de su espíritu, en perpetua plenitud y en renovación constante. Su *Historia de las ideas estéticas en España* me parece su obra

maestra. Es la mejor historia de la crítica, dice George Sainsbury en la suya. Es la mejor historia de la estética, dice en la suya Benedetto Croce"... ¿Mi censor preferiría que, en vez de esas notas, se publicaran *obras orgánicas*? Yo también lo preferiría. Pero ¿qué hemos de hacer los que vivimos abrumados por las horas de clase? Suyo.

Pedro Henríquez Ureña[10]

(*Nosotros*, Buenos Aires, a. 23, t. 66, nº 245, octubre de 1929, pp. 144-145).

La última de sus colaboraciones en *Humanidades* es el extenso ensayo sobre "El lenguaje"[11]. Según lo aclara en nota, "las páginas que siguen son apuntaciones para la preparación de un manual filológico, en que colaboraré con Amado Alonso". El proyecto nunca se concretó. Tal vez su origen estuviera en la serie de artículos que, con el título de "Breves nociones de filología" publicó en *Panfilia*, de Santo Domingo, en 1923. Dos años después, en carta del 6 de enero de 1925, decía a Alfonso Reyes desde La Plata: "Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología, pero ese quiero mandarlo a España: estuve enseñando –privadamente, a pedido de muchachos estudiosos– filología, y me entró al fin la comenzón

---

10. "Soy admirador devoto de don Marcelino Menéndez y Pelayo", dice en el ensayo "La Inglaterra de M. Pelayo", que es la nota que retocó y republicó en 1928; recogida en O. *Comp.*, II, p. 183.

"Puedo asegurar a usted, señor, que aquí se ama y se admira su labor, y que por ella, más que por otra, se ha vuelto a comprender la significación de la literatura española", carta a M. Pelayo, fechada en México, 15 de febrero de 1911, en O. *Comp.*, II, p. 383.

(Los prólogos escritos para la *Antología de poetas hispanoamericanos* de M. Pelayo) "constituyen el mejor libro escrito hasta ahora, aunque incompleto, sobre las letras castellanas del Nuevo Mundo", en O. *Comp.*, II, nota 2 de p. 314.

11. En *Humanidades*, La Plata, 1930, t. XXI, pp. 107-125; se publicó separata, 21 pp.; se reprodujo en el *Bol. de la Academia Dominicana de la Lengua*, 1946, nº 21; en O. *Comp.*, VI, pp. 111-130.

de escribir"[12]. El mismo año que tomaba a su cargo la cátedra de la materia en La Plata, aparece su colaboración sobre la disciplina en *Humanidades*. Las páginas de este trabajo muestran que pretenden ser de iniciación, por el tono expositivo didáctico de conceptos fundamentales; resumen una densa y variada bibliografía de base. Resultan una clara distinción de cuestiones que aborda: los campos de la filología y la lingüística, la función normativa de la gramática, el estudio científico del lenguaje y otros apartados. Lo más personal –si así puede hablarse respecto de un trabajo de síntesis– tal vez sea el capitulillo "Las complejidades de los hechos lingüísticos", en el que ejemplifica, al comienzo, con la realidad idiomática de España, para desplazarse a nuestra propia realidad lingüística argentina, insistiendo en la falacia de precipitadas generalizaciones sobre nuestro lenguaje: "En la ciudad de Buenos Aires se encontrarán capas superpuestas, como en Madrid, hasta llegar a los barrios bilingües, donde el español se contamina de napolitano o de *yiddish*, y al barrio de la Boca, centro de irradiación de la jerga lunfarda, cuya influencia se extiende a toda el habla vulgar y se infiltra, en gotas, hasta el habla culta. Y sabido es que la diferencia entre el idioma escrito y el hablado resulta mayor en América que en España; aún el de las cartas, que cabría considerar intermedio entre el oral y el literario, posee sus peculiaridades en la Argentina: así, en él se procura usar el *tú* y no el *vos*. Pero el literario no es estrictamente idéntico al de España; existe el matiz argentino, fácil de advertir en los escritores *descuidados*, sutil pero real en los escritores cuidadosos: se observa, cuando no en otra cosa, en la preferencia que se concede a unos vocablos sobre otros" (p.117).

12. En O. *Comp.*, V, p. 326.

CAPÍTULO IX

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, PROFESOR EN BUENOS AIRES

I. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN EL INSTITUTO DEL PROFESORADO DE BUENOS AIRES (1925-1946).

Cuando P. H. U. ha puesto casa en La Plata, en enero de 1925, para aliviar su fatigoso viaje hasta el Colegio Nacional, surge la posibilidad de trabajar en Buenos Aires. Se le abren las puertas del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, en el cual ha de trabajar por veintiún años, hasta el día de su muerte. Es el segundo ámbito docente al que se incorpora. Ingresó en él el 12 de mayo de 1925, con una asignación mensual de $119,70 real; nominal: $126. La cátedra que asume es la de "Literatura Argentina y Americana", como se denominaba a esta materia del tercer año de estudios. En ella se siente a sus anchas. Traza un programa propio, que fuera editado, ese mismo año de su asunción, en folleto, [1] y que reproducimos en apéndice para ilustración de los lectores,

1. El folleto con el programa, editado ese mismo año de 1925, lo agregamos en apéndice a este trabajo.

El legajo del Instituto del Profesorado en menos detallado que los del Colegio Nacional o la Facultad de Humanidades de La Plata.

y porque de sus características se pueden extraer algunas consideraciones. La periodología de la literatura hispanoamericana –si la consideramos a la luz de *Corrientes*– no está aún calibrada. Por ejemplo, la unidad temática 2 correspondería por su contenido y delimitación, al cap. III de *Corrientes*: "El florecimiento del mundo colonial" (1600-1800); la 3, al siguiente, IV) "La declaración de la independencia intelectual" (1800-1830); pero la unidad 4, se titula "El período de la organización nacional" y comprende: "La aparición del romanticismo en literatura. En Argentina: desde la independencia hasta la caída de Rosas". En tanto en *Corrientes*, el cap. V, "Romanticismo y anarquía" (1830-1860) es el que corresponde a aquel lapso, en tanto que llama "El período de la organización" (1860-1890) al siguiente (cap. VI). En el programa de 1925, la unidad 5 es la que cubriría este segmento: "Las nuevas orientaciones después de 1850. Evolución de la literatura hasta 1875". No cabe duda que no fue feliz la designación de la unidad temática 4 como "período de organización nacional", sobre todo porque la unidad anterior agotaba la época rivadaviana; quedaba, pues, la materia, a partir de la anarquía política. En 1925 distinguía, tentativamente, estos períodos, a partir de 1850: 1) 1850-1875, 2) 1875-1882 "Período de transición hacia la época llamada modernista" (Montalvo y Zorrilla de San Martín), 3) 1882-1896, desde Ismaelillo a la "culminación del llamado modernismo" con las *Prosas profanas*, 4) 1896-1916, trazado sobre Darío, "renovación del poeta", "la nota personal en sus últimos quince años". Vemos que ya se apunta la periodización interna del modernismo que trazará años después. El paso intermedio entre el programa de 1925 y el plan de *Corrientes*, lo constituye, para el lapso 1882-1930, el programa del curso de La Plata de 1934. El peso que en 1925 da "al llamado modernismo" (como dice, reacio a la denominación) se deduce por el hecho de cederle seis bolillas en un programa de quince. Claramente destina una bolilla a cada *iniciador:* Martí, Casal, Silva y Gutiérrez Nájera; una al maestro de la "ética del devenir", Rodó y una final a Darío, con sus dos momentos.

Cabe destacar una nítida discriminación que P. H. U. estableció desde, por lo menos, los veinte años, y que, con el tiempo irá puliendo y

definiendo con mayores matices; y esta discriminación que decimos no es debidamente fechada, tomándola de *Corrientes*, es decir, casi cuarenta años posterior. La distinción a que nos referimos es la de *precursores e iniciadores* del modernismo. En 1904, en su trabajo "Reflorescencia" (*La Cuna de América*, Santo Domingo, nº 77, 18-XII-1904) escribe, al hablar de modernismo: "reflejo puro de la individualidad psíquica de los pueblos hispanos del Nuevo Mundo, movimiento del cual fueron precursores Zorrilla de San Martín y Pérez Bonalde, e iniciadores y corifeos, ayer y hoy, Casal, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío, Martí, Díaz Mirón, José A. Silva, Almafuerte, Lugones, Amado Nervo y Leopoldo Díaz" (O. *Comp.*, I, 184); y, al año siguiente, separa aún más nítidamente las aguas, en su ensayo sobre "El modernismo en la poesía cubana" (1905): "Cuba es la patria de dos de los cuatro iniciadores del movimiento modernista en la poesía americana: Casal y Martí, copartícipes en esa gloria con Rubén Darío y Gutiérrez Nájera" (O. *Comp.*, I, 164). Se ha despejado el terreno, pero también ha olvidado a Silva. Con los años, ratificará la idea de cinco iniciadores, uno de los cuales, Darío, tempranamente, en 1896, queda solo en escena pues han muerto para entonces Martí, Casal, Silva y G. Nájera; e irá incorporado nuevas propuestas de "precursores".

La literatura argentina, en el programa de 1925, es considerada en panorama tripartito –prosa, poesía y teatro– desde 1890 a lo contemporáneo inmediato, p. ej., *El libro de los paisajes* de Lugones, cuya lectura se señala como texto de ejemplificación, es de 1917. Quedaría así aproximado el contenido de las tres últimas bolillas del programa, al contenido y lapso del cap. VII de *Corrientes*, "Literatura pura (1890-1920)".

En el Instituto del Profesorado dictaba tres horas semanales. Su legajo dice que cubrió licencias por dos horas más, entre el 4-6-1925 y el 28-2-26, sin especificar en qué asignatura. En 1930 dictaba tres horas de Literatura inglesa; el tema elegido para ese año fue "El teatro inglés"[2].

---

2. Fue suplente de Literatura de la Europa Septentrional, o Literatura inglesa, como una vez le llama, desde el 1-5-1930 al 17-6-1931. Hay nota del 14-4-1930, solicitando al Director de la Sección de Inglés del Instituto, en préstamo, las siguientes obras: A. W. Ward, *English*

Ratificamos este dato que no figura explícito en el legajo, gracias a una carta a Eduardo Villaseñor, del 26 de abril de 1930: "En Buenos Aires enseño en el Instituto del Profesorado Secundario, Literatura Argentina y Americana, interinamente, Literatura de la Europa Septentrional: este año doy "El teatro inglés"[3]. Hay, incluso, una referencia del mismo P. H. U. de que en el mismo año 1930 se le ha confiado Literatura Medieval: "Y se me ha agregado Literatura Española Medieval en el Instituto del Profesorado, junto con la Literatura Septentrional (teatro inglés) y la Hispanoamericana"[4]. En 1936, por un par de meses, reemplaza a don Angel José Battistessa en el segundo curso de Lengua Castellana y Ejercicios de Idioma (sintaxis y estilística)[5]. A su vez, Julio Caillet Bois lo reemplazará durante su viaje a Harvard y un par de meses en 1943[6].

En el Círculo "Arnoldo Crivelli", constituido por graduados del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, dirigió un equipo de trabajo, en labor de seminario, sobre "La literatura en los periódicos argentinos". Participaron del equipo las profesoras Dora Guimpel, María Muñóz Guilmart, y Sara Jaroslavsky. El proyecto arranca desde los orígenes del periodismo argentino en 1801, con el venerable *Telégrafo Mercantil* hasta entrada la década de 1820-1830, con los periódicos del infatigable e interesantísimo Fray Francisco de Paula Castañeda. Los resultados del equipo de investigación fueron apareciendo en entregas

---

Dramatic Literature, t. I; E. K. Chambers, *The Medieval Stage*, I y II; *Minor Elizabethan Drama*, I y II y Saintsbury, *A short history of English Literature*.

3. En O. *Comp.*, VI, p. 437.

4. A Alfonso Reyes, 20-5-1930, en O. *Comp.*, VI, p. 423.

5. Reemplazó a A. J. Battistessa desde 19-11-1936 al 16-12-36.

6. Julio Caillet Bois reemplazó a P. H. U. en dos ocasiones: desde el 16-11-40 al 31-5-41 y del 16-8-43 al 31-10-43.

Con fecha 29-2-36 solicita, al rector Dr. Oliverio Tracchia, licencia por la operación de su hija menor de apendicitis, en Miramar, y en otras notas solicita ampliación de la misma por las complicaciones que se presentaron en la operación, y que ya conocemos por notas simultáneas al Colegio Nacional.

sucesivas de la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*[7]. P. H. U. definía así el alcance del proyecto:

LA LITERATURA EN LOS PERIÓDICOS ARGENTINOS

La prensa de Buenos Aires, en sus comienzos, como la de México y la de Lima, que le precedieron, tuvo fisonomía especial, muy diversa de la que presentan los diarios actuales: las simples noticias ocupaban muy poco espacio; mucho, en cambio, la literatura, o los trabajos de información científica, o las cuestiones económicas, y, de la Revolución de Mayo, las políticas. Libros, propiamente hablando, no se publicaron hasta muy entrado el siglo; así que el modo mejor de seguir paso a paso el movimiento literario de la Argentina es registrar las publicaciones periódicas. Esta investigación, fácil no, pero llena de interés, la mantendremos hasta alcanzar la época en que la abundancia de publicaciones únicamente literarias –revistas y libros– revele que la prensa de carácter general ha perdido importancia como fuente de información sobre la literatura. Es verdad que dos periódicos, *La Nación* y *La Prensa*, concedieron siempre y conceden todavía amplio espacio en sus columnas a las letras desinteresadas, y que otros, de la capital o de provincias –no todos, ni con mucho– les dedican atención; pero la investigación sobre la literatura en aquellos dos grandes diarios sería largo esfuerzo: esperemos que ellos mismos se decidan algún día a darnos el índice de las colaboraciones y las reseñas de libros que llevan publicadas en tres cuartos de siglo.

Pedro Henríquez Ureña

---

7. El trabajo realizado se publicó en los números de la RUBA siguientes: tercera época, a. II, nº 4, octubre-diciembre de 1944, pp. 245-258; a. III, nº 1, enero-marzo de 1945, pp. 43-53; año III, nº 2, abril-junio de 1945, pp. 237-267; a. III, nº 4, octubre-diciembre de 1945, pp. 259-283; a. IV, nº 1, enero-marzo de 1946, pp. 85-124.

La empresa sugerida al cabo de la presentación habrá de ser emprendida por el meritísimo doctor Augusto Raúl Cortazar, quien, a la cabeza de un equipo, alcanzó a completar el índice de *La Nación*, desde su fundación hasta 1899. Lamentablemente, el otro equipo que trabaja en *La Prensa* no pudo concluir la labor paralela. Restan aún los años 1900 hasta nuestros días en ambos periódicos, y completar el que quedara suspendido sobre *La Prensa*.

El equipo que trabajó bajo la dirección de P. H. U. alcanzó a publicar los resultados del relevamiento completo de más de cuarenta periódicos argentinos, revisados en estricto orden cronológico, para facilitar, a otros, su continuación.

2. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (1930-1946).

La incorporación de P. H. U. al ámbito universitario porteño fue más tardía. Lo hizo después de ser profesor en el Colegio Nacional, en el Instituto Nacional del Profesorado y de la Facultad de Humanidades de La Plata. Según su escueto legajo personal –el más avaro en datos de los que hemos compulsado–, el 22 de marzo de 1930 se lo designa Secretario y Encargado de Fichero –esta es la designación real que consta– del Instituto de Filología, con una asignación mensual de $170 hasta el 31 de agosto del año siguiente; y desde esta fecha, asciende a $180. A tenernos por su nota –ya citada– al rector del Colegio Nacional, debió renunciar a este cargo, en 1936, por incompatibilidad. Lo que, por cierto, no significó el alejamiento de don Pedro del Instituto, en el que siguió trabajando con afán y eficacia, rodeado del afecto de sus discípulos hasta su muerte.

Hemos visto antes sus gestiones, desde 1922, ante Ricardo Rojas, personalmente, cuando visitó por vez primera el país con la delegación de México. Como, al año siguiente insiste epistolarmente a Alfonso Reyes para que lo recomiende frente a Américo Castro –a quien P. H. U.

conocía por su trabajo en el Centro de Estudios Históricos entre 1919 y 1920–, y ante Ripa Alberdi, sobre el mismo punto, y, finalmente, escribe a Castro sobre ello; no conocemos la respuesta. Había una limitación legal, pues el contrato debía ser "con europeo", como le advirtiera Rojas. Como se ve, las resoluciones lo detuvieron con fría letra, en La Plata, en Buenos Aires. Nada se nos alcanza de qué ocurrió –si hubo nuevos intentos y con qué resultados negativos– cuando el desempeño de Agustín Millares Carlos (1924) y Manuel de Montolíu (1925) al frente del Instituto. A partir de 1927, el nuevo director es Amado Alonso.

Por influencia de Alonso, es creado el cargo de Secretario del Instituto, en el cual se designa a P. H. U. Con el tiempo se va nucleando un grupo de excelencia dedicado a los trabajos filológicos: además de Alonso y P. H. U., figurarán Eleuterio F. Tiscornia, Angel Rosenblat, María Rosa Lida y su hermano Raimundo, Marcos A. Morínigo, Julio Caillet-Bois, Frida Weber, Berta Elena Vidal de Battini, Ana María Barrenechea, María Elena Suárez Bengochea, Raúl Moglia, Daniel Devoto, Ernesto Krebs, Juan Bautista Avalle Arce. La labor impulsada bajo la dirección de Alonso fue variada: diversas líneas de investigación, colecciones de publicaciones, la *Revista de Filología Hispánica* (desde 1939), traducciones, registros bibliográficos especializados, etc.

P. H. U. había publicado, desde 1925, en los *Cuadernos del Instituto de Filología*, con "El supuesto andalucismo de América" (I, nº 2, pp. 117-122), base sobre la que habría de levantar, con aportes suyos sucesivos, un trabajo de más envergadura *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América*, que se publicaría, como Anejo I de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, en 1937, recientemente inaugurada en el Instituto. Por accidentes de imprenta, el año anterior se había publicado el Anejo II, de dicha Biblioteca, que daba a conocer uno de los trabajos que más estimaba su autor: *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. En 1938, como Anejo III de la Biblioteca de Dialectología, se publica *Para la historia de los indigenismos. Papa y batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas*. El mismo año P. H. U. edita un conjunto de trabajos especializados en el volumen *El español en México*,

los Estados Unidos y la América Central (E. C. Hills, F. Semeleder, Charles Carrol Marden, Manuel G. Revilla, Aloys R. Nykl, Karl Lentzer, Carlos Cagini y Rufino José Cuervo), con anotaciones del compilador y editor, amplias y minuciosas. Y, su último aporte a la Biblioteca, y obra más ambiciosa, *El español en Santo Domingo* (1940)[8]

P. H. U. animaba un proyecto de *Diccionario histórico de los indigenismos americanos circulantes en el español*, que comentó largamente con Alonso y con Marcos Morínigo; de éste nos queda el testimonio: «Amado Alonso lo acogió con entusiasmo, pero no abundaban los investigadores y escaseaban los recursos. Por vía de entrenamiento para nosotros mismos, y de estímulo a los posibles interesados, recogió sus notas sobre *palabras antillanas*, en un artículo del mismo título que recogió en la *RFE*, en 1935, mientras yo publicaba el mío sobre "Las voces guaraníes del *Diccionario académico*", en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras* en el mismo año. De su posterior constancia en tal empresa son testimonios sus insuperables trabajos sobre "Papa y batata", "El enigma del *aje*", "Boniato y Caribe", que en 1938 fueron reunidos en un volumen bajo el título de *Para la historia de los indigenismos*»[9] Quedaba así trunca una empresa lingüística; el *Diccionario* pasaba a la lista de sus libros potenciales. Articulado con este proyecto, Alonso lo impulsaba a trazar una *Historia de los indigenismos americanos del español*, que sería, además, complementario del proyecto de Alonso sobre la *Historia del castellano en América*, obra también incumplida. Morínigo, respecto de la *Historia*, apunta:

---

8. Para una detallada precisión de la publicación de todos estos trabajos, algunos en forma independiente o simplificada para lectores corrientes, en revistas diversas (RFE, C y *Conf.*, *La Nación*, etc.) v. la bibliografía de Emma Susana Speratti Piñero, en O. C. Además, v. O. *Comp.*, en especial tomos VII, VIII y IX. Parte del material citado en el texto fue reeditado, en compilación de Juan Carlos Ghiano, por la Academia Argentina de Letras, citado más adelante.

9. Morínigo, Marcos: "P. H. U. y la lingüística indigenista", en *Programa de filología hispánica*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1959, pp. 107-114; lo cit. p. 110. Es el trabajo publicado en el vol. XXI de la *Revista Iberoamericana*. Homenaje a P. H. U. a los diez años de su muerte (1956).

"Desde el principio don Pedro lo consideró con calor (al proyecto). Con frecuencia hablaba de lo que tal historia debía ser. Iba madurándola en su espíritu. No una mecánica historia de palabras sino un capítulo de la vida espiritual de América"[10]. Lamentablemente, otro título para su "Bibliografía de sombras". Pero aunque no logró todo lo que planeara en aquel fructífero ámbito del Instituto, es densa la tarea y obra alcanzada. Pero, además, está la otra, la intangible e irrescatable: la orientación, la sugerencia para estudios y trabajos, el consejo, las correcciones a las tesis y estudios en trámite, de los colegas y alumnos del Instituto de Filología. Raúl Moglia, María Rosa Lida, su hermano Raimundo, el mismo Alonso, han dejado constancia de este generoso brindarse en la consulta y el diálogo. Esas páginas son conocidas y difundidas entre nosotros. Ellas, junto a tantas otras de las que asentamos en la bibliografía, pueden constituir un grueso tomo que salve aquel flanco perdidizo del humanista: su palabra orientadora frente al problema o la cuestión planteada. Pero más conmovedor que leer los testimonios de quienes lo conocieron, es leer los juicios del propio P. H. U. sobre sus discípulos. Ver, por ejemplo, la preocupación e insistencia con que gestiona ante Alfonso Reyes el envío de un tomo de las *Obras* de Sor Juana Inés de la Cruz que necesita Raimundo Lida para un trabajo suyo (v. O. *Comp.*, VI, p. 431 y 432); o el elogio admirativo con que los encarece frente a su amigo mexicano: "Él (Raimundo) y su hermana María Rosa, son prodigios. Saben griego, latín (ella versifica en latín), hebreo, alemán, inglés, etc. y han leído todos los libros" (ob. cit. p. 432). Junto a Raimundo, reseña el *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora, y recuerda la colaboración que su hermana le prestara para la preparación del prólogo a las tragedias de Esquilo, de la colección "Las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal".

En la misma Facultad de Filosofía y Letras, P. H. U. colaboró en otro Instituto, el de Literatura Iberoamericana –que hoy lleva su nombre– y, al cual estaba adscripto de manera honoraria. En el *Boletín* del Instituto

10. *Ob. cit.* p. 113.

de Cultura Latino-Americana, como se llamaba antiguamente al actual de Literatura Iberoamericana "Pedro Henríquez Ureña", publicó trabajos bibliográficos. En 1937 comienza, con título que prometía el conjunto, una "Bibliografía de la literatura de la América española", iniciada con la de Sor Juana Inés de la Cruz –en la que venía trabajando desde años atrás– y, al año siguiente, la de Juan Ruíz de Alarcón[11]. En 1939, en el mismo *Boletín* publica una "Biografía mínima: Eugenio María de Hostos. 1839-1939", en el centenario de su admirado "ciudadano de América". Era director del Instituto –fundado en 1931– el doctor Arturo Giménez

El mismo Giménez Pastor era el Profesor Titular de la cátedra de Literatura Iberoamericana, a la que se integrará como Profesor Adjunto, don Pedro, el día 6 de septiembre de 1936. En ese año, el Titular dictó un programa monográfico sobre "El indio como elemento literario", sin que se indique en él qué aspectos o puntos le correspondieron a su flamante colaborador. Pero no habrá sido sino estimulante, porque en 1939, Aída Cometta Manzoni, egresada entonces de la Facultad, publica su libro *El indio en la poesía de América española* (Buenos Aires, J. Torres, editores, 290 pp.), y no solo cita reiteradas veces los trabajos de P. H. U. que le han brindado aporte a su tema, sino que en la dedicatoria del libro leemos: "A mis padres. A mi maestro Dr. Pedro Henríquez Ureña". Y el maestro, en sus *Corrientes*, cita como lo más completo sobre el punto de que se ocupa, el libro de la discípula.

En 1939, los programas puntualizan que P. H. U. dictaba tres bolillas que correspondían a José Martí: Vida y obra. La literatura política. Oratoria y periodismo. Cartas y Las crónicas. El comentario de la actualidad. La crítica de artes y letras (*Programas*, 1939, p. 107; bolillas 8, 9 y 10). Al año siguiente, se ocupa de: 1) La cultura colonial de

---

11. En *Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americana*. Buenos Aires, Fac. de F. y Letras, UNBA, 1937, I, pp. 30-32 y 53-61; 1938, II, nº 7, pp. 67-70; nº 8, pp. 74-78; nº 10, pp. 97-103 y 125-128. Esta bibliografía se realizaba bajo la dirección de P. H. U.

La "biografía mínima", en BICLA, Buenos Aires, enero-febrero 1939, III, p. 133.

América. Autores: Balbuena, Alarcón, Sor Juana; 2) Los grandes virreinatos. Autores: Diego de Ojeda, Caviedes, Pedro Peralta, Barmuero, Concolorcorvo. En 1942 exponía sobre "Eugenio María de Hostos. Su vida. Su enseñanza. Sus obras. El estudio sobre *Hamlet*. *Moral social*. Los discursos a los maestros". El año próximo abordará "La métrica modernista. Su correspondencia con el sentido y el verbo líricos. La teoría de la métrica de Ricardo Jaimes Freyre. Las obras en verso de Darío posteriores a *Prosas profanas*". En 1944: "El *Arauco domado* de Pedro de Oña y El poema romántico del indio *Tabaré* de Juan Zorrilla de San Martín". Los dos años finales de su vida, dictó: "El problema de la novela en la época colonial. Las primeras novelas durante la independencia. *El Periquillo sarniento*". Esto es cuanto hemos podido reconstruir de la participación de P. H. U. en la cátedra de Literatura Iberoamericana. Arrieta, también profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, recuerda: "aunque no se le opuso allí el impedimento de la nacionalidad –para la cátedra–, tampoco llegó a ser titular, no obstante de haberse producido la vacancia del cargo y corresponderle el mismo"[12].

Desde aquella cátedra generó discípulos que con su opinión crítica y su obra personal convalidaron el respeto y la gratitud al maestro, y continuaron líneas de su búsqueda o de su inquietud, apoyándose en sus enseñanzas y trabajos. Así ocurrió con Emilio Carilla, alumno de la Facultad porteña entre 1935 y 1940; realizó su tesis doctoral, presentada en 1942, bajo la dirección de P. H. U. sobre un tema que siempre interesó al dominicano *El gongorismo en América*[13]. El discípulo ratificó, con disciplinada investigación, observaciones parciales del maestro, cubriendo vasto campo americano en su exhaustiva compulsa, dando coherencia

12. Arrieta, *op. cit.* p. 92. El impedimento de nacionalidad para la titularidad de cátedra era resolución interna de la Univ. Nac. de La Plata.

13. Carilla, Emilio: *El gongorismo en América*. Buenos Aires, Facultad de F. y Letras, 1946; esta obra mereció el Premio Nacional de Crítica y Ensayo 1946-1948. *Un olvidado poeta colonial*, Buenos Aires, Fac. de F. y Letras, 1943, es publicación del Instituto de Cultura Latino-Americana.

y articulación interpretativa a apuntamientos y datos aislados precedentes. La obra, publicada por la Facultad, apareció el mismo año de la muerte de P. H. U., 1946, como una forma impensada de homenaje y concreta prueba de que la enseñanza lo seguía, lo seguiría proyectando después de desaparecido. P. H. U. con nota de su mano recomendó la publicación de la tesis doctoral de su discípulo, como antes respaldara la edición del primer trabajo de Carilla, *Un olvidado poeta colonial* (1943).

De entre los discípulos aprovechados y los aprovechadores, Carilla es de los primeros. Nunca hubiera padecido la catástrofe del Deán de Santiago –el del ejemplo onceno de *El conde Lucanor*– porque la gratitud y el reconocimiento le son, desde joven, virtudes connaturales. Siempre tuvo muy en claro lo que le debía a su don Illán, mágico de Toledo, don Pedro Henríquez Ureña. Tres años después de la muerte de su profesor de literatura hispanoamericana y padrino de tesis, publicaba *Pedro Henríquez Ureña y otros estudios*[14], volumen que se abre con dos aportes sobre la persona y obra del dominicano. El primero, "Henríquez Ureña y nosotros", traza un cuadro de conjunto de la producción de P. H. U., de particular manera, la cumplida en nuestro país. El segundo, "El americanismo de Pedro Henríquez Ureña", destaca la constante esencial del autor. El mismo Carilla ampliará, en una orquestación más amplia, las propuestas de P. H. U. sobre el tema en comparación con la de ensayistas y pensadores previos y posteriores, en su libro *Hispanoamérica y su expresión literaria*. Recordemos, finalmente, que su integrador estudio *El romanticismo en la América hispánica* lo dedica "A la memoria de D. Pedro Henríquez Ureña", y en el prólogo a la primera edición de esa obra, leemos: "Esta obra nació como sugestión de D. Pedro Henríquez Ureña, a comienzos de 1945. Desde entonces fue tomando cuerpo en mí la idea de escribir este estudio y, naturalmente, dedicárselo a D. Pedro. Quizás

---

14. Carilla, Emilio: *Pedro Henríquez Ureña y otros estudios*. Buenos Aires, 1949, s. ed. El primer trabajo, pp. 9-20; el segundo, pp. 23-37.

La obra aludida en el mismo parágrafo es *Hispanoamérica y su expresión literaria*. Caminos del americanismo. Buenos Aires, Eudeba, 1969.

también mi intención de realizarlo llevaba implícito entonces el convencimiento de que el trabajo iba a contar con su ayuda. ¡Y bien sabemos cuánto valía su ayuda! Desgraciadamente, la muerte de Pedro Henríquez Ureña, al poco tiempo, me dejó solo en tarea tan ambiciosa. A más de diez años de su comienzo, entrego ahora la obra surgida de aquellas palabras en la pequeña sala de la Sección Iberoamericana del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires"[15].

15. *El romanticismo en la América hispana*. Madrid, Gredos, 1959; tercera edición revisada y ampliada, en dos tomos, 1975.

Capítulo X

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN EL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

El 20 de mayo de 1930, un grupo de hombres provenientes de las distintas disciplinas y saberes –Roberto Giusti, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C. Lacau, Aníbal Ponce y Luis Reissig– resolvieron crear una institución de cultura, de naturaleza privada, que atendiera a las necesidades de esclarecimiento del país. A esta entidad se la denominó Colegio Libre de Estudios Superiores. Su vida se extendió hasta el 16 de julio de 1952, en que, por razones políticas, debió cesar su fecundísima actuación. Pocas instituciones privadas en el país pueden ostentar una sostenida continuidad de acción de tan alto nivel cultural, por más de treinta años de vida[1].

Apenas cumplido el acto de fundación, ya se había integrado P. H. U. al plantel de profesores del Colegio. Inició su actividad en 1931, con un curso de ocho clases, titulado "Clásicos de América". Aunque sólo

---

1. V. *Colegio Libre de Estudios Superiores. Veintidós años de labor.* 20 de mayo de 1930 –16 de junio de 1952. Buenos Aires, 1953, 117. p. Como complemento de este informe pormenorizado, véase *Cursos y Conferencias*. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. *Indice*. julio de 1931 a marzo de 1952. Nº 1 a 240. Artículos, vida del Colegio, informaciones. Buenos Aires, s. a. 57 p.

han llegado hasta nosotros los contenidos de dos de sus exposiciones, hemos podido establecer cuáles eran los "clásicos" restantes, además de Alarcón y Sor Juana. El programa total se organizó así: I) Juan Ruíz de Alarcón, II) El Inca Garcilaso de la Vega, III) Bernardo de Balbuena, IV) Sor Juana Inés de la Cruz, V) Landívar, VI) Bello, VII) José María de Heredia y VIII) J. J. Olmedo.

Es interesante rescatar las consideraciones preliminares a la primera clase del curso, en las que precisa el alcance de "Clásicos de América", como ha titulado a los de su ciclo. Como estas páginas introductorias no han sido recogidas hasta hoy, las transcribimos en extenso:

CLÁSICOS DE AMÉRICA

Por Pedro Henríquez Ureña

He dado como título a este curso el de *Clásicos de América*, eligiendo ocho nombres que puedan merecer el dictado de modo indiscutible. Comienzo escogiéndolos dentro de límites que no se pueden discutir cronológicamente, pero no porque los *Clásicos de América* sean o deban serlo los que han escrito hasta principios del siglo XIX, ni mucho menos los que pertenecieron a determinada tendencia literaria; clásicos de la literatura de la América española bien pueden ser todos aquellos autores cuya obra es de calidad tal que deba formar parte de una tradición que ya deberíamos constituir.

Creo que en la América española es urgencia intelectual crear una tradición, o, mejor dicho, darnos cuenta de que tenemos una tradición; de lo contrario, seguiremos en la difícil situación que rige desde hace cien años: cada generación intenta comenzar las cosas de nuevo, partiendo enteramente desde el principio, como si el pasado no existiese o como si estuviese íntimamente equivocado. De este modo no se puede hacer nada bien fundado. Si en Francia, o en Italia, o en Inglaterra se creyera que cada generación va a comenzar prescindiendo de toda la tradición y

olvidando la obra de las generaciones anteriores, la literatura estaría muy lejos de alcanzar la calidad que en esos países tiene.

No creo que el solo hecho de tener una tradición nos va a dar la calidad, pero es uno de los factores necesarios. Necesitamos vencer nuestros malos hábitos. Saber admirar es un arte que entre nosotros hace mucha falta. Saber admirar no significa dedicarse a mirarlo todo, pero sí dar a cada valor su jerarquía y ser a la vez exigente.

Decir *clásicos de América*, de la América española, implica decir que hay algo que es lo americano, de la América nuestra, distinto de lo europeo; ése algo no es una raza, no es un *ethnos*, sino un *ethos*, una manera de pueblos, creada por siglos de convivencia, en semejanza de situaciones sociales y políticas, que han determinado una identidad de orientaciones espirituales. Bien sabemos que la América española no constituye ahora una raza en el sentido antropológico, como no son razas las que habitan en muchas otras regiones de la Tierra; ateniéndonos a los tipos fundamentales de raza, hay pueblos de nuestra América que son enteramente blancos, pueblos que son, en su mayor parte, indios, pueblos en que los indios y los europeos se mezclan en proporciones variables, y pueblos donde existe otro elemento, el negro africano; sin embargo, en todos estos pueblos hay identidad de orientación, y una identidad tal, que produce identidad de hechos a plazo fijo. Todo el que conoce la historia de América, observa coincidencias sorprendentes. Ejemplo: en la gestación de la independencia, se ven dos países incomunicados entonces, México y Chile, que en 1810 inician movimientos de autonomía con solo dos días de diferencia entre la declaración del primero y la del segundo. Y todo nuestro siglo XIX es un proceso uniforme, no por mutuas influencias, sino porque toda la América española, constituida por pueblos semejantes, obra de un mismo modo. Recordemos que todavía en 1930 ocurrieron hechos exactamente semejantes en distintos países de América, a pesar de que hay entre ellos grandes desigualdades de desarrollo económico y cultural; en realidad, esas mismas desigualdades existen desde la época colonial; pero había orientaciones, líneas directrices, que eran unas mismas en todas partes. Hay más: esas identidades se

habían definido desde el siglo XVI; la América colonial había ya definido sus formas peculiares de vida, que la diferenciaban radicalmente de España, a pesar de dar España la base común a todos nuestros pueblos.

***

Como se advierte de la lectura de esta introducción, ella es texto esencial. Se coloca como una síntesis conceptual importante en la evolución de su pensamiento: desde el siglo XVI tenemos identidad de orientaciones espirituales que se reflejan en todas nuestras manifestaciones y que se proyectan hasta nuestros días; luego, tenemos tradición y originalidad en Hispanoamérica. El deber de todos es conocer esa tradición para mejorar la calidad cultural de nuestra originalidad. Se apoya, una vez más, en la nítida distinción de Ricardo Rojas: somos un *ethos*, no un *ethnos*. Estas páginas de 1931 preludian las síntesis de 1936 –con motivo de la reunión de la Sociedad de las Naciones, en Buenos Aires– pero prolongan, o, por decir con mayor rigor, retoman las apreciaciones de síntesis anteriores de la década del veinte. Al colocarlas a la cabeza de un curso sobre escritores americanos –que cubren desde el siglo XVI al primer tercio del XIX–, y denominarlos "clásicos de América", está ejemplificando, en el campo literario, los resultados de la búsqueda de *nuestra expresión*, que ha venido predicando y realizando. Este curso se nos muestra como un anticipo de lo que hallará más amplio cauce expositivo en *Corrientes*. Hay que encuadrarlo así, y por eso, el conocimiento del programa total de las ocho clases, se abre a otra perspectiva que la acotada consideración de las dos clases rescatadas –sobre Alarcón y Sor Juana– no alcanza a descubrir.

Como era corriente en el Colegio, los cursos, o clases, o síntesis de ellos, se publicaban en uno de los dos órganos de la institución, la revista *Cursos y Conferencias*, de capital importancia en la vida intelectual argentina. Esta publicación recogió –con algunas fallas en la transcripción taquigráfica– sólo las clases correspondientes a Alarcón y a Sor

Juana[2]. El texto de la primera lección, incompleto, como se advierte, no es el de la célebre conferencia de 1913; depurada en 1928, en *Seis ensayos*. Junto a las inevitables reiteraciones y coincidencias con esas páginas precedentes suyas, insoslayables en lo básico informativo y en lo original de cierta apuntaciones que le pertenecen para siempre a P. H. U., en su clase adelanta observaciones nuevas, matiza otras y enriquece anteriores. Vale la lectura detenida para detectar estas innovaciones.

Un año antes de comenzar en mayo de 1931 su curso sobre "Clásicos de América", en carta a Reyes, del 15 de julio de 1930, al comentarle posibles colecciones para el plan editorial que, al parecer, el mexicano pretendía organizar, le sugiere "una colección de *Clásicos de América* (búscale tú el buen título), con estudios y notas. Hay libros que tienen mucha demanda: por ejemplo, el *Facundo*, que ¡todavía es raro en América!, la *María*, a pesar de las muchas ediciones" (O. *Comp.*, VI, p. 425). Así adelanta la designación.

La siguiente participación de P. H. U. en los cursos del Colegio la desarrolla en 1934. El lapso intermedio supone su viaje y estancia en Santo Domingo. Este nuevo curso, de cuatro clases, lo dedicará a "Bernard Shaw". Los apuntes –tomados por el acucioso Enrique Anderson Imbert, entusiasta discípulo– se distribuyeron en tres entregas de *Cursos*

---

2. "Clásicos de América. Juan Ruíz de Alarcón", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, a. I, nº 1, julio de 1931, pp. 25-37. La introducción que hemos transcripto ocupa las pp. 25-27. Este texto de la conferencia no ha sido recogido por ninguna de las compilaciones, por razón de ser variante oral –en gran medida– de lo registrado en la conferencia de 1913 retocada en 1928. Al recogerla en *Seis ensayos*, el autor señaló lo que apuntamos en nota al capítulo primero de nuestro trabajo: "desaparecen la amplia introducción sobre el espíritu nacional en literatura, uno que otro párrafo posterior, las extensas notas. Todo eso sirvió a sus fines en las dos primeras ediciones (México, 1913 y La Habana, 1915) de la conferencia, cuando mi tesis –el mexicanismo de Alarcón– era nueva y requería armamento defensivo". Es pena la supresión de las notas.

"Clásicos de América. Sor Juana Inés de la Cruz", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, a. I, nº 3, septiembre de 1931, pp. 227-249; en *U. A.*, 129-146; en O. *Comp.*, VI, pp. 233-256.

y *Conferencias:* I) B. Shaw. Vida y obra, II) B. Shaw y la economía política y III) B. Shaw. Filosofía y estética[3].

Cumplirá, al año siguiente, un nuevo curso sobre "Problemas del verso castellano", también de cuatro clases. Parte de la materia de estas disertaciones integrará sus colaboraciones en la revista: "En busca del verso puro" –con su anterior publicación en *Valoraciones*– y "Problemas del verso español. La versificación fluctuante en la poesía de la edad media (1100-1140)";[4] aquí ya modifica el título de su trabajo de tesis *La versificación irregular...* (1920 y 1933), por el de *"La versificación fluctuante..."*, como adjetivó finalmente a su trabajo: *La poesía castellana de versos fluctuantes*. Anticipaba en el artículo el cambio de denominación, que años más tarde le comentará en carta del 21-6-1944, a su amigo dominicano Emilio Rodríguez Demorizi: "Aquí, en Buenos Aires, voy a reimprimir *La versificación irregular*, cambiándole el título y poniéndole otro más propio: *La poesía castellana de versos fluctuantes*".

Hasta aquí es lo que se suele mencionar –los cursos citados y las publicaciones en la revista–[5] de la participación de P. H. U. en la vida del Colegio. Aportemos nueva información. El 8 de agosto de 1936 dictó una conferencia sobre "Gilberto H. Chesterton. Su concepción de la historia inglesa. Su crítica de la literatura inglesa", con motivo del fallecimiento del ensayista inglés. Ese mismo año, publicó en *La Nación* un artículo

---

3. "Bernard Shaw", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, I) A. III, nº 6, diciembre de 1933, pp. 593-608; II) a. III, nº 8, febrero de 1934, pp. 787-795 y III), a. III, nº 11, mayo de 1934, pp. 1155-1164. Recogido en *O. Comp.*, VI, pp. 281-314.

4. "En busca del verso puro", *C. y Conf.*, a. IV, nº 3, 1934. Con modificaciones respecto del texto de *Valoraciones*.

"Problemas del verso español. La versificación fluctuante en la poesía de la edad media (1100-1140)", en *C. y Conf.*, Buenos Aires, a. V, nº 5, agosto de 1936, pp. 491-505; constituye el cap. inicial de su tesis.

5. Otras colaboraciones en *Cursos y Conferencias*, no relacionadas con cursos dictados por P. H. U. en el Colegio: "Comienzos del español en América", a. IV, nº 12, junio de 1935, pp. 1233-1259; "El supuesto andalucismo de América", a. V, nº 8, 1936, pp. 815-824 y "Cultura española", a. VII, nº 9, diciembre de 1938.

sobre el escritor "Chesterton" (26 de julio); posiblemente sea síntesis de su conferencia.

El 11 de octubre de 1937 dictó una conferencia sobre "El romanticismo en América"; al año siguiente, otra acerca de "Sarmiento y *Facundo* en la vida de América", que no fueron recogidas por *Cursos y Conferencias*. A esto debe agregarse su participación en un curso colectivo –una de las novedades del Colegio entre nosotros– que versaba sobre el tema "La enseñanza de la lengua materna y su literatura", desarrollado en 1941. En dicho curso participaron, a razón de una clase por expositor: Fred Aden, "La enseñanza del inglés y su literatura en los Estados Unidos de Norteamérica"; Roberto Giusti, "La enseñanza de la composición"; Arturo Marasso, "La enseñanza de la literatura española". P. H. U. contribuyó con dos exposiciones: "La enseñanza de la gramática" y "La enseñanza de la literatura argentina y americana".

Los tres últimos años de su actividad en relación con el Colegio, los ocupó en un proyecto que ha sido olvidado por quienes se han ocupado de las realizaciones de don Pedro, en el que había puesto mucho del entusiasmo de educador nato que había en él. En 1942, presenta una propuesta educativa a la "Cátedra Sarmiento" –cuyo Secretario era Luis Reissig–, consistente en la adaptación experimental a nuestro medio de un plan desarrollado en el Saint John's College de la Universidad de Chicago, al que P. H. U. denomina "Bachillerato de los Cien Autores". El proyecto fue auspiciado por dicha Cátedra y organizado bajo la supervisión de P. H. U., quien, para darle marco al mismo, dictó una conferencia ese mismo año: "Un nuevo tipo de bachillerato en los Estados Unidos: el Plan de los Cien Libros". En esta exposición caracterizaba las líneas de esa sugestiva renovación pedagógica. Al año siguiente, dará comienzo la aplicación del plan, que se extenderá a lo largo de 1943, 1944 y parte de 1945, cubriendo un total de nada menos que 117 horas de clase, el que, por su extensión se convirtió en la programación más amplia de la vida del Colegio. Este Colegio tuvo una muy eficiente virtud: atraer un buen caudal de alumnos adolescentes a la vida de Colegio Libre, lo que ponía una tónica renovada en las aulas del mismo.

Don Pedro encabezó la apertura del Primer Curso del Bachillerato de los Cien Autores, en 1943, con sus exposiciones sobre los poemas homéricos, en que destinó dos clases de explicación a la *Ilíada* y dos a la *Odisea*. El Curso habrá de continuar a cargo de personalidades del mundo cultural y de especialistas de primer agua, varios de los cuales eran ex alumnos o discípulos de don Pedro –los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, Eugenio Pucciarelli, Enrique Anderson Imbert, José Luis Romero, entre otros– a quienes los integraba, magistralmente, en una tarea colegiada.

En el Segundo Curso del Bachillerato de los Cien Autores, P. H. U. dictó un par de clases sobre los cantares galaico-portugueses. Con esta clase se clausura su participación directa en la vida del Colegio. Estimamos útil rescatar la mayor cantidad posible de información sobre este proyecto de P. H. U. en el que había puesto el empeño y animación de siempre cada vez que se trataba de renovaciones en el campo educativo. En Apéndice damos a conocer los docentes y temas que corresponden a este curso de características tan peculiares y de planteos tan estimulantes.

Debe recordarse que para 1938, P. H. U. había comenzado a concretar su plan de publicaciones en la flamante Editorial Losada de "Las cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal", con el lanzamiento de los cinco primeros volúmenes: *Poema del Cid*, *Facundo*, *La Celestina*, *La Odisea* y *Comedias* de Lope, todas a su cuidado y con introducciones suyas. En 1941, totalizan veintiún volúmenes esenciales de la literatura occidental. Para el curso iniciado dos años más tarde, esta Colección constituiría la Biblioteca ideal de apoyo. No es desacertado pensar que las dos exposiciones iniciales sobre las epopeyas homéricas del mismo P. H. U. fueran la explicitación de lo que sus propios prólogos a las ediciones de "Las cien obras maestras" contenían. De esta manera, se articulaban idealmente los dos proyectos, el de la Colección de las cien obras maestras y el Curso de los cien autores los que, al menos en grado alto, estarían representados en la Colección.

Pero, destino sólito en los mejores proyectos combinados, ambos quedaron descompasados e inconclusos. Losada siguió editando una buena colección de obras literarias, pero exclusivamente de autores en

lengua española, sin incluir los de la literatura universal, y sin aquellos estudios preliminares tan útiles como densos para los jóvenes lectores. En cuanto al Curso, estaba pensado con panoramas en los que se insertaban autores y obras, básicamente éstas; al tiempo que se apoyaba con clases de guías de lectura y comentario de textos el acceso a las mismas. Con el tiempo, fue perdiendo la calibrada orquestación del primer año, mantenida parcialmente en el segundo y perdida en el tercero, que sólo alcanzó la colaboración de dos expositores. En el desarrollo total no alcanzó sino los primeros estadios de la Edad Media cultural.

Al acercarse el mes desde la desaparición de P. H. U., el Colegio realizó un acto en su homenaje, el 10 de julio de 1946. Asistieron doña Isabel Lombardo, su esposa, sus hijas, Natacha y Sonia, y su hermano Max, entonces embajador de la República Dominicana en la Argentina. Prologó el acto Gregorio Halperín[6] quien definió, clásica y magníficamente, a don Pedro como "un módulo de la excelencia humana". P.H.U., dijo, "conoció como pocos las aventura espiritual del ser humano en occidente" y su lucha fue para que "América cobre conciencia de su propia alma, descifrándosela en la historia y en las obras de sus grandes escritores". Y, en recuerdo del vasto proyecto de don Pedro el Bachillerato de los Cien Autores, informó: "El Colegio, y cuantos estamos religados por esta obra en común, nos sentimos enaltecidos por haberlo tenido tan cordialmente entre nosotros (adviértase la justicia y precisión del adverbio). De hoy en más lo recordaremos con el mismo conmovido orgullo con que recordamos en esta casa a don Alejandro Korn y a Lisandro de la Torre"; y, como forma concreta de la continuación de la

6. "Homenaje a Pedro Henríquez Ureña", en *Cursos y Conferencias*, Buenos Aires, a. XVI, vol. XXXI, nº 181-182-183, abril-mayo-junio de 1947, pp. 71-73. Es revista publicó a continuación la evocación de Alfonso Reyes, "Evocación de P. H. U.", pp. 74-83 y la conferencia que Félix Lizaso dictara en la UPAK de La Plata, sobre el tema "P. H. U. primado de la cultura americana", pp. 85-103.

Los trabajos de F. Romero, A. Alonso y E. Anderson Imbert, se publicaron en *Sur*, a. XV, nº 141, julio de 1946.

obra de P. H. U., "un grupo juvenil se reunirá para leer en el Colegio, bajo la advocación de su nombre y con la guía de quienes fueron amigos y discípulos de Don Pedro, libros fundamentales, continuando así el espíritu del Bachillerato de los Cien Autores, que el patrocinó". Doblemente habría agradado a don Pedro esta forma de proyección de su obra: porque la labor estaba dirigida a los jóvenes, que simbolizan porvenir y esperanza, y porque la forma de encarnarlo era a través de la lectura orientada de textos esenciales, maestros y discípulos en torno a las obras magistrales de los hombres más próceros de la humanidad, diálogo de generaciones, diálogo lectivo con los muertos ilustres y diálogo oral con los maestros de hoy.

Ese mismo año se organizó el Centro Juvenil "Pedro Henríquez Ureña", del Colegio Libre de Estudios Superiores; que comenzó su actividad ese mismo año doloroso de 1946, con la lectura de San Ignacio de Loyola y de Pascal, guiada por Vicente Fatone. Se cumplía así con lo acordado.

En aquel acto de homenaje del Colegio, al que aludíamos, cuya apertura estuvo a cargo de Halperín, fue, por la jerarquía de las figuras que congregó para despedir al amigo, el más significativo que se hiciera con motivo de la desaparición de P. H. U. Allí hablaron Francisco Romero sobre el humanista; Amado Alonso, sobre el investigador y Enrique Anderson Imbert, sobre el maestro. Por esos avatares de momento, las tres piezas evocativas, en lugar de darse a conocer por *Cursos y Conferencias*, órgano natural del Colegio, se desplazaron a la revista *Sur*.

Capítulo XI

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y *SUR*

La revista *Sur*, fundada en 1931 por doña Victoria Ocampo, incorporó desde sus comienzos a don Pedro al Consejo de Redacción. Hay carta de P. H. U. del 15 de julio del año anterior en que comenta las discusiones previas a la aparición de la revista: "Estuve chez Victoria Ocampo; le aconsejé que hiciera su revista enteramente al gusto de ella sola, sin unirse a ningún grupo. Tanto se discute lo que quiere hacer, que lo mejor es que no haga caso: que haga la revista a su gusto y tendrá algún sabor" (O. *Comp.*, VI, p. 425-426). Ya, hacia fines de 1925, P. H. U. había conocido a Victoria, no sabemos si antes del 16 de noviembre de ése año la hubiera tratado. En carta a Reyes, le cuenta: "Victoria Ocampo dio una (conferencia) sobre Tagore ante un enorme público (hubo que impedir que continuara entrando gente al reducido salón de los Amigos del Arte, a pesar de que se pagaba: *creo que ella y el ex presidente Irigoyen son los dos personajes más populares de Buenos Aires*); pero la conferencia resultó endeble. Después recitó admirablemente poemas de Tagore en el francés de Gide" (O. *Comp.*, V, 336).

La primera colaboración suya en la revista aparece en el segundo número "Martí"[1]. En este par de páginas –modelo de concisión y de

1. *Sur*, Buenos Aires, nº 2, otoño de 1931, pp. 220-223; recogido en *P. A.* pp. 153-156; *U. A.*, pp. 293-295; O. *Comp.*, VI, pp. 347-350.

sugerencias estimulantes– retoma la evocación de la figura del virtuoso cubano de quien, ya en 1905, y en la misma patria del poeta, decía: "es un deber de cultura nacional divulgar en Cuba la obra literaria de José Martí"[2]. Esta incitación suena ridícula, porque a los contemporáneos se nos presenta, al evocar su nombre, antes al escritor, poeta y orador que al revolucionario. Pero en aquellas fechas la figura del hombre político, muy viva, opacaba la del escritor de fuste que era; de allí que aquella nota se llamaba "Martí escritor". Se imponía insistir en el hombre de pensamiento manifiesto en una expresión vigorosa y original, reformadora del estilo, vivificada en el hontanar de los clásicos de la lengua y con firme impronta personal. P. H. U. reafirma virtudes prosísticas y poéticas exaltadas parcialmente por Darío. En 1931 escribe: "Martí sacrificó al escritor que había en él –no lo hay con mayor don natural en toda la historia de nuestro idioma– al amor y al deber". Este es un primer motivo de admiración en la estima del crítico. Otro, lo constituye su grande amor a España la que –por razones políticas– hubo de combatir. El tercero es el sello propio, personal y americano, con que supo domeñar la lengua de Teresa y Gracián. Cierra su ceñida página con una incitación a los argentinos respecto de la colecta de las crónicas que yacían, entonces, en "la sábana blanca" de *La Nación* de Buenos Aires; promovía así a una tarea de aquel material disperso.

El contenido de una conferencia suya en Buenos Aires "Tradición e innovación en Lope de Vega"[3] adelantará, en el nº 14 de *Sur*, el largo estudio que incorporará en *Plenitud de España*. Dos entregas después, publica una apretada nota: "Camino interior"[4], motivada por la reciente publicación de dos novelas afines, en el recurso técnico, y opuestas en el manejo de la fantasía, pero complementarias por ello. Alude a *Nocturno europeo* de Mallea y a *Primero de enero* de Jaime Torres Bodet. Ambas

2. V. *U. A.* pp. 290-293; *O. Comp.*, I, pp. 109-112. Lleva el título, precisamente de "Martí escritor".

3. *Sur*, nº 14, noviembre de 1935, pp. 47-73; *O. Comp.*, pp. 99-108.

4. *Sur*, nº 16, enero de 1936, pp. 76-77; *U. A.*, pp. 401-402; *O. Comp.*, VII, pp. 121-124.

narraciones se expresan en monólogo, que aspira a convertirse en diálogo, como una necesaria y urgente comunicación hispanoamericana. Acusan una nueva vía en la novelística de la América española: "el íntimo camino espiritual", como recién nacido en el campo narrativo nuestro. El hecho le da pie para un restricto pero claro balance de las distintas modalidades que ha ido incorporando la narrativa hispanoamericana en lo que va del siglo. En esta evolución, señala un hueco por llenar: la novela de la ciudad grande. El reclamo pareció ser oído por Mallea, porque acudirá a cumplirlo en *La bahía de silencio*. Esta brevísima nota, como la siguiente, son de tal naturaleza, en su densidad y capacidad sugestiva, que, bien exprimidas en la lectura, dan lugar a provechosas ordenaciones de la narrativa americana del siglo XX. La otra notícula es más constreñida aún. Se titula "El Buque",[5] pues toma título del poema de Francisco Luis Bernárdez recién aparecido, que le da ocasión de las escuetas consideraciones que hace. Ambas notas revelan la capacidad de P. H. U. para ventear las nuevas tónicas, los despuntes del cambio en los distintos planos de la literatura. Sobre la tinta fresca de lo contemporáneo, su percepción le permite detectar los atisbos del nuevo rumbo, del viraje de la corriente. Era buen lector de síntomas. En el caso de la lírica señala una coincidencia significativa con la narrativa: "el retorno al camino interior, al tema espiritual", después de veinte años de tiranía de la poesía de imágenes, de poesía para los ojos. El ahondamiento espiritual se acusa hasta en el ensayo de la hora. En el campo de la poesía, señala que las más de las novedades están constituidas por retornos. Hacia 1936: el retorno al poema extenso, con desarrollo, después de una larga etapa de poemas breves durante la época vanguardista; el retorno a la lira –en general, a las estrofas clásicas, incluso a formas estrictas como el soneto–, con inflexiones nuevas, que les quitan el esclerosamiento en que cayeran en años de dominio de la ametría y el versolibrismo; "el retorno a la expresión clara, después de tanto tiempo de expresión críptica y, otra novedad: el tema de la gracia, el descenso de la gracia al espíritu, en figura

5. *Sur*, nº 17, febrero de 1936, pp. 76-77; *U. A.* pp. 402-403.

de barco, en el caso de Bernárdez. Si consideramos el momento de estas observaciones, advertiremos lo acertado de las mismas. Por ejemplo, 1936 es el año en que aparece –en edición gemela de *Sur*– el *Laberinto de Amor* de Leopoldo Marechal, largo poema en perfectos dísticos alejandrinos, que reúne todas las novedades señaladas para *El Buque*. Iguales cambios se perciben en la poesía hispanoamericana general e, incluso en la española, textos poéticos de Gerardo Diego o de Alberti, por ejemplo.

En "Dos valores hispanoamericanos"[6] se ocupa de Baldomero Sanín Cano y de Enrique Díez Canedo, en dos abocetadas semblanzas. Del primero celebra que fuera "hombre singular de América, no se formó repitiendo ajenas lecciones ni se quedó engreído en la rustiquez; desde su juventud descubrió en su tierra las imperfecciones de la enseñanza y se propuso reconstruir su cultura sobre fundamentos firmes". Destaca así la actitud del colombiano de no caer ni en el mimetismo cultural ni encerrarse en el hosco rechazo de lo ajeno y de reparar en sí las limitaciones de la educación hispanoamericana. Una frase es definitoria: "Pero que nuestra ignorancia debió de parecerle nuestra novelera superficialidad, acogedora de modas triviales". Una vez más, P. H. U., al señalar características ajenas, subraya coincidencias con lo propio. Pero aún hay más: "Con su estilo acerado, Sanín Cano da a su pensamiento la nitidez de la línea recta". P. H. U. rastreador de diversas formas de originalidad en los hispanoamericanos, en matices y rasgos diferenciales, acusa uno particular en Sanín Cano: la originalidad del espíritu que no se satisface con pensar nada a medias, que no descansa mientras no desnuda los problemas, mientras no los penetra hasta la raíz. La noticia sobre Díez Canedo lo celebra como "humanista moderno", la misma designación que Francisco Romero habrá de aplicarle a don Pedro a la hora de su muerte. Y celebra la amplitud de sus saberes en letras antiguas y modernas y su seguridad en el conocimiento de lo hispánico, de uno y

6. *Sur*, nº 23, agosto de 1936, pp. 133-136; la de Sanín Cano, en *P. A.*, pp. 165-166 y en *U. A.*, pp. 358-359. Las dos, recogidas en *O. Comp.*, VII, pp. 159-162.

otro lado del Atlántico, en su unidad y diversidad. Díez Canedo es uno de esos hombres pontoneros de la hispanidad, que trabaja desde la península –como D'Ors– por ligar los continentes; tal como Alfonso Reyes y el mismo P. H. U. hacían desde el ámbito hispanoamericano respecto de España.

Un trabajo reciente motiva una recensión de P. H. U. en *Sur:* "Filosofía y originalidad"[7], a propósito del *Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica*, del argentino Aníbal Sánchez Reulet, quien fuera discípulo del dominicano. El título elegido para la reseña destaca una vez más la directriz de búsqueda de P. H. U. por elementos caracterizadores de nuestra América en todas sus manifestaciones culturales: literatura, música, danza, artes plásticas, filosofía. Es notable advertir la perdurable permanencia de ciertas constantes de su preocupación inquisitiva a lo largo de los años. Cuando se leen, al hilo cronológico, las recensiones, notas, artículos y comentarios de P. H. U. sobre un problema, autor, corriente o manifestación cultural hispanoamericana, advertimos cómo ellos se enlazan entre sí, constituyendo segmentos de apreciación que se van integrando, espaciada pero coherentemente, hasta ir contemplando el dibujo de un perfil de figura integrada. Separan, pueden separar, quince o veinte años, una apuntación de otra, un comentario bibliográfico de una nota sobre igual materia, pero cada pieza se afirma como pilares que se adelantan, semejantes a los de un edificio en construcción. Los parágrafos trasmigrantes de nota a ensayo, y de ensayo a libro, sirven como eslabones de encastre en esta gradual máquina arquitectónica que va a culminar en las obras mayores de sus últimos años. Sorprende este retomar el "decíamos ayer" de una nota de 1905 en otra de 1936, como si no mediara una jornada entre ambas. Esto sindica el firme y sostenido haz de preocupaciones mantenidas a lo largo de cuarenta años de su vida. Sorprende, aún más, el hecho de que el joven de veinte años tuviera ya tan bien definidas las huellas por rastrear. Valga, como ejemplo de esta

7. *Sur*, nº 24, septiembre de 1936, pp. 124-127; en *U. A.*, pp. 82-85; *O. Comp.*, pp. 173-178.

pervivencia, que se va completando, ampliando y matizando, lo que ocurre en el plano de la filosofía. En 1910 registramos una primera nota referida al libro *Profesores de idealismo*[8] del peruano Francisco García Calderón. Señalemos que el título de la obra fue un hallazgo para Henríquez Ureña, pues tenía doble vertiente. Por un lado, aludía a los filósofos que renovaban los aires de las escuelas dominantes hasta entonces en el pensamiento europeo (Boutroux, Bergson, Ferrero, Croce), y, por tanto, en el hispanoamericano; al tiempo, era ajustada designación para aquellos pensadores o maestros de la América española que difundían tales líneas idealistas entre nosotros para barrer la pesada carga del positivismo dominante hasta entonces en estas tierras (Antonio Caso, Rodó, Korn). Los creadores de esos sistemas filosóficos y sus animados difusores hispanoamericanos eran, pues "profesores de idealismo". Y así, como tantas otras designaciones, que el mismo P. H. U. troquelara para calificar a otros autores, le son aplicables a él mismo, ésta, que es de cuño ajeno, le viene como guante al mismo humanista dominicano: profesor de idealismo frente a los meros profesores de energía. García Calderón, por vivir en Europa, tuvo acceso directo aún a los mismos filósofos cuyas doctrinas comenta; incluso, participó con ponencias en congresos de filosofía, como el de Heidelberg, en 1908, al que concurrió con un breve y esclarecido aporte: "Las corrientes filosóficas en la América latina", título que es el antecedente del gemelo que adoptaría P. H. U. para el libro que recogía las lecciones de Harvard: *Las corrientes literarias en la América hispana*. La atención de P. H. U. se centró en aquel panorama del libro de García Calderón y lo tradujo del francés para su difusión. De aquella ponencia dice: "es un ensayo sin precedentes, documentado de

8. La primera versión de la ponencia de García Calderón apareció en francés. El comentario de P. H. U., en *Ateneo*, Santo Domingo, agosto de 1910, recogido en *U. A.*, pp. 355-358; en *O. Comp.*, II, pp. 141-146. *Profesores de idealismo*. París, Sociedad de Publicaciones Literarias y Artísticas, Librería Paul Ollendorff, 1909; el libro de García Calderón está dedicado a un argentino: "A Angel de Estrada (hijo), que también es un profesor de idealismo. Su muy afecto. F. G. C.". El ensayo de panorama al que alude P. H. U. en pp. 127-162.

modo magistral, sobre la historia del pensamiento puro en nuestros países: historia que podría escribirse sobre la base de ese ensayo, agregando relativamente poco a la documentación". Ve, en esta apretada síntesis, la médula aprovechable para un desarrollo ulterior. Se trata de la primera visión de conjunto, de la primera carta esquemática de navegación de las ideas filosóficas en América. Sobre esta base propone la tarea futura: delinear con mayor detalle, con matices diferenciales, con más minuciosa aplicación, el mapa filosófico de Hispanoamérica. A esta labor quedará atento. Por esto, cinco años después, en "La filosofía en la América española", reflexiona a propósito de la reciente obra de Antonio Caso, *Problemas filosóficos* (México, Porrúa, 1915), volverá por los mismos reclamos. Recordará el trazado de García Calderón; descartará dos contribuciones insatisfactorias: la del obispo Valverde Téllez y la del doctor Agustín Rivera, ambas editadas en México. El libro de Caso no aporta el panorama esperado, cuyo reclamo mantiene en pie P. H. U. Quince años después, a propósito del trabajo de Sánchez Reulet, realizará nuevo balance de lo que se ha andado en el terreno laborable del panorama: en el Plata, la voluminosa obra de Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas* (1918-1920) obra excesiva, que incursiona por campos no específicos, con digresiones inoportunas y farragosas en su textura, lo que no ayuda para la perspectiva nítida que esperaba P. H. U. A ello se le sumaban los anticipos de Korn, mejor logrados, *Las influencias filosóficas en la evolución nacional* (1912) y *Filosofía argentina* (1927), pero ambos referidos a la Argentina, solamente. Mejor aporte, son las ceñidas y dibujadas contribuciones de Coriolano Alberini: *Die Deutsche Philosophie in Argentinien* (1930) y *"Contemporary philosophic tendencies in South América, with special reference to Argentina"* (1927). En tanto, en otros países de América se ha avanzado en el trazado de la evolución nacional de las ideas filosóficas, pero el nuevo hito de los estudios de conjunto lo constituye la obra de Sánchez Reulet, que ahora estima P. H. U. "Muy bien escrito, el trabajo de Aníbal Sánchez Reulet está dentro de la corriente de la buena prosa filosófica que en la Argentina ha sucedido a la de los tiempos positivistas; Korn, Alberini, Romero, Fatone, dan

ejemplos de esta nueva prosa, de expresión incisiva a la vez que pulcra. Y el panorama está muy bien dibujado: traza claramente las líneas de influencia de la filosofía europea en América; se apoya en firme conocimiento de la historia intelectual de Europa y particularmente –saber menos común– de España". Pero la obra, a la que adjetiva de "magnífica exposición", no cubre las expectativas que durante años ha sostenido P.H.U. No se le hace espacio a aquello que de original pueda haber aportado al campo filosófico el pensamiento hispanoamericano. Naturalmente, no exige sistemas filosóficos ni doctrinas exclusivas; busca que se señalen aquellos puntos en que se acusan diferencias, de grados y especies diversas, pero que puedan constituir aspectos de discriminación. "No digo, no creo, que en el pensamiento filosófico haya tantas divergencias, ni menos tantas originalidades. Pero sí digo, sí creo, que lo interesante para estudiar no es la semejanza: es la divergencia (...) En la época independiente, nuestra filosofía, pobre y todo no se reduce a simple reflejo de Europa. Ideas filosóficas originales...¿Son necesariamente sistemas vastos, como la Ética o las Críticas? ¿O invenciones sutiles como las aporías o las mónadas? ¿No basta el acento personal, la actitud nueva? No falta, no ha faltado originalidad en nuestra América". Y adelanta dos señalamientos de diversa naturaleza, que pueden estimarse en puntos de originalidad. El primero, el contenido en ensayos de hispanoamericanos que adelantan asomos singulares: notas de "verdadera originalidad" –como señalara Menéndez Pelayo– en la *Filosofía del entendimiento* de Bello: "en los agudos aforismos de Luz Caballero; en las escépticas reflexiones de Varona; en la *ética del devenir* de Rodó; en la *lógica viva* de Vaz Ferreira; en la *libertad creadora* de Korn; en la teoría del acto desinteresado, de Vasconcelos; en la doctrina de la existencia como economía, como desinterés y como caridad de Antonio Caso". La segunda nota original, no estriba en la doctrina sino en los hombres; en la actitud y misión de los pensadores. Inicialmente señala que hay dos estirpes de ellos: la *enciclopédica*, a la que perteneció Aristóteles, y de cuya índole participa Andrés Bello, *servata distancia;* y la estirpe *apostólica*, en la que afilia a su admirado Sócrates, y, viniendo a lo de casa, a Hostos. "En

nuestra América el pensador no ha sido especialista enclaustrado, sino hombre de ágora, como los filósofos griegos, compelido a crearse doctrinas en cuyo rigor debe vivir, pelear y morir: su pensamiento va urdido con la trama de su existencia. (...) Por eso hay fuerza de vida y acento personal en las obras de nuestros pensadores". Por eso exige que a la hora de la estimación, se recorre con *sentido vital* el panorama de nuestro pensamiento. "No son ellos simples comentadores eruditos: son *pensadores activos*, a quienes las urgencias del ambiente no dejan desarrollar todas las consecuencias intelectuales de sus doctrinas, pero que las viven dramáticamente".

Realmente destaca esta urgente, urgida, perentoria búsqueda de formas de diferenciación; de descubrimiento de notas distintivas, de matices peculiares en éste, como en todos los campos de la cultura en América, por parte de P. H. U. De allí el tono de esta apelación: "¿De dónde, entonces, la actitud humilde que nos hace presentarnos encogidos ante Europa, mendigando su atención –contradictoriamente– hacia cosas que declaramos no la merecen, ya que las pintamos como débiles reflejos?" Y, por último, una admonición salutífera: "El desarrollo económico y político de la América española no alcanza todavía a darle importancia ante el mundo, importancia que incite a investigar cuál es el pensamiento que mueve este hormiguero en marcha. Así, nuestro pensamiento no refluye sobre el pensamiento del mundo: cuando se recoge en sí, se siente cuerpo sin sombra, voz sin eco, aislado en el confín extremo, la último Thule de la civilización occidental. De esta angustia solitaria solo saldremos mediante el esfuerzo total que levante a estos pueblos a la altura de sus esperanzas y de sus promesas". Llama la atención el tono, entre solemne y dolido, que se rescata al final al hablar de la apertura al futuro.

Y. P. H. U. ve en Sánchez Reulet que "él podría emprender el estudio de todo lo que hay de realmente nuevo y personal en nuestros pensadores. Su percepción aguda, su don de presentar las ideas en acción, su extensa cultura, sus virtudes de expresión, lo señalan para la tarea". El mismo don Pedro aporta, en varios de sus ensayos y notas, materia para el trazado de

los derroteros de estos "pensadores activos", en sus artículos sobre Rodó, Hostos, Varona, Korn, maestros generacionales y profesores de idealismo.

En 1936, *Sur* recogió la "Palabras pronunciadas en el acto inaugural del Primer Congreso Gremial de Escritores"[9], en las que P. H. U. señala, en el campo de la sociología literaria, el cambio de funciones en el escritor de Hispanoamérica: "El escritor ha sido en nuestra América, en general, portavoz del hombre que hace cosas: cuando no ha sido hombre de fortuna, o de situación modesta pero firme, que dedica sus ocios a las letras, ha sido el hombre de acción –estadista o apóstol– que usa de la literatura como uno de los medios de dar realidad a sus ideales. Por eso el escritor ha sido en América maestro, creador de corrientes de opinión, fundador de instituciones, miembro de gobiernos, presidente de repúblicas, libertador de pueblos. Nuestro escritor se ha llamado Bello, Bilbao, Montalvo, Hostos, Varona, Sierra, Rodó, Caro, Avellaneda, Mitre, Sarmiento, Martí". Pero se han ido acusando signos, desde el modernismo hacia nuestros días, cada vez más acusados, del sentido profesional del escritor. Como no había existido antes tal conciencia, los escritores han invadido el periodismo, por medio del cual logran más inmediata influencia en su prédica; y con ello la prensa ha salido ganando, no la literatura. "La de Buenos Aires (la prensa), con su alto tono de cultura, que sorprende a todos los viajeros, es ejemplo magnífico". Hasta que no haya condiciones de tranquilidad y de seguridad para el escritor, este no será un escritor profesional verdadero. "El escritor puro, menos ligado a los intereses del momento, ejerce función espiritual: ejerce una parte de las funciones que en sociedades poco complejas se concentraban en el sacerdocio". Si su obra ejerce influencia, será menos rápida, menos inmediata que la influencia del periodista, pero será más duradera". Ya se ha afianzado entre nosotros la función social del escritor, resta que se afiance su situación en la América.

Esta afirmación del papel del escritor en la sociedad contemporánea la explayará P. H. U. en una de sus intervenciones en los debates de *Sur*,

9. *Sur*, nº 26, noviembre de 1936, pp. 140-141; O. *Comp.*, VII, pp. 183-184.

a propósito de *Los irresponsables* de Archibald Mac Leish. Una de las formas integrales de tratamiento del hecho literario –asociado a la historia de América, a sus cambios sociológicos y económicos, cuanto políticos– que desarrolla en *Corrientes* es el señalamiento oportuno, en cada lapso evolutivo de nuestra literatura, de la posición del escritor en su medio.

Aparecen en *Sur*, más tarde, dos notas breves. Una, con motivo de la muerte de Genaro Estrada (1937),[10] "quien tuvo el don de estimar y elegir calidades: tuvo la fidelidad de sus elecciones y de sus estimaciones"; y otra, "Centenarios" (1939),[11] en que celebra el cuarto del nacimiento del Inca Garcilaso y el tercero de la muerte de Alarcón. El primero, de quien traza una síntesis de su producción, es "el Heródoto de los Incas y el Tucídides de las guerras civiles del Perú" y "el primer gran escritor que produce América". El segundo, dice, "le escandaliza la discorde cualidad moral y vida práctica en la sociedad occidental" (nos acordamos del lema de la "Epístola moral a Fabio": "iguala con la vida el pensamiento", que tanto recordaba don Pedro, como propuesta humana; aquí lo ratifica a propósito de Alarcón). Junto a estos dos centenarios, teje el recuerdo de otras dos figuras de América: los cien años de la muerte de "el romántico entre los poetas clásicos de América", José María de Heredia; y la del que "hizo libro e hizo hombres", "uno de los espíritus originales del siglo pródigo en ellos", Hostos, nacido, por feliz coincidencia, en 1839.

Ese mismo año, el Director del Instituto de Cooperación Intelectual, de la Comisión Internacional, envió a Victoria Ocampo, miembro de dicha Comisión, copia de la carta de Ozorio de Almeida sobre el deber de los intelectuales en medio del conflicto bélico europeo, solicitándole que requiera de hombres de la cultura argentina su opinión sobre los problemas planteados en la carta abierta. La directora de *Sur*, escogió, entre otros a P. H. U.; la respuesta de éste, la más escueta de todas, como

10. *Sur*, nº 37, octubre de 1937, pp. 85-86; *O. Comp.*, VII, pp. 359-362.

11. *Sur*, nº 59, agosto de 1939, pp. 52-54; *O. Comp.*, VIII, pp. 131-134.

suya, fiel a su espíritu de concisión, dice:[12] "Siglo y medio tiene nuestra devoción a Francia. No creo que nos hayamos equivocado en la elección: de Francia hemos recibido lecciones de razón, de trabajo, de libertad, de humanidad, en suma, cuando Francia se ha dividido, hemos dedicado nuestras preferencias a su parte mejor: A Víctor Hugo contra Napoleón III (hablo de símbolos). Hasta el hombre frívolo busca en Francia la compensación para la tiranía de costumbres demasiado opresoras en nuestras tierras".

"Ahora, como en 1870, como en 1914, nuestras simpatías van hacia Francia, porque queremos que con ella se salve la más humana de las civilizaciones modernas, la que más concede al individuo, hasta donde lo permite la imperfección de nuestro envejecido sistema social y económico, la que da ejemplo de cómo la tolerancia bien medida hace cómoda y racional la existencia, la que realmente cree en la igualdad fundamental de los hombres, es decir, en que todo hombre lleva dentro de sí, en acto o en potencia, una persona, capaz de desarrollo y digna de respeto".

Llegamos a 1940, año de gracia para don Pedro: ha sido invitado a Harvard. El grupo de *Sur* organizó una despedida al amigo, una comida en el Comega Club, el 5 de septiembre. En ella, ofreció el homenaje, con brevedad y afectuosas palabras Victoria Ocampo. P. H. U. respondió a ellas:[13]

PALABRAS DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN EL HOMENAJE QUE LE OFRECIÓ EL GRUPO DE LA REVISTA "SUR".

Las palabras de la directora de *Sur* –cordiales como ella sabe decirlas– y la presencia de tantos amigos y compañeros, revelan que se estiman y aplauden mis intenciones, superiores siempre a mi esfuerzo. Muestra de generosidad, en suma; de generosidad muy argentina. No estoy "retribu-

12. *Sur*, nº 61, octubre de 1939, pp. 115-121; la respuesta de P. H. U. p. 118.

13. *Sur*, nº 72, septiembre de 1940, pp. 86-88. No recogido en O. Comp.

yendo atenciones": la generosidad argentina es para mí cosa viva, palpable y constante.

Hay argentinos que solo hablan del país para elogiar sus perfecciones y los hay que solo hablan de las imperfecciones. Mis amigos pertenecen todos al segundo grupo. No quieren a la Argentina menos que los del otro, pero piden que sea siempre mejor. Uno de mis amigos dijo una vez, comentando mis cambios de residencia, que cuando yo encontrara el país perfecto allí me quedaría. Ya veis que me quedo en la Argentina. ¿Por que es perfecta? Porque tiene una manera de perfección: es generosa.

En época pasada, un hombre modesto de mi país natal aspiraba a viajar y declaraba que su ideal de ciudad para conocer no era París, ni Londres, ni Nueva York, sino La Habana: quería ir adonde se hablara español, adonde encontrara juntamente los placeres superiores de las grandes ciudades y el orgullo de hablar su lengua nativa. Así, ahora a las gentes de nuestra América nos da placer y orgullo la Argentina, gran país de habla castellana.

Por debajo de la generosidad y de la facilidad con que acoge el argentino a quienes aquí llegan, no hay descuido ni negligencia en el discernimiento: hay disciplina. Disciplina que no es común descubrir y apreciar, pero que viene de lejos y ha dado estructura y estilo a este gran país criollo. Días atrás, en uno de los coloquios que organiza *Sur*, Germán Arciniegas establecía con fina perspicacia una nueva clasificación de las Américas: además de la división de Norte y Sur, en América de habla inglesa y América de habla hispánica –portuguesa y española–, existe la división en este y oeste; las ciudades del Atlántico, Nueva York, La Habana, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, tienen rasgos comunes; en las ciudades del lado del Pacífico, desde San Francisco de California hasta Santiago de Chile, el carácter es otro. Las del Atlántico viven vida internacional; las del Pacífico viven vida tradicional. Pero sobre Buenos Aires, sobre la Argentina en su conjunto, quiero insistir en afirmar que junto a su actividad de estilo internacional –que no quiero llamar cosmopolita– mantiene su esencia criolla y la ha impuesto, con su disciplina, sobre las oleadas de la migración.

La época colonial, en la América española, apenas había organizado pueblo. A la poco coherente masa la mantenía unida la fuerza de la autoridad lejana en su fuente. De ahí la América indisciplinada que siguió a la independencia: Sarmiento la ha descrito en páginas imperecederas. Pero había una disciplina de pocos, que en la Argentina se impuso desde 1852 y dio su fisonomía al país. Cuando llegó el inmigrante, encontró una sociedad con normas: debía obedecerlas, debía compenetrarse con ellas. El ideal fue parecerse a los criollos superiores. Esta persistencia de la tradición la observan inequívocamente los viajeros.

Esta disciplina, que a veces se relaja, debe mantenerse. Hay que velar todos los días por la integración de la Argentina. Hay que acercarse a "la Argentina invisible", según la expresión ya proverbial de Mallea, e impedir que se desvanezcan en las sombras sus esfuerzos, sus hazañas de trabajo, de estudio, hasta de mera adquisición de colecciones, de que tantas veces nos enteramos con asombro y que tantas veces desearíamos ver fructificando en la vida de todos. En suma: contra las inercias que quieren para el porvenir una Argentina pequeña, trabajaremos para la grande Argentina.

(*Sur*, Buenos Aires, nº 72, septiembre de 1940, pp. 86-88)

***

Una primicia para los lectores argentinos constituyó el trabajo "Influencia del descubrimiento en la literatura"[14] de P. H. U. por la razón que aclara en nota el propio autor: "Esta comunicación, presentada en el Coloquio Intelectual organizado por la Institución Cultural Española de Buenos Aires, es una breve síntesis de la primera conferencia del curso que di en la Universidad de Harvard, en 1940-1941, y que dicha Universidad publicará en año entrante". De esta manera, los argentinos

14. *Sur*, nº 98, noviembre de 1942, pp. 11-15; en *U. A.*, pp. 87-90.

pudimos hacer boca de la materia desarrollada en la prestigiosa cátedra de Charles Eliot Norton, y pregustar con ello, *in nuce*, el capítulo inicial de la obra ya clásica del maestro.

El último artículo publicado por P. H. U. en *Sur* es el texto de la conferencia sobre "El Arcipreste de Hita",[15] pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, el 17 de septiembre de 1943, recogida en la segunda edición de *Plenitud de España*.

De los dos únicos libros que P. H. U. reseñara en *Sur*, uno era la segunda serie de los *Testimonios* de la directora[16]. Celebra en su comentario el tono e índole peculiar de los ensayos de la autora, de su literatura egotista; ella ha dicho: "Hay dos especies de personas; las que para hablar de sí hablan de todas las cosas; y las que para hablar de cualquier cosa, siempre parten hablando de sí". Afirma P. H. U. que "este ejercicio constante de hablar de todas las cosas a través de su íntima relación con ellas, ha dado a los escritos de Victoria una vitalidad fresca que difícilmente tendrían si se hubiera impuesto, forzando su espontaneidad, tratarlas en forma impersonalmente docta". Y acota que "el único tema que Victoria se empeña en tratar objetivamente es el de la situación de la mujer". El hablar de aquello que sólo personalmente le interesa, el vincular los temas con las asociaciones sensuales y sentimentales que ellos despertaron en su momento de presentación, –un olor, un sabor, una imagen– todo esto da a las páginas de V. Ocampo un aroma de frescura, de naturalidad, de testimonio humano directo y no libresco. Así precisa P. H. U. el ponderable aporte de los ensayos de Victoria: "En la América

---

15. *Sur*, nº 109, noviembre de 1943, pp. 7-25. La segunda edición de *Plenitud de España*, es de Buenos Aires, Losada, 1945.

16. Las únicas dos reseñas son: del libro de Dorothy Wellington, *The English Poets in Pictures. Letters of John Keats*, *Sur*, nº 122, diciembre de 1944, pp. 59-60 y *Testimonios*. Segunda serie. Buenos Aires, Editorial Sur, 1941; en *Sur*, nº 89, febrero de 1942, pp. 65-67; en *U. A.*, pp. 403-405; en *O. Comp.*, 291-294. La recensión del libro de Victoria, en realidad, una nota, se llama "Victoria Ocampo".

No se incluye aquí, sino al tratar de Borges, la nota breve sobre este en *Sur*, nº 94, julio de 1942, pp. 13-14.

nuestra, desde hace cincuenta años, la literatura huele a local cerrado. Antes no éramos así: la literatura se hacía para la calle, y hasta para el campo, como el *Martín Fierro* y los cantos criollos de las Antillas. Las mujeres, sí, fueron reacias al encierro, y dijeron su rebeldía en versos románticamente violentos. Victoria Ocampo, como Gabriela Mistral, es partidaria del aire y del sol. Devora libros, pero en su biblioteca está prohibido el polvo y las ventanas están abiertas; además, se sale a leer al jardín". En ese mismo jardín paseaba el mismo P. H. U. leyendo y tomando notas antes de sentarse, a la hora del té, para compartir la errática y sabrosa conversación con la anfitriona y sus invitados, coloquios en los que se conversaba sobre lo divino y lo humano, o, como diría con ironía sutil Voltaire ampliando intencionadamente el lema de Pico de la Mirandola: "Acerca de todas las cosas que pueden saberse y de algunas otras más".

Victoria no estaba en el país, sino en Europa, cuando murió su amigo[17]. Regresó el mismo mes de mayo de 1946, para encontrarse con lo que llamó, en uno de sus testimonios, con la "Presencia de ausentes", la desaparición de Ana María Berry y de P. H. U. De éste, recuerda:[18]

«Pedro Henríquez Ureña llegaba casi todos los domingos de invierno y de primavera hacia las cinco de la tarde a mi casa de San Isidro. Muchas veces lo sorprendí caminando lentamente por el jardín, leyendo todavía el libro que había traído para el tren, o escribiendo de prisa en su libretita. "Siempre tomando notas". Yo solía hacer bromas sobre esto.

---

17. En el nº 141 de *Sur* de julio de 1946, se rindió homenaje a P. H. U. Contiene: "Homenaje a P. H. U." de Ezequiel Martínez Estrada, pp. 7-10; son las palabras con que despidió los restos de don Pedro; "Invierno anunciador" de Juan Ramón Jiménez, pp. 11-17, conjunto de poemas dedicados a P. H. U.; "Un humanista de nuestro tiempo" de Francisco Romero, pp. 18-27, palabras pronunciadas en el acto del Colegio Libre de Estudios Superiores; "P. H. U. investigador" de Amado Alonso, pp. 28-33, dichas en el Colegio Libre; y "P. H. U." de Enrique Anderson Imbert, pp. 34-44, en que se reúnen, junto a las palabras dichas en el Colegio Libre, un par de notas más.

18. "Presencia de ausentes", en *Soledad sonora*. Buenos Aires, Sudamericana, 1950, pp. 265-269; lo referido a P. H. U., 265-266. Es la *Segunda serie*.

«La presencia de Pedro cuando había extranjeros a quienes era necesario explicar qué es América, o contra los cuales urgía defenderla, obraba milagros. Estábamos seguros de que iba a saberlo todo, a encontrar para todo la respuesta inmediata y a cantarle las verdades al más pintado con perfecta cortesía. Nunca perdía su aplomo ni su presencia de espíritu. Nos gustaba provocar estas justas cuando no se organizaban espontáneamente en el curso de la conversación. Pedro era siempre el más sereno, el más hábil y el más informado. Oírle hablar de América, cuyo pasado y presente parecía conocerse de memoria, como pocos escritores en el mundo entero, era de un interés inagotable. Hablar de libros con él, o verle corregir una traducción, grandes lecciones. ¡Le debemos tanto! Pero hubiéramos querido deberle más. No ha podido acabar de darnos lo que esperábamos de él. Nos gustaba aprender a su lado, porque tenía una manera muy suya de transmitir sus conocimientos: la enseñanza era en él vocación y don. Había en toda su persona una admirable discreción, muy rara en un latinoamericano, y una rapidez en la réplica capaz de dejar mudo, llegado el momento, al más brillante interlocutor.

«Así, pues, no solo queríamos a Pedro por lo que sabía sino también por lo que era. Y esto lo hace doblemente irreemplazable.

«Quizá él ignoraba hasta qué punto era una felicidad y un orgullo el contarle entre los amigos fieles de *Sur*».

Es este el primer homenaje que Victoria rindió al amigo. Ella volvió a recordar la figura y persona de P. H. U. en una página que, incluso en su final, retoma sus palabras de 1946, por hallarlas cifradoras de su sentir[19]. Estas páginas se vuelven a transir de afecto hondo y admirativo. La alta autoridad de quien alternara con las figuras más destacadas del mundo de la cultura occidental durante varias décadas y gestora de una de las empresas civilizadoras más importantes para el país, a través de su revista y editorial, la convierten en testigo de excepción a Victoria. Es justo hacerle merecido espacio para retraer sus párrafos esenciales. Con

19. "Sobre Henríquez Ureña", en *Testimonios. Séptima serie* (1962-1967). Buenos Aires, Sur, 1967, pp. 158-160.

feliz imagen, al evocar que en el comienzo de *Literary Currents in Hispanic América* P. H. U. cita a Vespucio, que ha descubierto estrellas nuevas por las cuales se guía a través de mares ignotos, asocia ella: "Cuando pienso en Pedro Henríquez Ureña, siento que esto de guiarse por estrellas de un cielo nuevo, en un continente, aún por conocer, era algo que él practicaba. Si con él hablábamos de América, no nos sentíamos desamparados, nadando en lo indefinido, en lo incierto, en lo a medio hacer. O más bien dicho, América dejaba de ser indefinida, incierta, a medio hacer, para convertirse en la imagen clara que de ella tenía y nos comunicaba este hombre tan americano y tan universal".

Recuerda Victoria con gusto el haber podido alternar con él, incluso por temporadas, en su quinta de Mar del Plata, durante el verano, y escucharlo larga y provechosamente. "Como esos exploradores por Pedro comentados, que volvían de sus descubrimientos cargados no solo de cosas insólitas, sino de las sílabas enigmáticas que las designaban, el erudito, en Henríquez Ureña, desplegaba, ante nuestra ignorancia, un tesoro de palabras que daban vida a lo nombrado. Nos convencía de que este mundo que vivíamos y en que solíamos vivir rezongando tenía su excelsa realidad, sus virtudes particulares, su magia propia. (...) Todo esto era lo que sabía Pedro con un saber que no manaba solo de los libros. Los libros no dan sino a quien les da. No hay escritor que pueda prescindir de esta colaboración. Pedro Henríquez Ureña, erudito, no padecía ninguna de las enfermedades de la erudición. (...) Si fuera a citar a personas en quienes yo he sentido más fuertemente esto que lleva nombre de América (América, es decir, chirimoya, jacarandá, guanaco, choclo, las Tres Marías)...en el grupo reducídisimo de esos hombres figurarían Henríquez Ureña y Gabriela Mistral".

"Pedro articulaba lo aún no articulado por la generalidad de nosotros, los americanos. Y este articular no tenía el más remoto parentesco con los asfixiantes nacionalismos. Por eso no espantaba a los espantadizos en este terreno".

Hemos trazado el itinerario de sus trabajos como colaboraciones en *Sur*, destacando en ellos los señalamientos de P. H. U. sobre lo americano

y, por veces, lo argentino. Luego lo hemos visto a través de la estimativa cordial de su directora, Victoria Ocampo. Restaría, pero el espacio es inicuo aquí, ofrecer su palabra viva, o, por mejor decir, lo que de ella nos resta, a través de los varios coloquios con los *tertulios* –como le gustaba decir a P. H. U.– de *Sur*. Salvo algún discurso ocasional, o una clase aislada de un curso, poco nos queda de las inflexiones orales de P. H. U. como expositor. Los textos de estos debates llenan parte de ese vacío. Estas *quaestiones disputatae* sobre variedad de temas esenciales le dieron pie a su palabra magistral, directa, asintiendo y disintiendo con la urbana discreción que le era propia. Podemos por ellos apreciar algo de su fraseo personal, de la manera insistente en que trae a cuento ejemplos hispanoamericanos, junto a los europeos que los contertulios aportan; el señalar nuevos enfoques de las "noticias pleiteadas" –como diría Gracián– que se debatían. Y destaca, de particular manera, su constante esfuerzo discriminatorio en cuestiones arduas, en que separa aguas con su repetido "Ahora bien...", y la insistente necesidad de resumir cada trecho amplio de lo expuesto o la totalidad de lo manifestado, manifiesto en las formas "En suma...", "En resumen...", con las que suele sellar los cierres de sus intervenciones.

Capítulo XII

PARTIDAS Y RETORNOS. TRAJINADO VIVIR Y CALLADA SAETA

1. REGRESO A QUISQUEYA. PUBLICACIONES PEDAGÓGICAS.

El 15 de mayo de 1930, P. H. U. fija su residencia en la capital federal: Ayacucho nº 890, 4to. piso, casi Paraguay. Con este desplazamiento a Buenos Aires se hace más activa su participación en tertulias, reuniones, conciertos, conferencias, puesto que ya no suponían el regreso a la madrugada en el tardoso tren que lo llevara a La Plata.

Una de las instituciones en la que acentúa su participación es en los Amigos del Arte, donde había dictado su primera conferencia con notable éxito, "El descontento y la promesa"[1], en 1926, que, con su publicación inmediata en *La Nación* (29 de agosto), al día siguiente, alcanzó ecos de convalidación para el dominicano en la ciudad capital. También en la misma Asociación ensayó una nueva modalidad expositiva: la lectura comentada; lo hizo con el auto sacramental de Calderón *La*

---

1. No es nuestro interés hacer el relevamiento de todas las conferencias dictadas en nuestro país por P. H. U. La intención es dar un muestreo de las muchas instituciones que requirieron su palabra.

cena de Baltasar (24-9-1937). Dictó conferencias en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad, en la de Filosofía y Letras, en la Sociedad Hebraica Argentina, en el Teatro del Pueblo, en la Academia Nacional de la Historia, en el Instituto Francés de Estudios Superiores, en el Instituto Cultural Argentino Norteamericano, en la Institución Cultural Española; participó como delegado en la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual, de la Sociedad de las Naciones, coincidente con el XIV Congreso de la Federación Internacional de P. E. N. Clubes, organizados en Buenos Aires, entre el 11 y el 16 de septiembre de 1936. En estas jornadas estuvo designado, junto a Alfonso Reyes, por los hispanoamericanos, para la redacción de las exposiciones preliminares que sirvieron de apertura; y con Esterlich, para presentar a dicha reunión el resumen de las comunicaciones recibidas. El volumen que recogió las expresiones de aquel evento, contiene dos colaboraciones de P. H. U., de similar contenido: "Vida espiritual en Hispanoamérica" y "La América española y su originalidad", magníficas síntesis; sus dos mayores logros de la década del 30[2].

A todo esto, súmense las tareas pedagógicas en La Plata y en Buenos Aires; la preparación de antologías y ediciones, los artículos y ensayos y lo que se advierte es que, con su asiento en Buenos Aires, P. H. U. ha duplicado su ritmo de actividad. En 1930 precisa a Reyes que dicta 27 horas semanales de clase; por cierto, no abandona el teatro, ni los conciertos, la novedad en espectáculos: el cine (O. *Comp.*, VI, 423 y 424). En medio de este trajinado vivir le llega, el 24 de agosto de 1931, carta de su hermano Max, ofreciéndole el sitio que deja en Santo

2. V. *Europa-América Latina*. Comisión Argentina de Cooperación Intelectual. Institut International de Cooperation Intellectuelle. Buenos Aires, 1937. Participaron con ponencias y en las deliberaciones: Alcides Arguedas, E. Díez Canedo, Georges Duhamel, W. J. Entwistle, Joan Esterlich, Carlos Ibarguren, Conde de Keyserling, Emil Ludwig, Jacques Maritain, R. H. Motran, Afranio Peixoto, Louis Pierard, Alfonso Reyes, Carlos Reyles, Jules Romains, Francisco Romero, B. Sanín Cano (presidente), Juan B. Terán, Giuseppe Ungaretti, Stefan Zweig y P. H. U. Las dos ponencias de éste fueron recogidas en *P. A.*, 55-70; *U. A.*, 18-27; O. *Comp.*, VIII, pp. 167-172 y 363-368.

Domingo: la Superintendencia General de Enseñanza. Decide partir para La Habana, en el *Olimpia*, el 26 de septiembre, con toda su familia. Isabel debe ser operada de urgencia de apendicitis y el viaje se pospone un mes. "Embarcaremos, dice, el lunes 16, en el *Eastern Prince*", en carta a Reyes, residente entonces en Brasil (carta del 13-11-1931, O. *Comp.*, VI, p. 432). Pero el viaje sufre nueva postergación. En carta a Arrieta, a bordo del *Eastern Prince*, del 20 de noviembre, escribe:

"De Rosario le había escrito unas líneas, pero, como usted supo, no no pudimos embarcar allí. El trastorno sirvió para que conociéramos la ciudad y muestras asombrosas de generosidad humana. Regresamos por unos días a Buenos Aires, y cuando esperaba ocuparme de los amigos, se nos enfermó Natacha de enterocilitis y al fin tuvimos que embarcarnos con ella todavía enferma. Ahora el mar y el reposo nos han mejorado a todos. Espero llegar a Santo Domingo con normalización general. (Op. cit., pp. 94-95).

La ausencia de P. H. U. en Buenos Aires es sentida, de particular manera en una de las tertulias a las que concurría con Isabel: las tertulias de los viernes en casa de Nieves, esposa de Julio Rinaldini, matrimonio amigo de los Henríquez Ureña. De su asistencia y ausencia a aquellas reuniones Fernández Moreno nos ha dejado un simpático comentario poético:[3]

Allí Isabel, la de Ureña,
gloria de las Isabeles,
calla ojos de terciopelo,
dicta palabras de mieles,
y lo que la noche avanza
o el sueño se desvanece,
cobra un interés romántico
de ojivas y de cipreses.

---

3. Fernández Moreno, Baldomero: *Dos poemas: La Tertulia de los Viernes. Epístola de un verano*. Buenos Aires, El Ateneo, 1935; lo citado en pp. 12, 14-15 y 26-28; en el romance "Más nombres" se recuerda a Max, pp. 36-37.

Y, con alusión a los dos Alfonsos: Reyes y de Laferrere; y los dos Pedros: Henríquez Ureña y Pedro Miguel Obligado:

Con dos Alfonsos se adorna
la Tertulia de los Viernes,
y con dos Pedros también,
ambos los dos excelentes,
docto el uno en hacer versos
y el otro en darle sus leyes.
Dos Alfonsos y dos Pedros,
lírica baza de reyes.

Y, cuando en 1931, el país natal lo reclama, y no cuenta entre los sólitos asistentes a la amable reunión semanal, Fernández Moreno lo evoca en el romance "Ausencias", junto a los nombres de Américo Castro, Benavente y Sanín Cano:

Henríquez Ureña vive,
mejor dicho, languidece,
en la partida Española
entre palmas y bajeles.
La patria le hizo una seña
y él se fue, sin que se fuese.
Allí le adulan ciclones
y maremotos le mecen,
y le corrompen la sangre
literaturas y fiebres.
Se que llora en la marina
nostalgias bonaerenses,
mientras que Santo Domingo
al sol tuesta sus vejeces:
campanarios y murallas,
veletas y falconetes.

Retratos surcan espumas,
cartas van y cartas vienen...
¡No se consuela de ausencias
la Tertulia de los Viernes!

Hacía veinte años que P. H. U. no pisaba la Española. Arriba a ella el 15 de diciembre de 1931. En junio de 1933, renuncia a la Superintendencia y, París mediante, regresa a Buenos Aires y su tráfago de siempre.

El 5 de abril de 1934 es elegido Académico Correspondiente de la Academia Argentina de Letras, en cuyo *Boletín* publicará escasamente: su estudio sobre "El verso endecasílabo", muy ampliado y retocado; y un par de semblanzas: una, en ocasión de la muerte del poeta colombiano Guillermo Valencia (1943) y otra, con motivo del centenario del nacimiento de Rufino José Cuervo (1944). La Academia le rendirá, en su momento, un homenaje especial, al inaugurar con un tomo de trabajos suyos una nueva colección entre sus publicaciones.

En 1937, viajará a Chile, para dictar un curso de verano en la Universidad de Santiago. Al año siguiente, al fundarse, por alejamiento de don Gonzalo Losada de Espasa Calpe, la editorial de su nombre, se asociará a la empresa en la que pondrá enorme esfuerzo de trabajo dirigiendo colecciones y asesorando en las tareas editoriales. Inaugurará una Colección de Grandes Escritores de América, cuyo volumen inicial será el *Martín Fierro* de Hernández, al que le seguirán la *Moral social* de Hostos y, luego, *Nuestra América*, selección de escritos de Martí, ambos con prólogos de P. H. U. y de 1939[4]. El estudio preliminar de la obra de

4. *Moral social*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939; Colección Grandes Escritores de América, 2. El artículo de *La Nación*, el 28 de abril de 1935; recogido en *E. B. E.*, 109-114; *P. A.*, 137-143; *U. A.*, pp. 263-267, *O. Comp.*, VII, 31-38.

Nuestra América. Buenos Aires, Editorial Losada, 1939; Colección Grandes Escritores de América, 3. El escueto prólogo no es el artículo de La Habana, de 1905; ni es el de *Sur*, de 1931, aunque tiene algún parágrafo tomado de éste.

Hostos es el artículo que publicara en *La Nación*, en 1935, con el título de "Ciudadano de América", designación que tendrá buena fortuna en la crítica hispanoamericana, pues se ha aplicado a otros grandes de nuestras letras, como a Martín, y, por una suerte de parábola de boomerang, volverá a quien la lanzó sobre otros, para denominar al propio P. H. U. También ha tenido feliz aceptación el título elegido para la compilación martiniana –tomado, se sabe, de un trabajo del cubano de 1891– pues por lo menos tres antologías posteriores, lo adoptaron para bautizarse.

El mismo año de la puesta en marcha de Editorial Losada, se inicia la recordada colección "Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal". "La Sociedad Losada S. A. está en marcha desde el 1º de agosto de 1938; los trabajos de imprenta habían comenzado un mes antes. En este momento ya están en venta (...) el *Cid, Facundo;* preparo *Celestina, Eneida* y otras cosas" (a Reyes, 8-8-1938, O. *Comp.* VIII, 304); y, poco después le comenta a don Alfonso: "Con Losada se trabaja en serio, con decoro y realmente se hacen cosas" (10-9-38, op. cit. 307). La bien selecta colección, con prólogos de P. H. U. y texto vigilado por él, lamentablemente solo alcanzó treinta y seis volúmenes de los previstos. Pocas colecciones han aportado tanta renovación a la enseñanza en un país como ésta. Sigue aún en plena vitalidad, con reediciones permanentes, pero ya no con aquella clásica y reconocible tapa dura, de marrón claro, que hacía los tomitos resistentes al manejo "con mano diurna y nocturna" de los estudiantes y profesores. Por supuesto que hoy disponemos de ediciones que, en la depuración del texto, y en las notas, o en el prólogo puesto al día con los adelantos de la crítica, adelantan respecto de las preparadas por don Pedro; pero extrañamos aquella concisión magistral con que sabía concentrar en pocas páginas estantes de bibliografía especializada. La Colección hizo época entre nosotros y fue lo más logrado, en la materia, en su momento[5].

Simultáneamente a estas formas públicas que asumía su docencia, cabe recordarse la labor mentora para con todos aquellos que se le

5. Para el detalle de todos los volúmenes de la Colección, v. la bibliografía de Speratti Piñero.

acercaban en requerimiento de orientación y pautas para el trabajo intelectual. Una de sus condiciones era la de estimular la labor en campos no roturados, o mal aprovechados, que se ofrecían potenciales al esfuerzo metódico del investigador joven o del estudioso. Si se leen con atención sus trabajos, se advertirá lo reiterado del señalamiento de aquellos temas de interés aún no abordados o incompletos en la compulsa, de campos de exploración no batidos, de textos que deberían rescatarse, de documentación que esperaba salir a luz de imprenta. Muchos investigadores argentinos le deben temas bien definidos que supo proponer.

Recordemos, en la misma década del treinta, dos ediciones. La de *El lazarillo de Tormes* (1937) con estudio preliminar suyo y la de *La verdad sospechosa* (1939), con notas de Jorge Bogliano, discípulo suyo de La Plata.

En *Corrientes* (p. 77), comenzaba una propuesta diciendo: "Si el arte de las antologías estuviera más de moda en los países americanos...", lamentándose de la ausencia de buenos florilegios generales y especiales para la enseñanza de la literatura y para educar el gusto de la generalidad de los lectores. También, se sabe, acudió en este plano del "arte de hacer antologías" con su labor. La primera entre nosotros, *Cien de las mejores poesías castellanas* (1929),[6] cuyo título flexibiliza el inapelablemente taxativo de don Marcelino: *Las cien mejores*..., a la que hiciera, cuando

6. *Cien de las mejores poesías castellanas*. Selección de P. H. U. Buenos Aires, Editorial Kapeluz, 1936; es la segunda edición; se siguió editando, por lo menos, hasta 1945, que es el último que he alcanzado. En la edición de 1939, introduce algunas modificaciones.

En carta a A. Reyes, desde Unquillo, el 8 de febrero de 1929, *O. Comp.*, VI, pp. 417-418, con indicaciones para que atendiera la corrección de la carátula y portada de la edición, próxima a aparecer. Corrige, entonces, el título "Cien de las mejores poesías de la lengua castellana" por el que llevará, "Cien de las mejores poesías castellanas", para alejarlo aún más del de don Marcelino.

V. "Las cien mejores poesías", *La Cuna de América*, Santo Domingo, 7 de marzo de 1909, recogido en *O. Comp.*, I, pp. 271-277.

La edición primera de la antología de P. H. U. fue reseñada en *Nosotros* a. 24, t. 68, nº 251, abril de 1930, pp. 136-137.

su aparición, criteriosos reparos, veinte años antes de proponer la propia selección. En su curiosa reseña crítica en forma de diálogo, en el que uno de los interlocutores –que conoce la selección de Menéndez Pelayo– le informa a otro lo que aquella contiene; en tanto, el otro inquiere por uno u otro texto ausentes, o ratifica la sensatez del antólogo afamado, o pone respetuoso reparo a alguno de los incluidos. Lo notable del caso es que, dos décadas después, a la hora de componer su propia antología, P. H. U. va a respetar las propuestas, enmiendas y retenciones que hiciera en 1909. Así, la inclusión de Cristóbal de Castillejo, de la "Egloga Tercera" de Garcilaso, de textos de Hernando de Acuña, de Bernardo de Balbuena, de Juan de Jáuregui, de Sor Juana, de Cienfuegos, de Olmedo, J. E. Caro, de Andrade, de Othón, de Gutiérrez Nájera, de Julián del Casal, de José Asunción Silva. Las coincidencias con don Marcelino alcanzan a veinte piezas. Solo incluye, como éste, poetas muertos, y el límite cronológico impuesto es el del nacimiento de Darío. La inclusión de ponderable, y justificado, caudal de poetas hispanoamericanos compensa las postergaciones a que los condenó don Marcelino.

La segunda de las concretadas en nuestro país por P. H. U. la hizo en compañía de Borges, se trata de la *Antología clásica de la literatura argentina* (1937)[7]. Es lástima que esta excelente crestomatía no se haya reeditado después de su segunda aparición en 1940. Hoy es casi desconocida por los profesores y los más ignoran su existencia. Los autores se han propuesto en ella mostrar lo que fue la obra de los escritores y poetas del "pasado definitivamente concluso". Por esta razón, abarca desde los comienzos de la cultura de tipo occidental en el Río de La Plata, en el siglo XVI, hasta el final del período de organización de la Argentina moderna, hacia 1880-1890. No se incluyen en ella los escritores nacidos después de 1850; así, nombres como los de Joaquín González, Ernesto Quesada, Alejandro Korn o Roberto J. Payro –dicen los autores– no figuran en la selección, pues su obra "pertenece de lleno a la Argentina actual". De intento,

7. *Antología clásica de la literatura argentina*. Buenos Aires, Kapelusz, 1937; "Prólogo" de P. H. U. y J. L. B., pp. 7-8.

pretenden presentar "el cuadro de la sociedad argentina del pasado, con su inquietud constante, con sus aspiraciones y desfallecimientos; en ella domina, al fin, la fe en el porvenir de la patria, en el triunfo del bien y de la justicia sobre la tierra argentina". Bien se ve en esto el criterio de P.H.U.: no se trata de una antología "estética" sino representativa de un momento de la historia nacional. Asocia, pues, los dos criterios en lo electivo. Se incluyen treinta y cinco autores, desde Ruy Díaz de Guzmán a Miguel Cane. Los antologistas han procurado evitar, en lo posible, las páginas más conocidas de los escritores incluidos, aunque sean magníficas; decisión que se cumplió realmente con algunos, como José María Paz, J. M. Gutiérrez, Vicente F. López y Sarmiento; en otros, por inevitable, la muestra es la habitual en las selecciones: la historia de Lucía Miranda, el soneto a Santa Rosa de Lima, "Al Paraná", de Lavardén; o bien, "La madrugada" y "La indiada", de Ascasubi; "Amira" y "Nenia" de Guido Spano; en fin, los textos elegidos de Ricardo Gutiérrez, E. Wilde, O. V. Andrade y Cané. Hay inclusiones interesantes por infrecuentes –y por demás justificadas–: primera, la de un fragmento del jesuita Francisco Javier Iturri, la de cartas de Mariquita Sánchez de Thompson, revelación para los lectores argentinos; la traducción de la "Elegía en el cementerio de una aldea" de Thomas Gray, por José Antonio Miralla, y, la de William Henry Hudson, con tres fragmentos de primera mano ("Hudson, a quien solo aleja de nosotros el idioma que escogió para expresarse", señalan los electores en el prólogo). Cada texto de autor está precedido por noticias sobrias y datos fundamentales. Las notas al pie son precisas, escuetas y no distraen de la lectura.

En 1938, con la asistencia de Patricio Canto, P. H. U. publicó unas *Obras escogidas*[8] de Sor Juana Inés de la Cruz. El nombre de los antólogos no aparece suscribiendo el prólogo, pues más que tal se trata de una

8. *Obras escogidas*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938; Colección Austral, 12. Es en la colección que Ortega llamó *bolsillable*, de Espasa, con variante española del *pocket book o del livre de poche*. La edición y el cuidado de los textos, a cargo de P. H. U. y Patricio Canto. La "Introducción", pp. 9-45; hay ediciones posteriores.

coordinación de textos críticos de Marcelino Menéndez Pelayo y de fragmentos del largo estudio, "La décima musa de Méjico" (1934), de Karl Vossler sobre la poetisa.

Con destino más elemental, como que está destinado para el manejo de 5º y 6º grado de la escuela primaria, en colaboración con Narciso Binayán, compuso *El libro del idioma* (1927)[9]. No se trata de un simple libro de lectura –como ha estimado quien no se ha detenido a revisar el volumen– sino de un libro de trabajo integral para el aula en el área de la lengua. Las precisas orientaciones sobre lectura, dictado, gramática, que la obra contiene dirigidas a los maestros revelan notable sensatez didáctica. *La Guía para el uso del "Libro del idioma"*, ratifica lo dicho, en cuanto a que los autores saben enseñar a enseñar. La selección es óptima y adecuada a los intereses del nivel. Alcanzó más de treinta ediciones en nuestro país.

Por último, la obra didáctica que ha tenido mayor repercusión en la enseñanza secundaria de nuestro país: los dos cursos de la *Gramática castellana* (1938-1939), en colaboración con Amado Alonso. Estos tomos en manos de los docentes argentinos produjeron una lenta pero firme renovación de los estudios gramaticales y en la enseñanza integral de la lengua. Ellos marcan un hito en su campo y presidieron por treinta años el trabajo diario de los colegios y escuelas de la Argentina. No cabe duda que, de los dos autores, el que tenía larga experiencia docente en el campo de la enseñanza media, era P. H. U., por ello no es descaminado pensar que las observaciones y señalamientos para la adecuación de los contenidos se deban a él.

Hemos señalado, desde el comienzo de nuestra exposición, las diversas formas que asumió en nuestro país, una de las sagradas obsesiones de P. H. U., la pedagógica: clases, cursos, seminarios, conferencias, orientación personal, dirección de equipos de trabajo, ediciones anotadas, antologías, manuales, planificaciones y proyectos. Pero ninguna de

---

9. *El libro del idioma*. Lectura, gramática, composición, vocabulario. Buenos Aires, 1927; he verificado hasta la 13a. edición, de 1953.

estas líneas de acción docente se presenta aislada, ocasional; todas ellas se conciertan y articulan entre sí al nacer del mismo foco de interés en él. Todo se lleva junta y armoniosamente. Trabaja en la renovación de los programas de la enseñanza media, y compone un libro para el trabajo en el área de la lengua para los últimos grados de la escuela primaria, así como da sus orientaciones sobre la enseñanza de la literatura en este nivel –a través de su conferencia sobre "aspectos de la enseñanza..."– y de esta forma se encastran más fluídamente los dos niveles de aprendizaje. Proyecta una nueva experiencia de Bachillerato libre, basado en Cien Autores claves de la cultura universal, y para ello, ha acudido con la planificada Colección de Las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal; acorde con la renovación de los planes de la escuela media, trabajará con Alonso en sus Cursos de la *Gramática castellana*, que habrán de servir de textos para el cambio propuesto.

Quisiéramos recordar aquí una anécdota. Cuenta Roy Bartholomew,[10] alumno de P. H. U. en el Colegio Nacional de La Plata, que se había deslomado una antología de Lugones de su biblioteca. P. H. U. llegó una tarde con un nuevo ejemplar, y alguien arrojó el viejo al canasto de los papeles. "No, no", dijo, y llevándolo al balcón, lo fue deshojando y arrojando las páginas al aire: "¿Ves?, lo lleva el viento, lo encuentra un niño, y nace un poeta". La ocurrencia de P. H. U. tiene sentido simbólico: un libro, ni descalabrado pierde su utilidad; en sus manos, aún las hojas sueltas se tornan en germen de vocaciones; el gesto sembrador y el optimismo esperanzado de que algunas de aquellas páginas caiga en manos de quien pueda tener potencialmente capacidad creativa y el texto poético trunco despierte en él resonancias profundas. Claro está que ante los ojos de un inspector municipal, P. H. U. ensuciaba la ciudad; y hasta multa le cobraría. Pero tenemos la seguridad de que la hubiera pagado gustoso y sonriente –con su sabida ironía– porque el precio siempre sería exiguo para el gesto esperanzado en esta personalísima parábola del sembrador.

---

10. "Imagen de P. H. U.", en *Revista de la Universidad*, La Plata, U. N. L. P., octubre-diciembre de 1957, nº 2, pp. 144-146.

2. OTRAS PUBLICACIONES

Entre tanto, don Pedro continuaba publicando en revistas y diarios porteños en los que había comenzado a enviar colaboraciones desde La Plata, o aún antes de arribar al país, como en el caso de *Nosotros*. A lo que hemos reseñado, de lo aparecido en la revista de Giusti, debemos agregar un par de semblanzas: "Dos escritores de América"[11], referidas a Francisco de Icaza y a García Godoy. La del primero, con ocasión de su fallecimiento en Madrid, le da ocasión de afirmar que era aquel "uno de los escritores menos *tropicales* de este mundo, como buen hijo de la altiplanicie que era. Dado que la influencia de la altiplanicie da a quien la habita ciertas notas de mexicanía –como apunta de Alarcón y de Gutiérrez Nájera–, con variación de la frase de Lessing, podríamos decir que "Nadie pasea o vive impunemente en la meseta mexicana". Celebra de Icaza la brevedad, la precisión, la ausencia de entonación oratoria y un cernido manejo de la erudición. Una vez más, todas notas que pueden señalarse propias del mismo P. H. U. La semblanza de Federico García Godoy exalta en él a "uno de los directores morales del país" y evoca su rudo combate contra el positivismo reseco.

Poca cosa más difundió en *Nosotros*: su "Veinte años de literatura en los EE. UU."[12] recogido en *Seis Ensayos*; la carta, ya transcripta, sobre su opinión de Menéndez Pelayo. En cambio no es suyo el artículo sobre Cunningham Graham, que se le atribuye, sino de su hermano Max[13].

En *La Nación* fue asiduo colaborador –al menos desde 1926– y hasta la fecha, "El descontento y la promesa" pareciera ser el primer texto que

---

11. *Nosotros*, a. 19, t. 50, nº 193, junio de 1925, pp. 225-229; *U. A*, 360-363.

12. *Nosotros*, a. 21, t. 57, nº 219-220, agosto-septiembre 1927, pp. 353-371. *O. Comp.*, VI, 85-104.

13. El artículo de Max Henríquez Ureña, en *Nosotros*, segunda época, a. I., nº 4, julio de 1936, pp. 361-368; fue recogido por Max en *De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo*. Ensayos sobre literatura contemporánea. México, F. C. E., 1960, pp. 138-147.

Nosotros reprodujo la recensión de Inquisiciones de Borges, que P. H. U. hiciera para la *RFE*; ver, *Nosotros*, a. 20, t. 54, nº 208, septiembre de 1926, pp. 138-140.

recogiera el diario[14]. A él le seguirá "Alfonso Reyes", en el que celebra los valores poéticos del mexicano. Como hemos señalado antes, P. H. U. conocía el prestigio y nivel cultural del diario desde joven. Recuérdese su nota necrológica sobre Mitre. Cuarenta años después, en *Corrientes* escribirá: "Mitre fue, con Vicente Fidel López, uno de los mayores historiadores de la Argentina. Hizo historia, también, durante su período de gobierno, en que puso al país sobre el camino del progreso moderno (1862-1868), como orientador de la opinión en su gran diario *La Nación* (desde 1870), y, finalmente, durante su larga vejez, como patriarca democrático" (p. 123). Y habrá de situarlo en la estirpe de los "luchadores y constructores", junto a Sarmiento y Bello (p. 155). En su correspondencia, encontramos juicios adversos a dos aspectos del diario, solamente, a la crítica de arte –en la década del veinte– y al hecho de respaldar a ciertos escritores franceses de menos que segundo orden, a quienes les publica y con lo cual les da cierta "posición bonaerense". No es intención nuestra hacer un relevamiento total de lo publicado por P. H. U. en *La Nación* –por lo demás, ya está hecho–, sino advertir cómo el autor vio en él el órgano apto para la difusión en público amplio de lo alcanzado en niveles de mucha especialización. Le sirvió de eficaz vía de alta divulgación. Para ello, lo hemos visto, quitaba a sus trabajos el lastre erudito de notas y bibliografía, de documentación cargosa, sintetizaba su contenido, y lograba un excelente artículo informativo sobre un tema o cuestión capital, de lectura agradable y general. Muchas de sus colaboraciones quedaron olvidadas en las páginas del diario, hasta que los compiladores las fueron levantando y editando en volúmenes, desde Javier Fernández a Juan Jacobo de Lara. Junto a notas sobre cosas de América –las primeras en ser rescatadas– publicó otras sobre temas españoles, un par de artículos sobre autores ingleses –Chesterton y Shakespeare–, o sobre dos de sus dilectos, allegados en un trabajo: Ibsen y Tolstoi. A partir de 1937 sus

14. Decimos tentativamente, porque en la ficha del legajo del Colegio Nacional con sus antecedentes, escritos de puño de P. H. U., se dice "colaborador del Suplemento Literario de *La Nación*, Buenos Aires"; lo escribe en 1924.

colaboraciones son predominantemente lingüísticas y filológicas; sobre el castellano en América, sobre indigenismos, que habrán de hallar resguardo en los tomos de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana y en el tomo académico que ordenara Juan Carlos Ghiano. Y, *dulcis in fundo*, en *La Nación* publicó los dos últimos cuentos que diera a conocer: "El peso falso" y "La sombra", ambos de 1936.

Los otros dos cuentos "argentinos" –por publicados en nuestro país– aparecieron en 1925, en la popular revista *Caras y Caretas:* "Eramos cuatro...." y "El hombre que era perro". A esto se reduce la presencia de P. H. U. en el semanario de Fray Mocho.

No suele recordarse, en cambio, un par de colaboraciones suyas en la revista literaria mensual *De Mar a Mar*, cuyos secretarios de redacción eran Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela. Allí, en 1943, publicó una traducción de un fragmento de *Zibaldone di pensieri*, de Giacommo Leopardi, con el título "De la gracia y la belleza",[15] que no figura en las bibliografías. En el mismo número, dio a conocer —estimamos que por segunda vez aparecía en letra impresa— una página poética "Niebla", "texto impresionista escrito al llegar a Francia". Por no haber sido recogido, lo hacemos aquí:

NIEBLA

Por Pedro Henríquez Ureña

Quema el sol las islas tropicales; hierve el mar; de los montes se derraman ríos verdes hacia las arenas y las rocas; casas, gentes, flores, trajes, danzan en juegos de colores: todo se borra, forma y color, sin perfil y sin matiz.

---

15. *De Mar a Mar*, Buenos Aires, a. II, nº 4, marzo de 1943, pp. 8-11. "Niebla" lo da Speratti Piñero como publicado en *Número*, México, en 1933. En la Argentina, tomado de *De Mar a Mar*, lo reprodujo el *Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura*, Buenos Aires, t. I, nº 4, diciembre de 1946, homenaje a P. H. U.

El mar de seda de las Azores, con sus ondulaciones florentinas, que al caer el sol se tiñen de violeta y del violeta van al rosa. Montes azules y campos dorados, pueblos blancos y rojos, finos templos portugueses. Los ojos, idos, todo lo extravían: confunden en niebla gris las islas nuevas y las islas lejanas.

¿Y esta costa de Galicia, con sus cien pueblos, con sus mil granjas, con sus mil barcas? Los ojos, cansados, nada distinguen: la niebla iguala los continentes.

Pero aquí está la dulce Francia. Todo se anima. El Loira suave, los campos suaves, las ciudades bien construidas. Después, el mar de Bretaña, que se pone de fiesta. Aguas pacíficas. Juegan, para los ávidos ojos, acorazados, delfines y gaviotas. Y como fondo constante, en toda la extensión, las barcas bretonas, con su duelo de velas blancas y negras, o dos velas rojas como alas de la gran vela blanca, o una verde, como estandarte, sobre una dorada. En la noche, para navegar entre la costa y las islas, calle de faros y boyas luminosas. De pronto, la sirena. Niebla.

(*De Mar a Mar*, Buenos Aires, a. II, nº 4, marzo de 1943, p. 20.)

* * *

3. LA INVITACION DE HARVARD

En 1940, P. H. U. recibe la invitación de la Universidad de Harvard para dictar en la cátedra de Poética "Charles Eliot Norton" un curso de su especialidad. En el Fogg Museum of Arts, las noches del 6, 13 y 20 de noviembre, del 11 de diciembre, del 11, 18 y 25 de febrero y del 4 de marzo, dictó su curso de ocho lecciones, que se anunciaba como: "*In Search of Expression: Literary and Artistic Creation in Hispanic America*". Vemos cómo lo que destaca en primer término es el proceso dinámico de la manifestación por medio de la expresión; ese proceso que se da en la realidad creativa desde el siglo XVI, según P. H. U., por un lado; por otro, el inquisidor, lo llamaría Borges, P. H. U. rastreando el curso de esta

corriente que, como el Guadiana, aflora acá, parece soterrarse y desaparecer, surge imprevistamente en poderoso manantial o parece adelgazarse en un hilillo. Don Pedro tiene dotes de lo que llamaríamos en la Argentina, "rastreador de vertientes", y allá va toda su vida, siguiéndole el curso. Y cuando se le oculta, surge en él su poder de rabdomante, que con su sensibilidad peculiar, capta la fluencia secreta de esa corriente que nos define. En segundo lugar, advertimos que en su primer proyecto, asociaba literatura y artes, en una misma articulación creadora. Tal vez le resonara, la teoría bergsoniana del origen único de la intuición estética y su diferenciación posterior en el hombre, que da mayor coherencia a toda manifestación humana de belleza. Al asociar artes y letras nos dirá después, en el prólogo de *Corrientes*, lograba "reforzar mejor el sentido de unidad de cultura en los países que, en este hemisferio, pertenecen a la tradición hispánica" (p. 7). P. H. U. se apoyó en sus disertaciones con fotografías que ilustraron ejemplos característicos de arquitectura y pintura. Recurrirá a esta colaboración ilustrativa en la primera edición de *Historia de la cultura en la América hispánica*. Durante dos años y medio reelaboró el texto de aquellas conferencias, ampliándolo y completándolo con notas, hasta alcanzar el libro de 1945: *Literary Currents in Hispanic América* (Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press). Un despistado cronista, en un conjunto de "Notas norteamericanas" (*La Nación*, dom. 12-8-1945), apuntaba mal: "el libro *Literary Currents in Hispanic América*, de Pedro Henríquez Ureña, no es, en realidad, sino la versión inglesa de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que el prestigioso hijo de Santo Domingo, residente hoy en la Argentina, publicó en 1928, y ahora aparece enriquecida por las reflexiones que añadió al pronunciar, en 1940, ocho conferencias en la Universidad de Harvard". Esto es haber oído sonar campanas y no saber dónde. Aunque como el burro de la flauta, en algo acertó, por casualidad: en la relación profunda entre el haz de ensayos de 1928 y la intención básica del libro de 1945. P. H. U. no alcanzó a ver la edición castellana de su obra, preparada por Joaquín Díez Canedo, que apareció en la colección planeada por don Pedro en la Biblioteca Americana, del Fondo de

Cultura Económica, en 1949. Igualmente póstuma, y no acabadamente revisada por él, al parecer –pese a opinión de su hermano Max–, la *Historia de la cultura en la América hispánica*, vio la luz en la Colección "Tierra Firme", de la misma editorial, en 1947. Así coronaba su larga producción don Pedro, con un par de pilares asentados en piedra viva que sostendrán, abierto para siempre, el pórtico de su gloria.

4. MUERTE Y MEMORIA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La muerte de don Pedro Henríquez Ureña, el 11 de mayo de 1946, es conocida en sus dolorosos detalles, apuntados por el único testigo de la misma, su colega en el Colegio de la Universidad de La Plata, doctor Augusto Cortina. Murió en un tren listo a partir. Esto es casi una imagen de toda una vida que no supo –sino por escasos momentos– del reposo cómodo y reparador, y sí, y mucho, del afanoso trabajo, del esfuerzo sostenido, de la actividad fructífera, nunca desfalleciente. Sus restos fueron cremados y sepultados en la Buenos Aires en que alentó tanto proyecto, con imbatible vitalidad y optimismo. En su sepelio[16] –duelo nacional– hablaron: designado por la SADE, Ezequiel Martínez Estrada, acompañado por una comisión formada por Borges, Julio Aramburu, Alberto Prando, Pedro Miguel Obligado y Julio Rinaldini. Por el Colegio Libre de Estudios Superiores habló Giusti, quien, entre otras reflexiones, dijo: "Cincuenta años de asidua labor literaria habían hecho de P. H. U. uno de los más acreditados escritores americanos, reputado como agudo crítico y ensayista y como sabio investigador en el campo de varias disciplinas filológicas, la métrica, la lingüística, la lexicología, la historia literaria y la de la cultura. Aborrecía con fastidio, diré flaubertiano, todo

16. Tomamos los datos de las crónicas de los diarios porteños: *La Nación*, 12 de mayo de 1946 y 13 de mayo de 1946; *La Prensa*, lunes 13 de mayo de 1946. *La Nación* del lunes 13, transcribe partes del discurso de Giusti que hemos transcripto, y pasajes de los de Martínez Estrada y de Alonso.

lo tonto, chabacano y adocenado. Por eso su pensamiento, expresado con singular distinción, procuraba tenazmente describir aspectos inéditos del arte y el espíritu. Hizo de esta tierra su hogar predilecto, elección de la que no tuvo que arrepentirse hasta tanto los fueros del espíritu y de la cátedra merecieron el respeto y el acatamiento de todos. No necesitó carta de ciudadanía, esa carta que la burocracia, cierta vez, con ceño inflexible, descubrió que no poseía este americano cuya patria era el continente entero; no la necesitó para sentirse identificado con nuestros mayores valores espirituales, celebrados por él en bellas páginas". La comisión del Instituto del Profesorado, estuvo encabezada por el Director de la Sección Castellano y Literatura, su discípulo Raúl Moglia, quien despidió al maestro. El Colegio Nacional suspendió sus actividades, y constituyó una comisión integrada por: Luis Aznar, Pedro E. Carnaghi, Augusto Cortina, Narciso Binayán, Florencio Charola, José R. Destéfano, Tomás R. García, Mateo Heras, Trinidad Berenice Lynch, María Bellini de Petriz, José Ojeda, José P. Ochoa, Francisco Maffei, Ernesto Soto Avendaño que acompañaban al vicerrector, Dr. Tomás C. Pera; por el Colegio habló el doctor Cortina. Arturo Giménez Pastor habló en nombre de los profesores de Filosofía y Letras y del Instituto Iberoamericano; Amado Alonso, en nombre de la Facultad de Humanidades de La Plata y del Instituto de Filología; Arnaldo Orfila Reynal, por la UPAK; Julio Rinaldini, por Amigos del Arte; Gonzalo Losada, por la Editorial; los estudiantes Palma y Alvarado, por las universidades de Buenos Aires y La Plata, respectivamente. José Bianco despidió al contertulio de *Sur*. Max, embajador de su patria, agradeció la hospitalidad que la Argentina brindara a su hermano.

Las revistas *Sur*, *Letras*, *Revista de Filología Hispánica*, *Cursos y Conferencias* fueron cumpliendo sendos homenajes, como puede verificarse en la bibliografía que reunimos.

Los argentinos no olvidaron a don Pedro. El mayor esfuerzo –anterior al tan meritorio de Juan Jacobo de Lara y de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña de Santo Domingo– de compilación de material disperso, de bibliografías más exhaustivas, lo han cumplido hombres

argentinos. Si es, en parte cierto, lo que Sábato dice: "Todos, de alguna manera, somos culpables de aquella muerte prematura. Todos estamos en deuda con él"; también es cierto que no han sido pocos los esfuerzos que se han hecho en nuestra tierra para pagar aquella deuda insaldable.

En 1981, se cumplió la repatriación de los restos de P. H. U. a su Quisqueya amada. Con motivo de dicha repatriación, se constituyó una comisión de notables por la República Dominicana y otra por nuestro país; en la oportunidad se cumplieron varios actos en Buenos Aires y en La Plata para celebrar su memoria, hablaron las figuras más prominentes de la Argentina en el campo cultural y los diarios mayores difundieron aquellos mensajes, junto a los de los altos representantes dominicanos. Los restos de Pedro Henríquez Ureña descansaron desde entonces en la Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, junto a los de su madre, doña Salomé Ureña de Henríquez. En 1988 ambos fueron trasladados al Panteón Nacional dominicano donde hoy reposan junto a los de Francisco Henríquez y Carvajal, padre de P.H.U. Un busto del escultor dominicano Antonio Prats Ventós, nos ha dejado la imagen del maestro en medio de los jardines del Colegio Nacional de La Plata, su primer hogar docente en la Argentina. Esa presencia simboliza una honda responsabilidad de merecerlo para quienes lo tuvimos en la madurez de su talento.

CAPÍTULO XIII

LITERATURA Y REALIDAD ARGENTINAS EN LA ESTIMATIVA DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

1. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA LITERATURA ARGENTINA

En el primer capítulo de nuestro trabajo hemos recogido las referencias y observaciones que en las páginas juveniles de P. H. U. acusaban el grado de conocimiento alcanzado por él de nuestra literatura. El intercambio epistolar con Ripa Alberdi, y los envíos de éste y el intercambio de libros que establecieron, fue alimentando el conocimiento del amigo dominicano, particularmente de los valores jóvenes de la lírica argentina. La visita de P. H. U. en 1922, le dio ocasión de tratar personalmente a algunos de nuestros escritores, en casa de Rinaldini, por ejemplo, y en otras veladas; y, sin lugar a dudas, se habrá llevado repletas sus valijas de regreso con libros obsequiados. A la distancia, la revista *Nosotros* lo mantuvo al tanto de las novedades y de los aportes de sus colaboradores, a igual que el Suplemento Literario de *La Nación*. Ya instalado en La Plata, su reseña de la *Antología de Noé*, en 1926, lo revela un claro cartógrafo de la poesía argentina en el primer cuarto de siglo. En su "mapa" ve con nitidez el papel que han jugado "Los doce gozos",

particularmente, de *Los crepúsculos del jardín* de Lugones por su influencia de su peculiar *manera* en la poesía hispanoamericana, hasta generar epidemia. Señala, en la nota, "el feliz renacimiento de la poesía civil" que significaron las *Odas seculares*, modalidad poética abandonada o descuidada en el primer estadio modernista y, retomada, por influencia de Darío, después de 1905. Recordemos, siempre respecto de Lugones, uno de nuestros mayores poetas, la inclusión de *El libro de los paisajes* (1917) en su programa del Instituto del Profesorado, y su personal elección del "Salmo pluvial". En *Corrientes*, recuerda al *Lunario sentimental* (1909) sólo por su novedad métrica, pero nada dice respecto del manejo metafórico, y que, por ambos elementos, lo mantenían en la "extrema izquierda" de la poesía argentina. Si elogia "Los burritos", aún no recogidos en volumen, y ratifica el acierto de Lugones –en un par de líneas de *Corrientes*– por la poesía que retoma el tema ciudadano y nativo, llama la atención que nada diga de dos poemarios que podrían haberle interesado, por los asuntos vernáculos, y por la vuelta a la estrofa popular de la cuarteta aconsonantada, como *Poemas solariegos* y *Romances del Río Seco* (1938), que alcanzó en vida como para estimarlos.

Tuvo muy buen ojo para ver cómo *Las iniciales del misal* (1915) de Fernández Moreno era obra revolucionaria, en su aparente sencillez, o mejor dicho, por su misma simplificación; y cómo *El cencerro de cristal* (1915) de Güiraldes había dado un salto a la izquierda y prenunciaba la vanguardia entre nosotros. Recordemos las tres notas en que cifró la poesía argentina: ímpetu, brillo e inteligencia. Si por las dos primeras exaltó a Capdevila, p. ej., por la última, celebró a Martínez Estrada, "el admirable poeta intelectualista" (carta a Reyes, enero de 1927, *O. Comp.*, VI, 406).

En la prosa, el libro preferido de P. H. U. es, y varias veces lo destaca, *Don Segundo Sombra* de Güiraldes. En esa preferencia, lo seguirá Cancela, con sus *Tres relatos porteños*; y, en el ensayo contemporáneo, *Historia de una pasión argentina* de Mallea. En cuanto al teatro posterior a Sánchez, no adelanta opinión.

Dos veces, y en cartas personales, trazó un panorama, una ojeada de conjunto sobre la producción del momento. La primera es del 20-7-1925: "Desde que estoy aquí –le escribe a Reyes–, ninguno de los muchos libros que salen ha hecho ruido: algo, *El inglés de los güesos* de Benito Lynch. El y Payró me parecen los mejores novelistas; Gálvez es deplorable, excepto en su mediana *Sombra del convento*. Hugo Wast es el novelista comercial (100.000 ejemplares de una sola novela!); Cancela es divertidísimo –y exacto– en sus *Tres relatos porteños* (hay edición de Calpe); te recomiendo que leas su "Cocobacilo de Herrlin", el primero de los *Tres*, si quieres darte idea de cómo despilfarra dinero el gobierno argentino (es curioso –no sé si se lo han dicho– notar que Cancela sigue muy de cerca los procedimientos de Voltaire) [ignoramos si P. H. U. alcanzó *Cacambo*, de Cancela]; hay otros muchos, entre ellos toda una especie populachera de *Novela mensual* y publicaciones por el estilo. De Lynch, pues, me gustan *Los caranchos de "La Florida"*; pero su *Inglés de los güesos* es un cuento diluido. De otros libros que han salido, me interesa el de crítica de Jorge Luis Borges. Entre tanto, se van formando especialistas: hay historiadores técnicos, eso que en México todavía se ignora (muy pedantes, pero saben lo que hacen); hay especialistas en filosofía, con sólidas lecturas en latín y en alemán, con cultura científica, a quienes les da risa la muchachada cuyo abrevadero filosófico son los artículos de Ortega y los libros que hace traducir; hay críticos de arte (dos por ahora) [alusión a Rinaldini y a A. Prebish]; no parece que haya críticos musicales; hay algún exégeta bíblico. Pero todo esto dará frutos dentro de veinte años. ¿Habrá entonces cosa propia, de fuerza y carácter? Hay muchas revistas, y muy costosas; pero solo dos que se propongan cosa concreta: *Proa* y *Martín Fierro*, los ultraístas. En *Proa*, vale Borges; son muy simpáticos Güiraldes y su mujer, Adelina del Carril, y su cuñada Delia del Carril, que no escribe; Oliverio Girondo, también; y Evar Méndez, el director de *Martín Fierro*: como Cansinos, es *antiguo*, pero amigo de los modernos. Son la gente con quien me entiendo mejor en Buenos Aires. Los otros literatos están apergaminados la mayoría; y andan sueltos; no en grupos. Lugones, está insoportable con sus teorías políticas y, según dicen, su mala educación:

todos se le han alejado, salvo gentes *hechas* (lo conozco pero no lo trato). Capdevila ha sufrido una caída rápida. Banchs escribe poquísimo. Fernández Moreno mucho, ni muy bueno ni malo. Entre la muchachada, hay muchos poetas buenos; los más colaboran en *Proa* y *Martín Fierro*" (O. *Comp.*, V, 330)[1]

La otra ojeada es en un año y medio posterior a la primera; data del mes de enero de 1927, y enfoca la realidad más que como nombres y obras, como hiciera en la precedente, como juegos generacionales: "La muchachada de acá es casi tan insufrible y vana como la de México, digo *casi*, porque *tanto* es imposible. De todos modos aquí hay más talento en explotación. Y existe Borges, y tres o cuatro poetas más: Luis Franco, Nalé Roxlo, Córdoba Iturburu, López Merino, Girondo, Nora Lange, Margarita Abella Caprile; y uno que otro cuentista. ¿Son, estos poetas, mejores que los de México? (Torres Bodet, Pellicer, Gorostiza, González Rojo). Yo creía que sí porque los encontré más hechos, hace tres años, pero los de México han mejorado, y ni unos ni otros son gran cosa, acontecimientos, excepto Borges. Esta nueva generación está en mal momento: le ha tocado, como a la mexicana después del Ateneo, venir después de una fuerte (Banchs, Capdevila, Fernández Moreno, Arrieta, Alfonsina; hasta Güiraldes –que es de esa generación anterior, y les hace sombra), como entre esa y la de Lugones y Larreta se interpuso una generación torpe, la de Manuel Ugarte y Ricardo Rojas, equivalente a la que en México medió entre la *Revista Moderna* y el Ateneo. Hay otra razón para el mal momento: el ritmo de escuela cuidadosa-escuela descuidada, que se observa en América. En su propio *Martín Fierro* confiesan el pecado, pero no lo curan. Y en *La Nación* les dicen que han pasado todas las escuelas,

---

1. P. H. U. tuvo fluida relación con los grupos de escritores de vanguardia. Precisamente, en *Martín Fierro* publicó "Góngora" (nº 41, 28 de mayo de 1927), recogido luego en *Plenitud de España*; en el número, en parte homenaje al cordobés ilustre, publicó Borges, "Para el centenario Góngora"; junto a cinco sonetos, un retrato y autógrafo del autor de *Polifemo* y *Galatea*. En el nº 20, del 5 de agosto de 1925, apareció una reseña, sin firma, de *En la orilla*. *Mi España*.

menos la primaria. Estoy de seguro, exagerando. A pesar de todo lo que digo, con viejos y con muchachos, en la Argentina hay una actividad intelectual mejor que en el resto de América. Que podía ser mejor todavía, mucho mejor..." (O. *Comp.* VI, 407)

La carta contiene una buena sugerencia para la verificación, y que daría ocasión de un trazado de historia literaria desde 1896, en adelante; nos referimos al ritmo de *escuela cuidadosa-escuela descuidada* que observa P. H. U. Otro apunte que debe considerarse es esta situación intermedia de ciertas generaciones literarias comprendidas entre abrazaderas de generaciones fuertes y logradas. Valdría la pena –esta no es la ocasión– de ensayar el análisis de esas dos observaciones sugestivas.

En las dos cartas citadas, surge una referencia relevante para Borges. Acotemos que en la segunda de las citadas, antes de lo transcripto dice, respecto de una reseña de libro de Reyes: "quise que en la Argentina lo comentara el muchacho de más autoridad, Borges, que la tiene, a pesar de todo". Este "a pesar de todo" puede deberse a sus opiniones urticantes, vertidas en ensayos o entrevistas desde 1923, o a las manías propias de muchos de los jóvenes del momento. Manías que, en el trato directo con él –nos dirá P. H. U., cuando lo trata en casa de don Francisco de Soto y Calvo– van desapareciendo a medida que se intima cordialmente.

En 1926, P. H. U., en la severa *Revista de Filología Española*,[2] había publicado una reseña del primer libro de ensayos de Borges, nunca reeditado: *Inquisiciones* (1925). Consideraba entonces que el libro "merece señalarse a la atención de los lectores (...) por la orientación del autor, nueva en castellano, hacia la estilística y por sus trabajos sobre dos autores de los siglos XVII y XVIII: Quevedo y Torres Villarroel". La observación referida a la estilística no se endereza, por supuesto, a la disciplina inaugurada por Vossler y Spitzer, sino a las abundantes observaciones de estilo, agudas y precisas, sobre la riqueza léxica de los autores que estudia; la permanente atención de Borges al sentido etimológico de

2. *R. F. E.*, t. 13, enero-marzo de 1926, pp. 79-80. Fue reproducida por Nosotros, como ya indicamos en otro capítulo.

los vocablos, los latinismos, los niveles de la lengua, las palabras "nobles" del romanticismo y del modernismo, el valor de las imágenes, particularmente las metáforas. Todos estos son señalamientos puntuales atendibles, pero notas aisladas que "hacen desear la *inquisición* total, la ojeada que abarque íntegramente", con lo que señala una limitación propia del ensayismo borgeano, al menos el manifiesto en sus tres primeros libros. Esta tendencia a señalar "puntas" y olvidar la visión global es censurada por P. H. U. que es hombre de panoramas, de retratos integrales, de visión sintética, no analítica. Atiende, también, a la misma preocupación de Borges por su propio estilo –que entonces asociaba usos latinistas, vestigios de Quevedo, entonaciones criollas y hasta lunfardismos–, en el que se notaba el esfuerzo por la *iunctura* en la diversidad de elementos que combinaba y la rebusca de expresión peculiar; aún, lo señala P. H. U., las minucias gráficas, en procura de imitar la fonética rioplatense, como *verdá*, *ciudá* y *criolledá*; lo que le valió a Borges ser llamado "circuncidador de palabras". "Es de esperar que Borges aprenda a quitar los andamios y alcance el equilibrio y la soltura", porque "el estilo perfecto es el que con plenitud expresiva, oculta las inquisiciones previas". Ya hemos visto como va afirmando P. H. U. su juicio positivo sobre Borges, a través de las cartas citadas. Pero dieciséis años después de aquella reseña, un apretado juicio cifra, en 1942, su estimación crítica del que es ya escritor maduro. Esta apreciación se publica en *Sur*,[3] junto a otras varias de escritores argentinos, en desagravio a Borges, al habérsele negado el premio nacional de letras que le correspondía por *Ficciones*: "Al extranjero que pregunte los mejores nombres de la literatura argentina, toda persona inteligente le dará, entre los primeros, el de Jorge Luis Borges. Durante cerca de veinte años su obra ha sido permanente y enérgico excitante: con su poesía, que ahora calla, pero que ofrece delicadas notas líricas de intimidad y que ha sabido descubrir la cara singular de muchas cosas de la vida criolla, patios, calles, pampa, antepasados, lances de la historia; con sus inquisiciones filosóficas y literarias, sobre imprevistos

3. *Sur*, nº 94, julio de 1942, pp. 13-14.

problemas de pensamiento y de estilo, sus cuentos, de invención siempre sorprendente. Esta obra es, además, obra íntegra y pulcramente realizada, obra en plenitud intelectual y artística.

"Habrá quienes piensen que Borges es original porque se propone serlo. Creo al revés: que Borges será original hasta cuando se proponga no serlo. Lo es hasta en su manera de recordar, de usar las reminiscencias que le ofrece su lectura innumerable. Lo es, en fin, porque le ha tocado en suerte una de esas pocas miradas que conservan a través de los años la avidez y la frescura de quien acaba de descubrir las cosas y porque sus maneras de decir son siempre nuevas, como ajustadas a sus maneras siempre nuevas de mirar".

Y, para cerrar esta muestra de opiniones de P. H. U. sobre el escritor argentino, cabe recordar los conceptos que sobre él escribía, en carta del 19 de mayo de 1945, al cubano José Rodríguez Feo:[4]

Tu admiración por Borges me parece exagerada: es semejante a la de ciertos muchachos de aquí. Cierto es que es muy agudo, el más agudo de los argentinos, excepto Martínez Estrada. Pero ¡es tan caprichoso, tan arbitrario en sus juicios! Con eso ha hecho mucho daño en su generación, a la cual *autorizó* a ser ignorante, siendo él todo lo contrario. El resultado es que su generación se inutilizó, salvo los poetas, que se salvan con poca cultura, y Mallea, que nunca cayó bajo la sugestión borgiana (como diría el cuñado de Jorge Luis, Guillermo de Torre, en su deplorable estilo). Borges mismo me ha confesado que tuvo culpa en eso (los ensayistas fracasaron todos; lo novelistas y cuentistas, que necesitan otra disciplina que los poetas, también) y me ha confesado que la causa es que hizo caso a Macedonio Fernández (anciano hoy, hombre inteligente pero loco, e incapaz de producir otra cosa que chispazos, en medio de muchas tonterías: Borges también me confiesa que la relectura de *Papeles de recienvenido*, en la edición nueva, le produjo decepción): Macedonio

4. Pedro Henríquez Ureña. *Selección de ensayos*. Selección y prólogo José Rodríguez Feo. La Habana, Casa de las Américas, 1965; la carta citada en pp. XX-XXI.

decía que para escribir bastaba con ser porteño. La confesión es extraña, te la trasmito tal cual. Borges tiene aberraciones terribles: detesta a Francia y a España; todo lo inglés le parece bien; mucho de lo yanqui; no le gusta Grecia. Si no las conociera, se podría comprender, pero lo grave es que las conoce. De Inglaterra solo detesta lo que se parece a lo latino: Keats y Shelley (...) En literatura, a Borges solo le interesa el mecanismo (como en filosofía: es lógico y no filósofo), o se interesa en la estructura de los conceptos filosóficos, y no en su contenido; el contenido humano le es indiferente. La literatura que presenta los grandes conflictos humanos, las pasiones fundamentales, las cualidades esenciales, del hombre, lo dejan frío. Homero, Shakespeare, Dante, los trágicos griegos, Cervantes, no le dicen nada; en Shakespeare y en Dante admira las imágenes y la estructura de los versos. En resumen: nada de lo humano le atrae; para que una novela o un drama le interesen, se necesita que sean: 1, fantástico; o 2, historia de locos; o 3, *puzzles* del tipo policial. Como idioma, sí, te diré, es estupendo; no se equivoca nunca. (...) Como estilo, es muy personal; pero es un modelo muy peligroso, porque solo tiene un tono y no una serie de tonos: es como si compusiera siempre en fa sostenido".

Hemos transcripto en extenso el pasaje porque él contiene un conjunto de observaciones muy agudas y personales, no solo sobre Borges sino sobre los efectos en él de M. Fernández y, a su vez, de Borges en sus compañeros generacionales. Hombre preocupado hondamente por el hombre, como lo era P. H. U. debía sentir rechazo frente a una obra en la que los valores de la verdad y de la justicia social no tenían lugar central.

Borges alternó durante años con P. H. U. Recuérdese que juntos prepararon una antología de la literatura argentina. En 1959, Borges trazó un prólogo para la edición de *Obra crítica* de P. H. U., preparada por Emma Susana Speratti Piñero. Un pasaje de esa presentación, que evoca un diálogo con P. H. U. acerca de un pasaje del anónimo sevillano –la cara "Epístola moral a Fabio" que don Pedro sabía de memoria–, dará base, andados los años, para una página de ficción, hondamente alusiva, del mismo Borges: "El sueño de Pedro Henríquez Ureña", que recogerá en

El oro de los tigres (1972)[5]. En ese sueño oye Pedro la voz de Dios que cita la "Epístola", sin saber que es un preanuncio de su muerte: "¡Oh muerte ven callada como sueles venir en la saeta!".

Hemos demorado en tejer, con apreciaciones desperdigadas, aquí y allá, en reseñas y en cartas, de P. H. U. juicios y estimaciones acerca de la literatura argentina contemporánea, porque ellas casi no tienen cabida en el panorama de *Las corrientes literarias en la América hispánica*, salvo algún caso aislado; en el libro, el mayor espacio lo logra el libro mayor de Güiraldes. P. H. U. en su obra magistral, tiende, en especial en el último capítulo, a trazar las líneas esenciales del cuadro de la realidad presente, y no se atarea en enfoques personales sobre obras y autores vivientes en esos días.

Unas páginas olvidadas por la crítica son las que escribió en el cierre de *El libro del idioma* (1927), tituladas "Nociones de literatura" y destinadas a los adolescentes o menos que adolescentes. Allí divide la materia en tres estadios su ceñida exposición: "La literatura, La literatura universal y La literatura argentina" (pp. 267-272). Es solo un esquema de conjunto, afincado más, por supuesto, en el siglo XIX de nuestra historia literaria, pero estas páginas son la primera síntesis que de la nuestra esbozara don Pedro. Trazado muy escueto, pero firme y claro, en el que la apuntada periodización ya va ordenándose hacia el libro de 1945. Sería ocioso traer a cuento aquí los juicios tan bien perfilados siempre, que nuestros autores y obras clásicos le han merecido y que P. H. U. calibra notablemente en la adjetivación sopesada y penetrativa de las páginas de *Las corrientes literarias en la América hispánica*.

---

5. Borges, Jorge Luis: *El oro de los tigres*. Buenos Aires, Emecé, 1972, pp. 133; incluido, después, en el tomo de *Obras completas*.

Otra mención de Borges en P. H. U.: "En literatura, los grandes éxitos son cosas criollas: *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *La luna de enfrente* de Borges, hasta Larreta se mete a gaucho" (con alusión a *Zogoibi*, de Larreta), en carta a Eduardo Villaseñor, 20 de marzo de 1927, O. *Comp.*, VI, p. 441. El libro de Borges se llama *Luna de enfrente*.

2. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA Y LA REALIDAD ARGENTINA

Antes de su arribo al país, y desde lejos, en páginas juveniles, P. H. U. menciona a la Argentina como un país progresista, de gran fuerza económica que había recibido un aluvión inmigratorio. El peso de su visión iba más hacia lo que llamaría después "economitis aguda" de esta tierra; el afán por los bienes materiales. Cuando conoce a la delegación argentina, en 1921, descubre que la juventud argentina es idealista y que una de las banderas de la generación es la justicia social. Esto constituye para él una revelación. Su concepción, entonces, equilibra las partes, y ve, desde lejos, al país como encarnando el ideal de Rodó: eficiencia material y animación espiritual y humana. Cuando la visita, en 1922, en su discurso en el homenaje a Vasconcelos, se produce en él un nuevo descubrimiento: la presencia evidente de lo criollo en ciudad tan abierta a Europa como Buenos Aires: "es un país muy americano, es decir, muy hispanoamericano... el tipo de civilización y hasta el tipo de ciudad, que aquí está desarrollándose, tiene caracteres propios, y, sin perder el sentido de universalidad, la amplitud en que cabe todo lo humano, tiene sabor genuino y arraigo en la tierra que los sustenta. Y observa que el ímpetu orgulloso que se advierte en ella no nace del florecimiento y el potencial económico; está en su índole, no en lo circunstancial, ni es efecto de aquel. Así, el país, a sus ojos, va sumando notas que se integran en armonía: vigor económico, activa vida intelectual, idealismo que lo alienta, universalidad en su apertura y afincamiento en lo auténtico de su tierra. Años más tarde, en la despedida de la UPAK (1940), afirmará que este país fue hecho por un conjunto de hombres que lo pensó y lo quiso y lo ejecutó; y que no es cierto que se ha descastado con la presencia aluvional inmigratoria, sino que ésta debió plegarse a lo existente, con notas propias bien definidas. Sarmiento encarnaba la civilización y era, al tiempo, tan criollo como Facundo.

Recojamos y articulemos algunas de sus opiniones sobre nuestra realidad nacional, apuntadas en su epistolario íntimo, al que recurrimos como veta siempre generosa. Veremos, entonces, cómo se matizan, en él

sus apreciaciones generales. El 18 de marzo de 1926, escribe a A. Reyes: "En la Argentina no sucede nada en verano. En general no sucede nada nunca: este es un país felicísimo donde nunca sucede nada, donde la historia de estos tiempos tendrá que reducirse a estadísticas y fechas de cambios de gobierno. Lo que sucede por debajo... eso ya sonará, pero no ahora". (O. *Comp.*, VI, 400). Cuatro años después es testigo, diríamos balconea, una revolución: «Te quería escribir una larga carta sobre la revolución y no he podido. La vimos pasar –con niños y todo– por la esquina de Ayacucho y Córdoba. Los niños, menos Nuchi, regresaron a la casa minutos antes del tiroteo que se produjo precisamente allá [a una cuadra de su casa]: tiraron del edificio de Aguas Corrientes (Obras Sanitarias) en el momento mismo en que tiraban desde el Congreso la Confitería del Molino (que fue destruida después por la multitud), y edificios de Callao, esquina Mitre, Cangallo y Córdoba. Solo Isabel quedó en casa, diciendo que no le interesaba. El gobierno provisional es de lo más "aristocrático": la impresión más inmediata, de que el barrio Norte le había escamoteado la revolución al pueblo, es ahora general. Pero todo el mundo lo prefiere así, a trueque de salir del irigoyenismo. Se espera que las elecciones lo arreglen todo. La desaparición del radicalismo, que no era nada, deja frente a frente a conservadores y socialistas» (*idem.*, VI, 429, carta del 19 de septiembre de 1930). Se refiere, por supuesto, a la revolución del 6 de septiembre, encabezada por el general Uriburu. Esta es una de las dos ocasiones en que P. H. U. vierte opinión sobre política interna del país.

"La Argentina, único país que empieza a adquirir los caracteres externos de la civilización (en Hispanoamérica)" (*idem*, VI, 401); "en la Argentina hay una actividad intelectual mejor que en el resto de América" (*idem*, 407). Aún, de retorno en su patria, el 15 de enero de 1932, escribe a Reyes: En realidad, las cosas aquí [en República Dominicana] están mejor que en otros países: no tan bien como en la Argentina, país privilegiado en esta hora, pero mejor que en los Estados Unidos" (*idem*, 434). Y otro largo testimonio, esta vez a Daniel Cosío Villegas, en el que vierte su opinión sobre nuestra patria y comenta su situación

familiar: "Entre tanto, la Argentina es para mí lo que ha sido siempre. No es un país ideal ("en el mundo no hay más que París y Londres; lo demás es paisaje") pero es un excelente país de término medio. Los defectos son los comunes humanos, pero ninguno particularmente exacerbado (...) el único vicio nacional es el juego, vicio que no estorba a quien no participa de él. Es verdad que yo no he alcanzado todo el éxito que me habría sido posible, pero eso se debe a dos causas: una, argentina, el pertenecer a grupos demasiado avanzados en ideas; digo avanzados para la Argentina, que es un país muy anticuado, donde una taquígrafa es una rareza tanto como un taquígrafo, y donde todavía se le atribuye importancia a la *gente bien*; otra causa, el estado enfermizo, principalmente de enfermedad nerviosa, en que ha vivido Isabel años enteros: yo he tenido que acompañarla más de lo que cualquier marido acompaña normalmente a su mujer, he tenido que vivir en La Plata, lo cual me ha restado campo, y me he visto imposibilitado de trabajar, de escribir, porque la casa no me lo permitía. Vicente [Lombardo Toledano, hermano de Isabel] atribuirá mis dificultades a la Argentina, porque los mexicanos le hablan mal de ella, y hasta llegan a atribuirle, al clima de Buenos Aires efectos mortíferos; pero nada de esto es cierto" (carta del 13-1-1928, idem, VI, 398).

Este aspecto privado de su vida lo mantiene en tensión, por lo menos desde 1925 hasta 1932, año de los últimos testimonios epistolares adonde se refleja. Hasta hoy nunca se consideró este problema íntimo de P. H. U., que sale a luz con el conocimiento de su correspondencia a amigos confidentes, Reyes y Cosío.

Este es un primer balance de los primeros cinco años en nuestro país. Quisiéramos reproducir otro, más abarcador y profundo –aunque en él no se plantea la tensión familiar– que fuera dado a conocer por el profesor Juan Carlos Ghiano, en 1976,[6] al cumplirse treinta años de la desaparición física de don Pedro. Este par de páginas que dejara inéditas, y

6. Ghiano, Juan Carlos: "Una página inédita de Pedro Henríquez Ureña", en *La Nación*, domingo 23 de mayo de 1976; 3a. sec. p. 1.

dedicadas a Victoria Ocampo, son fechables hacia 1944. Constituyen el conmovedor testimonio de un alto espíritu que, por fuerza de las circunstancias, no alcanzó a realizar aquello que por personal satisfacción hubiera ambicionado concretar:

A Victoria Ocampo

«Miro siempre con temor hacia atrás para darme cuenta, o para dar cuenta, de mis trabajos, porque pocas veces he escrito lo que hubiera querido escribir. De muchacho, es claro, hice versos: todo el mundo debe hacer versos hasta los veinticinco años; después, sólo los poetas. En época de delirio griego compuse una tragedia, en prosa, sobre asunto mítico. Una vez que otra vez he escrito cuentos[1]. Es lo que preferiría haber hecho. Y novelas. Y dramas. Y ensayos. Pero no he hallado tiempo para avanzar en ninguna de las novelas. Ni en ninguno de los dramas que he comenzado. La experiencia me ha demostrado que, tanto para la obra de imaginación como para la del pensamiento libre es indispensable "el descansado ocio", el buen ocio. Y yo he trabajado siempre en la tarea más devastadora de la fuerza mental y más enemiga del libre juego de la imaginación y del pensamiento: la enseñanza. Al fin, escribo lo que me piden, con ocasión y asunto fijos, *sur commande*, porque había que presentar una tesis de doctorado (de ahí salió el libro *La versificación irregular en la poesía castellana*, que en futura edición pienso llamar, con más justeza, *La poesía castellana de versificación fluctuante*); porque llegaba el centenario de Lope, o el de Ibsen; porque había que preparar una edición de Góngora, o de la Ilíada; porque había que estudiar tales o cuales temas lingüísticos (Amado Alonso me pidió unas pocas páginas sobre cómo se habla el español en mi país, Santo Domingo, para su *Biblioteca Hispanoamericana* del Instituto de Filología, y las pocas páginas se convirtieron en doscientos cincuenta); porque hay que dar unas conferencias en Harvard, en cuya redacción definitiva, después de la versión en borrador que di ante el público de la Universidad, llevo ya dos años de desazón. Para colmo, no sé escribir sino muy despacio.

No digo que, de vivir libre, con ocio para hacer lo que yo quisiera, no habría emprendido uno que otro trabajo de investigación; por mi gusto hice, muchos años atrás, mi discutida interpretación psicológica de Juan Ruíz de Alarcón; por mi gusto emprendí, antes todavía, unos estudios sobre el Renacimiento en España, de los cuales sólo llegué a completar el de Hernán Pérez de Oliva. Pero la crítica, que me interesaba precisamente en la época en que hacía versos, ahora no me interesa: de ella sí pienso que la puede hacer todo el mundo, y a cualquier edad. Años van corridos ya, pues, desde que dejé de hacer crítica (a pesar de ello los miopes me llaman crítico): cuando tengo que tratar temas literarios, trato de hacer, a propósito de ellos, estudios de historia de la cultura. Finalmente, a veces he escrito de política: por ejemplo, para defender a mi país contra coerciones injustas de fuera, en 1926 y años subsiguientes, o para declarar cómo concibo el compromiso moral de nuestra América con el futuro, "la utopía de América".»

Causa desazón la lectura de estas páginas confidenciales, por lo que ellas dicen y por quién las ha escrito. No halló entre nosotros "el descansado ocio", que fue su utopía personal, su inexistente ámbito de sosiego espiritual propicio a la actividad creadora y gustosa. "Uno de mis amigos dijo una vez, comentando mis cambios de residencia –había escrito, cuatro años antes, al despedirse de los amigos de Sur, pronto a viajar a Harvard– que cuando yo encontrara el país perfecto allí me quedaría. Ya veis que me quedo en la Argentina. ¿Porque es perfecta? Porque tiene una manera de perfección: es generosa". Ese país perfecto, no supimos –o no podíamos– brindárselo. Y murió sin alcanzar esta otra utopía en América.

APÉNDICE

BIBLIOGRAFÍA DE AUTORES ARGENTINOS SOBRE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

1. ALONSO, AMADO. "P. H. U. investigador", en *Sur*, a. XV, nº 141, julio de 1946, pp. 28-33. Es el discurso pronunciado en el acto de homenaje del Colegio Libre de Estudios Superiores, el 10 de julio de 1946.

2. ANDERSON IMBERT, ENRIQUE. "De la estirpe americana de los patriarcas", en *La Nación*, 31 de mayo de 1981, 4a. sec. p. 3. Discurso con motivo de la expatriación de los restos de P. H. U.

3. --------. "Homenaje a P. H. U.", en *Sur*, a. XV, nº 141, julio de 1946, pp. 33-44. Contiene el discurso pronunciado en el acto de homenaje del Colegio Libre de Estudios Superiores, el 10 de julio de 1946 y la reseña de *Literary Currents in Hispanic América*.

4. --------. "P. H. U. 1884-1946. El conocimiento y la acción", en *La Nación*, domingo 1º de julio de 1984, 4a. sec., p. 1.

5. --------. "Reseña de *La literatura y las letras coloniales en Santo Domingo*", en *Sur*, nº 30, marzo de 1937, pp. 113-116.

6. --------. "Tres notas sobre P. H. U.", en *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1954, pp. 208-220. Contiene asientos 2 y 3.

7. ---------. "Un juicio póstumo sobre las generaciones literarias", en *Realidad*, a. II., vol. IV, nº 12, noviembre-diciembre de 1948, pp. 354-356.

8. Anónimo. Reseña de *Cien mejores poesías castellanas*, en Nosotros, a. 24, t. 68, nº 251, abril de 1930, pp. 136-137.

9. Anónimo. Reseña de *En la orilla. Mi España*, en *Martín Fierro*, nº 20, 5 de agosto de 1925, s. p.

10. Anónimo. "Rindióse homenaje a P. H. U. en el vigésimo aniversario de su muerte", en *La Prensa*, 19 de mayo de 1970. Reproduce palabras de Victoria Ocampo y de Roberto Giusti.

11. ARRIETA, RAFAEL ALBERTO."P. H. U., profesor en la Argentina", en *Lejano ayer*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1966, pp. 117-130; es asiento 11.

12. ---------. "P. H. U., profesor en la Argentina", en *Revista Iberoamericana*. Iowa, Homenaje a P. H. U. 1884-1946, a los diez años de su muerte, vol. XXI, enero-diciembre de 1956, nº 41-42, pp. 85-97.

13. BARTOLOMEW, ROY. "Imagen de P. H. U.", en *Revista de la Universidad*, La Plata, UNLP., nº 2, oct-dic de 1957, pp. 144-146.

14. ---------. "Nuestra América, sí", en *México en la Cultura*, 1957, nº 22, p. 8.

15. ---------. "Nuevo adiós a don Pedro", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 3 de mayo de 1981, 4a. sec., p. 3.

16. ---------. Reseña de *Las corrientes literarias...*, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, a. III, 1949, pp. 197-200.

17. ---------. "Vigencia de Henríquez Ureña", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 6 de enero de 1980, 4a. sec., p. 6. Reseña de *La utopía de América* (Ayacucho).

18. BATTISTESSA, ANGEL J. "P. H. U. 1884-1946", en *Revista de Filología Hispánica*, a. VIII, nº 1 y 2, enero-junio de 1946, pp. 194-196.

19. BORGES, JORGE LUIS. "El sueño de P. H. U.", en *El oro de los tigres*. Buenos Aires, Emecé 1972, p. 133.

20. --------. "El sueño de P. H. U.", en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 1129; es el asiento 20.

21. --------. "P. H. U.", en *México en la Cultura*, nº 22, enero-marzo de 1957, p. 5.

22. --------. "P. H. U.", en *Prólogos*. Buenos Aires, Torres Agüero, editor, 1975, pp. 84-88; es el asiento 18.

23. --------. "P. H. U.", prólogo a la *Obra crítica*. Edición, bibliografía e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero. México, F.C. E., pp. VII-X.

24. CAILLET-BOIS, JULIO. "Bibliografía de P. H. U.", en *Letras*, a. I., nº 4, diciembre de 1946; es asiento 22, simplificado.

25. --------. "Bibliografía de P. H. U.", en *Revista de Filología Hispánica*, a. VIII, nº 1 y 2, enero-junio de 1946, pp. 196-210.

26. CARILLA, EMILIO. "P. H. U. Biografía comentada", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, vol. XXVII, nº 3, julio-sept. 1977.

27. --------. *P. H. U. (Tres estudios)*. Tucumán, Univ. Nac. de Tucumán, Dep. de Extensión Universitaria, 1956. Contiene "Una biografía: P. H. U.", pp. 9-28, 2) "Acotaciones a la obra de P. H. U.", en pp. 29-39 y 3) "El americanismo de P. H. U.", pp. 42-56.

28. --------. *P. H. U. y otros estudios*. Buenos Aires, s. ed., 1949. Contiene: 1) "P. H. U. y nosotros", pp. 7-20 y 2) "El americanismo de P. H. U." pp. 21-37.

29. CASTELLANOS, CARMELINA DE Y LUIS ALBERTO CASTELLANOS. "Notas", en *P.H.U.* Prólogo de Ernesto Sábato. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967. "Selección y notas de los profesores... Además de la selección de textos, cada sección está presentada con una introducción y notas de coordinación.

30. CORTINA, AUGUSTO. "Cómo murió P. H. U.", en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 15 de diciembre de 1951.

31. CÚREO, SANTIAGO.. "P.H.U. en Minnesota. 1916-1921", en *La Nación*, Buenos Aires, sábado 7 de junio de 1958, 4a. sec., p. 2.

32. DI PASQUALE, Roberto. Reseña de *Las corrientes literarias*..., en *Sur*, nº 188, junio de 1950, pp. 78-80.

33. EDELBERG, BETINA. "Permanencia de P. H. U.", en *México en la Cultura*, nº 22, enero-marzo 1957, p. 12.

34. FERNÁNDEZ, JAVIER. "El maestro definidor", en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 15 de junio de 1953, p. 97.

35. --------. "Nota preliminar" a Pedro Henríquez Ureña. *Plenitud de América*. Ensayos escogidos. Selección y nota preliminar de...Buenos Aires, Peña-Del Giudice, editores, 1952, pp. 7-10.

36. GALETTI, ALFREDO. "Un humanista americano", en *Sagitario*, Buenos Aires, abril-junio 1955, nº 2, pp. 77-80.

37. GHIANO, JUAN CARLOS. "Los comienzos literarios", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1977, 3a. sec., p. 4. Reseña sobre el tomo I de las O.C. (Santo Domingo).

38. --------. "P. H. U., maestro de nuestra América", en Pedro Pedro Henríquez Ureña. *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos*.

Compilación y prólogo de J. C. G. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, MCMLXXVI, pp. XIII-L; Serie Estudios Lingüísticos y Filológicos, 1.

39. --------. "Una página inédita de P. H. U.", en *La Nación*, domingo 23 de mayo de 1976, 3a. sec. p. 1. Se refiere, y reproduce, el denso balance de vida, c. 1944, que P. H. U. dejara manuscrito.

40. GIUST, ROBERTO. "Discurso en el sepelio de P. H. U.", en *Cursos y Conferencias*, a. XVI, nº 169-170, 1946.

41. --------. "P. H. U.", en *México en la Cultura*, nº 22, enero-marzo 1957, p.9.

42. --------. "Un humanista moderno", en *La Prensa*, Buenos Aires, 12 de febrero de 1961, 2a. sec., s. p. Reseña de *Obras crítica* (FCE)

43. GONZÁLEZ LANUZA, Eduardo. "El español en América", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 26 de junio de 1977, 3a. sec., p. 4. Reseña de *Observaciones sobre el español de América* (Academia Argentina de Letra)

44. HALPERIN, GREGORIO. "Prólogo", en "Homenaje a P. H. U.", en *Cursos y Conferencias*, a. XVI, vol. XXXI, nº 181-182-183, abril-mayo-junio de 1947, pp. 71-73. Son las palabras de apertura del homenaje del 10 de julio de 1946, en el que hablaron F. Romero, A. Alonso y Anderson Imbert (ver Sur, nº 141, julio de 1946).

45. HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, Sonia. "H. U., mi padre", en *Revista de la Universidad*, La Plata, UNLP., septiembre-diciembre de 1960, pp. 38-46.

46. LACAU, MARÍ H. "P. H. U.", en *Letras*, a. I, nº 4, diciembre 1946, pp. 59-70.

47. LIDA, MARÍA ROSA. "P. H. U.", en *Revista de Filología Hispánica*, a. VIII, nº 3-4, julio-diciembre 1946.

48. LIDA, RAIMUNDO. "Cultura de Hispanoamérica", en *Cuadernos Americanos*, México, VI, 1947.

49. --------. "Cultura de Hispanoamérica", en *Letras hispánicas*. Estudios. Esquemas. México, F. C. E., 1958, pp. 187-194; es asiento 42.

50. LÓPEZ PALMERO, MARIANO. Reseña a la separata *Notas sobre literatura inglesa*, en *Nosotros*, a. 23, t. 65, nº 243-244, agosto-sept. 1929, pp. 394-396.

51. MANTOVANI, JUAN. "P. H. U.", en *El Imparcial*, de Guatemala, 21 de mayo de 1946.

52. MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel. "Homenaje a P. H. U.", en *Leer y escribir*. México, Joaquín Mortiz, 1969, pp. 143-146; es asiento 46.

53. --------. "Homenaje a P. H. U.", en Pedro Henríquez Ureña. *Ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires, Editorial Raigal, 1952, pp. 17-19. Es la despedida en el crematorio de Buenos Aires, el 12 de mayo de 1946.

54. --------. "P. H. U. Evocación icinomántica estrictamente personal", en *En torno a Kafka y otros ensayos*. Compilados por Enrique Espinosa. Barcelona, Seix Barral, 1967, pp. 185-220.

55. MAZZEI, ANGEL. "P. H. U.", en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. XV, nº 56, junio-diciembre de 1946, pp. 419-423.

56. MOGLIA, RAÚL. "P. H. U.", en *Letras*, a. I, nº 4, diciembre de 1946, pp. 70-75.

57. MONTENEGRO, ERNESTO. "El humanismo de P.H.U.", en *La Prensa*, Buenos Aires, domingo 27 de noviembre de 1966, 1a. sec., s.p.

58. MORÍNIGO, MARCOS. "P. H. U. y la lingüística indigenista", en *Programa de filología hispánica*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1959, pp. 107-114.

59. --------. "P. H. U. y la lingüística indigenista", en *Revista Iberoamericana*, Iowa, Homenaje a P. H. U., a. XXI, nº 41-42, enero-diciembre de 1956, pp.72-79.

60. OCAMPO, VICTORIA. "Presencia de ausentes", en *Soledad sonora. Testimonios. Segunda serie*. Buenos Aires, Sudamericana, 1950, pp. 265-269; es asiento 53.

61. --------. "Presencia de ausentes", en *Sur*, nº 151, mayo de 1947, pp. 91-94.

62. --------. "Sobre Henríquez Ureña", en *Testimonios. Séptima serie*. (1962-1967) Buenos Aires, Sur, 1967, pp. 158-160.

63. OLIVER, MARÍA ROSA. "Maestro y amigo", en *México en la Cultura*, nº 22, enero-marzo 1957, p. 16.

64. PEZZONI, ENRIQUE. "Homenaje a P. H. U.", en *Letras*, a. I, nº 4, diciembre de 1946, p. 77.

65. PUCCIARELLI, EUGENIO. "América en la obra de P. H. U.", en *Testigo*, nº 4, oct.-nov. 1966, pp. 8-16.

66. --------. *Pedro Henríquez Ureña, humanista*. Buenos Aires, Centro de Estudios Filosóficos, 1984, 49 pp.

67. --------. "P.H.U., humanista", en *Segundo Cuaderno de La Plata*, La Plata, 1969, pp. 3-22.

68. --------. "P. H. U. y la filosofía", en *Revista de la Universidad*. La Plata, UNLP, nº 20-21, 1967 (enero 1966-julio 1967), pp. 422-433.

69. ROGGIANO, ALFREDO A. *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*. México, 1961. Estudio Preliminar "P.H U. en los Estados Unidos de Norteamérica", pp. IX-XCIII. Textos de P.H.U., pp. 1-207.

70. --------. "P. H. U. o el pensamiento integrador", en *Revista Iberoamericana*. Homenaje a P. H. U., Iowa, a. XXI, nº 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 171-194.

71. ROMERO, FRANCISCO. "Un humanista de nuestro tiempo", en *Ideas y figuras*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1949, pp. 58-69; es asiento 62. Discurso pronunciado en el acto del Colegio Libre de Estudios Superiores el 10 de julio de 1946.

72. --------. "Un humanista de nuestro tiempo", en *Sur*, a. XV, nº 141, julio de 1946, pp. 18-27.

73. ROMERO, JOSÉ LUIS. "En la muerte de un testigo del mundo", en *Cabalgata*, nº 1, 1º de octubre de 1946.

74. --------. "En la muerte de un testigo del mundo: P. H. U.", en *La experiencia argentina y otros ensayos*. Buenos Aires, Editorial Belgrano, pp. 302-306.

75. --------. "En la muerte de un testigo del mundo: P. H. U.", en *Revista Cubana*, La Habana, 1946.

76. --------. "P. H. U.: una voz", en *La experiencia argentina y otros ensayos*. Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1980, pp. 311-313.

77. --------. "P. H. U.: una voz a los diez años de su muerte", en *La Gaceta*, México, mayo de 1956.

78. --------. "P. H. U. y la cultura hispanoamericana", en *La experiencia argentina y otros ensayos*. Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1980, pp. 306-311.

79. --------. "P. H. U. y la cultura hispanoamericana", en *Realidad*, vol. III, nº 7, enero-febrero de 1948, pp. 121-125.

80. --------. "Una voz", en *Revista Iberoamericana*, Homenaje a P. H. U., Iowa, a. *XXI*, nº 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 83 y ss.

81. ROSENBERG, FERNANDO. "P. H. U., cuentista", en *La Prensa*, domingo 26 de noviembre de 1978, 3a. sec. s. p. Es un comentario sobre los cuatro cuentos publicados en la Argentina: "Eramos cuatro...", "El hombre que era perro", "El peso falso" y "La sombra".

82. --------. "Un cuento de P. H. U.", en *La Prensa*, domingo 26 de octubre de 1980, sec. literaria, p. 6. Análisis de "Eramos cuatro..."; ampliación de lo apuntado en asiento 73.

83. SABATO, ERNESTO. "Henríquez Ureña", en *Cabalgata*, a. I., nº 1, octubre de 1946, pp. 3 y ss.

84. --------. "P. H. U.", en *Apologías y rechazos*. Barcelona, Seix Barral, 1979, pp. 53-77; es 76 con leves retoques.

85. --------. "Significado de Pedro Henríquez Ureña", en *Pedro Henríquez Ureña*. Prólogo de Ernesto Sábato. Selección y notas de los profesores Carmelina de Castellanos y Luis Alberto Castellanos. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967, pp. 7-25.

86. --------. "Significado de P. H. U.", en *Obras. Ensayos*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1970, pp. 803-827; es asiento 76.

87. SÁNCHEZ REULET, ANIBAL. "Pensamiento y mensaje de P. H. U.", en *Revista Iberoamericana*, Iowa, a. *XXI*, nº 41-42, enero-diciembre de 1956, pp. 61-67.

88. SEIGEL, LÁZARO. "H. U., maestro por antonomasia", en El Día, La Plata, domingo 15 de mayo de 1977, sec. 2a. p. 2.

89. SERRANO REDONNET, ANTONIO. "Pico della Mirendola y las inquietudes eruditas de P.H.U.", en *La Nación*, Buenos Aires, domingo 3 de junio de 1979, 4a. sec., p. 2.

90. SUÁREZ CALIMANO, EMILIO. Reseña de *En la orilla. Mi España.*, en *Nosotros* a. 17, t. 44, nº 168, mayo de 1923, pp. 93-94.

91. VILLORDO, OSCAR HERMES. "P. H. U. Repatriación de sus restos", en *La Nación*, domingo 26 de octubre de 1980, 4a. sec. p. 1. El autor articula una entrevista con Sonia Henríquez Ureña de Hlito y el artículo de ella en la *Revista de la Universidad*, asiento 39.

92. WEIMBERG, GREGORIO. Reseña de la *Historia de la cultura en la América hispánica*, en *Sur*, nº 159, enero de 1948, pp. 97-102.

93. ZULETA ALVAREZ, ENRIQUE. (ed.) Pedro Henríquez Ureña. *Memorias. Diario*. Introducción a notas de E. Zuleta Alvarez. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989. "Introducción", pp. 11-29.

Nota: No se indica el lugar de edición cuando es Buenos Aires.
Los libros que se indican junto a un artículo debe entenderse que siempre son del autor.

BIBLIOGRAFÍA DE LIBROS POTENCIALES PROYECTOS EN LA ARGENTINA

1. ANTOLOGÍA DE LA POESÍA HISPANOAMERICANA.
"Ahora, por ser vacaciones, puedo preparar libros. Con Arrieta, el poeta, preparo una antología hispanoamericana, del tipo que tanto discutimos en Madrid; será el primero de una serie de libros pedagógicos", carta a A. Reyes, desde La Plata, 6 de enero de 1925, en O. *Comp.*, V, p. 326.
"En una ocasión, de sobremesa, mi amigo me propuso organizar, en colaboración una antología poética hispanoamericana. Esta obra lo tentaba desde que en 1910 había participado en la *Antología mexicana del Centenario*, con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel. Trabajamos varios meses sobre un plan suyo; abandonamos temporariamente, no recuerdo por qué, nuestra labor; la reanudamos en Buenos Aires, cuando él volvió a radicarse en nuestra ciudad, y finalmente, con motivo de su viaje a Santo Domingo, quedó interrumpida para siempre. Tengo presente que habíamos escogido numerosas piezas y escrito veinte o treinta notas bibliográficas. La admirable memoria de Pedro anticipó el texto de dos o tres poesías antillanas; verifiqué después su exactitud", Arrieta, op. cit. p. 91. "...Nuestra antología frustrada debió de estar dentro del mismo plan (de su Historia de la literatura hispanoamericana)", Arrieta, op. cit. p. 96.

2. DICCIONARIO HISTÓRICO DE LOS INDIGENISMOS AMERICANOS CIRCULANTES EN EL ESPAÑOL. Véase Morínigo (asiento 58), citado en nuestro trabajo, en p. 194.

3. HISTORIA DE LOS INDIGENISMOS AMERICANOS DEL ESPAÑOL. Véase Morínigo, op. cit., en nuestro trabajo, en p. 194.

4. HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA. Arrieta recuerda: "...pero su siempre soñada historia de la literatura hispanoamericana –quién, sino él, era el llamado a dárnosla– esperaba... Me habló de ella cuando nos conocimos; nuestra antología frustrada debió de estar dentro del mismo plan; poco antes de morir le oí lamentarse de no poder consagrarle el tiempo y la exclusividad necesarios", op. cit. p. 96. Véase, además, las referencias en las cartas a Ripa Alberdi, que transcribimos en caps. II y IV.

5. MANUAL DE FILOLOGÍA. "Las páginas que siguen, son apuntaciones para la preparación de un manual filológico, en que colaboraré con Amado Alonso", en "El lenguaje", *Humanidades*, La Plata, 1930, t. XXI, pp. 107-125.
"Estoy escribiendo un pequeño manual sobre filología, pero ese quiero mandarlo a España: estuve enseñando –privadamente, a pedido de muchachos estudiosos– filología, y me entró al fin la comezón de escribir.", en carta a Alfonso Reyes, fechada en La Plata, 6 de enero de 1925, recogida en O. *Comp*. V, p. 326.

PROGRAMA DE LITERATURA ARGENTINA Y AMERICANA (1925)

Dictado en el Instituto Nacional del Profesorado por
Pedro Henríquez Ureña

1. Formación de la literatura hispanoamericana. La conquista española. Datos que existen sobre las letras en las civilizaciones indígenas. De cómo los españoles traen su literatura al Nuevo Mundo. La organización de la cultura en América. Los historiadores del descubrimiento y la conquista. Escritores españoles que vinieron a residir acá. (Tirso, etc.) Los primeros escritores nacidos en América. Los centros de la vida literaria en el siglo XVI: Santo Domingo, México, Lima.

2. La época colonial. Su carácter. Instituciones y actividades de cultura: México y Lima. Don Juan Ruíz de Alarcón; el carácter de su obra y su condición de mexicano. Sor Juana Inés de la Cruz. La literatura colonial en la Argentina.

3. La época de la independencia. El momento literario. Escritores representativos: Bello, Heredia, Olmedo, Fernández de Lizardi. En Argentina: el Deán Funes, Vicente López y Planes, Juan Cruz Varela, Lafinur, etc.

4. El período de la organización nacional. La aparición del romanticismo en la literatura. En Argentina: desde la independencia hasta la caída de Rosas.

5. Las nuevas orientaciones después de 1850. Evolución de la literatura hasta 1875. Estudio especial de Sarmiento.

6. Período de transición hacia la época llamada modernista. Estudio especial de Montalvo.

7. Comienzos de la época modernista. José Martí. El prosador y el poeta.

8. Julián del Casal. Sus temas poéticos y su estilo.

9. Manuel Gutiérrez Nájera. Su prosa: novedad de su estilo. Sus versos: el matiz otoñal. Su influencia en México. Sus sucesores: Amado Nervo.

10. José Asunción Silva. Su poesía.

11. José Enrique Rodó. Su papel histórico. Sus ideas. Su estilo. La significación de *Ariel*.

12. Rubén Darío. El prosador: su carácter y su influencia. El poeta: caracteres de su poesía hasta *Prosas profanas*, culminación del llamado modernismo. Renovación del poeta en *Cantos de vida y esperanza*. Su etapa final: el pesimismo.

13. La literatura argentina desde 1890. La prosa fuera del teatro. La novela y el ensayo filosófico, histórico y literario.

14. La literatura argentina desde 1890. La poesía.

15. La literatura argentina desde 1890. El teatro. Sus orígenes y su desarrollo. Florencio Sánchez. La situación actual.

PROGRAMA AMPLIADO

1. Formación de la lit. hispanoamericana. La conquista española. Datos que existen sobre las letras en las civilizaciones indígenas. De cómo los españoles traen su literatura al Nuevo Mundo. Los historiadores del Descubrimiento y la conquista. La organización de la cultura en América: universidades, imprentas, etc. Escritores españoles que vinieron a residir acá (Tirso, Bernardo de Balbuena, Mateo Alemán, Gutiérrez de Cetina, etc.). Los primeros escritores nacidos en América: Terrazas, doña Leonor de Ovando, etc. Los centros de la vida literaria en el siglo XVI: Santo Domingo, México y Lima.

2. La época colonial. Su carácter: falta de independencia intelectual, falta de originalidad. Instituciones y actividades de cultura. México y Lima, capitales intelectuales. El Inca Garcilaso. Don Juan Ruíz de Alarcón. Relación entre su obra y su condición de americano. Sor Juana Inés de la Cruz: la monja y la poetisa. La literatura colonial en la Argentina (Tejeda, los jesuitas expulsados, Lavardén, etc).

3. La época de la independencia. El momento literario: el gusto neoclásico. La ideología política. La filosofía. Escritores representativos: Bello (el poeta, el filólogo, el gramático, el crítico y erudito); Heredia (poeta lírico: su acento personal, sus temas políticos, su sentimiento de la naturaleza); Olmedo (su obra esencial: "La victoria de Junín"); Fernández de Lizardi el primer novelista. En Argentina: Deán Funes; Vicente López y Planes; Juan Cruz Varela; Juan Crisóstomo Lafinur, etc.

4. El período de la organización nacional. La aparición del romanticismo en la literatura. Caracteres del romanticismo en América. Novedades de vocabulario y de estilo; renovación de los temas. Deseo de dar carácter americano a la literatura. En la Argentina: desde la independencia hasta la caída de Rosas: Echeverría: su teoría y sus obras, Mármol: el poeta, el novelista y el dramaturgo.

5. Las nuevas orientaciones después de 1850. Evolución de la literatura hasta 1875. Continuación del romanticismo: el desorden y el descuido. Los lugares comunes románticos. Temas americanos: los temas gauchescos; los temas indígenas, Juan María Gutiérrez: su obra de poeta y de crítico. Estudio especial de Sarmiento: el *Facundo* como estudio sintético de la vida hispanoamericana: los *Recuerdos de provincia; los Viajes*.

6. Período de transición hacia la época llamada modernista. Los disolventes del romanticismo. Cansancio del descuido y de los lugares comunes. Retornos a formas académicas o neoclásicas (Andrade, etc.). Las formas breves en poesía: influencia de Heine y de Bécquer. Poetas de transición; Zorrilla de San Martín; significado de *Tabaré*. Estudio de Montalvo: los elementos de su estilo; su carrera política; sus ideas.

7. Comienzos de la época modernista. José Martí. El prosador: su estilo, elementos clásicos y elementos modernos; su gusto literario; su actividad política. El poeta; *Ismaelillo*, *Versos sencillos*; su obra en *La edad de oro*.

8. Julián del Casal. Sus temas poéticos: sentimentalismo pesimista; temas pictóricos, a veces exóticos (japonismo, etc.) Su estilo: el color; las expresiones sintéticas; restos del descuido romántico.

9. Manuel Gutiérrez Nájera: Su prosa: novedad de su estilo; disminución del párrafo; aligeramiento del vocabulario. Sus versos; el matiz otoñal; su relación con el carácter de la altiplanicie mexicana. Los temas pictóricos o pintorescos (*De blanco*, etc.) Su influencia en México; la renovación de la prosa y de la poesía; sus sucesores; Amado Nervo, el desarrollo de su personalidad; desde las complicaciones *modernistas* del principio hasta la sencillez final.

10. José Asunción Silva. Su poesía. Relación entre su vida y su obra. Su cultura. Sus temas: el pesimismo o escepticismo; los temas sentimentales; descripciones ocasionales. El estilo. El significado del "Nocturno" célebre como asunto, estilo y versificación.

11. José Enrique Rodó. Su papel histórico: su influencia de *maestro*. Sus ideas: la ética de *Motivos de Proteo*; originalidad que cabe atribuir a la "ética del devenir", o de la renovación. Su concepto del espíritu hispanoamericano y su crítica a los EE. UU. La significación de *Ariel*. Su estilo.

12. Rubén Darío. El prosador: su carácter y su influencia. *Azul...*; *Los raros*; los libros escritos en Europa. El poeta: caracteres de su poesía hasta *Prosas profanas*, culminación del llamado modernismo. Su evolución: influencias españolas, clásicas y románticas; Bécquer y Campoamor; parnasianos franceses; simbolistas. Renovación de asuntos, estilo y versificación en *Prosas profanas*. Su evolución posterior. Renovación del poeta en *Cantos de vida y esperanza*. Su etapa final: el pesimismo. La nota personal en sus últimos quince años.

13. La literatura argentina desde 1890. La prosa fuera del teatro. La novela: los realistas (Lynch, Gálvez, etc.); los humoristas, etc. El ensayo filosófico, histórico y literario: Bunge, Ingenieros, etc. La crítica: la revista *Nosotros*; los diarios, especialmente *La Nación*. Influencia de Groussac en la historia y en la crítica; la nueva escuela histórica: de cómo la historia se va alejando de la literatura en la mayoría de los casos.

14. La literatura argentina desde 1890. La poesía. Aparición del grupo modernista. Darío en Buenos Aires. Lugones: sus obras culminantes, *Los crepúsculos del jardín* y su enorme influencia en América. *El libro fiel*; *El libro de los paisajes*. La extrema izquierda del modernismo. El nuevo grupo de poetas hacia 1910, o poco después: Enrique Banchs, Capdevila; Arrieta, A. Storni, Fernández Moreno.

15. La literatura argentina desde 1890. El teatro. Sus orígenes y su desarrollo. Convergencia de dos corrientes: la literatura dramática, antes con vida precaria, y el teatro como espectáculo, carente de literatura en sus orígenes de circo. La aparición de Florencio Sánchez. Sus obras de campo y sus obras de ciudad. Otros autores: Laferrere, Sánchez Gardel, etc. La situación actual.